Pan de azúcar

Balli Kaur Jaswal



AMOK
EDICIONES

Pan de azúcar

Balli Kaur Jaswal

Traducido por Isabel Cantos

AMOK
EDICIONES

Pan de azúcar
Título original: *Sugarbread*
© 2016, Balli Kaur Jaswal
© Publicado en Singapur por Epigram Books
www.epigram.sg
ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones
comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición digital en España, febrero de 2024
© 2022, Isabel María Cantos Padilla, por la traducción
© 2023, Carlota Suárez Villaverde, por la ilustración
Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab, por el diseño gráfico
Alicia Escamilla, por la corrección de estilo
Natalia Martínez, por la maquetación

ISBN: 978-84-19211-41-5

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice de contenido

PRIMERA PARTE
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

SEGUNDA PARTE
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho

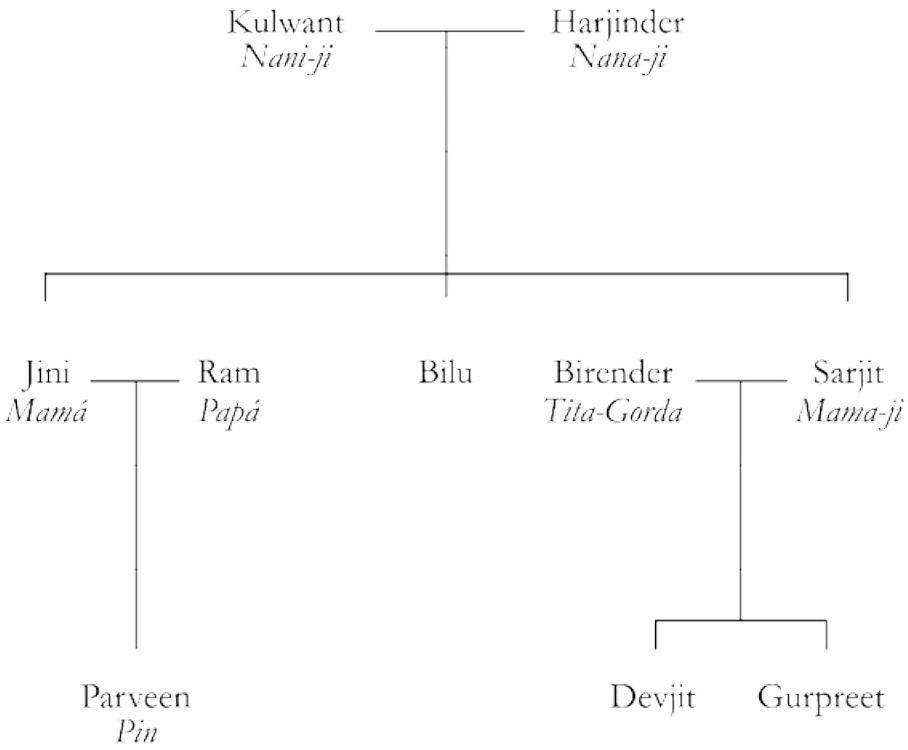
TERCERA PARTE
- Capítulo nueve
- Capítulo diez

CUARTA PARTE
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece

Otros libros de Balli Kaur Jaswal publicados por AMOK
- *Las insólitas aventuras de las hermanas Shergill*
- *El legado*

Notas al pie

Para mi madre, mis tías y mis abuelas


Kulwant
Nani-ji
Harjinder
Nana-ji
Jini
Mamá
Ram
Papá
Bilu
Birender
Tita-Gorda
Sarjit
Mama-ji
Parveen
Pin
Devjit
Gurpreet

PRIMERA PARTE

Capítulo uno

1990

Era el mes de julio en Singapur. El primer sol de la mañana conquistaba poco a poco los rascacielos con brillantes destellos azafranados; los chorros de luz se colaban entre las ramas inmóviles de los árboles, y el pavimento de la ciudad ya devolvía el calor del astro. Mamá y yo caminábamos a la sombra, bajo largas hileras de toldos de lona. A nuestro alrededor se desenrollaban persianas de chapa, desplegándose en un ruidoso traqueteo, como trenes que pasaran justo por encima de mi cabeza. Los tenderos hacían muecas arrastrando estanterías y cajas repletas de pan de gardenia, tarros de *kaya* de coco, bizcochos de *pandan*, paquetes de pan de gambas, molletes rellenos de judías rojas, bolsas de Twisties y unas engomadas tartaletas rosa llamadas *huat kueh*. Eran las pocas cosas que no se estropeaban con el sol.

En el interior, las tiendas eran cuevas sombrías y frescas. Había neveras para los cartones de leche y congeladores para los polos. Los clientes más madrugadores se desplazaban por los angostos pasillos caminando de perfil, como si fueran cangrejos. En la parte de atrás de los puestos, enormes sacos de arroz descansaban sobre el suelo al calor de la mañana. Por encima de ellos, en las paredes, altares de color rojo brillaban con ofrendas de naranjas y palos de musgo ardiendo. Algunas vitrinas aún tenían su candado, porque era temprano; cada vez que los tenderos se agachaban para introducir la llave en la cerradura dejaban escapar un suspiro. Siempre estaban suspirando, porque siempre estaban cansados.

Mamá caminaba con paso prolongado y ligero, y yo, que tenía las piernas cortas, me esforzaba por seguirla. Era la niña más pequeña de mi clase. Creía que ella me entendería, pero cada vez que le hablaba del tema se impacientaba y me decía:

—Ya crecerás, Pin.

Dotada de piernas largas y elegantes, era incapaz de ponerse en mi lugar. Pero ser un poco más bajita tenía sus ventajas. Yo me detenía a mirar las cosas mientras mamá se limitaba a apretar el paso; precisamente por eso me llevaba con ella al mercado. El recorrido por la planta baja abierta de algunos bloques de viviendas estaba menos concurrido, pero ella prefería pasar por la zona de las tiendas para no perderse los descuentos. Yo tenía buen ojo y agilidad suficiente para sumar y restar de cabeza con rapidez. Papá lo llamaba «tener los sentidos desarrollados», y a mí me gustaba pensar que Dios me había dado buenos sentidos intencionadamente, para compensar lo que me faltaba de estatura.

Yo me dedicaba a buscar las ofertas de las tiendas con la esperanza de que mamá se acordara de

algo que le hacía falta y así poder retrasar nuestra visita al Wet Market[1], aunque solo fuera unos minutos.

—Mira, venden pinzas para la ropa —le dije alzando la voz para que pudiera oírme.

Ella aminoró el paso. Entonces le señalé una cesta que habían colocado en el exterior de una tienda de saldos variados. El establecimiento no estaba tan ordenado como los otros. La pareja de ancianos que lo regentaba exhibía una mueca de perplejidad cuando los clientes pedían un juego completo de cualquier cosa. Vendían todos los artículos por separado: perchas, clavos, una mina de lápiz, una toalla de papel, un frasco de bálsamo de Tigre… En palabras de mamá, era «la tienda de uno de cada», aunque su nombre real, tal como indicaba el letrero instalado sobre la puerta, era Lee's Goods. Fue entonces cuando le señalé la bandeja repleta de pinzas de madera y de plástico. «PINZAS PARA LA ROPA. 5 CTS. UD», decía el cartel.

—No necesitamos —respondió ella cuando hubo leído el anuncio. Luego volvió a apretar el paso obligándome a correr de nuevo para alcanzarla.

—Me gustan los Twisties —dije al ver las bolsas en el exterior de otra tienda.

—Los Twisties son una porquería —contestó mamá.

En aquel momento comprendí que era inútil intentar retrasar lo inevitable: nos encaminábamos al Wet Market y lo hacíamos ya.

Los domingos por la mañana el barrio de Ang Mo Kio olía un poco a humo y a dulce. En el corto paseo hasta el mercado, aquellos dos aromas se percibían con claridad en el ambiente: algo que se quemaba y algo que decía «cómeme». El fuerte olor a quemado provenía del humo que desprendían los woks de los cafés abiertos 24 horas de la zona, con sus blancas mesas destartaladas y sus sillas de plástico rojo. El humo transportaba consigo el aroma de las cebollas y los ajos chisporroteando en aceite, de los fideos de arroz cociéndose en salsa de ostras, de las verduras cocidas con ajos picados, de la masa hecha con harina, huevos y mantequilla, de la salsa de carne con leche de coco y del pescado al *curry*. El olor dulzón no procedía necesariamente de la comida, aunque se hacía irresistible cuando pasábamos a la altura de la panadería Happy Garden, con sus centelleantes vitrinas repletas de pasteles de *mousse* de chocolate y su *kueh lapis*[2] de múltiples capas. Había otro reclamo dulce en el ambiente del domingo: el de las macetas de buganvillas que acompañaban en perfecta alineación el recorrido de los estrechos caminos, el de la mezcla de loción corporal y desodorante con sudor, el de los saludos matutinos entre dos mujeres, el del dinero con el que se fanfarroneaba en el despacho de lotería 4D, el de las gomas y el cuero sin estrenar en la tienda de bicicletas.

Nada en el mundo era comparable a nuestro barrio un domingo por la mañana. Había vivido allí toda mi vida. Yo tenía entonces diez años.

A medida que nos acercábamos al Wet Market, aquellos dos olores dieron paso a algo más: un sabor amargo comenzó a invadir mi garganta. Siempre era así. El miedo me apretaba las entrañas y hacía que las piernas y los brazos me pesaran como el plomo. No podía moverme ni llamar a mamá, que seguía caminando. Finalmente, volvió un poco la mirada y retrocedió algunos pasos, con clara expresión de disgusto en la cara.

—Vamos. No vayas a perderte —me dijo.

Yo siempre me cogía con fuerza a su mano cuando entrábamos en un lugar lleno de gente —los centros comerciales de la ciudad, las hileras de puestos ambulantes del Ang Mo Kio Central, el intercambiador de autobuses—, pero a veces, sin darse cuenta, ella me perdía. Mamá nunca llegó a admitirlo. El año anterior fuimos al mercadillo de Pasar Malam[3] que hay al final de la calle. Las linternas llenaban el cielo negro de pequeñas lunas mientras, a través de los altavoces, podía

escucharse música china. Los comerciantes de los puestos voceaban los precios de los vestidos, los juguetes y el algodón de azúcar por cualquier rincón por donde nos metiéramos. Recuerdo que sentí la mano de mamá desprenderse de la mía, seguramente cuando se acercó a ver alguna ganga. El espacio entre nosotras empezó a llenarse de gente a la velocidad con que se cuela el agua en una alcantarilla. Pasaron apenas unos minutos antes de que me encontrara, pero a mí me parecieron horas, se me antojaron una vida. Cuando le reproché que había sido ella la que me había soltado, se enfadó:

—¿Por qué iba yo a hacer una cosa así? —se defendió.

Ya podía sentir el calor en la espalda; el sudor me pegaba a la piel la delgada camiseta. A nuestro alrededor los clientes se movían cada cual a su manera. Algunos, calzados con sandalias que dejaban el talón al aire, pasaban a toda velocidad junto a nosotras, mientras otros deambulaban con lentitud. Había espaldas rectas, espaldas encorvadas, blusas sueltas, camisetas ajustadas… Distinguí todo tipo de tonos de piel y varices verdosas, como arañas, decorando las corvas de algunas rodillas. Vi huesos sobresalientes y zapatillas de goma a punto de desarmarse.

—¡Ay! —gritó un hombre tras perder su chancla, que, patinando por el suelo, fue a aterrizar en el canalón poco profundo de la esquina de una acera.

Vi cómo buscaba con la mirada a la persona que le había hecho tropezar. Me refugié detrás de mamá, por si se le ocurría pensar que había sido yo, pero la rabia solo le duró unos segundos; pareció darse cuenta de que no merecía la pena: tenía que seguir moviéndose. Corrió para recuperar su zapatilla, volvió a meter el pie dentro y se lanzó a la faena como si nada hubiera pasado.

—Toma mi mano —dijo mamá; yo obedecí y ella añadió—: ¿Ahora qué hay que hacer?

—Seguir agarrándote la mano.

—¿Y qué es lo que no tienes que hacer?

—Morirme de miedo.

—¿O?

—Llorar —respondí bajando la voz, porque me daba vergüenza.

—¿Lista? —preguntó.

Asentí con la cabeza y me hizo entrar. Cuando la locura del mercado se nos echó encima mi reacción instintiva fue zafarme de su mano y salir corriendo, pero como ella ya se lo había imaginado, me agarró aún más fuerte. No había escapatoria. El mundo se convirtió en un mar agitado de gentes, voces y colores. Mis ojos tardaron en adaptarse a la escasa iluminación y mi nariz, a la humedad y al olor a sangre de pescado, flores, incienso y fruta madura, todo revuelto. Habíamos entrado por un callejón estrecho que discurría entre un puesto de orquídeas recién improvisado y otro de aves de corral donde unos pollos desollados colgaban del pico de ganchos en forma de C. El rosa grisáceo de su piel plagada de pequeños granos me producía asco, así que dirigí la mirada a otro puesto donde vendían incienso y papel para quemar en la ofrenda a los antepasados. Más allá, una anciana encaramada a un pequeño taburete señalaba una pecera repleta de cangrejos de un color plomizo, las pinzas fuertemente atadas con una cuerda de rafia rosa. Se subían unos encima de otros y luego se dejaban caer golpeando sobre el cristal con las tenazas. Sus ojos parecían cuentas de azabache.

Imperaba el desorden. Todo Singapur estaba limpio y ordenado, pero el mercado era otro mundo. Yo prefería los pasillos con todos los productos en su sitio y el aire acondicionado del supermercado NTUC del Ang Mo Kio Central, pero mamá sostenía que nada era bueno si no era fresco y procedía del Wet Market. Ella se escabullía entre las calles con facilidad. En los puestos regateaba los precios acompañándose de un movimiento involuntario de caderas. A mí el caos del mercado se me hacía

más llevadero cuando me concentraba en imitar ese gesto, aunque tenía que hacerlo con mucho disimulo para que no me viera; se preocupaba especialmente si me veía andar como ella.

Aquella mañana mamá había entrado en mi habitación llamándome por mi nombre.

—Pin —dijo en voz baja.

Yo estaba despierta, porque la luz del sol ya se colaba entre las lamas de las persianas. Cerró la puerta y pude oír cómo iba de un lado al otro del piso con paso rápido. La ventana de mi cuarto daba al corredor principal de nuestro edificio y, a menudo, los fines de semana, al despertarme, me quedaba en la cama observando las sombras de los que deambulaban por allí, intentando averiguar a qué vecinos pertenecían. Estaba la joven malaya que vivía con sus padres ya mayores: alta y de constitución huesuda, tenía el pelo corto y de punta. La vivienda del final del pasillo estaba ocupada por una familia de cuatro miembros. La madre siempre llevaba en brazos al bebé, un bulto incorporado a su silueta. El niño era demasiado pequeño para que su sombra llegara hasta la altura de mi ventana, pero pude reconocer la figura encorvada del padre, que lo acompañaba.

—¡Pin! —Mamá había entrado otra vez y ahora estaba plantada delante de mi cama—: ¡Espabila. Dúchate. Vístete! Hoy tengo que comprar muchas cosas. Necesito que me ayudes a llevar las bolsas de la compra.

Miré a través de la tela transparente del mosquitero de mi cama: cintura delgada, caderas que sobresalían como estrechas repisas; era la silueta de mamá.

—Dame cinco minutos —murmuré.

Otra sombra cruzó entonces a través de la ventana muy lentamente. Tuve que incorporarme para identificar a su dueño, pero una brisa repentina empujó las persianas y distorsionó la figura. Mamá irrumpió de nuevo en mi cuarto antes de que hubieran pasado los cinco minutos.

—¡Pin! —exclamó, como si me hubiera pillado robando.

La sombra se detuvo, sorprendida por la voz de mamá, y luego siguió su camino. Por fin me levanté y me metí en la ducha. Esperé a que saliera el agua para refunfuñar sin que se me oyera.

Cuando me senté en su dormitorio a ver cómo se empolvaba la cara y alisaba una pequeña arruga de la blusa se me pasó el malhumor. Mamá resultaba demasiado glamurosa para el mercado. Siempre llevaba ropa correcta; nada elegante, pero nunca prendas de andar por casa. La mayoría de las amas de casa que acudían al mercado calzaban sandalias de goma y vestían holgados pantalones cortos de batik con camisetas por encima. Ni se peinaban. Pero mamá echaba la cabeza hacia abajo para ahuecarse el cabello y luego se lo colocaba de tal manera que le tapara la frente, como si fuera una nube oscura. Cuando se metió en el baño yo intenté hacer lo mismo, pero el cepillo se atascó en medio de mis rizos. El segundo intento tampoco funcionó: yo había heredado el pelo de papá y absolutamente nada de la gracia de mamá.

Ahora ella me había soltado la mano. Cuando le tiré de la falda para recordárselo, asintió con la cabeza, como diciéndome que no se había olvidado de mí; solo estaba rebuscando en su bolso.

—Lo primero es el pescado. Vamos a dejarlo solucionado —dijo.

Se me escapó un pequeño gemido; traté de contener la respiración, pero era inútil: el pescadero se abanicaba la cara con las manos mientras gritaba los precios. Los peces, con la boca abierta y los ojos vidriosos, estaban dispuestos en hileras sobre bandejas llenas de hielo. Sus largas aletas parecían palos de escoba: había peces más grandes, más blancos, otros con una especie de pico largo y afilado. El fuerte olor metálico de la sangre impregnaba el ambiente.

Cuando el pescadero vio a mamá le dedicó una sonrisa y se dirigió a ella en malayo:

—Buenos días, ¿quiere pescado?

—Sí, dos, pero antes dígame el precio.

El hombre pesó dos piezas.

—Ocho dólares.

Ella lo miró entrecerrando los ojos, para ver si era sincero. Pasado un momento, dijo:

—Bien, entonces, uno más.

Yo esbocé un gesto de fastidio. Odio el pescado y eso significaba que mamá lo iba a poner frito para la cena. El hombre comprendió la expresión de mi cara y se rio.

—Su hija —más que afirmar, lo preguntaba.

Le sonreí. Me gustaba que la gente se diera cuenta que era hija de mamá.

—Sí —respondió ella—. Gracias.

Cogió la bolsa de plástico de manos del tendero y me la entregó. Pasé la muñeca por las asas y dejé que se desplomara por el peso, sin importarme si se rompía. Mamá me confiaba, además, la carne y las verduras; ella se encargaría de los huevos y la fruta más pesada.

En el mercado se hablaban las cuatro lenguas principales. El aire se llenaba de sílabas chinas, rápidas como pinceladas. Algunos de los vendedores de más edad hablaban en malayo. El hombre de piel oscura que vendía cordero troceado negociaba rápidamente en tamil. Había tenderos que se expresaban inseguros en un inglés balbuceante, mientras otros lo hacían con contundencia en un inglés abiertamente defectuoso. Mi familia hablaba punyabí, una lengua que la mayoría de la gente de Singapur ni siquiera sabía que existía, algo de lo que nos aprovechábamos. En el puesto de fruta mamá me encargó, hablándome en punyabí, que inspeccionara si las manzanas estaban bastante rojas mientras ella comprobaba la firmeza de las naranjas. Yo era lo suficientemente baja para cogerlas sin tener que inclinarme para llegar a la cesta. A ella no le gustaba exhibir demasiado interés; inclinarse equivalía a mostrar necesidad y no queríamos pagar de más por una buena fruta.

—Están maduras —confirmé en voz baja, aunque sabía que la frutera no iba a entenderme.

Encontrábamos muy pocos punyabíes; solo cuando íbamos al templo. Si los veíamos en algún sitio, nos hacíamos los despistados porque a mamá le disgustaba pararse a charlar con ellos. Decía que la mayoría solo buscaba algún chisme para llevarse a casa y que hasta la información más inofensiva podía convertirse en sus manos en una noticia nacional.

—¿Seguro? Mira con atención —insistió, y luego observó a la tendera.

—Estoy segura —respondí.

La manzana que tenía en la mano era redonda y estaba madura. Apreté el pulgar contra la piel y la abollé ligeramente.

Mamá asintió y compró unas cuantas. La vendedora era una mujer de constitución delgada, con el pelo corto, rizado y blanco como la nieve. Cuando le dio el cambio a mamá, pude ver que los nudillos se le marcaban a través de la pálida piel.

—Estoy cansada —anuncié mientras pasábamos al siguiente puesto.

Aún faltaba bastante para llegar al final del mercado. Había que ver cómo estaban las hortalizas de hoja verde, escoger a mano las alubias y pesar y empaquetar los muslos de pollo.

—Estoy muy cansada —insistí.

No sé si mamá me oyó; en todo caso, fingió no haberlo hecho. La observé regatear como un singapurense.

—Dame uno más grande, pero al mismo precio —exigió al hombre que cortaba cuidadosamente finas lonchas de tofu de una pieza de gran tamaño.

Mamá era como mis profesores de la escuela: no aprobaba el *singlish* —así llamaban al inglés criollo singapurense—, pero no podía evitar usarlo en ocasiones. Por lo general, cuando hablaba con extraños, se expresaba en inglés con la misma nitidez que una locutora del Canal Cinco. Pero el

inglés correcto no impresionaba a nadie en el mercado: solo elevaba los precios. En una ocasión le comenté que lo cuidado de su ropa podría hacía pensar a los tenderos que éramos ricos, sin embargo, su aspecto aseado era algo a lo que ella no estaba dispuesta a renunciar.

Las asas de las bolsas se me clavaban en las muñecas. Las voces de los vendedores y de los clientes se fundían en un zumbido ensordecedor. Volví a decirle a mamá que estaba cansada.

—Y tengo sed —añadí.

Unas escaleras cercanas conducían al Hawker Center4 del piso superior. En el primer puesto vendían zumo de caña de azúcar casi congelado. Estuve a punto de sugerir un descanso, pero sabía el peligro que eso entrañaba. No era bueno molestar a mamá cuando estaba haciendo la compra. Se le nublaba la mente y se olvidaba de cosas importantes.

Después del tofu iban las espinacas tiernas. Luego, los tomates y las zanahorias. La ayudé a elegir cada pieza.

—No tengas prisa —me advirtió—; escoge con cuidado.

Pero el ambiente se volvía más agobiante por minutos y dificultaba la respiración. Además, la noche anterior no había dormido mucho. Mi mente solo veía números.

—Cuatro dígitos —decía papá sentado a los pies de mi cama—. Piénsalos bien.

Pensar en los dígitos parecía fácil, pero tenían que resultar ganadores o perdería en la lotería de los 4D.

—Utiliza tu intuición, Pin —me pedía siempre mirándome fijamente.

Cada domingo por la mañana papá, inquieto, hacía cola en la tienda de lotería de los 4D, confiando en que nadie hubiera cogido ya su combinación. Nunca le había tocado, pero siempre estaba cerca. En mi primer día de clase le di el número de mi aula, que en realidad solo tenía tres dígitos; le añadí uno final al azar convirtiéndolo en el 1123, porque pensé que sonaba a número premiado. Cada vez que papá buscaba el resultado del sorteo en el periódico y descubría lo cerca que había estado de ganar, cerraba con fuerza los puños y apretaba los dientes diciendo:

—¡Por qué poco…!

Cuando no salía ninguno de los números elegidos, se callaba y hacía turnos más largos en el hotel. Mi madre no creía en la lotería y decía que era tirar el dinero. Aunque sabía que cada semana papá se ponía en la cola para comprarla, ella apenas lo mencionaba, de modo que la lotería era nuestro secreto, algo que solo nosotros dos entendíamos. Papá estaba seguro de que algún día le tocaría. Pero a mamá le gustaba decir que apostar era tan inútil como rezar cuando se tienen problemas.

Solo faltaban cuatro puestos, pero sentía mis piernas como si fueran de corcho. Mamá no toleraba esas excusas.

—Ánimo, Pin —me decía en inglés cuando ya estaba harta de estar en el mercado.

Ante el puesto de los durianes comprendí que necesitaba una excusa de otro tipo, algo más contundente. Uno de los vendedores se agachó sobre el suelo mojado frente a un bloque de madera y cortó en él la dura cáscara de un durián con un cuchillo enorme. Las dos mitades se separaron dejando al descubierto la fruta de color crema, redonda y carnosa como un corazón. Por un momento, antes de que el penetrante hedor del durián se elevara en el aire, me quedé hipnotizada por la forma en que el tendero manipulaba la cáscara gigante llena de espinas. La mayoría de ellos llevaban guantes, pero al hombre no le importaba carecer de ellos. Cogía cada pieza de una cesta de paja tan alta como yo y, tras hacer un pequeño corte con su cuchillo, separaba ambos lados de la cáscara con las manos desnudas. Busqué callos en las palmas de sus manos —seguramente las tenía rugosas de tanto presionar las espinas punzantes. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea.

Primero empecé a moverme como si estuviera nerviosa, solo un poco, y luego me paré. Mamá

seguía mirando los durianes mientras decidía si los compraba o no. Esta fruta era su especialidad, pero yo no sabía qué había que hacer para comprobar la madurez de la piel. Cuando se volvió hacia mí, de nuevo me moví, como retorciéndome.

—Basta —dijo mamá.

Ella pensó que solo estaba nerviosa porque quería irme, pero en realidad yo estaba maquinando algo más grande. Me detuve un instante y luego, cuando pasó al siguiente puesto, reanudé el movimiento. Esta vez levanté la pierna y me la rasqué hasta que me hice una alargada roncha roja. Mamá seguía sin darse cuenta. Nuestra siguiente parada fueron los pollos. La dueña del puesto era una mujer joven con un niño que no se soltaba del bajo de sus pantalones cortos mientras nos miraba fijamente. Ella hizo un gesto para sacudírselo de encima, le dijo a mamá el precio y sacó un amasijo morado del interior de un pollo desollado, todo al mismo tiempo. Yo me agaché, me clavé las uñas en la piel y me arañé con tanta fuerza que hasta pude oír el ruido de los arañazos. Mamá, en plena negociación, me miró de reojo.

—Pin, ¿qué estás haciendo? ¿Qué pasa?

Hice un guiño fingiendo dolor y seguí rascándome. Normalmente, cuando mamá se rascaba las costras que tenía en la piel, hacía un ruido tan repugnante como los olores del mercado. Vi que por fin estaba prestando atención.

—Me pica —me quejé, moviéndome con aparente desazón; hasta yo estaba empezando a creérmelo.

Se agachó frente a mí al tiempo que soltaba todas las bolsas de plástico. El agua del suelo caló el bajo de su falda tobillera oscureciendo los bordes del tejido. No pareció importarle. Me examinó la pierna, justo donde me había salido un alarmante sarpullido.

—Ahora sí que nos vamos a casa —proclamó mientras se levantaba para pagar a la tendera, que tranquilamente se embolsó el cambio.

Mamá me sacó de los pasillos del mercado, de sus sonidos ahogados, de su iluminación amarillenta, de su olor a sangre cruda. La gente caminaba deprisa aquella brillante mañana y se fundía con la blancura del aire. Fuimos a dar a una acera bien pavimentada, a los parterres floridos y al runrún de los autobuses, que reducían la velocidad en cada parada. Solté un largo suspiro de alivio. Esto era otra vez Singapur, o al menos el Singapur que yo conocía.

Ahora voy a contar un secreto: dejé que mamá creyera que no la acompañaba al mercado porque tenía miedo de perderme, pero lo cierto es que ese no era mi mayor temor. El mercado no era mi lugar favorito del mundo, pero podía imaginarme que estaba bajo el agua, que era un turista interesado en comprar fruta exótica o un marciano que observaba fríamente la vida en otro planeta. Con el tiempo, incluso lograría abstraerme del olor a sangre y de los gritos de los tenderos; incluso aprendería a caminar con cuidado para no resbalar en el suelo mojado. Mi mayor temor, en nuestras visitas al mercado, era lo que mamá siempre me decía después, cuando estábamos volviendo a casa.

—Prométeme que no te volverás como yo.

La primera vez que pronunció estas palabras, me quedé esperando una explicación, pero no hubo ninguna. Le pregunté por qué lo había dicho y me contestó:

—Hay muchas razones, Pin. Eres demasiado joven para entenderlo todo, pero puedes evitar cometer mis errores. Yo solo quiero que lo tengas en cuenta. Apenas era un poco mayor que tú cuando todo se estropeó.

La segunda vez que me hizo la misma advertencia, le recordé que ya me lo había dicho la semana anterior, pero ella me miró con una expresión de dureza.

—Y lo voy a seguir diciendo hasta que aprendas, Pin —me espetó—: No te vuelvas como yo.

Me sentí avergonzada. Mamá no habría tenido que recordármelo si no me hubiera visto intentando imitar su forma de andar o tratando de peinarme como ella. Pensé que tal vez debía ser así: las hijas y las madres no tenían que parecerse. Yo no acababa de entenderlo, pero mamá era inflexible en este punto y lo repetía solo los domingos, así que se convirtió en nuestro ritual semanal posterior al mercado.

No me gustó. Sus palabras parecían anunciar que yo estaba en peligro; por eso deseaba saber más, pero a mamá le desagradaban las preguntas. Rara vez respondía, solo a su capricho. Con mamá solo estaba segura de unas cuantas cosas. Sabía que era guapa, pero tenía la piel estropeada y llena de marcas en los brazos y las piernas. Sabía que le gustaba ver películas en hindi y que a veces susurraba con delicadeza a las macetas que teníamos en la puerta del piso. Si quería saber algo más, tenía que buscar pistas en su forma de cocinar.

Durante el camino a casa mamá aminoró el paso para que pudiera seguirla. Parecía preocupada.

—Déjame que lleve eso —se ofreció, cogiéndome la bolsa del tofu.

Para volver a nuestro edificio, siempre tomábamos la ruta que nos alejaba de las largas filas de personas que se dirigían con paso lento hacia el mercado.

—Menos mal que hemos ido temprano; mira toda esa gente que va para allá. Tiene que ser de locos estar ahora ahí dentro —observó.

Nuestro bloque de pisos tenía el número 549. Tiempo atrás papá compraba un décimo con estos dígitos y lo combinaba con un número nuevo cada semana. Justo enfrente de nosotros, en la zona común del bloque 547, todo el espacio estaba ocupado por jaulas para pájaros hechas de ratán. Unos hombres ayudaban a colgarlas en los ganchos del techo y luego las numeraban. Las aves, de color parduzco, gorjeaban de manera estridente dentro de sus pequeñas mazmorras, como si cada una quisiera sobresalir sobre el resto. Habían colocado un cartel en caracteres chinos con su traducción al inglés garabateada debajo. Se trataba de otro concurso de pájaros cantores organizado por la comunidad de vecinos. Cada semana se celebraba uno en un bloque diferente. Un grupo de individuos viejos y panzudos, ataviados con pantalón negro y camiseta blanca, se habían sentado bajo las jaulas y ladeaban la cabeza en distintas direcciones escuchando atentamente para decidir cuál de los cantos era el más bello.

—A mí me suenan todos igual —murmuró mamá mientras salíamos del ascensor y recorríamos el corredor hasta nuestro piso.

El ruido de las aves llegaba hasta nuestra planta; el tono de sus silbidos era tan agudo que traspasaba las ventanas de la cocina, algo que teníamos que aguantar durante todo el santo día hasta que por fin se anunciaba el nombre del ganador.

Ya en casa, mamá fue a su habitación y salió con un frasco de pomada. La untó con cuidado sobre las rojeces que yo misma me había provocado en la pierna.

—¿Bien? —preguntó. Pero antes de que pudiera responder, agregó:— Sí, esto te irá bien.

Me sentía tan culpable por fingir que me había salido un sarpullido que enseguida me dispuse a alinear las bolsas de la compra en perfecta formación junto a la pared de la cocina. Mamá se paseó cubriendo varias veces la distancia desde allí hasta la encimera, como si fuera un general pasando revista a su tropa. Abrí la puerta de la nevera y moví un cartón de leche para hacer espacio. Había que seguir un orden determinado a la hora de colocar los alimentos, ya que todo estaba supeditado al menú semanal. Observé la forma en que mamá apilaba las espinacas y los brotes de soja en el cajón de las verduras, metía los muslos de pollo y el pescado en el congelador, y ponía el trozo de tofu en un cuenco con agua. Intenté adivinar las combinaciones de alimentos para la semana de la misma

forma que buscaba en mi mente los números ganadores de papá, pero no me salió nada. Nada tenía sentido. Solo mamá conocía el plan. Cuando terminó, la nevera, abarrotada, era una amalgama confusa de colores, y ya eran casi las doce.

Volví a mi cuarto, encendí el ventilador y me estiré sobre las baldosas frescas del suelo. La implacable luz solar se amortiguaba al pasar a retazos a través de las lamas de las persianas. En nuestra pequeña sala de estar, mamá había colocado los muebles como excusa para ver luego la televisión, así que, llegado el momento, se repantigó en el sofá de ratán. Las sombras borrosas de los vecinos seguían cruzando por la ventana de mi dormitorio y yo iba adivinando, segura de no equivocarme, a quién correspondía cada una. También podía predecir cómo se desarrollaría el resto de la jornada. Papá llegaría a casa tras su turno de noche en el hotel y asomaría la cabeza por la puerta de mi cuarto para que habláramos de sus números para la lotería. Mamá tendría lista una comida sencilla, nada demasiado contundente, porque ese día era domingo y los domingos le gustaba preparar una cena especial. Yo comería, ayudaría con los platos y luego me iría a mi habitación, dejando a mamá y a papá sentados en el sofá ante el televisor. Ya en mi cuarto, me quedaría adormilada escuchando las canciones de las películas de sobremesa en hindi, mientras el sol se ponía y la luz del día escapaba de nuestra casa.

En casa se cocinaba —y se comía— para algo más que para satisfacer el apetito. Mamá ideaba platos dependiendo de su estado de ánimo, del tiempo que hiciera o de si se habían producido acontecimientos fuera de lo corriente. Yo tomaba los alimentos con sumo cuidado, saboreando en busca de pistas. Las hojas de col empapadas en salsa dulce de coco me indicaban que se sentía tranquila: quizá había llovido aquella tarde y no me había dado cuenta al mirar por la ventana de la clase, en el colegio. Las hojas de laurel y las salsas agrias eran signos de sofisticación: mamá me animaba a salir de los estrechos pasillos de aquel bloque donde los vecinos se espiaban y tropezaban unos con otros. También estaban los palitos de canela; los utilizaba para tranquilizarme cuando percibía un fallo en el funcionamiento del mundo y quería amortiguar el golpe. El fuerte sabor del comino en cualquier plato evidenciaba su disgusto por algo. Había muchos platos con comino.

Fue papá quien me enseñó a encontrar los significados ocultos en la comida de mamá. Decía que era una técnica muy útil, sobre todo cuando estaba enojada. La primera vez que me habló de ello, me emocioné. Pensé que por fin sería capaz de comprender a mamá. Pero lo único que descubrí fueron sus emociones. Podía saborear su enfado en la cantidad de chile rojo en polvo y semillas de mostaza que espolvoreaba en el *curry*, así como era capaz de afirmar que estaba contenta cuando al asado de pollo le añadía una salsa de soja ligera y semillas de anís, y luego lo servía sobre arroz blanco. Pero me moría por conocer más cosas de mamá. Estaba llena de secretos. Lo supe desde la primera vez que la vi de pie en la ventana, observando con atención los edificios en la lejanía y el firmamento que se abría paso tras ellos. Lo hacía a menudo, ajena a todo lo que no fuera el amplio cielo. Pero yo nunca sabía a ciencia cierta si estaba mirando algo o en realidad buscaba algo.

—Tu madre no siempre dice lo que piensa o lo que siente —me explicó papá—, pero, cuando cocina, pone toda su mente y su corazón en la comida, y seguro que aprendes algo de ella.

Así que empecé a buscar a mamá en sus especias y sus salsas, en la combinación de sus verduras y en sus postres dulces.

Más o menos por las mismas fechas en las que mamá había empezado a incluir el mercado en nuestra rutina dominical, dejamos de ir al templo sij. No podría decidir cuál de los dos sitios me gustaba menos. No es que me importara llevar un *salwar-kameez*[5], la cabeza tapada o los pies desnudos. Me agradaba la tranquilidad de la sala de oración, con sus secciones separadas para

hombres y mujeres. Me imaginaba que era una persona famosa cuando descendía por aquella larguísima alfombra roja ya sin brillo y me inclinaba con reverencia ante el gran libro sagrado y el barbudo sacerdote que leía el texto en voz alta sin alzar nunca la vista. Podía aguantar el servicio religioso; lo hacía sentada con las piernas cruzadas, bajo los ventiladores que laminaban el aire y escuchando el sonido chirriante de los acordeones que marcaban el ritmo de los himnos. Pero me aterraba comer en el templo, y por eso estaba segura de que Dios me castigaría.

La comida del templo era *roti* al carbón: una torta hueca de masa blanda hecha con harina de trigo y agua, cocinada directamente sobre el negro picón humeante, en una plancha de hierro al rojo vivo. La coliflor y las patatas mezcladas con especias y el grumoso *dhal* se revolvían en ollas y sartenes inmensas calentadas sobre monumentales llamas azules que parecían faldas invertidas. Había también un yogur fino y licuado que tenía dentro tiras de zanahoria y de pepino. Nada de esto lo había preparado mamá. Las mujeres, que cocinaban en la parte de atrás del templo, vivían del cotilleo, parloteando sin parar sobre historias de los hijos y los matrimonios de sus amigas. Yo siempre las oía hablar cuando entraba a poner mi plato en el fregadero. En cierta ocasión me di cuenta de que una de ellas, cuando pasé a su lado, le dio un codazo a su amiga.

—¿No es esa…? —preguntó.

Pude oírla porque en ese momento había alzado algo la voz. De camino a casa en mi paladar se repetía el sabor de su comida: era seco y agrio como los cotilleos que hacía circular en murmullos, así que le dije a mamá que no podía seguir comiendo en el templo.

«Es la comida de Dios», me respondía siempre ella en tono tajante, como si con eso se explicara todo. Me recordaba que debía estar agradecida por ser sij, porque en nuestra religión todo el mundo era tratado por igual a la hora de comer: «Jóvenes y viejos, ricos y pobres; si crees en Él, eres bienvenido a cenar en el templo». Tuve que admitir que era muy generoso por parte de Dios alimentarnos a todos. Pero, para mí, su comida debía ser un poco más atrayente.

Rezongar alrededor de mamá no era buena idea; no lo toleraba, y en el templo nunca intenté poner en práctica el truco de rascarme porque era demasiado arriesgado con tanta gente mirando: se suponía que allí no conocían los problemas dermatológicos de mamá, algo que nosotros tres manteníamos en relativo secreto. Mamá tenía una enfermedad que hacía que la piel le picara y se le enrojeciera terriblemente. El médico al que consultó le recetó una pomada específica y le aconsejó no rascarse, pero a veces —decía— no podía soportarlo. Si se enfadaba, su piel empeoraba aún más. Las erupciones crecían y se extendían, apoderándose por completo de su cuerpo. Para ir al templo, incluso en los días más calurosos llevaba manga larga, que estiraba hasta cubrir sus manos cuando alguien la miraba. Y la gente siempre estaba mirando: las señoras de nariz aguileña, con sus grandes ojos y su pelo canoso; las más jóvenes, que apartaban los ojos solo para luego poder volver a observarla. Los hombres mantenían la vista sobre ella por más tiempo. Una vez le pregunté a mamá por qué siempre nos miraban. Se encogió de hombros y dijo: «Cuando empezaron mis problemas de piel todos tenían sus propias teorías al respecto. Son un hatajo de estúpidos supersticiosos».

Para conseguir que fuera a comer al templo, mamá recurría a la paciencia, me suplicaba, luego me amenazaba; incluso a veces dejaba que su voz se elevara casi hasta gritar, pero había tanta gente mirando que tenía que bajarla enseguida y darse por vencida. Finalmente, yo tendría unos seis años, se le ocurrió una idea. En el bolso, además de servilletas y un monedero lleno de dinero suelto, llevaba un pequeño tarro de azúcar. Con la condición de que antes echara un vistazo a mi alrededor para ver si alguien estaba observando, me dejaba espolvorearla sobre el *roti*. Yo siempre esperaba a que se fundiera con la masa caliente antes de arrancar el primer bocado. Cada vez que mamá me dejaba comer este pan con azúcar, sacudía la cabeza en señal de desaprobación y me decía en voz

baja:

—Es la última vez.

Pero se llevaba el tarro todos los domingos, fuera cual fuera el programa del templo. Una vez me dijo que el *roti* era lo único que su madre cocinaba cuando ellos estaban creciendo. No me sorprendió, pues mi Nani-ji —mi abuela— seguía comiendo *roti* en todas las comidas.

—En ocasiones también tuvimos que hacer cambios. Solo para variar —me dijo, con una sonrisa en los labios.

Era el tipo de sonrisa que ponía cuando recordaba algo que la hacía feliz. Yo no estaba acostumbrada a aquella expresión, porque el rostro de mamá se ensombrecía a menudo recordando el pasado.

Nani-ji iba al templo todos los domingos y se sentaba en la zona de las mujeres, con su velo de viuda en la cabeza. Su pelo era tan fino que a través de la tela de su chal se distinguían pequeñas franjas rosadas de su cuero cabelludo. Cada vez que entraba en el recinto y la veía, me levantaba rápidamente para asegurarme de que el pañuelo me cubría la cabeza y la corta cola de caballo. Por el rabillo del ojo observé que mamá hacía lo mismo. Nani-ji sabía que nos cortábamos el pelo y no le gustaba, así que hacíamos todo lo posible por ocultar nuestro pecado, para que no lo notara ni comentara nada. Se supone que los sijs no se cortan el cabello ni se afeitan; las jóvenes y mujeres adultas llevan trenzas que les cuelgan por la espalda como si fueran cordeles, y los hombres, turbantes y espesas barbas que les comen gran parte de la cara. Mamá y yo íbamos a la moda con nuestro pelo corto; y papá también, con esos puntitos que le salían en las mejillas de afeitarse. La mayoría de las veces conseguía librarse de ir al templo porque en el hotel había cogido el turno del domingo. No era muy religioso, me había confesado en una ocasión. No tenía nada en contra de Dios, decía, pero tampoco creía necesario sentarse en su casa cada semana a tomar el té.

Nani-ji era demasiado mayor y caminaba demasiado despacio como para ir al templo sola; el hermano de mamá, Mama-ji Sarjit, la llevaba en coche por las mañanas. Siempre se sentaba delante con su mujer, la Tita-Gorda, así que nosotras nos colocábamos detrás. Mamá hablaba poco con su hermano, y con su cuñada, aún menos. Unos años antes, en una discusión, la Tita-Gorda había humillado a mamá porque no había asistido a las oraciones de inauguración de su casa. Yo me enteré porque mamá se burló del tipo de la Tita-Gorda, concretamente de su trasero. Tras el incidente evitamos el templo durante unas semanas; luego Nani-ji enfermó y tuvo que ser ingresada en el hospital, así que no tuvieron más remedio que volver a hablarse. Fingieron amabilidad al saludarse y al cogerse del brazo cuando estábamos en la cola de la comida. La tensión cargó tanto el ambiente que hasta se posó en el té con leche que tuve que beber para que el mendrugo que estaba comiendo me pasara por la garganta.

—No me gusta —le dije a mamá agitando la taza en su dirección.

Las hojas negras del té subieron a la superficie.

—Es… antipático.

—Amargo —me corrigió.

Había suspendido la prueba. Quería ver si ella también podía saborear las emociones.

—No hay sabores «antipáticos»; es el cardamomo, que altera el gusto, le quita el dulzor.

Mamá no era consciente de la cantidad de pistas que me daba cada día.

Mi tío, Mama-ji, siempre exhibía una mueca de disgusto bajo la espesa barba. Saludaba limitándose a asentir con la cabeza. Dejaba que la Tita-Gorda hablara a su antojo; era la que más voceaba en el templo. Desde el lado opuesto al de la sección de mujeres se podía oír su voz chillona rebotando entre las planchas de acero y las paredes de color amarillo pálido. Se llevaba bien con las

demás. Yo no estaba segura de que a mi abuela le gustara, porque a Nani-ji no le gustaba nadie, pero el caso era que la Tita-Gorda siempre estaba a su lado. Cada vez que Nani-ji se levantaba, la Tita-Gorda iba presto a ayudarla; cada vez que Nani-ji tosía, la Tita-Gorda le daba palmaditas en la espalda, mirándola concentrada más que con preocupación. A mamá, con todo este paripé, se le adelgazaban los labios, como si estuviera tragándose un comentario desabrido, y, como ella se sentía mal, yo también me sentía mal. Pasé todo el tiempo que duró la comida en el templo concentrándome en odiar a la Tita-Gorda; no pude comerme el arroz con leche, ni los dorados y grasientos aros de *jalebi*, porque la rabia se había apoderado de mis papilas gustativas y todo me sabía amargo.

El caso es que dejamos de ir al templo por una discusión de mamá con la Tita-Gorda. Nunca supe exactamente por qué habían discutido, pues no había nada en lo que no estuvieran en desacuerdo. Sucedió el año pasado en el comedor, después de un largo servicio religioso. Yo acababa de terminar de comer y me quedé mirando los retratos de los cinco gurús que colgaban de la pared, tratando de entender las historias que contaban. Uno de ellos mostraba a Gurú Nanak montado a caballo, con un delicado halo de luz alumbrando sus largos ropajes. En otro, tres hombres cargaban contra un ejército provisto de lanzas. En el tercero, los nueve gurús aparecían sentados en fila con las piernas cruzadas y con un templo a sus espaldas. Dejé que mis propias piernas se balancearan bajo la mesa. Nani-ji y la Tita-Gorda se sentaron frente a nosotras. La sobrina de la Tita-Gorda estaba allí: era una chica llamada Harpreet, de larga melena y barbilla puntiaguda.

—Somos primas —me dijo con toda naturalidad—; mi tía es tu tía.

Tras reconstruir mentalmente la supuesta relación, enseguida vi que en realidad no éramos parientes. La madre de Harpreet era la hermana de la Tita-Gorda, pero lo cierto es que la chica era bastante simpática; cuando sin querer le di una patada por debajo de la mesa, antes de que yo pudiera disculparme, me dijo en tono despreocupado:

—¡No pasa nada!

Mientras mamá y la Tita-Gorda hablaban en inglés, Nani-ji comía despacio, aplastando el *roti* con los dedos antes de metérselo en la boca y frunciendo el ceño porque no entendía lo que decían. La conversación se refería a ella.

—Es demasiado mayor para quedarse sola —insistía la Tita-Gorda—. No puede vivir en mi casa —añadió—. Tengo dos chicos que cuidar.

Señaló a sus dos hijos, mis primos Devjit y Gurpreet. Eran ya adolescentes y no parecían necesitar que nadie los cuidara. Yo no era consciente de que me había quedado mirándolos hasta que Devjit me puso mala cara, así que volví a concentrarme en mamá.

—En mi piso no tenemos sitio —se justificó—. Es demasiado pequeño. Al menos, en tu casa hay una habitación libre. Ya sabes que quiero cuidar de mi madre ahora que es anciana, pero lo cierto es que no es viable.

—¿Qué?, ¿quieres cuidar de ella o solo estás poniendo excusas? —replicó la Tita-Gorda.

Mamá la miró fijamente; pude sentir como hervía por dentro de rabia.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó en voz baja.

—Nada, es muy típico de ti. No te gusta asumir responsabilidades familiares. Y es difícil saber cuándo estás diciendo la verdad.

Miró con atención las muñecas de mamá, que sobresalían bajo sus mangas largas. El sol había calentado mucho aquella mañana mientras caminaban desde casa hasta el autobús, así que la piel de mamá había adquirido un color rojo intenso.

—¿Quieres salir a jugar? —me preguntó Harpreet.

Quise decir que no, pero mamá se volvió hacia mí y me dijo:

—Pin, ve con tu nueva amiga.

Y dedicó a Harpreet una cálida sonrisa.

—Tu madre es muy guapa —dijo Harpreet mientras buscábamos nuestros zapatos en las estanterías de fuera.

Yo había colocado los míos encima de los de mamá, pero luego había llegado más gente a quitarse los suyos, de forma que el suelo era un puro revoltijo de zapatos de cuero negro, calzado deportivo, sandalias de lentejuelas de tacón alto y zapatillas planas.

Cuando por fin encontré mis zapatos, Harpreet me dijo:

—No te los pongas. Vamos a jugar a un juego de correr.

Al salir, bajamos por unas escaleras que conducían a un patio donde me encontré con los demás niños. Mamá y yo nunca permanecíamos mucho tiempo en el templo, así que no los conocía.

—¡Esta es mi prima Parveen! —dijo Harpreet, apretándome la mano.

—Soy Pin —corregí.

Nadie me llamaba por mi nombre completo. A papá le gustaba bromear diciendo que era demasiado largo para lo pequeña que era yo.

El patio era un amplio espacio abierto con altas paredes grises cubiertas de musgo y enredaderas. El suelo que pisábamos era áspero y desigual, pero Harpreet me aseguró que me acostumbraría en cuanto empezara a correr. Ella era la encargada de elegir el juego porque era la mayor.

—¿Podemos jugar al pilla-pilla? —preguntó un niño.

—Luego —respondió Harpreet, y entonces vi cómo giraba la cabeza hacia un lado—: *Choos* —pronunció en voz baja.

Al percibir mi extrañeza, tras echar un vistazo alrededor, me explicó en un susurro:

—Lo aprendí de mi amigo en la escuela: si dices una mentira, tienes que decir *choos* después. Si no, Dios te castigará por mentir.

Tomé nota.

—Jugamos a «¿Qué hora es, señor Lobo?».

Una persona era el señor Lobo y tenía que ponerse contra la pared de espaldas al resto. «¿Qué hora es, señor Lobo?», gritábamos, y el señor Lobo decía una hora. Nos acercábamos a él dando el número de pasos que había indicado: si decía que eran las tres, dábamos tres pasos. Cuando alguno de nosotros estaba ya lo bastante cerca del señor Lobo, tenía que intentar tocar la pared y volverse corriendo antes de que él lo pillara tocándolo. El pillado se convertía en el siguiente señor Lobo.

Jugamos varias veces, hasta que una masa de nubes bloqueó brevemente la luz del sol y proyectó sus sombras en el patio.

—¡Lluvia! —gritó Harpreet, y comenzó a bailar como si ya estuviera diluviando.

A lo lejos, oímos un trueno. Una fuerte ráfaga de viento trajo el olor a tierra mojada de alguna otra parte de la isla donde, en efecto, ya llovía. Yo esperaba que mamá saliera del templo de un momento a otro, pero no había señales de ella.

—Vamos a jugar un poco más. Quiero ser el señor Lobo —pidió un niño llamado Jaswinder.

En realidad, no le tocaba ser el señor Lobo, pero todo el mundo estaba cansado; estábamos jugando ya sin muchas ganas. Corrió hacia la pared de enfrente.

—¿Listos? —gritó.

—Yo sí.

Entonces los adultos empezaron a salir con cuentagotas, elevando la vista al cielo de hojalata.

—¿Qué hora es, señor Lobo? —preguntamos.

Él no respondió.

—¡Oye! ¿Qué hora es, señor Lobo?

Todavía nada.

—¿¡Qué hora es, señor lobo!? —gritamos todos al unísono.

Jaswinder se giró lentamente, sonrió y luego soltó:

—¡Jodeeeer!

El grupo enmudeció. Algunos chicos empezaron a reírse. Las niñas estaban horrorizadas.

—Se lo voy a decir a tu madre —le regañó Harpreet, que, dirigiéndose a mí, sacudió la cabeza y me aclaró—: Conozco a su madre.

El muchacho no parecía dispuesto a hacer caso: volvió a pronunciar la palabrota entre risitas. Los otros niños chillaban a carcajadas, pero ninguno se atrevió a repetir lo que acababa de oír. Las niñas se apiñaron.

Harpreet no tuvo que decírselo a su madre; la mujer se encontraba entre el grupo de adultos que abandonaban el templo en el instante en que el cielo empezaba a oscurecerse. Corrió hacia nuestro grupo como un rayo.

—Repite eso —le desafió antes de darle dos bofetadas en la cara.

A mí se me escapó un gemido. Harpreet, en cambio, se puso en jarras y parecía satisfecha. Jaswinder comenzó a gimotear y a aullar arrastrado de la oreja por su madre.

—Decir palabras vulgares en el templo delante de todo el mundo… Espera a que le cuente esto a tu padre. Te va a dar más palos que a una estera. ¡Tú espera y verás!

Por un momento nos quedamos en silencio, como si lloráramos la pérdida de un soldado.

—Podríamos jugar a la pelota o al escondite —sugirió una niña huesuda llamada Neelu.

Harpreet estuvo de acuerdo y me preguntó si yo también quería jugar. Estaba a punto de decir que sí cuando vi que mamá salía del templo con mis zapatos en la mano. Andaba muy deprisa; algo iba mal. Me di cuenta por la forma en que me miraba, casi sin prestarme atención, porque su mente estaba ofuscada con otros pensamientos.

—Ya nos vamos, Pin —dijo bruscamente.

—Estamos jugando al escondite.

—No. Toma los zapatos. Nos vamos ahora.

Me volví hacia Harpreet.

—Bueno, pues la semana que viene —me disculpé.

Ahora que conocía a los otros niños me gustaba más el templo; correr y jugar me había hecho olvidar la comida mala de Dios.

—No. No vamos a volver la semana que viene. No volveremos más aquí —apuntó mamá, y los ojos de Harpreet se abrieron de par en par.

Cuando me hube calzado, mamá me cogió de la mano y me sacó fuera del patio. El grupo de adultos se apartó en silencio para dejarnos pasar. Los niños parecían desorientados. Harpreet me hizo un gesto de despedida con la mano, pero mamá tiraba de mí tan fuerte que no tuve tiempo de devolverle el saludo.

En la parada del autobús, me di cuenta de que mamá tenía las manos en carne viva. Se las retorcía, se mordía el labio inferior y trataba en vano de contener unas lágrimas que ya le caían por las mejillas. Apoyé mi cabeza en su hombro y mi mano en la suya, pero me apartó.

—Dios lo ve todo, Pin —dijo finalmente cuando se acercaba nuestro autobús—; solo recuerda eso.

Inmediatamente me sentí culpable por haber jugado a «¿Qué hora es, señor Lobo?» con

Jaswinder, aquel niño malhablado. Dios lo había visto todo.

Al domingo siguiente empezamos a ir al mercado y, a partir de entonces, mamá convirtió en una religión la compra y el proceso de transformación de los alimentos en deliciosos platos gracias a sus recetas. La Tita-Gorda tenía que haber dicho algo terrible para que se enfadara tanto, pero no me atreví a preguntarle qué. Me limité a acompañarla al mercado y, cuando me advirtió por primera vez de que nunca debía ser como ella, me limité a decir:

—De acuerdo.

Luego me volví hacia el otro lado y pronuncié: *«choos, choos, choos»*. Tres veces, para que hiciera más efecto.

Me desperté de la siesta al oír el chasquido de la cerradura de la puerta al abrirse.

—Hola, papá —murmuré cuando entró en mi habitación.

—Hola, Pinny —dijo con aire sonriente—. ¿Hoy no juegas al fútbol?

—No, es domingo —le respondí.

Los chicos del barrio a veces me dejaban jugar con ellos a tirarnos la pelota y al fútbol. Yo tenía una fuerte patada y era lo bastante pequeña para meterme en los espacios poco profundos de los desagües adonde a veces iban a parar los balones. Y era una niña, por lo que los vecinos se quejaban menos si les golpeábamos accidentalmente, pues se me daba bien poner cara de tristeza y pena cuando me regañaban.

—He visto a los niños abajo —dijo papá.

Se sentó en el suelo cruzando las piernas, luego miró a su alrededor como si quisiera comprobar si había alguien espiando. Bajó la voz.

—¿Prometes que no se lo dirás a nadie?

Asentí con la cabeza.

—¿Lo prometes? ¿Lo prometes, *lo prometes*?

Sacó del bolsillo un fajo de billetes doblados como si fueran dólares. Mis ojos se abrieron de par en par. Debía de haber más de veinte papeletas de lotería.

—¿Tantas? —pregunté, cogiéndolas.

Las extendí en el suelo para examinarlas. Cuatro de los décimos tenían números que yo le había dado; el resto eran desconocidos para mí. Señalé billetes al azar y pregunté por ellos.

—¿De dónde sale este?

Las explicaciones de papá eran variadas. Sus números eran como los platos de mamá: llenos de historias y combinaciones. 4402 era la matrícula del coche de un huésped rico del hotel. 2421 era el coste de sus zapatos nuevos, 24,21 dólares. El 6748 se le acababa de ocurrir durante un turno de noche y lo tomó como una señal de que tenía que usarlo.

—Esta semana había tantos números importantes, Pin… —me confesó—. No podía limitarme a comprar solo uno o dos.

Él no tenía por qué darme explicaciones. La que se iba a enfadar mucho si se enteraba era mamá, convencida de que la lotería era tirar un dinero que no teníamos. «¡Por qué no consigues un trabajo mejor en lugar de gastar todo tu sueldo en estúpidos billetes de cuatro dígitos!», le recriminaba siempre, más en tono de afirmación que de pregunta.

—No se lo diré a nadie —tranquilicé a papá mientras él iba contando los décimos antes de volver a meterlos en los bolsillos.

—Gracias, Pinny.

Alisó con la mano mis rebeldes rizos, que volvieron a brotar de inmediato.

—Tengo que ir a cortarme el pelo —reconocí. El clima húmedo me encrespaba el cabello, lo que me daba cierta apariencia de monstruo. En el colegio siempre lo recogía en una coleta porque no se nos permitía llevarlo suelto. Cuando mamá se sentía generosa, me dejaba usar un poco de su laca para alisarme los rizos, que luego me sujetaba con su pinza negra *strass*, y entonces el pelo me brillaba.

—¿Por qué no le has pedido a mamá que te lleve hoy a la peluquería? —preguntó—; después del mercado… —añadió.

Me miré la mancha de la pierna. La rojez que me había provocado se había desvanecido. Pero papá no estaba mirando al mismo sitio. Tenía la costumbre de hacer preguntas y luego no prestar atención a las respuestas. Me tumbé boca arriba y vi cómo mi estómago subía y bajaba acompañando mi respiración. La oscuridad iba invadiendo mi cuarto. Los gorjeos de los últimos pájaros cantores del concurso que aún quedaban en el otro bloque se colaban en nuestro piso en pequeñas oleadas.

—Teníamos mucha compra que traer —respondí finalmente.

—He visto que tu mami ha llenado la nevera como si no hubiera un mañana —apuntó.

—Quizá se le hayan ocurrido nuevos platos.

—Puede ser —añadió papá sin mucho convencimiento.

En su entrecejo aparecieron tenues líneas de preocupación. La última vez que mamá compró tanta comida como resultado de una repentina inspiración, primero parecía entusiasmada, pero luego se puso nerviosa. Echaba ralladura de canela a los muslos de pollo; mezclaba verduras de hoja con judías verdes; se empeñaba en decorar sus platos como si fueran buqués coloristas. Eso ocurrió la primera semana después de la discusión en el templo. Nani-ji había llamado varias veces a casa para hablar con mamá, pero mamá no quería hablar con nadie.

—¡Si sigues pensando que soy una mentirosa, déjame en paz! —le gritó un día al auricular, sin saludar siquiera a quien se encontraba al otro lado de la línea.

Poco a poco, las llamadas cesaron y mamá empezó a idear platos más apacibles: pescado con salsa al *curry* suave como el terciopelo, cerdo asado y glaseado en rodajas, fideos cocidos con verduras finamente picadas.

Tratándose de comida, siempre decía que el dinero no importaba. Regateaba en el mercado, pero si la obligaban a pagar el precio marcado, lo aceptaba. Solo reaccionaba después, en casa, cuando rebuscaba en su bolso y dejaba los billetes y el cambio sobre la mesa, suspirando y chasqueando la lengua contra los dientes. Papá intentaba compensar la escasez de dinero haciendo que pareciera que teníamos más. Le gustaba recordarme que era solo cuestión de tiempo acertar el pleno en el sorteo de los 4D; entonces, me aseguraba, todo aquel alboroto y toda la preocupación parecerían una tontería. Yo le seguía la corriente porque mamá se negaba a hacerlo, así que intentaba dejarme convencer, pero me costaba, porque lo cierto es que nunca ganaba ni siquiera un premio de consolación. Papá no se limitaba a comprar boletos de los 4D; se presentaba a todos los concursos y sorteos de los que tenía noticia. Cuando en la radio los locutores anunciaban que los diez primeros en llamar ganarían un *walkman* o entradas para el cine, él saltaba como un resorte en dirección al teléfono y marcaba el número. A veces deseaba que creyera un poco en Dios, porque de esa manera Él lo guiaría para elegir por fin los números correctos o para llamar a la emisora de radio en el momento adecuado. Había un punto en aquel afán de papá que hacía que me doliera el corazón. Necesitaba ganar algo.

Teníamos dos teléfonos en el piso. Uno estaba fuera, en el salón: era negro, con la superficie pulida y

botones adicionales para activar funciones que no necesitábamos usar, como la llamada en conferencia y el altavoz. Papá lo había ganado en el sorteo que hacían en su oficina por el Año Nuevo chino, el único en el que había recibido un premio. Metimos el viejo aparato —uno básico de color crema— en el trastero, hasta que un día descubrí una toma de teléfono bajo mi escritorio. Papá lo conectó, pero mamá insistía en que lo quitara porque yo era demasiado pequeña para tener mi propio teléfono, aunque compartiéramos la línea.

—Pin no necesita hablar con nadie desde su habitación. En esta casa no hay secretos —le dijo mamá en voz alta.

Pero papá no quiso desconectarlo y respondió:

—Espera a que alguien llame y escucha; verás por qué es bueno tener dos teléfonos.

Tenía razón. Cuando entraban las llamadas, aquellos dos tonos independientes sonando a la vez se oían estupendamente. Los vecinos se asomaban a nuestro piso impresionados.

Papá me hizo prometer que no escucharía las conversaciones desde el aparato de mi habitación. Yo intenté razonar con mamá:

—Pero si no hay secretos en casa, ¿por qué no lo puedo usar para escuchar?

—No seas descarada, Pin —dijo sin más; esa fue su única respuesta.

Cuando sonó el teléfono aquel domingo de julio por la tarde, mamá y papá estaban en la cocina charlando en voz baja. A mí me daba demasiada pereza levantarme del suelo, pero entonces recordé que aún tenía cosas del colegio que preparar para el día siguiente. Los tutores nos inspeccionaban los zapatos todos los lunes y ya me habían puesto un negativo por no llevarlos limpios y brillantes.

El teléfono seguía sonando: la voz de mamá aumentaba de volumen y, por un momento, mi corazón se detuvo. ¿Se habría enterado de lo de los billetes de lotería? Pero entonces me fijé en el tono de papá: no intentaba defenderse.

—Si eso es lo que quieres, sigue comprándola. No te lo voy a impedir. Tú no vas a parar, pero nuestra cuenta bancaria sí va a hacerlo —replicó mamá.

Era una discusión de dinero, una discusión normal, de las que empezaban y estallaban de cuando en cuando en nuestra casa y permanecían en el aire hasta que se retomaban. El teléfono sonó una vez más.

Debí de levantar el auricular al mismo tiempo que mamá, porque, por lo general, si lo cogía cuando ya había empezado a hablar, ella oía el clic y decía:

—¡Pin! Estoy hablando yo. Cuelga el teléfono.

La Tita-Gorda estaba al otro lado de la línea. Yo no había escuchado su voz desde aquel día en el templo. He de reconocer que tampoco la había echado mucho de menos.

—Hoy han tenido que llevar otra vez a madre al hospital. Solo he pensado que querrías saberlo —informó en tono desabrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mamá.

—Sus pulmones otra vez. Lleva unos días con una tos muy fuerte. Tuvimos que convencerla de que fuera; ya sabes cómo es. Los médicos dicen que ahora está estable y quieren tenerla en observación uno o dos días, pero ella insiste en dejar el hospital mañana.

—Bueno, si se siente lo suficientemente bien… —dijo mamá.

—La cuestión es que ahora se vale peor por sí misma. Es como si se fuera apagando cada día.

—Lo sé. Ya hemos hablado de eso.

—Últimamente ha estado hablando mucho de ti.

Mamá suspiró, pero a través de la línea aquello sonó más bien como un rugido.

—No puedo cambiar lo que ella piensa. Ni lo que piensa nadie. Puedes decírselo.

—Díselo tú misma. Me dijo que llamara y preguntara si aceptarías que se quedara en tu casa.

—¿Qué? —preguntó mamá.

Casi se me cae el auricular. ¿Nani-ji quería venir a vivir con nosotros? Eso no me sonaba bien.

La Tita-Gorda suspiró.

—No sé por qué, pero eso es lo que ha estado diciendo. Últimamente habla mucho de la vejez, que hay que dejar atrás el pasado y cosas así. Dice que quiere olvidar lo que sucedió. Fue hace tanto tiempo… Quiere estar más tiempo contigo y con Pin.

—Tengo que pensarlo —dijo mamá—. La verdad es que aquí no hay mucho espacio.

Había un punto exultante en su voz. Era emoción. Mamá estaba feliz; me pareció escucharla reír en su interior. Colgué el teléfono con cuidado y me fui a la sala de estar a observarla; había acertado. Estaba sentada en el borde del sillón de ratán, moviendo nerviosamente la rodilla. Una sonrisa asomaba a sus labios como si estuviera a punto de dar rienda suelta a sus sentimientos.

Ella y la Tita-Gorda siguieron hablando durante unos minutos más antes de que mamá le dijera que aún tenía la cena por hacer. Se despidió y entró rápidamente en la cocina. Ahí estaba papá, sentado ante las hojas del periódico esparcidas sobre la mesa.

—Lo sabía —dijo sin disimular su alegría—. Cuando me he levantado por la mañana he tenido este presentimiento; la sensación de que mi madre llamaría pronto y me pediría quedarse con nosotros. Yo no quería decir nada, pero lo sabía. Quiere olvidarlo todo.

La puerta de la nevera sonó como un beso cuando mamá la abrió y empezó a vaciar los estantes.

—Mientras hoy compraba tanta comida no dejaba de preguntarme por qué; ¿qué había que celebrar? Y ahora lo sé. Esta mañana lo presentía. Quiere olvidar y pasar página. Lo sabía…

Siguió repitiendo lo mismo hasta que quedó claro que en realidad no estaba hablando con papá, sino consigo misma. Pronto la encimera se llenó de hierbas aromáticas molidas, especias en polvo y carne congelada. Reía de felicidad para sus adentros.

—Pero ¿qué hago?… Ella no puede comer lo mismo que nosotros…; aunque ha dicho que quiere dejar atrás el pasado. ¿Eso implicará también cambiar su forma de alimentarse?

Papá se limitó a mirarla sin decir palabra.

—¿Qué sucede? —pregunté en tono cándido al entrar en la cocina.

Papá abrió la boca como si fuera a decirle algo a mamá, pero en ese momento ella salió, así que se dirigió a mí:

—Tu abuela, Nani-ji, se viene a vivir con nosotros.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté.

—Por un tiempo —contestó mamá molesta—. No seas maleducada.

—¿Dónde va a dormir? —continué, al tiempo que echaba un vistazo a nuestro piso. No se me ocurría ningún lugar para poner a Nani-ji aparte de la despensa.

—Todavía no hay nada decidido —dijo finalmente papá—. Ni siquiera sabemos si de verdad va a venirse a vivir con nosotros.

Los profundos pliegues del entrecejo se le marcaron de nuevo. Se rascó la cabeza.

—Si yo le digo que puede venir, entonces sí que vendrá —afirmó mamá.

—¡Yo no quiero que venga! —exclamé.

Papá empezó entonces a recopilar las páginas dispersas de su periódico y a ponerlas en orden. Yo no entendía cómo podía estar tan tranquilo, si era él precisamente quien menos le gustaba a Nani-ji.

Papá y mamá se intercambiaron miradas. Ella parecía enfadada, pero el atractivo despliegue de la compra sobre la encimera la distrajo. Me dio la espalda y empezó a ordenar las verduras y la carne pulcramente en los estantes.

—Te llevo a picar algo, Pin —me propuso papá—. Solo por esta noche —le dijo a mamá.

Ella al principio negó con la cabeza, y murmuró algo así como que su madre le habría dado un capón si, de niña, hubiera sido tan caprichosa, pero se la veía muy entusiasmada y quizá por eso lo dejó estar.

—Vamos, Pin. Deja de hacer el tonto. Vamos abajo. Picaremos algo y luego subiremos a comer lo que haya hecho tu mami.

Papá me sonrió cariñosamente. Siempre hacía lo mismo, se aseguraba de que tanto mamá como yo nos quedábamos contentas.

—Bueno —acepté.

Fui a mi habitación a ponerme las bermudas de tela vaquera que había llevado al mercado por la mañana; la camiseta roja estaba en un rincón hecha un guiñapo. Aún no se le había ido el olor a pescado.

Una fresca brisa vespertina recorría el aire cuando salimos de nuestro bloque. Le di la mano a papá entrelazando mis dedos con los suyos. Los domingos por la tarde las calles se quedaban casi vacías y había menos ruido; caminamos como si aquel espacio nos perteneciera. Tubos fluorescentes y carteles luminosos alumbraban los puestos de comida. Yo me pedí los fideos *hokkien* con brotes de soja y rodajitas de chile; papá, arroz *dedo-índice*. Lo llamábamos así porque la comida estaba dispuesta en pequeñas bandejas detrás de una vitrina, así que los clientes tenían que pedir un cuenco de arroz y luego señalaban con el dedo el ingrediente que querían: tofu, pastel de pescado, judías verdes fritas, espinacas o pollo al vapor. El letrero situado sobre el puesto decía: «Arroz económico muy sabroso». Era un menú barato: por solo tres dólares papá compraba un plato tan lleno que apenas podía verse el arroz del fondo. Nunca hablábamos mientras comíamos.

Mis fideos eran lisos y resbaladizos, difíciles de sujetar con los palillos, y el chile me ardía en los labios; era más picante de lo que recordaba. Estuve estudiando las expresiones de la cara del vendedor, escondida tras el humo que se elevaba de su wok chisporroteante. Encajonado entre los mostradores de acero y la caseta de cristal de su puesto diminuto, se le veía demasiado grande e incómodo. Papá terminó antes que yo y soltó un suspiro de satisfacción. Mientras comía pensé en Nani-ji, tratando de sentir algo de culpa o incluso un poco de tristeza. Me pareció que mi estómago acusaba alguno de estos sentimientos, pero pasado un rato concluí que mi malestar se debía solo a los fideos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó papá—. ¿Estás lista para la escuela mañana?

Hice una mueca. Él se rio y movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Te queda mucho camino por recorrer, Pin —me recordó.

Hice otra mueca.

—¿Por qué tiene que quedarse Nani-ji con nosotros? —pregunté.

—No tiene por qué. Pero tu madre quiere que se quede.

—¿Por qué? —insistí.

Papá hizo una pausa, estaba seleccionando con cuidado las palabras que iba a utilizar, al igual que un rato antes había hecho con los ingredientes que acompañaban al arroz.

—Por un lado, está enferma. Y ella y tu mamá tienen muchas cosas que resolver… Es muy complicado, Pin. No me corresponde a mí explicártelo.

Bajó la mirada y dejó caer las manos. Por eso nunca le había pedido a papá que me aclarara por qué mamá no quería que me pareciera a ella. Para él era un gran enigma, como para todo el mundo. En ocasiones, mientras ella hablaba, él la miraba de pronto de un modo distinto, como si acabara de conocerla. Tratándose de mamá, ambos nos asombrábamos con frecuencia y a menudo estábamos

algo confusos.

—Tú no le gustas —le recordé a papá.

—A Nani-ji hay muchas cosas que no le gustan. Ha tenido una vida dura.

—¿Dónde va a dormir? ¿Y por cuánto tiempo?

—Escucha, Pin —me dijo—: No quiero que le des más vueltas a esto. Te guste o no, tu abuela se va a quedar con nosotros. Es la madre de tu madre. Es de la familia y, a veces, hacemos sacrificios por la familia, ¿vale? Si yo quisiera que mi madre y mi padre vinieran a quedarse con nosotros, probablemente a mamá no le haría mucha gracia, pero lo aceptaría, ¿no?

Yo no estaba muy segura de eso. De todos modos, los padres de papá ya habían muerto cuando se casó con mamá.

—A ver si te entra en la cabeza —continuó—. En cualquier caso, pasará todavía algún tiempo, tal vez una o dos semanas, antes de que Nani-ji se mude. Estate tranquila, que aún no está haciendo las maletas.

Una gata callejera con pintas se me coló entre los tobillos y luego se fue hacia papá. Me agaché para acariciarla. Si mamá hubiera estado allí, me habría retirado la mano y habría exclamado: «¡No seas cochina!».

Pero papá me dejó acariciar su largo pelo gris. Le rasqué detrás del cuello hasta que se tumbó y se estiró en el suelo con las patas extendidas y las garras abiertas. Él miró debajo de la mesa y la atrajo con un trozo de pastel de pescado. Mientras el animal se agachaba a olisquearle la mano rebuscó en su bolsillo y sacó una factura vieja.

—¿Tienes un boli? —preguntó.

—No —dije.

Sacó también el bolígrafo que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa.

—Tú empiezas —me pidió, señalando a la gata con la mirada.

Yo negué con la cabeza y le devolví el papel.

—Tú primero —pedí.

Papá cogió el bolígrafo y empezó a dibujar el contorno de la gata, que poco a poco comenzó a tomar forma sobre el papel.

En el colegio no me tomaba muy en serio las clases de arte. Las actividades eran aburridas: dibujar un bol de frutas, hacer una tarjeta del Año Nuevo chino, coger una hoja del exterior y trazarle las venas. Pero sentarse con papá a dibujar no era una actividad escolar. Muchas tardes, cuando volvía del trabajo, pasábamos el rato sentados en casa dibujando los edificios de enfrente. Cuando salíamos y no había nada que decir, siempre sacaba un papel y encontraba algo para que lo dibujáramos entre los dos.

La gata cambió de postura. Ahora, sentada satisfecha sobre su vientre, había adoptado un aire regio. Entornó los ojos mirando hacia mí como si acabara de insultarla. Papá se rio y añadió algo de redondez a la esbelta figura que acababa de trazar.

—Está gorda.

—Bien alimentada —respondió él.

A lo lejos se veían más gatos frotándose contra las piernas de los clientes y abriéndose camino entre las mesas. Todos tenían las mismas barrigas colgantes que, al andar, se balanceaban como el péndulo de un reloj. El suelo estaba lleno de fideos, trozos de pescado, patatas y grumos de arroz.

Papá se buscó en los bolsillos otro trozo de papel.

—Te toca a ti —dijo, dirigiendo el bolígrafo hacia mí.

Contemplé su dibujo en el recibo manoseado y supe que no conseguiría mejorarlo. Me contó que,

durante sus largos turnos de guardia en el hotel del centro, cuando no había nada más que hacer, dibujaba. Representaba sobre todo lo que veía en las pantallas de seguridad, ya que estaba obligado a no apartar los ojos de ellas: puertas, pasillos, a veces las calles del exterior tomadas desde el estrecho ángulo de la cámara.

Mamá se quejaba de la cantidad de recortes con figuras de trazos negros y grises que encontraba en sus bolsillos, pero yo no dejaba que los tirara. Guardaba aquellos papelitos en el cajón de mi escritorio y los llevaba a la escuela conmigo, unidos con un clip, y a veces les echaba un vistazo durante la Hora de Silencio. Cogí el papel de papá de mala gana.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó.

Le dije que nada con la cabeza, pero él se levantó de todos modos y volvió con un té de crisantemo helado en un vaso alto que me acercó.

—No —rechacé.

La cabeza de la gata descansaba ahora apoyada en el recodo que formaban sus patas. Los pliegues de su piel sobresalían como pequeñas ruedas neumáticas. No conseguía representar bien la forma de sus orejas: aquellos dos conos afilados y precisos se traducían en vulgares formas en mi dibujo. Cuanto más repasaba el bolígrafo sobre ellas para perfilarlas, más redondas se volvían, pero ya no se podrían arreglar, porque quedaban abultadas.

—Deberías tomar un poco de esto, Pin. Está dulce —insistió papá.

Empecé a perder la paciencia. A papá no se le daban bien las combinaciones: el té de crisantemo no pegaba con los fideos ni con su arroz mixto.

—No quiero —repetí.

Entonces apreté el bolígrafo contra el papel empujando el vaso en su dirección: el vaso se volcó y el té se derramó. Yo no quería estropear mi dibujo, pero cuando la tinta se extendió sobre la superficie mojada del papel, difuminando la silueta del gato, el animal parecía estar en movimiento. Papá se apartó para sentarse en otra silla, de modo que ya no estábamos uno frente al otro. Se puso a mirar el dibujo.

—Se parece —dijo para animarme.

Cuando los dos miramos hacia el lugar que había ocupado la gata, comprobamos que ya se había ido a otra mesa.

—Las orejas estaban bien —añadió.

Le di la vuelta al papel para comprobar si la tinta había calado a la mesa. Entonces vi algo escrito al otro lado: era una serie de números.

—¡Anda! ¡Tienes que guardar esto! —le sugerí mientras le entregaba el billete de lotería. Se me había quedado pegado a los dedos.

Lo despegó con cuidado. Pasó un minuto mirando los números, releyéndolos y repitiéndolos en voz alta. Luego hizo una bola con él y la tiró a mi plato de fideos sin terminar.

Nos levantamos sin decir nada y nos fuimos a casa. Rellené el silencio de la velada con historias sobre la escuela: cosas que nos habían contado mis profesores y juegos que habían inventado mis amigos durante el recreo. Hablé y hablé para que papá no tuviera espacio para decir nada. No le pregunté por qué había tirado el billete; yo ya sabía la razón. No íbamos a ganar. Nani-ji se venía a vivir con nosotros. No había sido una semana con mucha suerte.

Aquella noche me dormí pensando en la última vez que mamá, Nani-ji y la Tita-Gorda habían estado en el templo. Intenté adivinar qué habría dicho mi tía para que mamá se molestara tanto, pero cuando pensé en su enfado recordé la piel de sus manos en carne viva y me vinieron a la memoria las

miradas acusadoras de la gente. Abrí los ojos en mitad de la noche porque me pareció oír a papá diciéndome que me despertara, pero no; conversaba con mamá. Nunca lo había oído hablar de forma tan insistente, así que me asusté. Pensé que mamá habría descubierto lo de los billetes de lotería y que él estaría intentando defenderse, pero cuando levantó la voz pude entender lo que decía.

—Sinceramente te lo digo, Jini —dijo—. Ella no viene aquí para arreglar el pasado. Tiene alguna otra cosa en la cabeza. Tu madre nunca estuvo de tu parte y nunca lo estará. Tienes que meditar bien si quieres que se mude.

La voz de papá me sorprendió: nunca le había escuchado un tono tan tajante.

Mamá respondió, pero hablaba demasiado bajo y no pude entender lo que decía. Cuando me acerqué a la puerta se callaron, como si de repente hubieran caído en la cuenta de que yo estaba al otro lado del pasillo. Intenté mantenerme despierta por si decían algo más, pero terminé por sumirme en un profundo y anodino letargo sin sueños.

Capítulo dos

Cuando me colocaba ante las verjas del First Christian Girls' School me sentía como la niña más pequeña de cuarto de primaria de la isla. Un conjunto de austeros edificios de color blanco, apoyados en columnas largas y esbeltas, escalinatas con vidrieras y un enorme campanario se alzaban sobre el pavimento y resaltaban en contraste con el azul del cielo. El complejo ocupaba la cima de una empinada colina, así que todo contribuía a dar al colegio un majestuoso aire de antiguo castillo europeo.

Y allí, ante la puerta principal, cada mañana me podía imaginar que entraba en un reino de cuento, aunque a decir verdad el cuento no duraba mucho. La humedad a aquella altura era sofocante y las hojas de los árboles tropicales, que parecían estar hechas de cera, barrían el aire llevando consigo un olor amargo y terroso que se me colaba en las fosas nasales. El hombre que vendía helados de corte envueltos en pan de sándwich de colores gritaba detrás de su carro aparcado en la acera:

—¡*Lai, lai*, setenta centavos, setenta centavos!

Las ramas de los árboles formaban una densa maraña que tamizaba la luz solar y, tras ellas, a lo lejos, entre las nubes, asomaban los desvaídos contornos de altos bloques de oficinas. Todo indicaba que estaba en Singapur; no podría haberlo confundido con ningún otro lugar.

Algunas niñas, hijas y nietas de antiguas alumnas del First Christian, contaban historias de fantasmas que se habían quedado a vivir en los pasillos del colegio después de la guerra. El centro lo construyeron misioneros y colonos franceses durante la Segunda Guerra Mundial, de manera que aquellas mismas edificaciones blancas y sobrias habían servido de escondite para los que huían de los japoneses; religiosos ataviados con largas capas colaban a hurtadillas en las aulas a los refugiados, mientras se oían bombas y disparos por toda la isla. Las niñas lo contaban como si ellas mismas hubieran estado allí; las demás solo escuchábamos a medias porque la guerra había tenido lugar hacía más de una generación y ya habíamos oído esos relatos muchas veces. Las madres de aquellas niñas vestían siempre chaquetas y blusas elegantes, aunque fueran simples amas de casa como mamá. Las joyas que llevaban hacían juego con los zapatos y de sus labios pintados de rojo cereza salía un impecable inglés británico.

Las demás eran como yo: alumnas becadas. Nuestros padres no podían costear las tasas escolares, así que a final de mes hacíamos cola en una esquina del comedor y recogíamos un donativo del colegio con una factura donde ponía lo que teníamos que pagar. Las otras niñas no se burlaban de nosotras. La directora, la señora D'Cruz, siempre les recordaba que no era cristiano mirar por encima del hombro a quienes tenían menos. En lugar de eso, decía, debían compartir con nosotras el conocimiento del Señor, que traía cosas buenas a quienes creían en Él y le temían. Al parecer, la mayoría de las becarias no estábamos muy familiarizadas con el Señor.

Se suponía que no nos distinguíamos del resto de las alumnas porque todas vestíamos el mismo uniforme: un pichi plisado azul marino con camisa blanca, y zapatillas de lona y calcetines también blancos. Todas llevábamos las mismas insignias plateadas con una pequeña cruz cubierta de enredaderas. Pero los pichis de algunas niñas mostraban un tono azul más claro o estaban demasiado cortos porque eran prestados; el elástico de los calcetines ya se había dado de sí a principio de curso, así que caían desmayados sobre los tobillos, como si fueran piel sobrante. A estas sí se les notaba que eran becadas. Mamá insistía en comprarme un uniforme nuevo cada año porque no quería que en el colegio pareciera una niña pobre.

—Porque no somos pobres —me recordaba a menudo—. No somos tan acomodados como otras personas, pero mira: tenemos un techo, tenemos televisión, teléfono y electricidad, y tú tienes buena comida en la mesa todos los días.

Mamá insistía en saber al detalle lo que me enseñaban en el colegio. Ya que papá y ella pagaban más por enviarme al First Christian de lo que habrían pagado si hubiera asistido a una escuela de barrio, deseaban asegurarse —eso me imaginaba yo— de que la inversión había merecido la pena. Ella quería conocer todo lo que aprendía, y a menudo me sentía como si yo misma fuera su maestra: le repetía las tablas de multiplicar; en una ocasión le expliqué el sistema de recogida y almacenamiento del agua de lluvia de los embalses; a veces incluso tenía que resumirle las historias que habíamos leído en la asignatura de inglés para que se quedara contenta. A cada nueva información que le daba ella asentía. Empecé a preguntarme si mamá ya tenía esos conocimientos o si los estaba adquiriendo al tiempo que yo. Una de las pocas cosas que sabía de su pasado era que había tenido que dejar el colegio al acabar los O-Levels[6] y ponerse a trabajar para mantener a su familia porque su padre los había abandonado.

Un día me propuse engañarla: le di toda la información equivocada. Empecé por una serie de problemas de mates con resultados erróneos y luego seguí con ciencias. Le dije que las plantas podían sobrevivir sin agua. Ella se limitó a asentir con la cabeza, escuchando, pero sin tragarse del todo los datos falsos. Me di cuenta porque empezaron a brillarle los ojos. Luego escribí con faltas de ortografía algunas palabras en inglés. No protestó. Me devané los sesos para recordar qué más habíamos visto en el cole aquel día. Como en sociales nos habían hablado sobre los primeros pobladores de Singapur, le dije que Singapura debía su nombre a que Sang Nila Utama vio un tigre, en lugar de un león[7]. También, que la isla nunca había formado parte de Malasia, que siempre había sido una ciudad-Estado independiente y que no nos habían expulsado ni nos habían dicho nunca que nos las apañáramos solitos. También le expliqué que los japoneses jamás habían atacado Singapur durante la guerra; que, al contrario, nos habían ayudado.

Los ojos de mamá se abrieron de par en par.

—¿Cómo puedes mentir? —gritó—. ¡Niña estúpida! —exclamó al tiempo que me retiraba el plato, lleno de pollo con humeantes mazorcas de maíz *baby* y zanahorias.

Me sorprendió su reacción. Me quedé sentada con el tenedor y la cuchara en el aire.

—Solo estaba bromeando —me excusé—. ¿Qué pasa?

—No se puede bromear sobre el pasado.

—Pero la asignatura de historia es aburrida —me justifiqué.

Y lo era. Mi libro de texto de sociales era el mejor cuidado de cuantos tenía porque procuraba tocarlo lo menos posible. Cuando lo abría, me abrumaban tantas páginas con datos, cifras y fotografías en tono sepia en las que se veían calesas de tres ruedas, calles sin asfaltar y señales torcidas colgando de los ruinosos balcones de las tiendas. No reconocía aquellos sitios como mi hogar.

Mamá estaba enfadada de verdad. Acercó su rostro al mío como si fuera a contarme un secreto, pero parecía preocupada, como si esperara encontrar algo en mi cara.

—El pasado puede parecernos lejano —dijo—. Y puede que no nos importe tanto como el presente. Pero es un error cambiar los hechos.

Sabía que no me devolvería el plato hasta que le dejara claro que lo había comprendido, aunque yo no creía que la cosa fuera realmente para tanto.

—De acuerdo —le dije.

Arqueó una ceja; no terminaba de creérselo.

—De acuerdo —recalqué.

Estaba cansada de sus reglas. Deslizó sobre la mesa el plato para acercármelo y movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Pin, Pin, Pin —se limitó a repetir, todavía meneando la cabeza mientras yo me metía en la boca un poco de pollo con verduras.

Ya no hablé hasta que terminé de comer; mi bocaza había estado a punto de costarme la comida de aquel día. Con mamá a veces era mejor pecar de reservada.

Al día siguiente de anunciar mamá que Nani-ji se mudaba a nuestro piso me propuse hacer todo lo posible por no pensar en ella. El consejo de papá había sido que apartara el tema de mi mente, así que reduje la imagen de Nani-ji hasta convertirla en una pequeña bola blanca de pelusa. Me cargué la mochila a los hombros y subí a grandes pasos la colina hasta el campo donde se celebraba la asamblea escolar de la mañana.

Todas aquellas asambleas matutinas eran iguales: formábamos una fila bien recta y cantábamos *Majulah Singapura* mientras dos prefectos iban izando la bandera roja y blanca, que, en lugar de ondear regularmente, saltaba errática con cada golpe de viento. Después de cantar el himno nacional, cerrábamos el puño derecho, lo poníamos sobre el corazón y recitábamos la promesa de Singapur sobre la construcción de una sociedad democrática. Luego la señora D'Cruz tomaba el relevo y pronunciaba la devoción diaria. A las que no éramos cristianas nos pedían que inclináramos la cabeza en señal de respeto.

—Rezad a vuestro propio Dios o escuchad —nos instaron los maestros el primer día de primaria.

Yo sabía que no servía de nada rezar a mi propio Dios porque seguro que Él no estaba en el First Christian Girls' School. Ni siquiera se molestaría en escucharme si no llevaba la cabeza cubierta y me sentaba en el suelo alfombrado del templo, con el zumbido de fondo de las plegarias punyabíes. Además, Él no entendía inglés, el único idioma que se nos permitía hablar en el colegio y en el que discurrían mis pensamientos en cuanto salía de casa por la mañana y subía al autobús de la ruta para ir a clase.

La señora D'Cruz vestía con gruesas faldas de lana y chaquetas a juego; el pelo, tieso y corto, le enmarcaba la cabeza como si fuera un casco. Sonreír le suponía un verdadero esfuerzo, así que cuando lo hacía todo su cuerpo acusaba la tensión. Pequeñas arrugas en forma de telaraña agrietaban las comisuras de sus párpados, sus hombros subían ligeramente e incluso sus orejas rosadas parecían levantarse. Solo sonreía durante las devociones.

—Seguramente vuestros padres y algunas de vosotras, las más mayores, tendréis cuentas bancarias.

Nos movimos intercambiando miradas y asentimos.

—Para tener una cuenta bancaria, primero hay que ganar dinero. Para acceder a la cuenta se utiliza una tarjeta del cajero automático.

—O un talonario de cheques —apuntó la niña que tenía detrás de mí en el mismo tono que había utilizado la señora D'Cruz.

Su comentario provocó una oleada de risas entre las de mi clase, y un profesor vino hacia nosotras. Borré de inmediato la sonrisa de mi cara, consciente de que no nos quitaba ojo. La señora D'Cruz estaba demasiado lejos para darse cuenta, así que continuó hablando.

—Dios tiene planes para vosotras. Quiere que mejoréis cada día. Durante nuestra vida, cuando hacemos buenas acciones, Él va depositando dinero en nuestras cuentas bancarias, nuestras cuentas bancarias espirituales.

Ponía énfasis en cada sílaba, arrastrando la *erre*.

—Cuando pecamos, ¿qué creéis que hace Dios? Saca dinero de la cuenta. Y al final de nuestra vida mira nuestra cuenta del Cielo. ¿Seréis ricas o estaréis arruinadas?

Dicho esto, la señora D'Cruz levantó la mirada con gesto triunfante.

—Vamos a rezar —dijo, y todo el mundo inclinó la cabeza.

Las devociones diarias solían tener algo que ver con el dinero, el único lenguaje que entendían los singapurenses en su opinión.

Había algunas cosas sobre Dios que yo no comprendía, como, por ejemplo, por qué era invisible: lo normal era que alguien que había hecho tantas cosas buenas por el mundo deseara ser visto por todos. Tampoco entendía por qué creaba animales que sufrían innecesariamente, como el perro callejero con cojera que veía a menudo deambulando a la salida de mi bloque por las mañanas. Pero lo más confuso para mí era esto: el Dios del que hablaba la señora D'Cruz tenía un hijo llamado Jesús. Mi Dios tenía unos cuantos hijos, pero Jesús no era ninguno de ellos. Su nombre era gurú Nanak. Contaba con otros ocho dioses que le ayudaban a ganar guerras contra los musulmanes y los hindúes para poder convertirlos en sijs. A la señora D'Cruz le gustaba recordarnos que Dios no tenía rostro y que habitaba en el corazón de cada persona, pero eso no podía ser cierto. Yo sabía exactamente cómo era Dios. Tenía los ojos acuosos y profundos, una barba blanca y llevaba un turbante.

Años atrás, ante la insistencia de Nani-ji, mamá había comprado un retrato de Dios en el templo. El mismo tono impositivo utilizó para que adquiriera un calendario, un folleto de oraciones y una postal con su imagen. En todos estos artículos Dios tenía la misma pose. Sus ropajes eran de color bronce, a juego con la luz suave y borrosa que rodeaba su cabeza, y su turbante, blanco. Tenía un aspecto triste y severo a la vez.

Mamá, en peligroso equilibrio sobre una vieja silla, había clavado tres clavos en la pared para asegurarse de que Dios permaneciera ahí. Colocó los demás artículos en distintas partes de la casa.

—Tal y como dicen —me explicó alegremente—, Dios está en todas partes.

Dios miraba desde lo alto de la puerta de su cuarto y también desde encima de mi cómoda. Mamá parecía convencida de que su presencia en nuestro piso sería buena para nosotros, pero lo cierto es que aquel fue el año en que a papá le dieron menos turnos para trabajar en el hotel, así que pasaba mucho tiempo buscando otro empleo en los anuncios clasificados del periódico.

Solo fue cuestión de unas semanas que a mamá empezara a molestarle Dios. Lo primero que guardó fue el calendario.

—¿Por qué necesito que Dios me recuerde qué día de la semana es?

Le siguió el libro de oraciones cuando mamá decidió que los libros estaban hechos para contar historias, no para reunir cánticos religiosos. La imagen de Dios en la portada distraía. Envolvió todo aquello en un bonito chal de algodón y lo metió en el cajón de su cómoda. El Dios de la postal corrió la peor suerte: se estropeó un día en que unas fuertes ráfagas de viento permitieron que la

lluvia entrara en nuestro piso. Me pareció extraño que mamá hubiera dejado la ventana abierta aquella tarde, porque siempre le reprochaba a papá su descuido al respecto. Mientras sacaba a Dios empapado de la cómoda, moviendo la cabeza en señal de disgusto expresó en voz alta su arrepentimiento:

—¡Ay, Dios mío —suspiró—, qué pena! Esto me costó un dólar con cincuenta.

Una semana después, al llegar a casa del colegio, vi a mamá ocupada en arrancar a Dios de la pared. No me dijo por qué lo quitaba, así que yo misma encontré una razón: Dios no combinaba bien con nuestros muebles.

—Él sigue estando en todas partes —me había advertido—, pero tú no lo ves. No tienes que verlo.

Sin embargo, lo hice. Después de un mes contemplando la imagen de Dios por toda la casa, lo veía colgando de los árboles como una hoja pesada. Lo veía flotando en el agua sucia que brotaba en los canales cuando jugaba al fútbol con los chicos del barrio. En el templo, siempre confundía a los ancianos con turbante y barba con Dios: dioses flacos, dioses con cuello, dioses que hacían bromas, dioses que se metían solos en los taxis después del servicio religioso, dioses que conducían coches con sus familias. El único lugar donde no podía ver a Dios era el colegio. Se quedaba en la puerta y no se atrevía a entrar; prefería sentarse tranquilamente en el bordillo de la acera mientras yo estaba en clase.

Era lunes, lo que significaba que habría capilla después de la asamblea. Salimos del patio en fila india. Me quedé atrás mientras el resto de la clase desaparecía escaleras arriba en dirección a la pequeña iglesia. Las alumnas musulmanas también se retrasaron y allí esperamos a que el profesor malayo nos dijera a qué aula teníamos que ir mientras el resto de la clase cantaba himnos y escuchaba el sermón semanal del pastor William. Se suponía que nadie podía saltarse la capilla: las niñas hindúes y las budistas entraban y se quedaban con la mirada perdida, con la letra del himno delante. Las musulmanas eran las únicas que estaban dispensadas porque las normas de su religión eran muy estrictas y su Dios no les permitía estar en presencia de otros dioses aunque cerraran los ojos con fuerza y fingieran no estar escuchando.

Cuando estaba en primer curso de primaria solía ir a la capilla todas las semanas. Mamá y papá me decían que me quedara sentada en silencio y mostrara respeto. Al final de cada oficio el pastor William y la señora D'Cruz nos entregaban un papel con instrucciones en las que había que marcar una de estas opciones: «Quiero aprovechar esta preciosa oportunidad de conocer al Señor» o «Soy feliz con mi religión». Yo siempre marcaba la segunda y se la devolvía a los prefectos. Nadie me amonestó nunca por ello. Durante el servicio, el coro guiaba a las niñas con apacibles canciones sobre salvadores, redención y ciervos bebiendo de aguas tranquilas. Yo mantenía los labios apretados, pero las melodías permanecían en mi mente. En casa las cantaba en voz baja.

Un día —por entonces yo estaba en uno de los últimos cursos de primaria—, mamá me oyó cantar *Sublime Gracia*.

—Pin, te apuntamos a ese colegio porque tiene un alto nivel de exigencia y tú eres una chica inteligente. No es una escuela de barrio; queremos que hables bien inglés y que tengas mejores oportunidades. No te enviamos allí para que te hagas cristiana.

Intenté explicarle a mamá que las canciones eran inofensivas. No me creía lo que decían sus letras. Me gustaban sus melodías pegadizas, y luego las repetía mentalmente sin querer, no podía evitarlo aunque intentara pensar en otra cosa. Aquel día me propuse pedirle a Dios que mejorara la selección musical de nuestros programas religiosos, para sustituir el habitual zumbido semanal de los sacerdotes del templo.

Pero mamá no se quedó convencida con mi explicación. Al día siguiente me escribió una nota para que se la diera a mi maestra, la señorita Yoon: «Por favor, dispense a mi hija de todos los servicios de capilla a partir de ahora». Utilicé líquido corrector para eliminar un error en la escritura antes de dársela a la señorita Yoon. A partir de entonces, antes del oficio de capilla salía en silencio del salón de actos con las alumnas musulmanas y dos niñas hindúes fundamentalistas cuyas madres habían escrito notas como mamá. También había una niña punyabí, pero estaba en segundo de primaria y, si hablaba con ella, mis compañeras se burlarían de mí por relacionarme con una de las pequeñas. Entre las alumnas musulmanas se encontraba Farizah, mi mejor amiga. Llevaba los calcetines subidos por encima de las rodillas y su pichi era tan largo que le colgaba de la cintura como si llevara puesto un saco.

La maestra malaya, que era corpulenta y vestía un *baju kurung* compuesto de falda maxi y chaqueta con mangas largas, y cubría su cabello con un fular de un vistoso estampado floral, nos condujo a un aula que olía igual que ella: a perfume Sweet Rose y polvos de talco. Abrió los armarios y sacó de sus estantes unos juegos de mesa. Algunas se lanzaron sobre el *Monopoly* y otras eligieron serpientes y escaleras. Farizah y yo nos sentamos en un rincón las dos juntas. Ella ya venía todos los lunes al colegio provista de una baraja.

—¿La solterona o el burro? —preguntó empujando hacia mí dos montones de cartas.

—La solterona —respondí, y empezamos.

Otras niñas formaron un equipo para jugar a las cinco piedras, pero cuando una de las bolsas de judías se les rompió vinieron a mirar lo que hacíamos nosotras.

—Oye, Pin, ¿esa chica es tu hermana? —preguntó Siti señalando a la otra niña punyabí, que estaba completamente enfrascada en la lectura de un libro.

—No —dije.

—Se parece a ti.

No era cierto en absoluto, pero la mayoría de la gente piensa que los punyabíes se parecen.

—No es mi hermana —insistí.

—Su apellido es Kaur —apuntó Siti con suspicacia. Entonces empezó a mirarnos a las dos alternativamente y, dirigiéndose a otra niña en malayo, insistió—: ¿No crees que se parecen?

Cambié una mirada con Farizah, que también se veía obligada a aguantar continuamente ese tipo de preguntas. Teníamos eso en común. Las otras niñas siempre querían saber por qué llevaba los calcetines tan altos y por qué era tan religiosa.

—Las demás musulmanas no llevan calcetines altos —decían, señalando a las otras niñas malayas como prueba.

A mí también me interrogaban:

—Si eres india, como dices, ¿por qué tienes la piel clara? ¿Por qué tu lengua materna no es el tamil como ocurre con las demás chicas indias? —Había escuchado estas preguntas una docena de veces.

Tampoco era la primera vez que se interesaban por mi apellido: era Kaur porque todas las niñas y mujeres sijs se apellidan Kaur, así como todos los hombres se apellidan Singh. Papá decía que eso nos hacía sentir parte de una misma familia, pero, aunque se lo explicaba así a mis compañeras, seguían pensando que yo estaba emparentada con todos los Kaur o Singh que conocían. El año anterior habíamos tenido una profesora sustituta, la señorita Kaur, y algunas alumnas difundieron el rumor de que yo era su hija o su hermana. Me sentó tan mal que al volver a casa se lo conté a mamá.

—¿Cuál es su nombre de pila? —me preguntó.

—Satwinder —dije.

Mamá se quedó un rato pensando.

—No la conocemos —dijo finalmente con alivio. Siempre se preocupaba cuando papá o yo encontrábamos por ahí a otros punyabíes.

Siti seguía insistiendo en que yo era la hermana de aquella niña.

—No soy su hermana —le aclaré una vez más.

—Pero las dos sois Kaur —insistió ella.

Entonces Farizah habló en malayo aceleradamente:

—Vale, Siti, sí, es su hermana. En este colegio todos los que tienen el mismo apellido son familia.

Entonces empezamos a reírnos y a hacer bromas, emparejando a todas las personas con los mismos apellidos que conocíamos. Melissa Tay y Tay Wan Hua pasaron a ser gemelas; la señora Lee, la maestra de ciencias, y la señorita Lee, que enseñaba Arte, podían ser perfectamente madre e hija; la vieja señora Chia, que enseñaba Economía Doméstica a las mayores, estaba casada con el señor Chia, el hombre que estaba a cargo de la cantina. Este último emparejamiento causó hilaridad general. La maestra malaya levantó la vista y nos dijo que no habláramos tan alto. Siti frunció el ceño, contrariada, y se marchó.

Farizah se sentó con las piernas cruzadas hacia atrás. Con la larga falda extendida a su alrededor parecía estar tapada con una manta.

—¡Solterona! —exclamó de repente, dándole la vuelta a mis cartas, en una de las cuales se veía la imagen de una mujer delgada, desdentada y con el pelo semejante a un estropajo—. No estás prestando atención.

No lo hacía, cierto. Estaba mirando a la niña punyabí, que no había levantado la vista de su libro. Tenía el pelo corto y lo llevaba recogido en una coleta alta como la mía. Me preguntaba por qué estaría también en el grupo que no iba a la capilla. Había algunas chicas punyabíes en nuestro colegio con el pelo largo. Acudían a los oficios y se sentaban a escuchar. Yo intentaba imaginarme cómo serían sus madres. ¿No tenían miedo de que sus hijas volvieran cantando canciones cristianas?

De vuelta a casa el ambiente del autobús del colegio siempre estaba cargado por muchas ventanas que abriéramos. Yo subía de las primeras porque no me quedaba a comprar la merienda en el quiosco; tenía hambre, pero la boca se me hacía agua al pensar en lo que me habría preparado mamá. Elegía un asiento y tiraba en él mi mochila, siempre lo más alejado posible del que ocupaba el viejo vigilante, al que llamábamos el Tío-Bus[8]. Se trataba de un chino viejo que siempre se sentaba en el asiento delantero. Estaba allí para controlar que nos portáramos bien y cobrar la cuota del trayecto, que nuestras madres metían cada mes en un pequeño sobre. Hablaba con el conductor con voz fuerte y chillona, a veces mirándonos.

—¿Qué está diciendo? —preguntábamos siempre a las chinas, que se encogían de hombros y decían que solo eran estupideces.

Nos reñía por hacer demasiado ruido aun cuando fuéramos tranquilamente sentaditas en nuestros asientos. O nos mandaba cerrar las ventanas porque pronto iba a llover, aunque hiciera un sol radiante y ni una sola nube moteara el intenso azul del cielo. A veces, si osábamos responderle, sacaba de debajo de su asiento una fina caña de ratán y nos amenazaba con ella.

—*Sit down!* («¡Sentaos!») —exclamaba, pero con su acento la frase sonaba como *shit dow!,* así que nosotras lo cambiamos por *shit now!* («¡cagaos ahora!») y se lo cantábamos.

—¡Cagaos ahora! ¡Cagaos ahora! ¡Cagaos ahora!

Furioso y sin saber qué hacer, se levantaba y caminaba hacia nosotras despacio con gesto amenazante. El traqueteo del autobús hacía que su cuerpo se inclinara tambaleante como si estuviera a bordo de un barco sobre aguas turbulentas. Al agarrase, sus huesudos nudillos brillaban como

perlas y mientras tanto nosotras chillábamos y nos mandábamos callar unas a otras, imitándolo.

El día había transcurrido tranquilo. Farizah me dejó llevarme a casa su juego de cartas de *Donkey*, así que las extendí en el suelo de la parte trasera del autobús mientras las demás niñas se iban amontonando a mi alrededor preguntándome si podían jugar. Siti, demasiado orgullosa, aguardó a que la llamara.

—¡Eh! ¿Juegas o no? —le pregunté después de repartir cartas a todas.

Se encogió de hombros y tomó las últimas que quedaban.

El autobús se estremeció al arrancar y luego pasó lentamente por delante de las elegantes verjas del colegio. Conforme iba ganando velocidad el viento entraba cada vez con más fuerza por las ventanillas abiertas y hacía que el pelo se me metiera en la boca. Atravesamos los barrios de Toa Payoh y Bishan, un conjunto de bloques de pisos numerados construidos con ladrillo y hormigón y con tiendas en la planta baja, plazas con canchas de baloncesto y puentes elevados con enredaderas y buganvillas de un color rosa intenso. De las copas de algunos árboles sobresalían relucientes hojas palmeadas; otros tenían finas ramas que se extendían intrépidas como arañas. Cuando estábamos juntos y dibujaba nuestro barrio, papá siempre me advertía para que prestara atención a los árboles porque con frecuencia me olvidaba de ellos. Plantados en perfecta alineación con los caminos, a menudo los confundía con los edificios, las carreteras, las tiendas y el resto de los componentes del paisaje de Singapur.

A través de las ventanillas, el viento, que había comenzado como un suave silbido, se convirtió en un rugido a medida que avanzábamos. Alcé la voz para que se me escuchara y las otras niñas hicieron lo mismo. Pronto, por el simple placer de armar jaleo, estábamos gritando, y el Tío-Bus empezó a retorcerse en su asiento. El vehículo dio un arreón al detenerse para dejar a Susheela Surangam, que antes de bajar nos miró desde la parte delantera con envidia. Era la última en subir por las mañanas, así que se sentaba donde las demás no querían, justo al lado del Tío-Bus. De vuelta a casa, era la primera en bajarse, lo que significaba que no podía pasar mucho tiempo jugando con nosotras, de modo que no hacía nada, simplemente se limitaba a ocupar esa plaza delantera. El Tío-Bus nos gritó para que nos calláramos y volviéramos a nuestros asientos. Lo ignoramos y seguimos armando jaleo, así que se aproximó. Corrimos nerviosas a ocupar cada una nuestro lugar, entre chillidos y empujones.

—¡Shhhh! —nos siseamos entre risas—. ¡Ya viene, shhh!

De cerca, la cara del Tío-Bus era un mapa de pliegues y colgajos en el que una capa de piel cubría otra. Sus arrugas eran tan profundas que proyectaban sombras sobre un rostro cubierto en buena parte por unas gafas de montura grande.

—¡Cagaos ahora! —dijo dando un grito semejante a un graznido y mirando amenazador a las niñas que estaban justo delante.

Desde donde me encontraba podía ver sus orejas llenas de pelos negruzcos. Le di un codazo a la niña que iba a mi lado, Shu Ping, que ya tenía la cara enrojecida e hinchada de tanto contener la risa.

—¡Anda, mira sus orejas! ¡Parecen las de un mono! —le susurré.

Entonces Shu Ping no pudo más y la risa le brotó como si fuera *confetti*.

—Cállate —dije, sin dejar yo misma de reírme.

El Tío-Bus se dio la vuelta con fingida parsimonia y nos miró. Le preguntó algo en chino a Shu Ping, pero ella no respondió. Me miró y volvió a preguntar. Ella negó con la cabeza y se puso repentinamente seria, la risa se le atragantó hasta desaparecer por completo de su rostro. Entonces, el hombre se volvió hacia mí.

—¡Tú! ¿Qué estás diciendo? ¿Te crees muy graciosa? ¿Qué es lo que estás hablando? —me

increpó en un inglés chapurreado a duras penas.

A continuación me preguntó lo mismo en malayo. Yo esperaba que alguna de las niñas que iban detrás de nosotras se pusiera a imitarlo para distraer su atención, pero el autobús enmudeció, cosa poco frecuente. Él permaneció de pie frente a mí durante dos paradas más, preguntándome una y otra vez qué había dicho. Yo me limité a negar una y otra vez con la cabeza y respondí:

—*Tidak, tidak*. («Nada, nada»).

Una a una, las niñas iban bajando a medida que llegábamos a sus paradas; todas pasaron por delante del Tío-Bus hasta que quedé sola bajo su mirada inquisidora. Sus ojos parecían canicas tras los grandes cristales de sus gafas. Me encogí de hombros fingiendo indiferencia y me puse a mirar por la ventanilla. Finalmente, se alejó y regresó a la parte delantera. Volvieron a escucharse risas, pero ahora me sonaban nerviosas y desconocidas. Una niña me preguntó qué me había dicho.

—Nada —le contesté, molesta porque nadie había intentado echarme una mano.

Recogí mis cartas y las guardé en la mochila. Durante el resto del viaje a casa permanecí observando por la ventanilla cómo la luz del sol bañaba los ladrillos y el hormigón de los edificios, que se veían de un color marrón dorado. Los espacios entre las marcas de la carretera desaparecían y volvían a aparecer a medida que el autobús aumentaba o reducía la velocidad. Mi barrio era uno de los últimos de la ruta. Después de mí bajaban cuatro niñas más que vivían alrededor de mi bloque. Cuando Irene Seet se apeó preparé mis cosas —mochila, carpeta y botella de agua— y me encaminé con precaución hacia el asiento delantero. El Tío-Bus se volvió otra vez a mirarme, pero en esta ocasión le devolví la mirada y la mantuve con descaro unos instantes. Una vez vi a mamá hacer eso en el mercado; el verdulero había retirado la mano rápidamente con aprensión después de darle el cambio y haber visto su muñeca llena de costras rojas que se adivinaban a través de las mangas de su camisa. Mamá lo miró fijamente hasta que él fingió hacer caso a un ruido inesperado y se dio media vuelta.

—*¿Apa?*[9] —pregunté al Tío-Bus haciéndome la valiente.

No respondió; fingió no haberme oído. Me sentí algo aliviada. Podía meterme en un lío en el colegio por tratar mal a aquel hombre. La señora D'Cruz podía obligarme a levantarme sola durante la asamblea y pedir perdón por mi comportamiento. Incluso podía pedir a alumnos y profesores que rezaran por mí, lo cual fastidiaría a mamá; probablemente me sacaría del colegio.

El Tío-Bus me observó como si, de pronto, se le hubiera ocurrido algo. Se le iluminaron los ojos y una fingida sonrisa levantó las comisuras de sus apretados labios. No era una sonrisa amistosa ni indulgente. Había algo malicioso en su mirada. El autobús se detuvo y la puerta se abrió con un crujido. Al levantarme del asiento murmuró una palabra que creí reconocer, pero estaba tan ansiosa por bajarme que decidí no dedicarle mayor atención, así que, cuando vi mi bloque, con las lamas de las persianas parpadeando por efecto del sol de la tarde, corrí hacia casa.

El corredor que conducía a nuestro piso parecía más estrecho de lo que en realidad era por la cantidad de macetas, felpudos, zapateros y bicicletas que lo ocupaban. Todas las viviendas del bloque eran idénticas, aunque nadie lo habría adivinado desde el exterior. Todo el mundo parecía hacer lo posible para singularizar la suya: estaban de moda los diseños extravagantes en las rejas y las cortinas muy coloridas. A veces pasaba por delante de los otros pisos lentamente a propósito, porque algunas familias dejaban las puertas abiertas si estaban en casa. A través de los barrotes de las cancelas me asomaba a ver el interior: muebles de ratán y consolas de televisión, mesas de comedor de madera, cojines con fundas hechas a partir de sábanas estampadas descoloridas, cortinas de cuentas que entrechocaban cuando los residentes entraban y salían de la cocina. Una vez una vecina me pilló

mirando, hizo unos aspavientos y dio un pisotón en mi dirección como si espantara un pájaro.

La puerta de entrada a nuestro piso también estaba abierta, pero tuve que tocar al timbre para que mamá saliera a abrir la cerradura de la cancela.

—¡Ya voy! —anunció.

Pero antes de oír su voz yo ya había olido su comida. Fideos salteados en salsa de ostras con gambas y brotes de soja. Guindillas rojas cortadas y empapadas en salsa de soja. Melón Honeydew en pequeños cubos apilado en un plato auxiliar para calmar el ardor si alguna semilla picaba demasiado. Era difícil aguardar hasta que abriera, porque tenía hambre: no había probado bocado en todo el día. Durante el recreo Farizah y yo habíamos continuado nuestro minicampeonato de la solterona en el patio. Ella no comía porque estaba practicando para controlar su apetito. No tenía que empezar a hacer el ayuno obligatorio hasta las semanas anteriores al Hari Raya Puasa10, que caía en noviembre, pero quería superarse. El año anterior había tenido que ayunar durante casi un mes. Se desmayó dos días durante la asamblea y la mandaron a casa.

Mamá abrió la cancela y me dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo ha ido el cole?

—Bien.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada.

Me dirigí a mi habitación encogiéndome de hombros y en seguida regresé la cocina, donde estaba sentada mamá, que puso los ojos en blanco.

—Me alegro de haberte enviado a un buen colegio para que vuelvas a casa sin haber hecho nada —dijo en tono sarcástico.

Solté una risita. Normalmente no habría sabido si mamá bromeaba, pero la comida y el beso demostraban su buen humor. No estaba enfadada por lo que había dicho sobre Nani-ji el día anterior. Yo esperaba que se olvidara por completo de Nani-ji.

—Tienes el pelo hecho un desastre, Pin —me dijo. Se humedeció la mano y me la pasó por los rizos, pero solo consiguió aplanarlos durante unos segundos.

—Tengo que cortármelo.

—Seguro que podemos encontrar una forma de recogértelo para que no tengas que ir a cortártelo a cada momento.

—¿Por qué?

Mamá se encogió de hombros.

—No importa. Te llevaré a que te lo corten el próximo fin de semana si quieres. Solo pensaba que a lo mejor querrías probar algo diferente para variar.

—No —dije.

Cogí un plato de una balda y serví los fideos. Mamá ya había puesto la salsa de soja con guindillas rojas en rodajitas en un cuenco pequeño.

—No te olvides de comerte la fruta —me dijo empujando hacia mí el melón cortado en daditos.

Estuvo un rato observándome.

—¿Está rico?

—Mmmm… —dije.

Los fideos estaban espesos y les había puesto por encima chalotas troceadas fritas y crujientes. Había un toque de ajo, pero no demasiado fuerte, lo que significaba que mamá estaba a la defensiva. Me hizo las habituales preguntas sobre el colegio:

—¿Qué habéis hecho en mates? ¿En ciencias? ¿Inglés?…

—¿Qué has hecho *tú* hoy? —le dije.

Debía tener cuidado con las preguntas de este tipo. Alguna vez se había tomado como un insulto que yo me interesara por lo que había hecho.

—Querrás decir qué es lo que no he hecho —respondía, señalando las fuentes y los platos con comida y la cocina reluciente.

Pero yo empezaba a detectar mejor su estado de ánimo a partir de las comidas que preparaba. Cuando elaboraba platos chinos nunca estaba enfadada, porque la comida china es muy ligera; el arroz blanco y los fideos de color amarillo pálido los utilizaba a menudo como tranquilas ofrendas de paz. Las recetas malayas eran cálidas, adecuadas cuando cenábamos pronto. Eran los platos indios, rojos como el fuego y con fortísimas especias, los que me ponían en guardia. Me cortaban la respiración y me obligaban a pensar mucho antes de decir algo.

—He fregado el suelo, he lavado la ropa y he visitado a Nani-ji —dijo.

—¿Cómo está? —pregunté, porque sabía que eso era de buena educación.

—Está… está bien —respondió. Se miró las manos y empezó a limpiar los platos.

Mientras la seguía hasta la cocina noté algo distinto en el salón que me llamó la atención. Me di la vuelta y vi una imagen en la pared; era el retrato de Dios. Tenía el mismo aspecto de siempre: anciano, con ojos tristes y una larga barba nívea que le colgaba de la barbilla como una cortina. Mostraba una mano en alto, y un cordón de cuentas cubría las líneas de la palma. Sus ojos me siguieron mientras caminaba hacia él. Me aparté rápidamente, pero continuaron fijos en mí. Iniciamos un duelo silencioso de miradas.

—¡Mamá! —exclamé. Ella salió de la cocina.

—Lo he encontrado esta tarde cuando limpiaba en el trastero. Hay demasiados trastos acumulados allí, Pin. Podemos tirar tu vieja bicicleta, ¿no? Por no mencionar los montones de periódicos y guías telefónicas. Tienes que recordármelo la próxima vez que oigas venir al hombre del *karang guni*11. Podemos deshacernos de todas las cosas viejas y sacar algo de dinero.

—¿Por qué lo has colgado? —le pregunté con los ojos aún clavados en los de Dios.

Metió un poco el estómago y se puso una mano en la cadera.

—¿Y por qué no? —preguntó a su vez, desafiante.

—Por nada —murmuré, pasando por delante de ella hacia la cocina.

Rasqué y arrojé a la basura los restos de brotes de soja y chalotas que quedaban en el plato, y lo lavé. Mamá parecía haber olvidado que cuando desterró a Dios al trastero lo hizo por alguna razón.

Alguien llamó a la puerta con fuerza y luego sacudió los barrotes de la cancela para que sonaran. Fui corriendo y ahí estaba mi amigo Roadside, de pie en el corredor con un balón de reglamento bajo el brazo.

—Hola, Pin. ¿Puedes salir a jugar? —me preguntó.

—Espera —dije, y llamé a mamá para pedirle permiso.

—Primero, lávate —me respondió.

Yo refunfuñé y Roadside sonrió:

—Vale, te veo abajo —propuso, y desapareció antes de que mamá pudiera acercarse a la puerta para saludarlo.

—¿Por qué tengo que lavarme si voy a volver a ensuciarme? —le pregunté.

—Porque lo digo yo —respondió ella.

—¡Pero si voy a jugar al fútbol!

—Pin, no discutas —insistió—. ¿Sabes lo que decía mi madre cuando me quería ir a la calle a correr con los chicos? «Barata» me decía; «Barata y sucia».

Siempre fui consciente del privilegio que suponía tener permiso para jugar con Roadside. Hacía un año que los dos habíamos creado nuestro propio club de detectives. Estábamos muy ocupados; había muchos misterios que resolver en nuestro bloque. Estaba el Misterio del Pulsador del Ascensor, que Roadside y yo intentábamos desvelar montando guardia en diferentes plantas del edificio y tomando notas sobre quién entraba en el ascensor y a qué hora, para poder averiguar quién pulsaba todos los botones a la vez provocando que se detuviera en cada piso. Luego hubo varios robos de zapatos que nos encargamos de investigar también, pero el Ayuntamiento colocó carteles recordando a los vecinos la conveniencia de guardar el calzado dentro de casa, y los robos cesaron por sí solos. Nuestro último caso estaba relacionado con un acto de vandalismo: nos propusimos descubrir quién había pintado «OP»12, en rojo, en la puerta de entrada a la vivienda de un anciano de la tercera planta. Dejamos de trabajar en este asunto cuando el padre de Roadside nos explicó que el hombre debía dinero a los usureros y nos recomendó jugar al aire libre en lugar de dejar volar nuestra imaginación por los corredores del bloque. Ahora Roadside se juntaba con los chicos a jugar al fútbol y yo le acompañaba. De vez en cuando mamá me recordaba lo liberal que era al permitirme estar fuera con ellos, donde todo el mundo podía verlo.

Mi toalla estaba colgada en el tendedero exterior de palos de bambú. Tuve que asomarme a la ventana abierta de la cocina para descolgarla. Estaba caliente al tacto porque aquel día había hecho calor. La brisa de primera hora de la tarde, aunque suave, bastaba para que la ropa de todos los palos de nuestro edificio se balanceara como si bailara al ritmo de la música. Aquella danza irregular parecía otorgarles vida. Entonces pensé que quizá era Dios quien infundía su aliento sobre nuestro bloque, y me volví otra vez a mirarlo. Pero ahí estaba, quieto dentro de su marco, observando nuestro piso con atención.

Cuando bajé, los chicos ya habían empezado el partido, así que me senté a mirarlos en el césped que bordeaba la cancha. Sus camisetas estaban apiladas en un montón y olían un poco a sudor. Desconocía el nombre de algunos de ellos porque solo se juntaban con nosotros de vez en cuando, pero los habituales eran Roadside, Malik, Samuel, Deven, Wei Hao y Kaypoh. Me confiaron la tarea de anotar los goles, aunque yo me quedaba dormida cuando los partidos eran lentos. También me encargaba de controlar el tiempo. Comprobé uno de los relojes que había en el suelo: disponíamos de veinte minutos antes de que los mayores llegaran y se apropiaran de la cancha.

Según mis padres Singapur había sido más espacioso antiguamente. La gente no tenía que vivir apiñada ni hacer colas. Había densos bosques y amplias carreteras. Papá echaba de menos aquellos días, pero mamá no.

—Eso fue hace mucho tiempo —decía—. ¿Qué más da? Mira lo que tenemos ahora.

Y señalaba a su alrededor, para que supiéramos que se refería a las calles seguras y bien iluminadas, a los sólidos edificios de hormigón y a los árboles que protegían el pavimento a modo de tejados.

Los chicos ya estaban sudando y tenían la cara roja; se les marcaban las costillas bajo la piel, ya fuera morena, clara o del color del alquitrán. Corrían y se reían, tropezaban y se empujaban. Mientras me lavaba estuve recordando con envidia lo rápido que regateaban. A veces venía la hermana de Malik y se sentaba en la hierba conmigo. Ella se empeñaba aún más que yo en jugar, pero, a pesar de sus berrinches, Malik no la dejaba participar.

—Tú y esa cría sentaos en la hierba y cuidad de nuestras cosas —le ordenaba. Todos los chicos excepto Roadside se referían a mí como «esa cría». No me gustaba y Roadside lo sabía, pero nunca les había dicho a sus amigos que no me llamaran así.

Entonces aparecieron los mayores con su habitual tufo a tabaco.

—Vale, salid —dijo uno de ellos con chulería al tiempo que chasqueaba los dedos.

Roadside se puso el balón bajo el brazo y nos propuso ir hacia los bloques.

—¿Hay algún juego en tu edificio? —preguntó Malik.

—Creo que no —respondí.

—Vamos para allá —les dijo a los demás.

Los chicos montaron el partido en la zona común tras comprobar que no había nadie más jugando. Todas las zonas comunes del barrio eran iguales: había mesas de *mahjong* hechas de hormigón y pequeñas tiendas en cada uno de los extremos, pero en el centro quedaba espacio suficiente para jugar al fútbol, aunque a veces los pilares de los edificios nos estorbaban. En las paredes que teníamos enfrente había carteles de «Prohibido jugar al fútbol», pero estaban manchados de rodales de polvo que delataban el continuo impacto de los balones.

Tras una breve discusión sobre el tanteo hasta ese momento, los chicos retomaron el partido donde lo habían dejado. Corrían por el laberinto de paredes y sus gritos resonaban en la zona común. Me harté de esperar a que alguien se lesionara o se cansara para poder ocupar su puesto. Entonces me dirigí a una de las mesas de *mahjong* y me senté en el fresco tablero de cemento; ya tenían las áreas pintadas, así que las ancianas chinas del bloque solo tenían que traerse las fichas. Las había visto alguna vez, con sus pijamas plateados, su pelo blanco cardado y sus pendientes de jade estirándoles los lóbulos de las orejas como si fueran de masa. Eran rápidas jugando: se intercambiaban fichas charlando en voz alta. A una de ellas, que siempre estaba fumando un cigarrillo, le gustaba canturrearme algo en malayo cuando pasaba por allí.

—*Cantik!*[13] —me gritaba; aquello me hacía sonreír y dirigir la mirada al suelo. Entonces ella se reía y continuaba—: ¡No seas tan tímida, guapa!

El balón golpeó con fuerza en la pared.

—¡Maldita sea! —gritó uno de los chicos, y el resto se echó a reír.

Pasé el dedo por el tablero de la mesa de *mahjong*. Estaba áspera y toda marcada con quemaduras. Los mayores que vivían debajo de mi piso fumaban y, antes de volver a casa, intentaban enmascarar su aliento con hojas de menta. Una vez la madre de Deven pilló a su hijo sosteniéndole unos cigarrillos a uno de los chicos que le estaba enseñando a hacer un *banana kick* y le castigó sin bajar a jugar durante un mes entero.

Los muchachos se empujaban y sus tobillos tropezaban al regatear, mientras juraban en todos los idiomas. Se insultaban y luego se reían golpeándose en broma con los hombros. Malik se burló de un chico chino por la palidez de su piel, argumentando que no podía verlo si se colocaba delante de las paredes blancas. El otro replicó que las paredes de mi bloque estaban tan sucias que combinaban mejor con su piel oscura. Se hizo un silencio y se notó cierta tensión en el ambiente, pero al final Malik se echó a reír y zanjó el asunto propinándole al niño chino una leve bofetada en la mejilla. Después siguieron jugando.

Aquel intercambio de insultos de los chicos me recordó el movimiento de los labios del Tío-Bus cuando pronunció aquella palabra: *mungalee*[14]; las personas indias consideraban que era una expresión soez. Yo la conocía porque papá me contó en cierta ocasión que cuando era pequeño lo llamaban así por su tez morena. Lo tomaban por un indio del sur, porque conocía a muchos de ellos, así que cuando iban todos juntos por la calle sus compañeros de clase gritaban a su paso:

—*Mungalee lai liao! Mungalee lai liao!*, «¡Que vienen los indios! ¡Que vienen los indios!».

Cuando le pregunté cómo reaccionaba al escuchar aquellas cosas desagradables, me respondió que no había nada que hacer. Decía que siempre era mejor dejar que las personas ignorantes hicieran el ridículo. Pero al oír eso yo me enfadé y quise volver a la infancia de papá para insultar a esa gente.

—Tienes suerte, Pin —me explicó—; los habitantes de este país han aprendido a tolerarse. Incluso nuestros propios maestros solían llamarnos *blackie* o *darkie*, y se referían a nosotros con nombres por el estilo. Ahora no podrían hacerlo.

El Tío-Bus era viejo, así que quizá no sabía que Singapur había cambiado. Sin embargo, el episodio me molestó y me hizo pensar en otra cosa que había ocurrido el año anterior en la ruta.

Antes de que a nadie se le ocurriera llevar al autobús las cartas, los *pick-up sticks*[15] o los *sticky balloons*, matábamos el tiempo del trayecto a casa jugando a las preguntas. Era bastante sencillo. Nos dividíamos según nuestra raza y hacíamos preguntas cada una en su propio idioma. Tenías que responder «sí» o «no», a pesar de que realmente no entendías qué te habían preguntado. A veces, una respondía afirmativamente a cuestiones como: «¿Eres la más inteligente de la escuela?» o «¿Tendrás un marido rico?». En ese caso, la niña ganaba puntos, algo que no ocurría si contestabas que no a una buena pregunta. En otras ocasiones, sin darse cuenta, una podía admitir que tenía novios feos o que estaba enamorada del Tío-Bus. Las chinas preguntaban a las malayas, las malayas (a las que yo solía unirme) a las chinas y las tamiles a todas las demás; la lengua de estas últimas era la más fascinante: rápida y áspera, como guijarros rodando dentro de una lata.

Margaret Lee, a la que todos llamaban Maggie Mee, como la marca de fideos, hacía preguntas en francés porque había ido a una escuela bilingüe en Canadá cuando era muy pequeña. Me gustaba Maggie Mee; sabía lo que era un punyabí; una vez me preguntó si podía venir algún día a mi casa a probar comida punyabí de verdad. Su mejor amiga en Toronto procedía de esta región. Cuando las otras niñas me preguntaron por qué no entendía el tamil les dijo que eran estúpidas y estrechas de miras.

—¿Os creéis que todos los indios son iguales? —las increpó sacudiendo desafiante la cabeza. Al igual que con Farizah, siempre podía contar con ella para que hablara por mí, aunque a veces deseaba ser capaz de hablar más por mí misma.

Había una niña en el autobús, Gayathiri Vengadsalam, que no le caía muy bien a nadie. Era ruidosa, pellizcaba a la gente cuando quería captar la atención de las demás y no hablaba un inglés correcto. Delataban su condición de niña becada su aspecto descuidado y su forma de expresarse, algo que avergonzaba al resto de las alumnas que no podíamos permitirnos asistir al First Christian sin la asignación mensual que el colegio nos daba. Su viejo pichi tenía manchas y estaba tan descolorido que parecía tela vaquera. Su blusa era blancuzca y llevaba la insignia del colegio demasiado alta, de modo que le brillaba desde el hombro en lugar de hacerlo por encima del corazón, donde se suponía que debía estar el escudo. También tenía la piel muy oscura.

Fue Abigail Goh quien la invitó a jugar.

—¿Quieres unirte al juego de preguntas? —propuso con desparpajo.

Cuando Gayathiri asintió, Abigail se ocultó por un instante en su asiento con sus amigas y todas empezaron a cuchichear y a reírse.

—Bien. Estamos listas. ¿Estás lista, Ga-ya-thi-ri? —preguntó Abigail alargando las sílabas con inseguridad, como quien pronuncia el nombre de una nueva especie recién descubierta.

—Sí, lista —confirmó la aludida.

Era el turno de Abigail. Nadie se reía, todas parecían contener la respiración hasta ver qué pasaba. Yo solo conocía una palabra de la pregunta que le había hecho, gracias a que en la guardería tuve que aprender todas las canciones infantiles en inglés y en chino: la había oído en la canción *Baa Black Sheep*. Al principio pensé que le estaban preguntando si era una oveja, por su pelo rizado. Pero entonces Abigail volvió a decirlo.

—¿Eres negra? —preguntó.

Entonces Maggie fue directa a Abigail y pegó su barbilla a la de ella retándola:

—Mi madre dice que la gente como tú es una vergüenza —la reprendió.

Abigail no se dio por vencida. Le dirigió a Maggie una mirada dura como el acero y le respondió:

—Pues vuélvete para Canadá, Maggie Mee.

Algunas niñas empezaron a reírse y a mirarse unas a otras; no estaban muy seguras de lo que estaban haciendo. Gayathiri, por su parte, no entendía nada. Yo quise advertirla, pero me sentía paralizada de vergüenza. Si decía algo ¿acaso no corría el riesgo de que las demás me llamaran negra a mí también? Observó cómo Maggie y Abigail se miraban con desprecio y dijo:

—¡Elijo que sí! ¡No… no… sí! Vale, sí.

Se me encogió el corazón. Algunas se miraron las faldas disimulando de vergüenza; otras se apartaron del grupo y empezaron a jugar a las palmas sin decir palabra. Las niñas malayas y tamiles parecían no haberse enterado bien; interrogaban a sus compañeras chinas acerca de lo que Abigail había preguntado, pero nadie lo decía porque Gayathiri seguía dando su respuesta.

—¡Sí! ¡Sí! —insistía emocionada.

En aquel momento la odié. Me hubiera gustado arrojarla de un empujón a su asiento y decirle que cerrara la bocaza; que solo estaba empeorando las cosas. Pero ella seguía repitiendo su estúpida respuesta, sonriendo como si hubiera ganado un premio.

Un fuerte grito interrumpió mis recuerdos. Dos de los chicos que no conocía estaban tirados en el suelo de hormigón de la zona común, con los tobillos entrelazados como si fueran *pretzels*. Los demás corrieron hacia ellos, riéndose al principio, pero sus expresiones cambiaron rápidamente al notar que uno no podía levantarse.

—¡Oh, mierda! —dijo Roadside agachándose para ayudar a su amigo. Me acerqué un poco y observé desde cierta distancia. No quería que nadie se lesionara, pero si uno quedaba fuera, me permitirían jugar en el partido.

El chico hizo un gesto de dolor. Intentó ponerse en pie, pero volvió a desplomarse. Se le saltaban las lágrimas, y apartó la mirada cuando se dio cuenta de mi presencia.

—¿Qué estás mirando? —murmuró, y yo rápidamente me di la vuelta.

Ninguno de los chicos quería acompañarlo a su bloque, porque sabían que quien lo llevara a casa recibiría una reprimenda de su madre. Se fueron pasando la patata caliente unos a otros durante un rato y finalmente decidieron zanjar el asunto con tres rondas de piedra-papel-tijera. Malik perdió y, de mala gana, le dijo al lesionado que le pasara el brazo por el hombro para poder arrastrarlo. Me quedé por allí mientras los demás decidían qué hacer. Finalmente, Roadside se dirigió a mí.

—Tú harás de portero, Pin. Sabes parar goles, ¿verdad?

—Sí —dije como si aquello no me importara lo más mínimo, aunque me moría de ganas de jugar.

—Vale. Wei Hao, tú ocupas el lugar de Azmi.

Wei Hao me envió a una de las porterías. Corrí hacia allí, olvidando la dignidad, tantas ganas tenía de que papá, que estaría regresando en aquel momento del trabajo, me viera ahí, a mí sola, en la zona común, salvando el partido…

—¡Oye, portero! ¿Estás lista? —gritó Wei Hao.

—¡Sí! —grité yo también haciéndole señas con los brazos.

Pero entonces la expresión de Wei Hao cambió. Se dirigió hacia Roadside para llamar la atención de los demás y el muy metomentodo dijo algo que hizo que todos se volvieran a mirarme.

—¿Qué? —pregunté.

—Tienes que quitarte el brazalete —dijo Roadside.

Me toqué la *kara* de la muñeca. No solía notar que estaba allí porque la había llevado desde que

era un bebé.

—No puedo —respondí.

—¿Por qué no?

—Es muy pequeña —argumenté—, y la llevo por mi religión.

Había tenido que explicar lo mismo a los prefectos del colegio, que siempre me llamaban la atención e intentaban quitarme puntos «por llevar joyas».

—¿Qué religión? —replicó Kaypoh, pero pasé de él.

—Si no lo haces vas a herir a alguien —dijo Roadside—. Todos nos quitamos el reloj y nos sacamos las llaves de los bolsillos. Quítate el brazalete o no juegas.

—Pero no puedo —insistí, y se lo demostré al intentar en vano sacármelo de la muñeca.

—Prueba con jabón —sugirió uno de los chicos. Tenía manchas de hierba en sus pantalones cortos blancos y llevaba las piernas sucias.

—Tú sí que deberías probar con jabón —murmuré.

—Lo siento, Pin —se disculpó en voz baja Roadside cuando pasé a su lado de vuelta a la mesa de *mahjong*.

Hice un nuevo intento de extraer el brazalete de la muñeca. Esta vez conseguir sacarlo un poco más, pero me hice unas ronchas en las manos que seguramente mamá iba a descubrir. A lo mejor podría convencerla para que me comprara una nueva *kara* en el templo, una que pudiera quitarme fácilmente cuando ella no estuviera. Mamá insistía en que siempre debía llevarla.

—Ya es bastante malo que cantes canciones cristianas —decía arrugando el ceño—. No basta con que vayamos al templo o llevemos el pelo largo o tomemos siempre comida punyabí. Esto es lo mínimo que debes hacer para mostrar algo de respeto a Dios.

En el cielo se veían pinceladas naranjas y rojas a la hora en que el sol de la tarde se hunde entre los árboles. Los chicos estaban jugando al gol de oro y sus gritos aumentaban en volumen a medida que iba oscureciendo. Yo estaba tan concentrada observándolos que no me fijé en las dos mujeres que atravesaban la zona común del bloque, hasta que Roadside gritó:

—¡Alto! ¡Vienen dos mujeres!

Dejaron escapar el balón, que rodó hasta una alcantarilla cercana.

Identifiqué a la primera mujer por su tamaño. Era la Tita-Gorda. Resoplaba por el peso de su bolsa de lona, que se sumaba a su propio peso. Llevaba un *salwar-kameez* de color azul pálido, lo que hacía que su enorme vientre y sus anchos muslos parecieran aún mayores. Mientras caminaba —con evidente dificultad— uno de los chicos se volvió señalándolas.

—¿La conoces? —creo que me preguntó.

Le puse mala cara, levantando las cejas y entrecerrando los ojos.

—¡No!

La mujer que caminaba detrás de ella iba toda envuelta en tela blanca. Al principio creí reconocerla por su atuendo, pero me pareció más delgada y lenta de movimientos que mi abuela. Avanzaba mirando al suelo, como si temiera tropezarse. Se oía cómo arrastraba sus zapatos por el cemento. Los chicos se apartaron hacia una esquina de la pared, observando de arriba abajo a la pareja formada por la Tita-Gorda y la anciana. Entonces la Tita-Gorda desapareció en el vestíbulo del ascensor. Cuando la otra mujer le pidió que la esperara reconocí su voz ronca. Era Nani-ji. Nunca la había visto moverse tan despacio. De hecho, antes, cuando caminaba, solía tener el aspecto de alguien que se estaba escabullendo: movía los ojos con rapidez inspeccionando la zona y sus piernas iban tan rápidas que parecía como si las caderas no pudieran desplazarse al mismo ritmo. Salté de la mesa y subí corriendo las escaleras con la intención de llegar a nuestro piso antes que

ellas.

—¡Mamá, Nani-ji está subiendo! —grité, entre jadeos, ante la puerta. Luego me detuve. Había algo diferente en casa, y no era solo Dios mirando desde la pared. Por la puerta salía olor a humo y masa quemada. Presa del pánico, golpeé el candado de la cancela pensando que algo estaba ardiendo. Pero mamá se encontraba muy tranquila. Se acercó a la puerta como flotando.

—Ya sé, Pin —dijo— ¿Ya está aquí?

—Aún no, la he visto abajo con la Tita-Gorda. ¿Por qué ha venido la Tita-Gorda?

—Tenía que ayudar a Nani-ji a traer sus cosas.

Sus cosas eran el saco de lona y las dos grandes bolsas de la compra que llevaba en los brazos Nani-ji. Se mudaba a nuestra casa, se iba a quedar algún tiempo. Que Nani-ji viviera con nosotros significaba que había que preparar dos tipos de comida. El olor a humo provenía del *roti*. Me asomé a la cocina y constaté que los hondos woks y las sartenes habían sido sustituidos por una única plancha de hierro para calentar la tradicional torta.

—¿Cuánto tiempo estará aquí? —exigí saber nada más entrar en casa.

—Pin, estás sudado. Ve a ducharte —respondió mamá.

Repetí mi pregunta mientras entraba en mi cuarto para que mamá pensara que la estaba obedeciendo. Al dirigirme hacia el armario para sacar una camiseta y unos pantalones limpios, me di cuenta de que mi habitación también había cambiado. Había sábanas nuevas en mi cama y, al lado, un fino colchón. Mi mochila de la escuela, que solía tirar sobre la cama al llegar a casa, estaba perfectamente apoyada en una esquina. Los libros de texto y las carpetas, que antes andaban desordenadas sobre mi escritorio, ahora aparecían organizados y apilados. Mamá me siguió.

—Bueno, ¿dónde, si no, se supone que va a dormir tu abuela? —preguntó, como si ya estuviéramos discutiendo. Se me ocurrieron muchos otros lugares además de mi habitación: la sala de estar, el suelo del baño, el pasillo exterior…

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? —quise saber.

Mamá no me hizo caso. Abrí la boca para preguntar de nuevo, más fuerte esta vez, pero llamaban a la puerta.

—Ya voy —dijo mamá, antes de volverse hacia mí—: Pin, tu abuela está muy enferma. Necesita que la cuidemos aquí. Esto es lo que hacemos por la gente que queremos. Si no trajera aquí a Nani-ji, ¿qué clase de hija sería? La verdad es que espero que cuando yo envejezca también me abras las puertas de tu casa.

—¿Por qué no puede quedarse con la Tita-Gorda?

—Ya sabes que tu tía trabaja y tiene dos hijos. Además, quiero que Nani-ji esté con nosotros.

Recordé la conversación de la noche anterior, cuando mamá y papá discutían sobre las razones para que Nani-ji se mudara con nosotros.

Mamá salió de la habitación y fue a saludar a Nani-ji y a la Tita-Gorda. Yo me quedé en el cuarto y me senté en la cama, pero en el borde, porque sentía que ya no me pertenecía. Sabía que tendría que dormir en el suelo porque Nani-ji tenía mal la espalda. Estaba enfadada con mamá por haber aceptado que se trasladara tan pronto. Yo contaba con disponer al menos de una semana. Podría haber aprovechado ese tiempo para intentar caerle bien a Dios. Podría haber realizado algunas buenas acciones, como barrer el suelo al venir del colegio y no burlarme del Tío-Bus. De haberlo hecho, seguramente Él habría visto mis buenas intenciones y habría intervenido para mejorar la salud de Nani-ji evitando que viniera a vivir con nosotros.

Me pregunté si papá estaba al tanto de que Nani-ji iba a instalarse tan pronto en nuestra casa. Probablemente no; me lo habría dicho, aunque, por otra parte, sabía que no me contaba todo. Decía

que era demasiado pequeña para conocer ciertas cosas, o que mamá me contaría su vida cuando llegara el momento. Él hablaba de su infancia con total libertad, como si hubiera sido ayer mismo cuando trepaba por las vallas y se escapaba a hurtadillas a los ríos de la periferia de la isla en compañía de sus amigos. Pero las historias de mamá estaban muy bien guardadas.

El conocido olor almizclado a humo del *roti* inundaba el piso. Ocultaría el aroma suave y ácido del aceite de sésamo que quedaba en el ambiente cuando mamá preparaba comida china, o ese otro algo agrio que se percibía tras la elaboración de un plato malayo picante. Cerré la puerta de mi cuarto, pero no pude impedir que el olor a humo penetrara. Entonces llamaron otras dos veces al timbre y la sombra de los pies de mamá cruzó por debajo de la puerta. Nuestro piso estaba a punto de quedar abarrotado. Nani-ji lo inundaría todo con su voz ronca, el olor a naftalina de su ropa y su hábito de refunfuñar por todo. Tarde o temprano tendría que enfrentarme a Nani-ji. Le pedí a Dios que retrasara aquel momento todo lo posible. Era la primera oración verdadera que había pronunciado nunca.

Capítulo tres

En la pantalla del televisor, la bandera ondeaba rizándose sobre un fondo de altos edificios que jalonaban las orillas resplandecientes del río Singapur. Débilmente, comenzó a oírse una melodía familiar. Yo estaba sentada en el suelo del salón haciendo los deberes de mates. Cronometraba lo que debía tardar en cada ejercicio: tenía que pensar la respuesta en menos de treinta segundos y anotarla en un papel aparte. Yo pensaba que estos números me traían suerte, así que los elegí porque las sumas se me daban fatal. Serían mi sugerencia para la lotería de aquella semana.

La bandera volvió a ondear y la visión de los altos bloques dio paso a unas imágenes antiguas con los bordes quemados por el tiempo, como si fueran pan tostado, en las que se veían viviendas con comercios en la planta baja. De pronto, las riberas del río Singapur eran un mar de escombros. Entonces se oyó un violín, que con una sola cuerda abordó las primeras notas de *We Are One*. Me había tenido que aprender la balada en el colegio para las fiestas del Día Nacional, así que podía cantarla sin tener que leer la letra que iba apareciendo en la parte inferior de la pantalla. Luego las viviendas con comercios se desvanecieron y el televisor se llenó de fotografías de la guerra. Soldados japoneses enseñando los dientes y apuntando con sus bayonetas a un grupo de mujeres acurrucadas presas del miedo; niños hambrientos con las manos extendidas suplicando la comida de racionamiento; *rickshaws*[16] atascados en un caos de tiendas y casas con techos de chapa abollados.

Dios observaba desde la pared. Escondí el papel en el que escribía para que no lo viera, porque no quería que se enterara de que estaba ayudando a papá con la lotería. Yo ni siquiera sabía que jugar fuera malo hasta que Nani-ji lo había comentado la semana pasada.

—Jugar es pecado —le dijo a papá.

—Es solo un pasatiempo —justificó mamá al tiempo que dedicaba a papá una mirada de reproche.

—Cuando gane te compraré un juego de joyas de oro y entonces ya veremos si te quejas —bromeó papá con Nani-ji, a quien no le hizo gracia el comentario.

El volumen del violín subió y ahora lo acompañaba un armonioso coro. *¡We are one island, we are one nation, we are one people!*[17] A continuación, las fotografías del viejo Singapur fueron sustituidas por modernos videoclips. Serangoon Road, antes un mercado caótico y sin asfaltar, se transformó de repente en Little India, con guirnaldas multicolores y tiendas de saris. Chinatown, antaño roja y fantástica, con sus dragones bordados y sus farolillos de papel, con las delgadas mujeres samsui[18] cubriendo su cabeza con los clásicos pañuelos rojos, se volvió más ordenada. Ahora ya solo se veían dragones en los festivales y ya no había mujeres samsui. Las ciudades residenciales habían crecido tanto desde entonces que el horizonte se había convertido en un vasto paisaje de hormigón y cristal. Me pareció ver una imagen de nuestro barrio, pero bien podría haber sido Hougang, Jurong o

cualquier otro lugar de Singapur.

La mayoría de las letras de las canciones de la Fiesta Nacional trataban sobre el cambio: «Un pueblo de pescadores, una ciudad concurrida. Un hogar para comenzar, un hogar para el progreso. Una isla inexplorada, un bullicioso puerto marítimo. ¡Oh, Singapur! Todos juntos en una nación. ¡Oh, Singapur! Todos juntos en una isla. ¡Oh, Singapur! Todos juntos como un solo pueblo».

Yo no veía qué había de bueno en cambiar. Para mí solo traía problemas. Todo había cambiado desde que Nani-ji se había mudado con nosotros, y eso que apenas habían pasado unas semanas. Era una mujer con normas para cualquier cosa. Le habría preguntado en qué casa creía que estaba, si no hubiera estado segura de que mamá me habría matado por atreverme a contestar a mi abuela. Ya me había amenazado una vez con frotarme los labios con guindilla por llamar a cenar a Nani-ji alzando la voz:

—¡Eh, Nani-ji! ¡La cena está lista!

Mamá se enfadó mucho:

—¡No se llama a la abuela, idiota! —me regañó.

Una regla básica era que teníamos que rezar antes de cenar. Las oraciones eran largas, no como la bendición que las niñas cristianas decían antes del almuerzo del recreo, que concluían en un abrir y cerrar de ojos. Las de la abuela duraban treinta minutos y se me hacían eternas cuando estaba hambrienta. Y ahora siempre lo estaba, porque mamá cocinaba menos a mediodía. Parecía tener menos energía. No se preocupaba tanto de qué especias combinaban entre sí, ni de cómo debían pocharse las cebollas para dar el amargor justo a las salsas, ni de cómo triturar el jengibre con el fin de que no picara demasiado. Esto también era culpa de Nani-ji, que hacía sentirse mal a mamá y decía algunas cosas ante las que ella se tenía que callar.

Nani-ji pensaba que la comida de Singapur era ordinaria y repugnante. Un día le exigió a mamá que dejara de alardear de sus platos.

—Tú creciste comiendo la comida sencilla del Punyab. No puedes permitirte gastar tanto. ¿Por qué te preocupas por eso? —le preguntó en cierta ocasión.

Mamá no dijo nada. Nani-ji continuó:

—Es derrochar el dinero. Y tú ni siquiera trabajas. Has elegido esta vida. Acéptalo y deja de intentar ser una chef elegante en tu propia casa.

Estuve a punto de decir algo. Mamá era muy consciente de lo que podíamos y no podíamos permitirnos. No necesitaba que nadie se lo dijera. Pero seguramente no se le ocurrió nada inteligente que replicar. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue que introdujo en su forma de cocinar algún ingrediente que sabía a disculpa.

Un día, antes de que papá se fuera a hacer su turno de noche, salí de puntillas de mi cuarto a preguntarle por qué Nani-ji era tan mala. En la oscuridad solo podía ver su sombra y un lado de su cara, gracias a una pequeña franja de luz que venía del exterior, pero me di cuenta de que se estaba pensando mucho la respuesta.

—Tu abuela creció de un modo distinto. Ella pensaba que su vida seguiría siendo igual, pero cambió mucho cuando vino de la India. A algunas personas les gusta que la vida vaya cambiando, pero a Nani-ji no. Pasaron demasiadas cosas demasiado rápido. Tu abuelo, Nana-ji, se fue de casa y tu tío tuvo que casarse… con esa…

Al llegar a este punto cortó la conversación, murmuró algo así como que se estaba haciendo tarde y ya no quiso decirme nada más. Cuando le insistí, me respondió con evasivas.

—Ya te lo he dicho, Pin. Yo no soy quién para contar la vida de mamá.

La música se desvaneció y con ella las imágenes. Ese año la Fiesta Nacional cayó en martes.

Algunos vecinos habían colgado banderas en las ventanas, pero nosotros no. Mamá sostenía que para demostrar que se amaba algo no hacía falta desplegar su imagen a diestro y siniestro. Lo dijo el día anterior a la celebración, con Dios y Nani-ji presentes.

Nani-ji salió de mi cuarto. Cuando oí abrirse la puerta subí el volumen del televisor. Luego escuché cómo sus pies se arrastraban por el salón; avanzó hasta el televisor y lo apagó.

—Está demasiado alto y estás demasiado cerca; te vas a quedar sorda y ciega —diagnosticó.

—No estaba mirando —le respondí.

—Entonces, ¿por qué la tenías encendida? —preguntó.

Le puse mala cara. Pero Nani-ji ya se había dado la vuelta, aunque Dios aún podía verme desde la pared. Ya no me quitaba ojo y a menudo me daba a conocer su desaprobación. Cuando le dije a papá que Dios se movía dentro del cuadro no me creyó, pero yo ya lo había notado varias veces.

—Es solo un cuadro de Dios, Pin —trató de tranquilizarme papá—. Usa el sentido común antes de dejarte llevar así por la imaginación.

Era lo mismo que decía en ocasiones cuando empezábamos a dibujar, en parte porque a mí me gustaba añadir detalles que no estaban en el modelo. Afirmaba la importancia de hacer las cosas con precisión.

Pero yo sabía cosas que él desconocía. Dios vivía en nuestro piso; se había mudado con Nani-ji. Su cara cambiaba según su estado de ánimo. Las comisuras de sus labios se curvaban ligeramente cuando se divertía o se alegraba. Entornaba los ojos si percibía que yo estaba mintiendo. Lo que más llamaba mi atención era su mano abierta enseñando la palma. Cuando salía de casa por las mañanas para ir al colegio parecía despedirme diciéndome que tuviera cuidado. Pero si le faltaba al respeto a mamá o a Nani-ji, esa misma palma levantada exhibía una actitud firme, como si fuera a abofetearme. Papá calificaba de extraña mi imaginación. Él no tenía miedo de Dios; convencido de que trabajaba mucho y era buena persona, ¿de qué tendría que preocuparse? En cambio, a mamá Dios le producía ansiedad. Cuando pasaba por delante de él se bajaba las mangas.

Aquella era otra de las reglas de Nani-ji: ni mamá ni yo podíamos llevar pantalones cortos, tampoco dentro de casa.

—Los pantalones cortos son indecentes —decía, mirándome las piernas de una manera que me hacía sentir vergüenza.

A mamá la piel le había empeorado desde la llegada de Nani-ji. Yo empecé a examinarme los brazos y las piernas para asegurarme de que seguían bien y comprobé que, en efecto, así era, pero me preocupaba el hecho de que la enfermedad de mamá hubiera comenzado cuando ella era solo algo mayor que yo. Así que me revisaba todos los días. Me alteraba si sufría el más mínimo corte o rasguño y solo me quedaba tranquila al recordar cómo me lo había hecho: un roce en la pierna con un clavo que sobresalía de un escritorio o un cortecito con un folio cuando ayudaba a la señorita Yoon a repartir los deberes.

Pasaba la mayor parte de las tardes en la sala de estar, intentando ignorar a Dios, que no dejaba de observarme. No le importaba ser indiscreto. Yo quería alejarme de Él, pero no me dejaban entrar en mi habitación cuando Nani-ji estaba durmiendo la siesta, porque hacía demasiado ruido al ir de un lado a otro preparando el material para hacer los deberes.

Nani-ji se levantó y oí cómo le crujía algún hueso.

—Voy a preparar té —anunció dirigiéndose hacia la cocina—. Pregúntale a tu madre si quiere.

Pero mamá estaba descansando y yo no quería molestarla. Últimamente dormía siestas más largas. Según me dijo, estaba cansada por tener que cocinar dos menús distintos para el desayuno, el almuerzo y la cena.

—No hacéis más que darme problemas —decía.

Pero a veces no se dormía. Un día que dejó entornada la puerta de su habitación para que entrara aire, me asomé al interior y la vi tumbada en la cama mirando el techo, con expresión de amargura.

Me levanté y seguí a Nani-ji. La cocina tenía otro aspecto. La plancha de hierro estaba instalada sobre el fogón y había otros objetos que antes de la llegada de mi abuela solo había visto en el templo. Por ejemplo, un rodillo de cocina y una pesada tabla de mármol para extender la masa o un extraño y pesado mortero que parecía de cemento y que incorporaba una pequeña mano para moler. Mamá lo empleaba para triturar las especias y hacer los polvos de la salsa que acompañaba el *roti* de Nani-ji. Por toda la encimera quedaban restos de harina de trigo.

Nani-ji no dejaba de mirar el cazo de hervir el agua del té, como si mi presencia fuera a estropear el sabor. Sobre la encimera descansaban la lata de leche condensada, el tarro con las hojas de té, un poco de hinojo y una vaina de cardamomo.

—Mamá se lo echa al *curry* —informé a Nani-ji, cogiendo la vaina verdosa. Tenía una pequeña hendidura en el centro, como si se hubiera roto. Cuando separé la blanda capa salieron tres semillas negras. Nani-ji se dio la vuelta y chasqueó la lengua.

—No las toques —me ordenó apartándome.

Pero, como no me echó, me quedé allí mirando el cazo. Aparecieron unas burbujitas en el agua. Nani-ji echó las hojas de té negro con las manos y las removió hasta que el agua pareció oxidarse. El vapor salía del cazo y yo podía percibir el aroma. Concluí que si la luz del sol tuviera un sabor sería el de las hojas de té negro. Nani-ji siguió removiendo y luego añadió el hinojo y las semillas de cardamomo. Después vino la leche condensada, que espesó el té y le dio un aspecto cremoso. El agua estaba a punto de hervir; empezó a elevarse dentro del recipiente, hasta que las oscuras hojas comenzaron a dar vueltas en la parte superior. Nani-ji se apresuró a retirar el cazo del fuego antes de que el líquido se desbordara. Vi que la llama azul seguía ardiendo y le recordé que debía apagarla.

—Ya lo sé —dijo enfadada.

Acto seguido sacó un colador del cajón y, con mano algo temblona, llevó el cazo al fregadero y coló el té en una taza. Las hojas cayeron en el colador agrupadas en pequeños montones. Me di cuenta de que había hecho demasiado cuando la taza se llenó hasta el mismo borde. Como sabía que no le gustaba desperdiciar, cogí otra taza del estante y le pregunté si podía tomar lo que sobraba.

—Solo un poco —accedió, si bien el sobrante sirvió para llenar más de la mitad de la taza. Se sentó en la mesa de comer con un gran suspiro que llenó la habitación como si fuera humo. Yo estaba a punto de tomar un sorbo cuando Nani-ji me cogió la taza y vertió mi té en la suya.

—¡Oye! ¡Has dicho que podía tomar un poco! —protesté.

Nani-ji volvió a hacer aquel chasquido suyo que me hizo callar al instante. De nuevo vertió el líquido en mi taza y luego otra vez en la suya. El vapor subía del espeso chorro mientras ella lo iba trasladando de un lado a otro. Reconocí en aquella maniobra el método de enfriamiento que se empleaba en el templo, donde las mujeres separaban mucho ambas tazas al echar el té para que el calor se escapara antes. A veces incluso lo vertían en platos hondos para airear mayor superficie de líquido, dejando que los ventiladores lo enfriaran.

Nani-ji me devolvió la taza. La capa de arriba estaba llena de espuma de tanto trasvasar el líquido. Tomé un sorbo. Estaba templado y picaba; el sabor era diferente del de las habituales bolsas de té Lipton que mamá sumergía en agua caliente y mezclaba con leche y azúcar por las mañanas.

—Este no es como el de mamá —dije.

No sabía si aquello podía considerarse un cumplido. Se parecía al té del templo, pero no era tan amargo, sino dulce, y resultaba reconfortante.

—Tu mamá no hace este tipo de té —apuntó Nani-ji—. Tu mamá no hace nada como yo.

Tomé otro sorbo para comprobar si era capaz de reconocer en el sabor del té la tristeza que acompañaba a sus palabras.

—Me gusta la comida de mamá —le dije a Nani-ji con orgullo—. Cocina bien. No suelo comer la del colegio porque prefiero la suya. Y cuando voy al centro de comida ambulante con papá, tampoco pido nada que cocine mamá porque sé que ella lo hace mejor.

Nani-ji sorbió su té con lentitud. Cuando se retiró la taza de los labios noté que estaban brillantes: entonces caí en la cuenta de que alguna vez había sido joven. Sus ojos, ahora pesadas persianas, habían brillado muchos años atrás. Su cara se arrugó como solo lo hacía cuando se reía.

—¿Quieres ser como tu mamá? —me preguntó Nani-ji.

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes por qué tu mamá cocina así?

—¿Por qué?

—Porque siempre quiso hacer las cosas de forma diferente. Y por eso se metió en más problemas de los que te puedes imaginar.

Tomé otro sorbo. Una semilla puntiaguda de hinojo que de algún modo había escapado al filtro del colador subió a la superficie. Su sabor se filtró en mi paladar y entonces supe que no había entrado en el té por error: su sabor era viejo pero vivo a la vez, como un recuerdo.

—¿Por qué? —volví a la carga.

Nani-ji negó con la cabeza.

—No te vuelvas como tu madre —me dijo.

Entonces se levantó de la mesa y lavó su taza en el fregadero. Me senté y traté de beber el resto del té, pero de repente mi estómago se había llenado. Miré a Dios. Desde aquel ángulo de la cocina, sus rasgos parecían torcidos. No estaba segura, pero parecía estar de acuerdo con Nani-ji.

A los pocos días riñeron.

Aquella tarde regresé del colegio antes, porque se habían adelantado las primeras lluvias y algunas alumnas no habían acudido a clase a causa de la gripe. Había menos niñas en la ruta de vuelta, así que el conductor tomó un itinerario diferente, saltándose Bishan por completo. Durante la asamblea nos habían pedido que inclináramos la cabeza y rezáramos por nuestras compañeras enfermas. Algunas envidiaban a las que podían quedarse en casa, pero yo no. Recé a mi propio Dios y le pedí que no me hiciera enfermar a mí también; no podía imaginarme pasar todo un día en el piso con Nani-ji.

Cuando me bajé del autobús vi a Roadside al otro lado de la calle. Le envidié porque era lo suficientemente mayor para coger el metro y volver a casa solo desde el colegio. Nos saludamos.

—¿Vienes a jugar hoy? —me preguntó.

En la concurrida calle principal el ruido nos envolvía como un tremendo rugido.

—No lo sé. Ya veré —respondí.

Nani-ji no sabía que yo jugaba abajo con los chicos del barrio; cuando salía del piso, le decía que iba a hacer un recado para papá; por ejemplo, a la tienda a comprarle una lata de Coca-Cola. Papá siempre me encubría, pero no se lo decíamos a mamá. Solo podía jugar con los niños si mamá estaba encerrada en su habitación y él estaba en casa. También tenía que asegurarme de que Nani-ji permaneciera ocupada con sus oraciones vespertinas a mi regreso, para que no se diera cuenta del tiempo que había estado fuera y de que siempre volvía con las manos vacías. Asimismo, tenía que evitar la intensa mirada de Dios. La verdad es que ya me estaba cansando de tener que lidiar con

todos esos inconvenientes para luego limitarme a ver jugar a los chicos; seguía sin poder quitarme la *kara* y ellos seguían sin dejarme participar, a menos que encontrara la forma de quitármela.

Desde el corredor oí voces, pero eso era algo normal. Cuando pasaba frente a las ventanas de las viviendas de nuestra planta escuchaba conversaciones en otros idiomas que, de repente, aquel día quise comprender. Cerca ya de nuestro piso caí en la cuenta de que las voces eran las de mamá y Nani-ji. Retazos entrecortados de sus palabras atravesaban el aire cargado de aquella tarde.

—Cuando dejes de gritar te escucharé —dijo Nani-ji con firmeza.

—No voy a dejar de gritar porque no escuchas nada de lo que digo —contestó mamá.

—Jini, he venido a vivir contigo para que podamos hablar y pasar página. Dios quiere perdonarte —replicó Nani-ji.

—Pensé que terminarías por querer escuchar mi versión. No sabes lo que pasó aquel día. Te empeñas en creer lo que te dijeron Pra-ji y todos esos vecinos cotillas.

—Dios quiere perdonarte —repitió mi abuela.

—¡Pero yo no hice nada malo! —gritó mamá—. ¿Por qué no quieres entenderlo? ¿Por qué nadie me cree?

—¿Cómo va a creerte nadie si llamaste mentiroso a Pra-ji? Un hombre sabio, un hombre religioso, un hombre justo. Y mírate. Mira tu piel. Cuando estabas a punto de casarte, me advirtió de que empeoraría si seguías mintiendo.

—Pra-ji es un mentiroso; lo juro ante Dios. Nunca cambiaré de opinión sobre él y, si no me crees, ese es tu problema. Pero no intentes decirle a Pin que su madre hizo algo terrible cuando no sabes lo que pasó —afirmó mamá—. ¿Para eso querías pasar un tiempo con mi familia, para advertirla de que no debe volverse como yo? ¿Para vigilarla?

Contuve la respiración.

Hubo una larga pausa y luego Nani-ji volvió a hablar:

—Vale, como quieras. Pero Dios lo ve todo.

El corazón me palpitaba a mil por hora. ¿Quién era Pra-ji? *Pra-ji* significaba «hermano mayor» en punyabí, y el único hermano mayor que tenía mamá era Mama-ji, a quien ella llamaba Sarjit si alguna vez hablaba de él, sin añadir el sufijo *-ji*, porque esa terminación solo se utilizaba en señal de respeto. Y tampoco parecía que ese Pra-ji fuera alguien a quien mamá admirara.

Oí otra voz en el corredor de la planta y luego el habitual golpeteo rítmico del metal contra los escalones de hormigón.

—*¡Karang guni! ¡Karang guni!*

El trapero, que recogía guías telefónicas y periódicos viejos para reciclarlos, pasaba por delante de nuestro bloque con una carretilla enorme y una romana. No pagaba mucho, pero era la única persona a la que podíamos darle las cosas viejas. Intenté seguir escuchando lo que ocurría en nuestro piso, pero mamá y Nani-ji ya habían dejado de hablar. Seguramente estarían cada una en una habitación, rumiando sus pensamientos. Llamé a la puerta con fuerza.

Al abrir, mamá me dirigió una mirada perdida.

—Hoy me ha llegado una carta del colegio diciendo que hay un brote de gripe —dijo, tocándome la frente con el dorso de la mano—. Voy a hacerte una sopa de pollo.

—No estoy mala —me apresuré a señalar.

Pero mamá se metió en la cocina. Oí el chasquido del fogón de gas al encenderse y luego el siseo de la llama. Creo que hablaba consigo misma, pero para que Nani-ji la oyera. A veces hacía eso cuando se enfadaba con papá o conmigo.

—Nadie me cree —decía—. Todos pensaban que mentía y aún siguen pensándolo. ¿Es que hay

que creer más a un maldito viejo trastornado que a una hija? ¿Cómo es posible que, después de tantos años, aún lo llame hombre justo?

Entonces vi que salía de la cocina y se apoyaba en el marco de la puerta, mirando hacia la entrada principal, como si intentara oír algo. Lo primero que pensé fue que quería escuchar lo que Dios tenía que decir, pero luego me di cuenta de que solo estaba atendiendo al hombre del *karang guni*, que tocaba una pequeña bocina, como si cargar con los trastos de la gente fuera motivo de celebración. Con el alboroto de la carretilla, la bocina y sus gritos, parecía que los vecinos hubieran organizado un desfile en nuestro pasillo. Luego comprobé que todo ese barullo estaba en realidad destinado a compensar su escasa estatura: el hombre del *karang guni* era tan bajito que casi costaba verlo. De repente a mamá se le iluminó la cara.

—Pin, ayúdame a sacar los periódicos viejos —dijo—. Abre al hombre la puerta y dale todo lo que hay. Tenemos que deshacernos de lo que no sirve.

Hablaba alto y su voz tuvo que oírse en mi cuarto, donde estaba Nani-ji. Fui al trastero y empecé a sacar los montones de periódicos amarillentos. Ya no me daba miedo entrar, porque el retrato de Dios ya no estaba allí, agazapado en un rincón oscuro detrás de mi bicicleta, compartiendo espacio con las pequeñas ruedas de ciclista principiante y las cajas de los zapatos que se me habían quedado pequeños. Tropecé con un montón de perchas de alambre y, sin querer, tragué una bocanada de polvo que me hizo toser. Si Nani-ji hubiera visto el estado del trastero, seguro que lo habría relacionado con la piel de mamá. Aquel era el lugar donde mamá arrinconaba las cosas con las que no sabía qué hacer.

—*¡Karang guni!* —siguió gritando el hombre al llegar a nuestra ventana. Luego se asomó al piso.

Mamá me dijo que lo atendiera y se metió enseguida en su habitación.

—*¡Karang guni!* —alternaba su grito con la bocina.

—Tome —le dije, atiborrándole de periódicos a través de la cancela de la puerta; a mamá, con las prisas, se le había olvidado abrirla.

Le di dos guías telefónicas pasadas y unos catálogos de muebles que nos habían llegado como publicidad por correo. El hombre parecía tan viejo como el Tío-Bus, pero no tenía cara de malo; no habría podido insultarme como él. Se puso a pesar lo que le había dado y me hizo algunas preguntas chapurreando en inglés.

—¿Años?

—Diez —dije.

—¿Primaria, en cuál?

—Cuarto.

—¡Ah! Chica grande. Hablas inglés muy bien. ¿Colegio?

Señalé con la cabeza hacia lo lejos, más allá del corredor de nuestra planta, de los bloques de casas y de las brillantes hojas de los árboles, hacia el horizonte, donde se recortaban las siluetas de las escuelas de barrio, como cuadrados diminutos. No quise alardear de que iba a un colegio cristiano.

—Estudiar mucho, ¿sí? —me aconsejó—; si no, tú convertirte en *karang guni*. También mucho trabajo. Tener que ir aquí, ir allí, llevar mucho peso, tener que pagar dinero… ¡Uf! —exclamó, secándose el sudor de la frente—. Difícil.

Si hubiera estado delante, mamá habría considerado aquel discurso una táctica para darme lástima y conseguir que aceptara su precio por lo que tirábamos. Pero, de verdad, parecía cansado.

—¿Quiere agua? —le pregunté.

—¿Eh? ¡No, *lah*19! —respondió riéndose mientras se despedía, como si me hubiera tomado por loca al ofrecérsela—. ¡Qué bonita tú! No necesito, *lah*. No hay problema.

En un abrir y cerrar de ojos, ató el montón de papeles que le había dado con una larga cuerda rosa de rafia a la que hizo un gran nudo y que colgó del gancho de su romana. Su fino esqueleto tembló al levantar un bulto tan pesado. Hizo un cálculo rápido y se puso a rebuscar monedas en los bolsillos.

Entonces mamá salió de su cuarto con las llaves colgando en la mano.

—Coja esto también. —Ahora sí, abrió la cancela, y acto seguido le dio un montón desordenado de papeles que parecían tarjetas—: Asegúrese de reciclarlas correctamente —le pidió.

El hombre del *karang guni* las miró y se echó hacia atrás, diciendo que eso no se lo llevaba.

—Tómelas. Usted solo tómelas —repitió mamá, insistiendo en que se las quedara y empujándole sin dejar de sostener las tarjetas en la mano.

—No, no, no —se negó él frunciendo el ceño—, esto no lo cojo.

Entonces me fijé en lo que estaba intentando darle mamá. No eran tarjetas; eran viejas fotografías en blanco y negro con los bordes perforados, de diferentes formas y tamaños. En total eran solo cinco y apenas pesaban. Al principio me pregunté por qué quería venderlas, si no le iban a dar nada por ellas; luego comprendí que eso era justo lo que pretendía, que alguien le dijera que no valían nada.

—Dámelas a mí —le propuse.

Las únicas fotos antiguas que yo había visto eran las de su boda. Antes de eso no había ni rastro de la vida de mamá. Me pregunté dónde habría estado guardando aquellas fotografías.

—Tome —repitió mamá, ahora empujando con violencia las fotos contra el hombre, que levantó los brazos como para defenderse.

Yo también me asusté, al pensar que podía haberle pegado; se la veía bastante envalentonada. Entonces me di la vuelta y miré a Dios: «Haz algo», le insté. Pero Él se limitaba a observar, como si pasara por allí.

Entonces el hombre sacudió las fotografías justo cuando mamá acababa de soltarlas y salieron disparadas en todas direcciones, desperdigándose por el suelo. Me dio el dinero y se largó a toda prisa.

—Lo siento —le grité cuando se alejaba, pero ni se volvió a mirarme.

Mamá no recogió las fotos del suelo. Las esquivó tranquilamente; luego entró en su habitación y cerró la puerta. Estuvo llorando mucho rato. Se me partía el alma. Una parte de mí quería llorar con ella, pero otra deseaba zarandearla hasta que soltara todo lo que llevaba dentro, hasta que recordara su pasado más escondido y yo pudiera entender qué era eso que había hecho tan mal.

Estuve mucho rato sentada en el suelo antes de atreverme a mirar detenidamente las fotos. En una estaban Nani-ji y Nana-ji, entonces demasiado jóvenes para merecer ese sufijo de respeto. Sus rostros, angulosos y duros, y en blanco y negro, parecían de piedra. Los ojos estaban ensombrecidos y no había el mínimo atisbo de felicidad, ni tan siquiera una sonrisa, en sus caras. En otra, mamá era una niña pequeña que miraba la cámara traspasándola con sus ojos redondos. Y ahí estaba de nuevo en la tercera, de adolescente, con sus trenzas cayéndole por la espalda y los hombros firmes y rígidos, como si se estuviera preparando para conquistar el mundo. Junto a ella, de pie, se veía a Mama-ji, el tío Sarjit, flaco y con el mentón afilado, aunque en aquellos días tenía un aspecto menos severo y algo temeroso. En realidad, todos parecían asustados. Y luego había otro niño. En una de las imágenes era un bebé en el regazo de Nani-ji y en la última ya había crecido y se apoyaba en mamá. No salía en más fotos. Debía de ser un primo o el hijo de algún vecino. Me fijé en él porque era el único que sonreía, pero con una sonrisa algo torcida que le hacía parecer descarado.

Mamá ya no salió a cenar. Antes había puesto sopa a hervir, así que comprendí que no cocinaría

nada más aquella noche. Nani-ji abandonó la habitación, me mandó sentarme con ella a rezar y luego preparó *roti*. Me dio dos trozos y envolvió cuatro más para mamá y papá. Me pareció muy amable de su parte, teniendo en cuenta la discusión que acababa de tener con ella y lo mucho que despreciaba a papá. Debió de darse cuenta de mi cara de sorpresa cuando me pilló mirándola.

—Crees que soy cruel, ¿verdad? —preguntó suavemente. «Sí», pensé, pero sabía que si asentía me haría probar la guindilla. Odiaba las preguntas con trampa y la creía lo bastante taimada como para intentar liarme—. No lo soy, Pin. Yo quiero tanto a tu madre como tu madre a ti. Pero tu madre miente. Hizo algo terrible cuando era un poco mayor que tú. Se guardaba secretos y se inventaba historias.

—No puede ser —dije.

—Alguien murió por su culpa —añadió Nani-ji sin alterarse.

Tomé aliento porque la palabra «morir» resultaba muy dura en punyabí. Se me metió en el pecho y se instaló allí como una piedra. Me enfadé. ¿Cómo podía Nani-ji decir algo así de mamá?

Esperé a que saliera de la cocina antes de arrojar el *roti* a la basura. Era pecado tirar la comida, pero ¿de qué serviría tomármelo si ya tenía claro a qué iba a saber? Agrio como el resentimiento, agrio como las mentiras, y pesaría en mi estómago como una losa. Yo era fiel a mamá por la manera que tenía de agacharse en el mercado y mirar cómo tenía yo la piel, por cómo se jugaba la vida al colgar mi ropa en el palo de bambú de la ventana. Se quedaba en casa a esperarme hasta que llegaba. Me dejaba jugar con los chicos del barrio. Raras veces se reía abiertamente y sin mostrar preocupación, pero cuando lo hacía su risa no se parecía a nada que yo hubiera escuchado antes. Era más guapa que otras madres; me lo dijeron todas mis compañeras de clase cuando vino al colegio el año anterior el día de la entrega de notas.

La misma noche de mi conversación con Nani-ji, cuando intentaba tragarme la sopa, que aquel día no sabía a nada, pensé en lo contenta que mamá estaría al saber que no me importaba que estuviera insípida o que no llevara ciruelas dulces; lo orgullosa que estaría de mi fidelidad.

Uno de septiembre. Que fuera el primer día del mes significaba que había que pagar la cuota del autobús escolar. Papá había metido en un sobre dos billetes de diez dólares, dos de cinco y tres monedas de un dólar.

—Ten cuidado de que no se salga nada, Pin —me dijo en voz baja. Aun así, Nani-ji abrió los ojos y nos lanzó una mirada de reproche, exigiéndonos a todos silencio absoluto porque estaba rezando sus oraciones matutinas.

—¿Cómo ha podido oírte? —le pregunté a papá. Él contuvo la risa poniendo sus manazas en forma de pala.

—Vete —dijo—. Vas a llegar tarde.

—Pero si aún no he desayunado —repliqué.

Mamá estaba en la cocina, aún medio dormida, hirviéndome un huevo. Lo sacó del cazo con una cuchara y, con cuidado, le quitó la cáscara sobre el cubo de basura. Luego lo partió por la mitad y echó unas gotas de salsa de soja dulce en la yema. Salió al pasillo para dármelo. Los cánticos de Nani-ji inundaban el piso y ella se movía con un ligero balanceo. Miré a Dios y vi que parecía contento.

—¿Cómo es que nunca hemos hecho las oraciones de la mañana? —le susurré a mamá.

—No somos viejas solteronas —replicó papá. Entonces me tocó a mí contener la risa. Mamá le dio un leve cachete en el hombro.

—Vete a trabajar. Y tú, vete al colegio —ordenó. Nani-ji se volvió a mirar.

Me acabé el huevo cocido, puse el cuenco en el fregadero y me estiré el uniforme. Entonces Nani-ji se levantó para poner fin a sus plegarias: el canto se convirtió en una melodía ascendente y descendente y, mientras tanto, la cabeza de Dios se balanceaba como embelesado por aquella ofrenda que le hacía mi abuela.

En el exterior soplaba una brisa fuerte que arrancaba las hojas de los árboles y las revolvía por el suelo. Parecía que iba a llover. Aquel año la temporada de monzones se había adelantado y esa mañana el cielo parecía más próximo a nuestras cabezas por efecto de las nubes.

Esperé el autobús del colegio cobijada bajo un árbol enclenque. Delante, en la calle, una familia china se apiñaba sobre un trozo de hierba. Como era el comienzo del festival Hungry Ghost20, estaban ofreciendo comida a los espíritus de sus antepasados. El padre colocó dos naranjas y un plato de arroz; la madre añadió uno de galletas. Juntos encendieron varillas rojas de incienso que apretaron en sus manos. Los palitos, al rojo vivo, desprendían humo y ellos se saludaban y realizaban sus ofrendas en voz baja. Luego se levantaron y encendieron fuego en un tonel de aceite de color rojo que era tan alto como yo. El padre prendió una cerilla y la introdujo en un agujero que había en la base. Retrocedí cuando subieron las llamas, que empezaron a crepitar como si quisieran lamer el cielo. Echaron al tonel sus billetes funerarios, que rápidamente se calcinaban fragmentándose en diminutos trozos cenicientos que luego flotaban en el aire antes de caer desplomados con cada golpe de viento. Comencé a toser; menos mal que enseguida llegó el autobús.

Le entregué el sobre al Tío-Bus, que se puso a contar los billetes con atención. Luego se echó las monedas en la palma de la mano y las colocó en orden. Me devolvió el sobre sonriendo con maldad.

—No está todo —dijo.

—¡Sí está todo! —insistí, y volví a darle el sobre.

—Este solo tener treinta y tres dólar; tarifas autobús, treinta y cinco —replicó, y apoyó su argumento mostrando tres dedos y, a continuación, los cinco.

Miré a la niña del asiento delantero:

—Sí, lo ponía en el boletín del colegio —me aclaró.

Entonces recordé vagamente haber oído a papá quejarse de que las cuotas del autobús eran cada día más caras; seguramente lo habría olvidado.

Saqué el monedero del bolsillo. Tenía lo suficiente para darle al Tío-Bus lo que faltaba, pero me quedaría sin dinero para comprarme algo en la cantina a la hora del almuerzo. Ya no podía confiar en la comida de mamá; el día anterior se había dejado cáscaras secas en la salsa de coco.

El Tío-Bus se rio de forma grosera y en su apergaminado rostro atisbé una mueca de desprecio. Se me acercó tanto que sentí el calor de su aliento en mi cara.

—*Mungalee* —dijo en voz alta para que todos pudieran oírlo.

Me alejé de él en dirección a la parte trasera del autobús. Volví a sentir calor en la cara, pero esta vez era de vergüenza.

—Cállate —dije en voz baja.

Elizabeth Rodrigues me preguntó qué significaba aquella palabra.

—No lo sé —respondí, intentando parecer sincera—. No dice más que tonterías.

Pero la niña que se sentaba frente a nosotras, Dinavati, sabía muy bien lo que quería decir. Miró fijamente al Tío-Bus.

—Si me insulta a mí se lo digo a mi padre —dijo.

El elástico de mi goma del pelo estaba dado de sí porque se había desgastado. A la hora del recreo la coleta ya se me había soltado y justo después teníamos educación física. Farizah me acompañó a los aseos y me ayudó a peinarme.

—Tienes el largo suficiente para hacer una trenza —comentó.

Entonces abrió el grifo, se mojó las manos y empezó a peinarme con los dedos. El agua me resbaló por el cuello y me mojó la camisa. Me retorcí un poco por la impresión.

—No te muevas —me ordenó.

—¡Sí, mi dómine! —contesté, y empezamos a reírnos a carcajada limpia.

Los aseos del segundo piso siempre olían a pis y a un desinfectante muy fuerte. Cuando entrábamos, arrugábamos la nariz de asco, pero aquel día teníamos que arreglar mi pelo. Como Nani-ji nos prohibía cortárnoslo, mamá descartó la idea de llevarme a la peluquería y ya estaba intentando convencerme de que me quedaría mejor largo.

—Quizá al llevarlo largo se alise por el peso —me había dicho no muy convencida.

Farizah era más alta que yo, pero nunca me había dado cuenta de su estatura hasta que se puso detrás de mí. En el espejo, podía ver toda su frente sobresaliendo por encima de la mía. Normalmente parecía mucho más baja, con los calcetines tan subidos y su enorme pichi que recordaba a una tienda de campaña.

—¿No te dan calor? —le pregunté señalándole las espinillas.

Las normas de la escuela imponían los calcetines blancos, así que la mayoría llevábamos calcetines deportivos, que nos llegaban por el tobillo. Pero los de Farizah eran gruesos y parecían de lana. Solo cuando cambiaba el peso de un pie a otro enseñaba una delgadísima franja de carne en alguna de sus piernas.

—Estoy acostumbrada —contestó. Era su respuesta cuando se le preguntaba cualquier cosa que tuviera que ver con su religión.

—¿No tienes hambre? —ya se lo había preguntado muchas veces otro día a la hora del almuerzo; ahora sí que ayunaba y no podía ni tragarse su propia saliva. Yo era la única persona a la que permitía hacerle preguntas, pero ella nunca me hacía ninguna; era como si ya lo supiera todo. Por ejemplo, sabía cómo se trenzaban el pelo los hombres sijs y cómo se lo metían dentro del turbante, e incluso sabía cosas sobre mi *kara*.

—Ya está —dijo—. ¿Contenta?

Nos miramos las dos en el espejo. Mi coleta estaba estirada y parecía que llevaba el pelo engominado hacia atrás. De pronto me vi más arreglada que por la mañana, cuando el Tío-Bus me dedicó aquel término despectivo. Lo único que me preocupaba era que la humedad de mi pelo podía hacer pensar que había empleado aceite para alisármelo, algo que le serviría al Tío-Bus para volver a insultarme. Las otras niñas se burlaban de Gayathiri diciendo que olía a aceite de coco.

—Se secará —dijo Farizah. —¿Te gusta?

Asentí. Fuera, el timbre indicaba el final del recreo. Farizah parecía aliviada: eso significaba que ya podría salir del nauseabundo aseo. También le costaba mucho permanecer en el comedor durante su ayuno, pues veía comida por todas partes.

—Vamos —dijo.

—Espera —le pedí.

Cogí la pastilla de jabón que había en el lavabo, la moje en el agua del grifo y me la restregué por la muñeca izquierda. Cuando tuve suficiente espuma, intenté quitarme la *kara*. Se desplazó ligeramente, pero seguía sin pasarme de la muñeca. Lo intenté unas cuantas veces más antes de enjuagarme y salir con Farizah, derrotada.

—Creo que necesitas una sierra o algo así —me dijo observando mi mano—. ¿Es plata de verdad?

—No creo.

Farizah se encogió de hombros y se miró las muñecas. Eran algo más pálidas que las mías, con un rastro de vello oscuro. De vuelta a clase hicimos cola con las demás niñas e inclinamos la cabeza en señal de respeto cuando rezaron la oración de después de comer. La mayoría de ellas se agitaban alborotadas, pero Farizah estaba quieta. Solo se movió cuando terminó la plegaria. Entonces se agachó para subirse los calcetines, y se los subió tanto que le desaparecieron las rodillas y se convirtió en una columna.

La puerta de mi armario tenía un espejo encastrado. Un día la vi abierta de par en par. Nani-ji estaba delante, recogiéndose las finísimas hebras de cabello blanco en un moño. En la parte superior del cráneo se le veían algunas calvas. Cuando tuvo el velo puesto se pasó un peinecito para recogerse los pelos que le habían quedado fuera. Por la persiana de mi habitación entraban alargadas franjas de luz. Siluetas y sombras se mezclaban y yo quería quedarme a observarlas y jugar a adivinar a qué vecino pertenecían, pero Nani-ji insistió en que teníamos que ir pronto al templo.

—¿Qué sentido tiene ir cuando el servicio ha terminado? ¿Una comida gratis? —había preguntado Nani-ji un rato antes, mirando a papá fijamente.

Él levantó los brazos, como los criminales cuando se rinden en las películas. Entonces mi abuela le reprochó que últimamente no fuera al templo. Mamá ya le había explicado que solía hacer el turno de noche los domingos y que necesitaba dormir durante todo el día, pero Nani-ji, evidentemente, pensó que era una excusa.

—¿Qué tiene de difícil su trabajo para que tenga que dormir tanto? —replicó.

Papá era la única persona en casa que siempre miraba a Dios directamente a los ojos; como si fuera un extraño con quien se cruzaba por la calle, alguien indefenso, un igual. Nani-ji, en cambio, cuando rezaba siempre dirigía la vista a sus pies. Y mamá, por su parte, intentaba no mirarlo. Yo, a veces, cuando me imaginaba que se movía dentro de su marco y quería comprobar si quería decirme algo, también lo miraba a los ojos. Pero papá se mostraba confiado con Dios. No tenía nada que temer de él.

Fui a ducharme; cuando salí, Nani-ji seguía de pie frente a mi espejo. Esta vez estaba mirándose la cara muy de cerca, pasándose los dedos por las profundas patas de gallo. Le costaba respirar, algo que yo llevaba ya un tiempo notando. Por la noche murmuraba tonterías en sueños. De día aspiraba el aire a grandes bocanadas, haciendo mucha fuerza con el pecho.

—Tengo que cambiarme de ropa —le dije. Iba envuelta en una toalla y aún goteaba agua, que ya estaba formando un pequeño charco al lado de la puerta. Nani-ji apartó la vista del espejo y me miró.

—No deberías pasearte por la casa así, medio desnuda. Es indecente —apuntó, y salió de la habitación.

A su pelea con mamá había seguido una fase de silencio que yo esperaba que durara mucho, porque por fin se respiraba tranquilidad en casa, aunque al mismo tiempo resultaba algo extraño e incómodo. Pero a los pocos días Nani-ji ya estaba pegada a las espaldas de mamá, que, para protegerse, salía de su cuarto, cocinaba a toda prisa y luego volvía a refugiarse en él como hace el ratón que corre a su madriguera en un rincón de la pared. Cerraba la puerta tan rápido que a Nani-ji no le daba tiempo a decir nada.

Mamá, por lo general, me preparaba algún conjunto para que me lo pusiera cuando íbamos al templo, pero aquella mañana se la veía cansada.

—Está todo planchado; solo tienes que elegir lo que te apetezca ponerte.

Era un lujo poder escoger. Normalmente la elección de la ropa cuando íbamos a cualquier otro sitio era asunto mío, pero las reglas cambiaban si íbamos al templo. Allí la gente miraba, sentenciaba

y se formaba sus propios juicios sobre las cosas. Pero aquel domingo mamá estaba tardando mucho en arreglarse. Yo cogí un *salwar-kameez* amarillo claro con un forro de color naranja intenso y pequeños botones en forma de diamante. Era uno de los pocos que se anudaban con goma en lugar de cordón. Entré en el cuarto de mamá, esperando que no se diera cuenta de que me lo había puesto hacía solo dos semanas.

Papá estaba acostado y roncaba levemente. La sábana lo tapaba hasta la barbilla y en la parte inferior le asomaban los pulgares de los pies. Al entrar, mamá me indicó con un *shh* que no hiciera ruido, así que cerré la puerta con cuidado.

—No se va a despertar —la tranquilicé.

Papá llevaba muchos años haciendo el turno de noche y estaba habituado a conciliar el sueño en cualquier momento. Tenía el día y la noche cambiados, como si viviera en otra zona horaria. Mamá comenzó a retirar los restos de talco de su blusa. Su conjunto era verde oscuro y llevaba flores bordadas de color rosa. Se puso un poco de colorete y se pintó los labios con un lápiz marrón. El maquillaje le daba un aspecto formal de domingo. Eran los mismos tonos que utilizaba para ir al mercado, porque le ayudaban a regatear. Según ella, rezar era como regatear con Dios y quedarse siempre corto. Ahora me lo estaba diciendo en voz baja para que Nani-ji no la oyera. Papá se removió en la cama y mamá sonrió.

—Míralo —dijo con ternura.

Su comentario me hizo sonreír a mí también. Mamá y papá se hablaban más a través de mí que directamente, pero siempre dejaban claro lo que a uno le gustaba del otro. Sentí cierto alivio. Últimamente, con Nani-ji encima de nosotros todo el tiempo, me había fijado en que mamá lo miraba como si tuviera dudas. Pero ahí estaba: con los ojos cerrados me recordaba a un corderito. Había un reflejo granate en sus párpados oscuros. Tranquilo y sin preocupaciones, parecía más joven de lo que era.

—No sé cómo se las arregla para estar siempre tan tranquilo —dijo mamá como si hubiera leído mis pensamientos. Y volvió a insistir cambiando de tema—: Está todo planchado; escoge lo que quieras. Tu padre es la persona más feliz que conozco —continuó—. Y solo quiere que los demás lo seamos también. —Me pareció por su expresión que sentía un poco de envidia—. ¿Sabes a qué me refiero?

Me vinieron a la mente los dibujos de papá; siempre me hacía representar el mundo más grande de lo que era. Empezaba con líneas y cuadrados pequeños, pero siempre me decía que llenara toda la página, de esquina a esquina, para que no se desperdiciara nada.

—Sí, lo sé —respondí.

De un salto me senté en la cómoda, con las piernas colgando. Le pregunté a mamá si acaso se había casado con él porque siempre deseaba que el mundo fuera feliz. Parecía una buena razón para casarse con alguien.

—Se casó conmigo porque yo parecía una estrella de cine —dijo papá de repente sonriendo de oreja a oreja, y mamá y yo nos echamos a reír: nos había pillado. Ella cogió una almohada y se la tiró a la cabeza. Pero en lugar de darle a él, se estampó contra la fotografía de la boda, que empezó a balancearse en la pared como si fuera un péndulo.

—¡Estabas despierto! —exclamé saltando de la cómoda a la cama. El colchón crujió y papá soltó un falso gemido cuando me dejé caer sobre él.

—¿Cómo voy a dormir si las señoras están arreglándose, echándose laca, abriendo y cerrando estuches de maquillaje y poniéndose pasadores en el pelo? —dijo refunfuñando y volviendo a cerrar los ojos—. Sí, vosotras, señoras mías.

Yo sonreí complacida, porque por un instante me sentí adulta y digna de respeto, y mamá se volvió hacia mí.

—Estás muy guapa —dijo.

Se puso un poco más de polvos en las rojeces de la garganta.

—¿No llevas ninguna joya? —pregunté. Normalmente, para ocultar las cicatrices, se ponía blusas de manga larga, zapatos cerrados, pantalones largos y un collar de oro que le tapaba el cuello.

Mamá negó con la cabeza. El collar era el que había llevado el día de su boda. Tampoco se había puesto los pendientes redondos de oro a juego.

—Las tiene tu abuela —me explicó—. Le dejé las joyas de mi boda cuando se mudó aquí.

Yo no le veía ningún sentido a lo que me estaba diciendo.

—Pero si son tus joyas —dije.

—Me las regalaron para mi boda. Eran de tu abuela —matizó ella—. Me las devolverá. Es lo único valioso que ha tenido y le gusta ponérselas. ¿Recuerdas cómo te gustaba llevar aquella funda de almohada apestosa a todas partes cuando eras pequeña? Es algo así.

Mi mente se trasladó directamente a mi cuarto. Intenté pensar qué tenía que esconder por si Nani-ji decidía apropiárselo, pero no poseía nada de gran valor aparte de mi colección de cromos y la pequeña pila de billetes de autobús que había estado guardando todo el año. Decidí que podía quedarse con la sobada funda de almohada.

Mamá se encogió de hombros mientras se miraba en el espejo. Nuestros ojos se encontraron en él.

—No es importante, Pin. No es más que oro. Y esos diseños están anticuados, así que no te los pasaré cuando algún día te cases. Haré que los fundan y forjen algo más actual. La gente no debería aferrarse a cosas como collares y ropa vieja. No es sano. —Se echó un poco más de polvos y salió deprisa de la habitación.

Le tiré a papá del brazo.

—¿Te vienes al templo? —le pregunté.

—No —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque estoy durmiendo.

—Mentiroso.

Papá abrió el cajón de su mesilla. Sus ojos tenían un brillo que me resultaba familiar.

—Dime algunos números.

—No se me ha ocurrido ninguno —mentí; se me habían ocurrido muchos aquella semana, pero tenía miedo de lo que Dios pudiera pensar.

—Date prisa —dijo mamá entrando otra vez en la habitación—. Tu abuela está empezando a refunfuñar.

—¿Empezando? —añadió papá. No pude evitar reírme. Mamá se volvió a mirarlo, pero él dio media vuelta en la cama y de nuevo se hizo el dormido.

Cuando me dirigía a mi cuarto me crucé con Nani-ji y noté que le costaba respirar.

—¿Te encuentras mal? —pregunté esperanzada.

Quería pasarme el domingo viendo a los chicos jugar al fútbol, haciendo cola con papá en la tienda de los 4D y sentada en la cocina observando cocinar a mamá.

Nani-ji negó con la cabeza.

—Date la vuelta —dijo.

Hice lo que me pidió y sentí sus dedos huesudos en mi cabeza.

—¿Vas a ir al templo así? —me preguntó.

La coleta no estaba bien apretada y algunos mechones sueltos me caían por el cuello.

—Voy a peinarme y a hacerme la coleta más fuerte —le informé.

Cada vez me resultaba más difícil llevarla bien. Tuve que echarme un poco de aceite de bebé para domarme los rizos, que sobresalían de mi cabeza como garabatos.

Nani-ji volvió a negar con la cabeza en señal de desaprobación. Me puso las dos manos sobre los hombros y me condujo a mi habitación. Me clavó las uñas, pero, cuando intenté zafarme, me las hincó más. Cuando por fin entré en mi cuarto y cerré la puerta, Nani-ji llamó a mamá con su voz bronca. Me vestí inquieta intentando escuchar qué decían hasta que mamá salió al pasillo.

—¡Bien, de acuerdo! —la oí decir.

Abrí la puerta y la vi de pie en el pasillo con las manos levantadas, en señal de rendición. Nani-ji asintió satisfecha y dijo:

—Date prisa. No quiero llegar tarde otra vez.

—¿Qué pasa? —pregunté, siguiendo a mamá hasta su dormitorio.

Sin decir nada cogió un cepillo, un peine delgado, un frasco de aceite para bebé y un puñado de horquillas y gomas del pelo.

—Sal —me pidió, señalando con la barbilla hacia el salón—; tu abuela dice que tengo que hacerte una trenza.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté. Le eché una mirada a Dios. Parecía bastante satisfecho.

—Porque no es apropiado ir al templo con una coleta cuando puedes llevar el pelo bien sujeto —dijo mamá.

Pero yo había visto allí a chicas con largas coletas. Incluso a algunas con el pelo corto y sin recoger. Las mujeres las miraban mal y los chicos más atrevidos les silbaban por lo bajo al pasar, pero Dios no se metía. Me quejé a mamá y miré a Dios pidiéndole ayuda. Estaba inexpresivo. Nada.

—Siéntate, Pin —continuó mamá.

Parecía exasperada, como si llevara todo el día pidiéndome que me sentara. Primero me cepilló unas cuantas veces convirtiendo mi cabello en una nube negra y esponjosa. Luego abrió el frasco del aceite y se frotó un poco entre las manos. A continuación, me pasó los dedos por el pelo, dejándolo pastoso.

—Ahora no te muevas —dijo.

Esto significaba que lo que se disponía a hacer me haría saltar o salir corriendo. Oí un pequeño crujido y a continuación sentí un fuerte pinchazo.

—¡Ay! ¿Por qué me arrancas el pelo? —chillé tratando de escaparme. Pero mamá me tenía bien sujeta por la melena y, cuanto más me rebelaba, más me dolía.

—No te estoy arrancando nada —replicó, seria.

Era como si librara una lucha interior. Volvió a meterme el peine, pero se atascó en la maraña de nudos. Entonces lo levantó y lo utilizó para deshacerlos, hasta que, poco a poco, fueron soltándose.

—Deja de moverte —dijo alzando la voz.

—¡Me duele! —respondí, casi igualando mi tono con el suyo.

Mamá bajó las manos.

—No me hables así —dijo en inglés—. Y menos delante de esa persona.

Al principio pensé que se refería a Dios, porque movió rápidamente la cabeza hacia la pared. Pero entonces me di cuenta de que Nani-ji se dirigía, arrastrando los pies, de la cocina al salón. Parecía ir de una habitación a otra para fastidiar. Y eso que mamá había estado de buen humor aquella mañana. Normalmente, los domingos que tocaba templo eran los peores días. Siempre estaba

nerviosa, se cambiaba de ropa varias veces y me regañaba por no estar lista a tiempo, aunque fuera ella la culpable de que llegáramos tarde. En el autobús, siempre se retorcía las manos con el mismo gesto, igual que había hecho en aquella ocasión, cuando pensé que salíamos del templo para no volver jamás.

Nani-ji se dejó caer en una silla, que crujió bajo su peso. Mamá ya había separado mi pelo en tres secciones y comenzaba a trenzarlo con fuerza.

—Deberías hacer esto todas las mañanas —le dijo Nani-ji a mamá—. No debería salir de casa con el pelo revuelto. Una niña sij debe tener un aspecto aseado.

Yo arrugué el ceño y mamá prefirió no decir nada porque en ese momento estaba atándome la trenza con una goma. Me puse de pie y me miré al espejo. Mi cabeza brillaba y mis orejas sobresalían mucho. Me veía rara y se lo dije a mamá en inglés.

—No te preocupes —me respondió en voz baja.

Me puso el chal alrededor del cuello, cogió las llaves y le indicó a Nani-ji que saliéramos. Durante el trayecto en autobús hasta el templo mamá solo habló cuando el conductor le preguntó adónde iba. La gente nos miraba extrañada por las lentejuelas y los vistosos dibujos de nuestra ropa, y también por los adornos que colgaban de las orejas de Nani-ji. Desde que salimos, yo tampoco había hablado mucho. No sabía a ciencia cierta si el comentario de mamá iba dirigido a mí, a Nani-ji o a Dios, que había continuado mirándonos desde la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras dejábamos nuestra casa para ir a la suya.

El servicio religioso duró mucho. Cuando estábamos en el templo se suponía que Dios no debía vernos los pies; todo el mundo se sentaba con las piernas cruzadas o los metía debajo del trasero. Las mujeres mayores lo hacían apoyando la espalda en las paredes y los pilares. Yo tenía que cambiar continuamente de posición y, cada vez que me movía, Nani-ji levantaba bruscamente la vista de su libro de oraciones. Mamá también tenía un libro de oraciones, pero le costaba seguirlo, de modo que me prestaba menos atención a mí y trataba de concentrarse en las letras semejantes a alambre de espino, intentando llevar el ritmo de la multitud; yo sabía que no se le daba bien leer en punyabí, pero tenía que fingir, al menos delante de Nani-ji.

—Mamá, tengo que ir al baño —le dije en voz baja.

Ella negó con la cabeza.

—No queda mucho, espera —dijo, y Nani-ji volvió a mirarnos.

Yo me aburría. Me puse a imaginar cómo dibujaría el templo si tuviera un lápiz y un papel. Mientras, los grandes ventiladores del techo giraban levantando el polvo de las viejas alfombras.

Altas ventanas cuadradas con contraventanas de color verde oscuro y un altar en la parte delantera, cubierto con telas doradas y protegido por un dosel blanco, componían la imagen más sobresaliente del templo. El sacerdote estaba sentado detrás del altar, a cuyo alrededor, por todas partes, había monedas y billetes de dólar, y agitaba algo que parecía una varita sobre el gran libro sagrado. Un retrato de Dios, más grande que el de casa y con un grueso marco dorado, presidía desde la pared. Nunca le había prestado mucha atención, pero ahora me centré en Él. ¿Me había seguido desde nuestro piso hasta aquí, o era solo un retrato? Estuve mirándolo mucho rato, hasta que me acordé de algo que quería preguntarle a mamá. Le di un tirón de la blusa.

—Necesito una *kara* nueva —le dije al tiempo que le mostraba lo pequeño que me quedaba el brazalete en la muñeca.

Mamá negó con la cabeza.

—Esa está bien —respondió—: Aún no necesitas una nueva.

—¡Es demasiado pequeña! —insistí intentando quitármela, para demostrárselo.

—Se supone que tiene que ser pequeña para que no se te salga cuando estás en el colegio —me explicó en voz baja.

Nani-ji nos miró y nos pidió que dejáramos de hablar:

—Tened un poco de respeto —siseó. Mamá volvió los ojos al libro.

A mi alrededor, un rumor suave indicaba que había más personas charlando. Las mujeres, en grupos, compartían chismes. Los adolescentes habían formado un corrillo en el rincón, del que salían risas que, súbitamente, se acallaban. Los hombres del otro lado de la sala hablaban en tono grave; eran muy distintos de papá, con aquellas sonrisas bobas… En las raras ocasiones en que papá venía con nosotras al templo no hablaba con ellos, al igual que mamá tampoco lo hacía con las mujeres. Papá era educado, pero se sentaba en su rincón y miraba al frente. De camino a casa, mencionaba detalles en los que yo no había reparado, como las veces que el sacerdote se había aclarado la garganta o que un cuervo negro había permanecido agazapado en el alféizar de la ventana durante el oficio, listo para lanzarse a volar sobre la nave del templo.

Al final del servicio, todos esperábamos hasta que los sacerdotes se acercaban para darnos el *dhal*, una especie de puré dulce frito en mantequilla y aceite. Para recibirlo de la manera adecuada teníamos que extender las palmas de las manos formando un cuenco con ellas. Mamá buscó en su bolso un trozo de pañuelo de papel para secarme el aceite de los dedos. Me limpié y la seguí hasta el comedor. Nani-ji se quedó rezagada porque se detuvo a hablar con las otras ancianas, otras abuelas *nanis* y *dadis*. Me pregunté cómo sería mi Dadi-ji, la madre de papá, si estuviera viva. ¿Sería tan gruñona? ¿Me pondría en guardia sobre papá como Nani-ji lo había hecho con mamá? Tiré de la mano de mamá confiando en perder de vista a Nani-ji en medio de la multitud. Pero mamá hizo un gesto de dolor y se soltó. Luego miró en ambas direcciones, como si estuviéramos cruzando una calle, y se subió un poco la manga dejando su piel al descubierto. Era de un rosa intenso y chillón, como el interior de la boca.

—¿Por qué está tan mal? —le pregunté.

Mamá se bajó la manga y me dijo:

—Se me puso así cuando tu abuela se mudó con nosotros. —No me pareció una explicación, pero no dijo nada más.

Entramos en el comedor arrastrando los pies, al igual que la multitud. Descalza, resbalé ligeramente en un charco de agua.

—¡Cuidado! —exclamó una mujer a mi lado.

Aquí y allá la gente cogía platos, cucharas y tenedores. Hablaba animada, los conocidos se saludaban y había muchos que empujaban para meterse en la cola y coger algún asiento libre. Mamá hizo un gesto de desagrado ante la presión de la multitud, así que agradecí que me cogiera la mano y tirara de mí. Cuando llegó nuestro turno, me dieron lo habitual: un trozo de *roti* y una cucharada de yogur. Negué con la cabeza cuando el hombre que servía el *dhal* me tendía el cazo.

—¿Estás segura? —me preguntó mirando lo poco que llevaba en el plato.

—Sí —dije.

Mientras, el pañuelo se me escurrió y lo dejé en los hombros hasta que llegué a un asiento vacío entre mamá y Nani-ji. Me lo subí rápidamente antes de que Nani-ji se diera cuenta. Ella siempre llevaba el suyo prendido en el pelo, aunque no estuviera cerca de un templo. Masticaba lentamente. Mamá, en cambio, comía a pequeños y rápidos bocados, y ya iba por la mitad cuando se dio cuenta de que yo estaba esperando que hiciera algo.

—Ah —dijo por fin, acordándose. Descorrió la cremallera de su bolso y sacó un pequeño

pimentero. Miró alrededor para comprobar que nadie la veía y me echó azúcar en el plato—. Te estás haciendo demasiado mayor para esto, Pin —me susurró. Yo hice como si no la hubiera oído. Sabía que nunca llegaría a gustarme la comida del templo.

—¿Qué haces? —preguntó Nani-ji, inclinándose para mirar. Mamá metió rápidamente el pimentero en su bolso.

—Nada —dije.

—¿Qué era eso? —insistió. «¿Por qué eres tan entrometida?», le habría espetado de haberme atrevido.

—Nada —repitió mamá.

Nani-ji se acercó y examinó mi plato. Los granos de azúcar brillaban. Miró de un lado a otro, al plato de mamá y al mío. Las dos observamos nuestros platos.

—Aprende a comer el alimento de Dios tal y como te lo preparan —dijo con severidad—. Eres demasiado grande para que tu madre le ponga azúcar a todo para que te lo comas.

—Ella no le pone azúcar a *todo* —protesté.

Nani-ji miró a mamá.

—Antes le ponías azúcar a todo —dijo.

Mamá carraspeó para aclararse la garganta.

—Solo le pongo a la comida que a Pin no le gusta —se justificó.

—No estoy hablando de Pin —aclaró Nani-ji—; estoy hablando de Bilu: le ponías azúcar a todo lo que comía.

Mamá miró a Nani-ji sorprendida. Yo también estaba pasmada: ¿quién era Bilu?

Nani-ji volvió a concentrarse en su plato, pero las manos de mamá se habían quedado paralizadas en el aire. Cuando Nani-ji terminó de comer, se volvió hacia ella.

—¿Qué? ¿Crees que no lo sabía? No me extraña que siempre te buscara cuando no estabas.

Mamá permaneció en silencio. Volvió a ajustarse el pañuelo, esta vez para que le tapara un lado de la cara y que nadie la viera. Se acabó rápidamente la comida y yo hice lo mismo, metiéndome el *roti* azucarado en la boca y sorbiendo el yogur rápidamente hasta que el plato estuvo vacío. Casi no sabía a nada. No nos quedamos a tomar el té. Mamá me sacó de la mano, y Nani-ji iba detrás. Parecía querer salir de allí lo antes posible.

—¿De qué estaba hablando Nani-ji? —le pregunté a mamá mientras buscábamos mis sandalias entre los montones de zapatos del exterior.

Cuando por fin las encontré, me puse en cuclillas en el suelo para atarme las correas. Al levantarme mamá había desaparecido. La vi hablando con un hombre sentado sobre una sábana cerca de la entrada. Llevaba un amplio surtido de *karas* de oro y plata, gruesas y finas. Lo reconocí porque era el mismo que le había vendido todos los cuadros de Dios para nuestro piso. Vi que mamá le daba dinero y luego volvía con una bolsa de plástico.

—Toma —dijo con alegría—, esto es para ti. Me entregó una *kara* fina pero un poco más grande que la mía, una que podría ponerme y quitarme fácilmente cuando quisiera.

—Le pediré a tu padre que te corte la otra cuando lleguemos a casa, ¿de acuerdo? —Su voz era extrañamente aguda y su sonrisa parecía más bien una mueca.

—¡Gracias, mamá! —dije, poniéndomela por encima de la otra.

Nani-ji salió a trompicones del comedor y se unió a nosotras para buscar sus zapatos. Mamá y yo dimos un paso atrás y nos quedamos mirándola. Las dos habíamos visto dónde estaban sus sandalias marrones, pero ninguna se ofreció a ayudarla. Nos limitamos a observar.

Ya en casa, mamá entró en su habitación y no salió hasta la noche. Yo había planeado tenderle una pequeña emboscada en la cocina, pero no me dio ocasión, porque iba como un fantasma de un cuarto a otro, y si era difícil establecer contacto visual con ella, mucho más que me escuchara. Quería saber quién era Bilu, por qué Nani-ji había dicho lo que había dicho y por qué se había puesto tan triste de repente. La lista de preguntas era interminable, pero no dejaba de repetírmelas; flotaban en mi mente como los números de la lotería de papá un extraño día en el que estuve segura de que íbamos a ganar.

Al irnos al templo habíamos dejado abiertas las ventanas de la cocina y así permanecieron toda la tarde.

—Menos mal que no ha llovido —dije mientras la seguía hasta la cocina—. Todo estaría empapado. Ha empezado a llover muy pronto este año.

Me miró de reojo y se puso a rebuscar en la nevera. No se decidía por nada, así que cerró la puerta y se acercó a la ventana. El sonido de los pájaros cantores que habían quedado del concurso de esa semana se colaba en nuestra casa como una niebla fina. «Suena tranquilizador», me dije. Tenía la boca seca. Las preguntas daban vueltas dentro de mi cabeza, pero, por alguna razón, no podía forzarlas a salir.

—¿Puedes distinguir a cada uno de los pájaros, o los oyes como un único ruido? —me preguntó mamá.

—Yo… supongo que oigo solo un ruido. Pero ahora que hay menos, creo que es más fácil saber qué canto es de cada uno —le dije.

Su comentario me había sonado tan natural… como si toda la tarde hubiera estado contemplándolos en su habitación.

—Escucha atentamente —me dijo mamá asomándose a la ventana—. Ven aquí y escucha.

La obedecí. Las dos nos concentramos en los trinos que emitían las aves desde el interior de sus jaulas de madera. A veces me parecía que podía seguir la melodía de un solo pájaro, pero entonces otro canto se cruzaba y ya no estaba segura de cuál estaba escuchando.

—Todo se superpone en esta ciudad —dijo mamá—. ¿Te das cuenta? Todo se fusiona.

Así era, me dije. Las aceras de hormigón se superponían a la hierba, los pisos a los Hawker Centers, la comida malaya a la india, a la china, a la del McDonald's… Las hojas de los árboles apuntaban hacia el cielo con todos los tonos posibles de verde: verde jade, verde esmeralda, verde mar oscuro, verde amarillento y enfermizo… Debajo, las ramas dibujaban líneas torcidas en el firmamento, y detrás estaban los edificios; pero debajo de ellos, el metro serpenteaba por la ciudad… Una ciudad, una isla, un Estado, un país. Todo era superposición.

«El truco, Pin, está en ser capaz de ver todo por uno mismo —me había dicho siempre papá cuando me quejaba de que en el colegio era pésima en dibujo—. Intenta concentrarte cada vez un poco más en lo que estás dibujando y lo conseguirás». En aquel momento era como si mamá estuviera intentando decirme algo parecido, pero le costara encontrar las palabras.

—¿Quién era Bilu? —le pregunté.

Mamá se puso otra vez a mirar por la ventana. Me dijo que volviera a escuchar a los pájaros. Hice lo que me pedía. Miré por encima de su hombro hacia donde estaban los árboles, que iban perdiendo sus contornos en el crepúsculo de la noche. En cuanto se pusiera el sol, la vegetación y los edificios serían cuadros vacíos. Me concentré en los trinos de las aves hasta que me pareció escuchar uno solo. Luego percibí unos aplausos dispersos. Habían elegido al pájaro cantor.

Mamá se apartó de la ventana y puso una silla en la esquina de la cocina. Cuando fui a sentarme con ella empezó a contarme:

—Bilu era mi hermano pequeño y yo le quería más que a nada en el mundo. Murió cuando yo tenía quince años.

Capítulo cuatro

1967

Desde la lejanía parece una casa. Tiene un tejado, una valla, ventanas destartaladas y una puerta que baila sobre sus goznes a la menor brisa. De cerca, un cúmulo amorfo de ángulos y sombras de distintas intensidades de blanco que delata sucesivos intentos de pintado y repintado, y un techo de hojalata oxidado que amenaza con desplomarse. Se sitúe uno donde se sitúe, siempre escucha tres ruidos: el del monótono repiqueteo de la lluvia, el del molesto crujido de las tablas del suelo y el de las voces de los vecinos que parecen colarse por los agujeros de las mosquiteras de las ventanas.

Aquí es donde vive Jini. Tiene doce años.

Hoy hace calor. Mientras camina por la calle las gotas de sudor le resbalan por la nuca. Un vendedor de dulces y frutos secos en vasos de papel pasa en bicicleta haciendo oscilar su vehículo al ritmo del pedaleo y gritando a la vez el precio de su mercancía. Dos perros callejeros de pelaje moteado, con la boca abierta de satisfacción, dan vueltas uno en torno al otro sin dejar de mover la cola. La madre de Jini le ha dado una lista de cosas que comprar para la cena con una instrucción muy clara: que regatee.

—No podemos permitirnos todo. Si crees que el hombre de la tienda te puede dar media docena de huevos por el precio de tres, no te calles. Dile que se lo devolveremos. No vamos a irnos a ninguna parte.

A Jini le da vergüenza regatear por unos huevos. Todas las semanas se camufla entre las amas de casa en la tienda de ultramarinos y discute con el tendero, pero el hombre habla tan rápido que a menudo no sabe si está pagando de más o de menos. A veces es amable, sobre todo cuando está vendiendo mucho porque coinciden en el establecimiento varias señoras al mismo tiempo, con los niños encaramados a sus cinturas y los bebés gateando entre sus tobillos. Pero cuando la tienda está vacía no es fácil comprarle a precio de ganga. La semana pasada la echó por pedigüeña, y en cierta ocasión en que perdió la paciencia se puso a vociferar: «¿Es que te crees que aquí todo es gratis? Todos los indios son iguales. Lo quieren todo gratis». Ese día Jini salió volando de la tienda, sin la mitad de las cosas que llevaba escritas en la lista.

Estaba castigada sin ir a la tienda durante dos semanas, pero al final, tras mucho suplicar que le permitiera salir, simplemente por hacer algo, su madre había cedido. El colegio está cerrado por vacaciones y Jini se aburre en casa. Algunas de sus compañeras viven en el mismo barrio, pero ella le ha ordenado que estos días evite hablar con otros punyabíes. Tiene miedo de que se le escape que hace varias semanas su padre se marchó de casa, y la niña no tiene el valor de decirle que ya lo sabe

todo el mundo.

Cuando cruza la calle, mirando a ambos lados, oye una voz que le parece familiar; seguramente será su imaginación. En esa zona, los reclamos de los pájaros y el chirrido de los neumáticos a veces pueden confundirse con la voz humana. Entonces vuelve a oírlo.

—¡Hermana mayor!

Se da la vuelta. Es Bilu, de seis años, que está dando brincos y saludando desde la otra acera.

—¡Quédate ahí! —grita levantando las manos—. ¡Si te mueves, te mato!

Su hermano abre los ojos como platos y se deja caer de rodillas, con ademán modoso. Jini no puede reprimir una carcajada mientras cruza para recogerlo, pero rápidamente se vuelve a enfadar.

—¿Sabe mamá que has salido? —pregunta.

Él asiente. Pero ella lo sacude con las dos manos y, severa, le da un tirón del cuello de la camisa. Él cambia de discurso:

—No-no-no-no-no-no —termina confesando.

En ese momento pasa por allí un hombre vestido con un pantalón corto lleno de manchas de pintura, que mira a Bilu de reojo.

—Vale, entonces, tira para casa.

—No.

—Sí, Bilu, vete.

Ella señala en dirección a su casa, que desde aquí parece una maqueta torcida.

—¡No-no-no-no-no-no! —grita el pequeño, y eso hace que el transeúnte se detenga en seco y lo mire fijamente, sobresaltado.

—¡Déjenos en paz! —lo increpa Jini.

No suele ser tan grosera con la gente mayor, pero el hombre los está mirando de una forma que ya ha visto en otras ocasiones. Es como si preguntara: «¿Qué le pasa a tu hermano?».

Si lo supiera, contestaría a todas y cada una de las personas que los han mirado así antes. Lo mejor que se le ocurre es la respuesta que su madre da a las mujeres en el templo: «Es que no está bien». Esto hace que la gente chasquee con la lengua en señal de compasión. No es agradable cargar con un hijo o un hermano que no está bien. Pero cuando siguen preguntando, Jini preferiría decirles a todos que se metieran en sus asuntos. ¿Por qué se preocupan de si ha sido alimentado correctamente cuando era un bebé o de lo que se hará con él cuando crezca y sea más difícil de controlar? Su madre se pone pálida cuando la gente menciona ese tipo de cosas; Jini más bien se sonroja.

Entonces Bilu se retuerce y comienza a gritar, revolcándose por el suelo, y se llena el pelo y los ojos de arena. Las lágrimas le mojan las mejillas. El hombre se aleja, pero no los pierde de vista.

—¡He dicho que nos deje en paz! —grita ella.

Bilu también se para un instante, desconcertado, mirando a ese individuo que ahora se aleja a toda prisa por la calle. Hasta Jini se sorprende de haberle chillado tan fuerte.

—¿Calle? —pregunta Bilu. Las lágrimas alcanzan ya el elástico del cuello de su camiseta.

—¡No! Soy yo la que tiene que salir. Tú debes quedarte en casa —responde ella ya casi suplicando.

Bilu vuelve a llorar desconsolado, apretando los puños y restregándose los ojos. A Jini se le parte el corazón. Siente compasión incluso cuando sabe que está intentando engañarla para que le deje hacer cualquier cosa que tiene prohibida.

«No es justo. No puede controlarse», se dice. Su madre también utiliza estas excusas. Entonces piensa en lo que ella haría. Atrae a Bilu hacia su pecho y le canta rozándole el pelo con los labios. Poco a poco los sollozos de Bilu van apagándose y pronto lo único que oye es un ligero moqueo.

—¿Mejor…? Ahora vete a casa. Yo solo voy a la tienda —le dice. Él se levanta y se encamina a casa como si no hubiera pasado nada.

Bilu no puede ir al colegio, así que, para él, cada día es como cualquiera de las tediosas vacaciones de junio. El colegio le resulta demasiado complicado. No consigue sostener el lápiz, escribir su nombre ni andar deprisa y, cuando intenta correr, se tropieza. Tampoco puede pasar un día entero entre extraños. Fue el padre de Jini quien insistió en que asistiera a la escuela, pero enseguida tuvieron que sacarlo: cuando los maestros intentaban corregirle se agarraba a las patas del pupitre o se metía en un rincón. La segunda semana de clase se escapó y, al cabo de unas horas, lo encontraron durmiendo en una alcantarilla —menos mal que no era muy profunda—, con el uniforme empapado de agua sucia. Al niño le pasa algo, pero con el padre de Jini desaparecido desde hace ya dos semanas, sin dinero y sin comida, no tienen posibilidad de saber qué le ocurre. La madre de Jini se pasa el día rezando, porque no puede hacer otra cosa.

Al llegar a la tienda Jini encuentra al tendero tras el mostrador, enfrascado en un libro en chino. Es un hombre de mediana edad; ya tiene el pelo gris en algunas zonas. Lleva un tatuaje con caracteres chinos en el brazo. Hoy parece de buen humor. Repasa atentamente con los dedos cada signo de su libro, y en medio de la lectura se ríe.

—Oiga —le interrumpe Jini—… Quiero seis huevos. Solo tener dinero para tres. ¿Puedo coger ahora, pagar después? ¿Por favor?

La sonrisa del hombre se desvanece.

—¡Los indios siempre hacer chanchullos! ¡Siempre querer timarme! —grita.

Se levanta y se queda de pie esperando, con las manos en la espalda y la cabeza inclinada.

—Si tener dinero para tres, comprar solo tres.

—Cinco. Mi padre volverá mañana; entonces te pagaré. ¿De acuerdo?

El tendero niega con la cabeza, pero pone un huevo más en la bolsa. Es mejor así: cuatro huevos, uno para cada miembro de la familia; su padre ya no cuenta.

—¿Por qué tú tan triste? ¡Yo ya dar uno gratis! —pregunta.

—Gracias —contesta Jini, esforzándose por sonreír.

—Mira, chica, yo cuento un secreto. Yo siempre feliz —dice—. Nunca triste. Triste no bueno. No sirve nada. Tú siempre feliz. ¿Sí?

Jini asiente.

—Feliz —dice con desgana la niña.

El tendero sonríe.

—¡Feliz! ¡Tú siempre feliz! —repite antes de sentarse de nuevo.

A través del cristal del escaparate la luz del sol ilumina los estantes. Luego, durante el corto trayecto a casa, Jini intenta no olvidar lo que ha dicho el tendero, pero conforme se acerca sus palabras se desvanecen hasta que el asfixiante calor de la tarde las deshace por completo. Intenta seguir el consejo del hombre, pero sin su padre, sin apenas dinero, con los problemas de Bilu y su madre llorando todas las noches hasta quedarse dormida, no sabe cómo hacer para ser feliz.

Entre semana, en la casa se mezclan el ruido de Jini cantando a pleno pulmón, el de su madre machacando especias en la cocina y el de Bilu expresando sus cambiantes estados de ánimo: chilla, luego grita, acto seguido llora, para después volver a gritar de júbilo o a sollozar de pena. Los vecinos, sin saberlo, contribuyen a sus cambios de humor. Y es que Jasbir Kaur, el de la puerta de al lado, llama a su hermana «cara de grano». Algo más abajo, los Jeyanathan sintonizan en la radio sus canciones tamiles a todo volumen. La viuda, que tiene cuatro hijos ya creciditos, siempre está

quejándose de cuánto echa de menos a su marido fallecido. Varios hogares punyabíes se dispersan por el barrio y los niños a veces se reúnen y andan por la calle en pandilla, llamando a los compañeros para jugar al fútbol.

Los fines de semana son un poco diferentes porque no parece que este sea tiempo de vacaciones. Los sábados Sarjit vuelve de permiso y madre se muestra menos agobiada, más feliz. Tiene diecinueve años y está haciendo el servicio militar. Durante la semana se queda a dormir en el cuartel porque dice que es un incordio regresar a casa y levantarse temprano al día siguiente. El Ejército le ha asignado una tarea de oficina porque se le dan bien los números. Madre le llama «su soldado»; siempre se le ilumina la cara cuando oye el crujido del portón de fuera al abrirse y el sonido de sus botas aplastando la hierba fresca.

—¡Hijo! —grita, echándole los brazos al cuello.

Desde que su padre se fue siempre llora cuando ve a Sarjit.

—Te hemos echado de menos —le dice, cariñosa, mientras le ayuda a desatarse los cordones de las botas—. ¡Jini, hay té en el fogón, tráele un poco a tu hermano!

Jini se va corriendo a la cocina a por el té. Entonces vuelve a oír un llanto ahogado procedente del salón y el crujido chirriante del ratán cuando Sarjit se sienta. Todas las semanas dice lo mismo:

—Qué cansado estoy. —Y a continuación pregunta a Jini, mientras le sirve el té—: ¿Cómo va el colegio?

—Ahora tenemos vacaciones, tontaina —responde ella.

Él le da un tirón de trenzas y ella se aparta riéndose.

—Tú sí que eres tonta. ¿Dónde está el señor Bilu?

—Aquí, por alguna parte —dice Jini.

—¿Ya no te persigue por toda la casa?

—No. Pero no cantes victoria. Como empiece a hacerlo de nuevo, nunca conseguiremos que pare —añade ella.

—Hablad en punyabí —les ordena madre, que no aprueba el uso del inglés en la casa—. ¿Cómo voy a saber lo que decís si no habláis en una lengua que yo entienda?

Sarjit se frota los ojos con el dorso de la mano.

—Voy a buscar a Bilu y luego me echo una siesta —informa a su madre.

—De acuerdo, hijo —dice ella—. Jini, no te vayas a ninguna parte. Necesito que me ayudes con la cena.

Los sábados, a Jini le dejan echar una mano en la cocina. Su madre se queja a menudo de que las niñas suelen empezar más pequeñas en estas tareas.

—Mira a Jasbir y su hermana. Pueden hacer *saag*[21] con los ojos cerrados y tienen dos años menos que tú. ¿Por qué te resulta tan difícil? —insiste—. Yo empecé a cocinar a los siete años.

Pero Jini no lo consigue. Siempre que se propone ayudar a su madre con la comida lo único que parece conseguir es retrasarlo todo y mezclar mal los ingredientes. Es torpe y hace demasiadas preguntas:

—¿Qué es esto? ¿De qué árbol sale esto? ¿Esto pica?

Cuando su madre opta por ignorarla se vuelve apática y piensa que, de todos modos, la comida de casa es aburrida. *Dhal*, *roti*, *dhal*, *roti*… A veces *saag*, cuando hay suficiente para comprar espinacas. Pollo y *curry* de patata en alguna ocasión, si su padre ha enviado algo de dinero. Jini prefiere comer como los demás singapurenses: *nasi lemak*[22] como los malayos, *kway teow*[23] como los chinos, *dosai*[24] como los indios del sur de la India. Algunas veces ha observado a los británicos, con esos bigotes

horizontales color castaño y ese acento que parece pulir las palabras. Pero lo que más envidia de ellos es que comen gruesos filetes con muchas patatas.

—Yo a tu edad ya lo conocía todo —le dice siempre su madre.

«¿Qué más hay que conocer?», se pregunta Jini contemplando a través de la ventana los tejados de chapa y la hierba amarillenta del suelo. Conoce lo que aprende en el colegio, conoce a sus amigos… También, qué autobuses llevan a cada punto de la isla: los que se dirigen a las calles donde se levantan casas con contraventanas de madera tallada y comercios en la parte de abajo, que parecen pegadas entre sí con pegamento, o los que te transportan al corazón de la ciudad, donde nuevos edificios crecen lentamente como si fueran árboles en un bosque, o a rincones de la isla donde la arena y el limo se extienden hasta el mar y donde cualquiera podría pensar que el mundo se acaba.

Su madre ha sacado un saquito de harina de debajo del armario de la cocina y está vaciándolo en un cuenco de acero.

—Comprueba que no hay bichos —le pide—. La semana pasada encontré una araña pequeña en el *atta*25.

Jini se lava las manos y, con los dedos ya secos, empieza a escudriñar los grumos de harina en busca de algo sospechoso.

—Nada —confirma cuando ha terminado.

Sin mediar palabra, su madre le entrega el cuenco de lentejas verdes. Jini las inspecciona, esta vez en busca de alguna piedra. El otro día Bilu se alteró al morder una y, acto seguido, vomitó la cena. Madre se enfadó mucho al principio, pero luego cruzó con Jini una mirada que la niña no ha podido olvidar; por un momento la mujer permaneció observando a Bilu, entre pasmada y espantada, como si se preguntara cómo era posible que esa criatura hubiera llegado a su casa, a esa mesa.

Jini extrae del montón dos piedras pequeñas y las echa al fregadero.

—Ya está —anuncia.

Mientras, se oye el gorgoteo del agua hirviendo en la olla sobre el fogón. Su madre echa las lentejas y saca unos cuantos botes que contienen polvos, algunos amarillos, otros rojos como el ladrillo y otros semejantes a arena fina.

—Tengo que enseñarte a hacer *roti*. Si no, cuando tengas marido e hijos propios, ¿qué les vas a cocinar?

A Jini se le ocurren un millón de cosas que prepararía si tuviera su propia cocina: cangrejo con chile, tofu con salsa de cacahuete, verduras chinas con tallos gruesos y jugosos brotes, arroz con pollo de Hainan acompañado de salsa de soja dulce y chile con jengibre, fideos —gruesos y finos— con pastel de pescado y albóndigas de cerdo, *curry* del sur de la India servido con pan mojado dentro y té con leche, durianes26, lónganes27 y rambutanes28 de postre, o chendol29 o *ais kacang*30. Piensa sacar muy buenas notas en el colegio, conseguir un buen trabajo y ganar mucho dinero. Nunca le faltarán ingredientes.

Como si pudiera leer los pensamientos de Jini, su madre le dice:

—Esta semana no podemos comer ni siquiera un poco de pollo. Iba a hacer *curry* para tu hermano. El pobre toma lo mismo en el cuartel todos los días. Solo les dan alubias y pan, alubias y pan, todos los días. Eso no es una comida. Llega un momento en el que uno se cansa, ¿no?

Jini sabe que no debe responder. Darle la razón a su madre solo hará que se ponga más triste al pensar que, en efecto, es de lo que se alimenta todos los días: alubias y pan…, exactamente la versión punyabí.

—Bien, primero hay que hacer la masa —continúa la mujer—: Rocía con un poco de agua la harina. Venga, hazlo. Solo un poco. Ahora, remueve hasta que se trabe. ¿Ves cómo se va ligando?

Sigue dando vueltas y mezclando así. Tienes que intentar que salga una gran bola de masa. No desperdicies ni un poco.

El tono que madre emplea para instruirla es más suave cuando se trata de hacer *roti*; mima la harina porque cree que es importante cocinar con delicadeza.

—Cuando no se pone interés —prosigue su lección—, el comensal se da cuenta. Si alguien está enfadado o molesto por algo, su amargura se filtra en la comida que prepara como un veneno; entra en la boca de la persona que la toma, que entonces se siente molesta y se enfada.

Jini añade más agua. Su madre le advierte: si la masa se queda pegajosa, ha de incorporar harina.

—La primera vez que hice este plato en la India para tu padre —prosigue— estaba tan nerviosa que eché demasiada agua en el bol. Me temblaban las manos. Así que añadí más harina para que la masa no se pegara. Luego eché más agua, volví a añadir harina, eché más agua… ¡Me salió una bola de masa enorme! Me preocupé por lo que diría él. Menos mal que le gustó. Creyó que le había preparado toda esa comida a propósito.

Se ríe. Parece que fuera la primera vez: su risa tintinea como brazaletes de boda. A Jini aquello no le hace tanta gracia. La imagen de su padre, avaricioso y calculador, empaña su mente, que por un instante se ofusca de rabia.

—Ahora tienes que trabajar la masa. Este paso es importante. Debe quedar suave.

La madre de Jini aplasta la masa con los nudillos, hundiéndolos en ella hasta que desaparecen. Luego utiliza la palma de la mano para aplanarla y enrollarla repetidamente. Jini se da cuenta de lo rudas que son las manos de madre y de lo joven que es en realidad. Vuelven a su mente los británicos. En la cercana base ha visto que las esposas de los militares visten con faldas de algodón y blusas finas como el papel. Tienen la tez blanca y suave, y sus ojos claros brillan bajo el sol tropical como piedras preciosas. Cuando caminan, parecen estar bailando; apenas alcanza a imaginar cómo se comportarán en la cocina: siempre felices, tocando las cosas con delicadeza y cuidándose luego la piel con una loción perfumada.

Últimamente Jini ha notado un pequeño cambio en su piel, pero cree que tiene que ver con la temperatura. En los días de mucho calor le sale un sarpullido en los brazos y en las piernas que luego desaparece por la noche, cuando refresca. Sarjit le notó una vez una pequeña erupción en el codo y frunció la nariz. «Mira, tienes una mancha. Alguien no se ha bañado hoy —dijo—. Un compañero mío del Ejército que nunca se lava tiene manchas oscuras por todo el cuerpo». Ella no supo qué decir, pero esa noche pasó más tiempo aseándose, tanto que su madre golpeó en la puerta del baño para que dejara de malgastar agua.

Las dos se turnan para amasar. Añaden un poco de *ghee* para ablandar la masa, poder trabajarla con más facilidad y que no se les quede pegada a las manos. Entonces oyen un grito. Al principio, parece venir de la casa del vecino; miran hacia arriba y continúan con lo que están haciendo. Madre siempre dice que no es bueno escuchar lo que dicen y hacen los demás, si no quieres que te hagan lo mismo. Se escucha de nuevo; es un grito de angustia y Jini se da cuenta de que procede del salón: es Bilu.

Salen corriendo de la cocina y lo encuentran en el suelo, retorciéndose de dolor. Su cara indica sufrimiento, pero ya no emite ningún sonido. Cuando su madre se le acerca, vuelve a chillar y corre hacia la pared. La mujer se sienta junto a él en el suelo.

—¿Qué pasa ahora? —Sarjit está de pie junto a Bilu, mirándole fijamente—. ¿Qué has hecho? —pregunta enfadada.

—¡Nada! —responde—. He ido a verlo, he intentado abrazarlo y me ha llamado papá. Así que le he dicho: «No, papá no; soy tu Pra-ji, tu hermano mayor». Ha seguido insistiendo, «papá, papá…»,

así que me he ido y se ha puesto así.

—¡Idiota! —le grita su madre—. ¡Nunca le digas que papá no está!

—¡No lo he hecho! Solo le he dicho que no soy papá.

—Seguro que has dicho algo —insiste ella, antes de volver a centrar su atención en Bilu, que se arrastra por debajo de los muebles y se chupa el dedo.

Jini sufre viendo la escena. Entonces Sarjit levanta las manos en señal de disculpa y se va de la habitación.

—No he dicho nada más —se excusa en voz baja intercambiando una mirada con Jini. Ambos saben lo protectora que es su madre con su hermano pequeño.

Siempre es lo primero porque necesita más cuidados que cualquiera de ellos. Algún día, cuando ella envejezca y se vaya, tendrán que ocuparse de él —les recuerda a menudo—. Si no lo hace su propia familia, ¿quién se va a encargar? Por eso anima a Jini para que saque buenas notas y ha estado lanzando indirectas a Sarjit sobre el matrimonio.

—Cuando te licencies en el Ejército y empieces a ganar dinero, sienta la cabeza con alguna buena chica; alguien a quien no le importe cuidar de Bilu si a mí me pasa algo. —La idea le devuelve el optimismo sobre el futuro, pese a que la gente del templo le ha aconsejado que deje de comentar el problema de su hijo menor y de sacarlo de casa.

—¿Qué chica va a ser tan comprensiva? —le preguntan con tacto.

Bilu tiene la cara abotargada: su boca, su nariz y sus ojos están hinchados; parece una caricatura de sí mismo. El moño que le recoge la melena sobre la cabeza se ha deshecho. Muchas veces Jini ha considerado la posibilidad de sugerirle a su madre que se lo corte. Probablemente la gente lo criticaría, aunque si supieran lo difícil que es conseguir que Bilu permanezca quieto y manejarlo, se compadecerían. Pero le da miedo sacar el tema; Madre podría interpretarlo como el primer paso para que ella misma se cortara el pelo, sus largas trenzas.

Jini nunca haría ese feo a Dios, aunque de vez en cuando ha fantaseado con la idea, imaginándose cómo le quedaría el cabello corto enroscado detrás de las orejas.

Al ver a su madre intentando convencer a Bilu para que se levante y camine hacia ella, su sentimiento de compasión enseguida se torna en rabia. Si su padre estuviera en casa, Bilu no se comportaría tan mal —grita tanto y tan fuerte que aún sigue escuchándolo cuando ya se ha callado —; su madre no estaría ahora en el suelo, tratando de convencerlo con paciencia. El pecho le arde de rabia y siente el estómago cerrado.

Entonces recuerda la primera imagen que vino a su mente cuando Sarjit se la llevó aparte y le dijo en voz baja que padre se había vuelto a marchar. Al principio se preocupó; lo veía de noche, tirado en la cuneta de alguna carretera secundaria después de haber sufrido un robo o un atropello, formando ya parte del paisaje. Incluso pensó que tal vez lo habían metido en la cárcel por error. Aún tiene esos pensamientos; la diferencia es que ya no le producen temor, ahora disfruta imaginando que las cosas han podido suceder así. Ha pasado casi un mes y lo único que saben de él es que se ha vuelto a la India. De vez en cuando ha enviado algo de dinero, pero nunca suficiente. Ella sabe que no volverá. Por eso, pensar que está herido le sirve un poco de consuelo, le anestesia el dolor que siente cuando oye llorar desconsolado a Bilu.

—¡La comida!

El grito de su madre la devuelve al presente. Corre a la cocina a apagar el fuego. El *dhal* ya debe de estar sin agua y se habrá pegado a la sartén. Hay que apagar el fuego en el momento justo; de lo contrario las lentejas se quedan secas y no saben a nada. Los improperios que salen de la boca de su madre en la cocina confirman su temor.

Bilu sigue haciendo pucheros. Jini se pone en cuclillas y cierra los ojos. Entonces empieza a cantarle como hizo ayer por la tarde cuando le sorprendió siguiéndola. Comienza con un tarareo y poco a poco su respiración deja de entrecortarse y va haciéndose más larga.

—Tú eres mi sol, mi único sol… —entona con voz dulce.

A Bilu le encanta esa letra. Ella se sorprende cuando el pequeño señala hacia el exterior de la casa, hacia el sol del atardecer, que en este momento está ocultándose detrás de los tejados y los vallados.

—El so brilla —dice—, el so brilla.

Gateando, llega hasta donde está Jini; ella lo aúpa y permanecen así hasta que su madre la llama para que termine de ayudarla con la cena.

La primera vez que su padre se marchó estuvo ausente solo unas horas, pero lo suficiente para que la madre de Jini se pusiera histérica. Sus ojos delataban su miedo y caminaba de una punta a otra de la casa mirando a cada paso el reloj de pared del salón. Antes de enfadarse y salir dando un portazo, ya le había dicho que no lo esperara a cenar. Anunció que iba a buscar algo más de trabajo para mantener a la familia y, cuando Madre intentó oponerse, se indignó.

—¿Y qué pasa si salgo a tomar algo después de un largo día de trabajo? ¿Qué hay de malo en eso?

—¡Está mal! —replicó ella—. ¡Los sijs no beben ni fuman! ¡Qué vergüenza!

Pero él se limitó a mover la cabeza en señal de desacuerdo y abandonó la casa. Jini comprendió que tardaría más en volver, porque había algo de definitivo en la forma en que se había marchado aquella noche, en la manera en que apartó la mirada de la suya y la de Bilu cuando se iba.

El padre de Jini regresó a casa por la mañana, pero a la semana siguiente volvió a marcharse y esta vez estuvo fuera tres días. Volvió con un regalo para Bilu, un coche de madera. A Jini no le trajo nada.

—Ya eres muy grande para regalos —se justificó. Solo tenía once años, pero de repente se sintió mucho mayor. Notó que a su padre le olía el aliento. Después Sarjit le explicó que era a *whisky*. Se le cerró el estómago de la impresión y tuvo que cenar más tarde, sin hambre.

El padre de Jini terminó por marcharse definitivamente unos días después de su cumpleaños, que caía en mayo. En los últimos tiempos sus salidas se habían hecho más prolongadas; ella no sabía adónde se dirigía, pero su madre sospechaba que estaba huyendo de los usureros.

—Debe de estar apostando y pidiendo prestado para pagar las bebidas y el opio. —Jini escuchó las palabras de Sarjit cuando regresó el fin de semana—. Cree que puede huir y que nadie lo encontrará.

Sabía que su padre tenía un terreno en la India, aunque no estaba segura de qué significaba eso, pero sonaba esperanzador. A lo mejor había ido a venderlo y luego regresaría. No lo echaba mucho de menos porque, de todos modos, casi nunca hablaba con ella. No tenían mucho en común. Solía charlar con Sarjit sobre política y acerca del Gobierno; sobre cómo sería el paisaje de Singapur en el futuro.

—Cada vez viene más gente. Pronto esta parcela de tierra tendrá mucho valor. Están planeando construir rascacielos por todas partes. Es más eficiente.

Hablaba del nuevo Singapur como si fuera un reino de cuento. Jini se imaginó altísimos edificios, con hoteles y bancos, que emergían del cemento como si fueran plantas. En los días despejados se podía ver el débil esqueleto de un horizonte en transformación. Algún día podría vivir en el cielo.

Todo el mundo en el barrio conocía los fumaderos de opio porque tenían amigos que los frecuentaban y habían visto allí a su padre. Jini se daba cuenta de que lo sabían porque bajaban la mirada molestos cada vez que veían a la familia en el templo sin él. No preguntaban dónde estaba.

Nadie quería decir nada. La única persona que finalmente se atrevió fue Pra-ji.

Pra-ji es un hombre sabio que conversa con Dios y luego transmite su mensaje a quienes buscan su ayuda. Viste de blanco de pies a cabeza y lleva una larga barba que se está volviendo gris. Sus ojos son pequeños, pero cuando habla se llenan de vida. En el templo dirige los cantos con su voz gravísima y todos, hombres y mujeres, le siguen.

Después del servicio habla con cada una de las familias en el patio. Acuden a él con las preguntas más variopintas: «Mi hija está enferma, ¿se pondrá mejor?»; «Tengo un dolor en la espalda que no desaparece, ¿le preguntará a Dios por qué me está haciendo esto?»; «¿Podrá mi madre llegar hasta aquí desde la India?»; «¿Quién ha roto mis escaparates?»; «¿Qué tengo que hacer cuando mi hijo me contesta?».

Él responde a todas estas preguntas hablando muy bajo, manteniendo siempre la discreción. La multitud solo se dispersa cuando el hambre hace acto de presencia y alguien anuncia que se está sirviendo la comida en el *langar*31. Entonces todos se guardan las preguntas para luego.

La madre de Jini quiere consultar algo con Pra-ji, así que, mientras la gente vuelve a entrar en el templo para la comida, ella se queda fuera y le dice a Sarjit que se lleve dentro a Jini y a Bilu.

—Va a pedirle que te encuentre una esposa —dice Jini con ojos picarones mientras hacen la cola.

Sarjit alarga la mano y le pellizca el brazo, pero ella se aparta y se arrima a Bilu, que se está chupando el dedo. Sarjit se ha puesto rojo:

—No necesito una esposa —replica sin alzar la voz.

Entonces le cuenta que algún día le gustaría poder ir a la universidad a estudiar Física, pero que el mero hecho de pensar en cómo conseguir el dinero para la matrícula le produce risa. En el Ejército está ganando un buen sueldo, pero, si se va, ¿qué hará la familia? Su madre nunca se lo perdonaría.

La comida se sirve en platos de acero parecidos a los de casa. Los hombres y las mujeres encargados de distribuirla se comportan con solemnidad, llevan la cabeza cubierta y miran al suelo. Antes, Madre le ha dicho a Jini que se acuerde de la grandeza de Dios cuando reciba su *roti*, su *dhal* y su yogur.

—La nuestra es la única religión en la que los más pobres nunca pasan hambre —dice siempre con orgullo—. Mientras alguien venga al templo, rece y crea en Dios, recibirá a cambio la comida del *langar*.

Al fondo, detrás de los grupos de hombres y mujeres, unas enormes ollas de barro lanzan al ambiente densas nubes de humo, y las llamas de los grandes hornillos de queroseno lamen el aire con avidez.

Jini recibe su comida haciendo un gesto de agradecimiento y va a sentarse en la sala al lado de las otras mujeres. Le guarda un sitio a su madre, que aún no ha entrado. De pronto siente miedo: ¿dónde estará? ¿La habrá abandonado también?

Dirige la vista al otro lado del pasillo, hacia donde están Sarjit y Bilu. Sarjit está intentando que el niño coma tranquilo y sin moverse. Lo trata con mucha delicadeza, para no enfadarlo: cualquier cosa puede hacerlo saltar y sería un escándalo que toda la comunidad punyabí fuera testigo de su peor cara. Entonces Bilu se revuelve y acaba derramando la mayor parte de la comida en el suelo. A Sarjit se le ve exasperado. Busca los ojos de Jini y ella le devuelve la mirada, en el fondo encantada de que, para variar, sea él quien se ocupe del hermano pequeño. A veces le envidia porque puede quedarse en el cuartel durante toda la semana, lejos de la familia.

Terminada la comida, dejan los platos en la cocina de la parte posterior del templo y se lavan las manos. Jini nota al andar que el suelo está húmedo y grasiento. Los fregaderos están atestados de platos sucios y una espuma grisácea rebosa de ellos. Se frota las manos al acordarse del compañero

de cuartel de su hermano, ese que nunca se ducha: en el pulgar se ha descubierto otra pequeña y misteriosa marca, una que no se había visto antes. Si se la rasca, se irrita y se pone más roja. Empieza a echarle agua, hasta que una anciana que tiene detrás le dice que se apresure y la regaña:

—Deja de gastar tanta agua. —Inmediatamente Jini se disculpa y se aleja.

Cuando los tres hermanos salen, su madre sigue hablando con Pra-ji. Sarjit intenta sujetar fuerte a Bilu, pero el niño se retuerce y empieza a gimotear mirando al cielo.

—*Sat sri akal, Pra-ji* —dice Jini.

Pra-ji le devuelve el saludo:

—Qué mayor estás —contesta.

Ella se sonroja. Todo el mundo lo comenta y ella sabe que se refieren a que está creciendo en estatura y a que ya no parece una niña, pero a veces no puede evitar preguntarse si se darán cuenta de que su pecho está empezando a hincharse. Algunas de sus amigas del colegio le han comentado que, con su cuerpo, podría pasar por una chica de secundaria. Se echa el pañuelo hacia delante para taparse el torso y que Pra-ji no pueda notar nada, pero él ya está mirando a Sarjit y Bilu.

—¿Qué tal en el Ejército? —le pregunta a Sarjit en inglés.

Madre mira a Jini para que le traduzca rápidamente, pero ella niega con la cabeza, para indicar que no es importante.

—Bien —responde el joven.

Al lado de Pra-ji, que es muy corpulento, el hermano de Jini parece un saco de huesos. Las rodillas y los codos se le marcan, lo que le da un aspecto desgarbado, y apenas tiene unos cuantos pelos en la cara.

—Muy bien. Tu madre me ha dicho que tienes intención de casarte pronto —dice.

A Jini se le escapa un suspiro y su madre la atraviesa con la mirada. Mientras, Sarjit se encoge de hombros y mira al suelo para que nadie note que se ha puesto rojo.

—Conozco a una familia de Ipoh que está interesada en casar a su hija aquí. Una buena familia. El padre es policía —Pra-ji se dirige ahora a Madre, que asiente con convencimiento mientras mira fugazmente a Sarjit.

Bilu aprovecha para alejarse de su hermano y empieza a jugar con el montón desordenado de zapatos que la gente ha dejado fuera. Pasa por las suelas las manos y se las lleva después a la boca.

—¡No hagas eso! —le dice Jini en voz alta dando una sonora palmada para captar su atención. Él la contempla fijamente, por un instante paralizado, pero luego se mete todo el puño en la boca. Cuando Jini se dispone a gritar de nuevo se da cuenta de que varias personas en el patio se han vuelto hacia ellos, y guarda silencio. Como están a cierta distancia, deben de pensar que la familia no ha percibido cómo todos miran embobados a Bilu, como quien observa a un animal extraño.

Pra-ji baja la voz y se dirige a Madre:

—Esta chica aceptará bastante bien… los problemas de la familia. Se lo puedo asegurar.

—¿Por qué está tan seguro? —pregunta ella preocupada.

Una amplia sonrisa recorre el rostro de Pra-ji.

—No tiene muchos pretendientes. Sarjit será su mejor opción.

Esa noche, en casa, la madre de Jini está llorando. Lo hace todos los domingos cuando Sarjit prepara la maleta para irse a la mañana siguiente. Jini está con él, sentada en su cuarto viendo cómo dobla la ropa.

—¿Vas a volver el próximo fin de semana? Podrás conocer a tu nueva novia —le dice, burlona. Pero él le da un manotazo en la boca. Le hace daño y ella empieza a llorar.

—Cállate —le ordena con un siseo—. No tiene gracia. ¿No oyes llorar a mamá?

—Está triste porque te vas. Llora todas las semanas.

—No es solo por eso.

—¿Entonces, por qué?

—Me parece que Pra-ji le contó más cosas sobre papá y sobre lo que ha estado haciendo. Creo que se ha ido a vivir a la India para siempre.

—¿Para siempre?

—Sí, eso significa que no volverá, ¿entiendes?

—No puede ser.

—Sí puede ser. Cuando vosotras dos estabais cogiendo vuestros zapatos y ocupándoos de Bilu, me llamó aparte y me explicó que posiblemente me convertiría en el hombre de la casa porque papá no va a volver —dice Sarjit con tristeza.

—¿Cómo lo sabe?

Sarjit se encoge de hombros.

—Lo ignoro, pero él lo sabe todo. Ha hablado con Guru-ji, y este le ha pedido que nos diga que no lo esperemos. Ahora tengo que casarme, Jini. No puedo negarme.

La rabia vuelve a apoderarse de la niña. El corazón le late tan fuerte que puede oírselo por dentro. Piensa en todas las palabrotas que se sabe: palabrotas en inglés y palabrotas chinas que ha oído en el colegio. Se imagina diciéndoselas a su padre, lanzándoselas como puñales hasta derribarlo.

—Me voy mañana temprano, probablemente antes de que te despiertes. Cuídate —le dice tirándole de una de las trenzas. Luego se pone serio—: Ponte algo en la piel, ¿vale? Tiene muy mal aspecto.

Ella se mira los brazos y se descubre tres nuevas manchas, enrojecidas y duras como granos.

—¡Si me baño! —insiste—. Me baño dos veces al día. El otro día incluso me regañaron por gastar demasiada agua.

Pero Sarjit la mira y no sabe si creérselo.

—Sal para que pueda terminar de hacer la maleta —le pide antes de darle otro tirón en una trenza y, a continuación, hace con la boca un ruido que pretende imitar la descarga de un inodoro.

Ella le devuelve la puya con un pellizco y se aleja frotándose la piel. Luego sale al patio trasero y se sienta a la luz de la luna para pensar. En la oscuridad las casas del barrio no se ven tan deterioradas. Por las ventanas cuadradas de los pisos superiores sale el resplandor de los tubos fluorescentes que delata la palidez de las estancias, se ven los ventiladores de techo, las rejas oxidadas y los calendarios de las paredes. Entonces vuelve los ojos a su propia casa, y trata de adivinar cómo la verá la gente desde fuera: una puerta que nunca —jamás— está cerrada, una entrada con hierba —llena de calvas—, suciedad y polvo; una madre paseando nerviosa por su habitación, sin poder dormir nunca, siempre pensando; un niño pequeño y nervioso que se queja de todo gritando; un joven tumbado en su cama, mirando al techo y pensando en teorías y ecuaciones que nunca resolverá.

¿Y qué aspecto tendrá ella? El de una chica sentada a la luz de la luna que se pasa la mano por el brazo, lleno de pupas; el de una niña con largas trenzas colgándole por la espalda; el de una niña que está creciendo, pero que quiere que el mundo entero se detenga, que no levanten edificios, que la noche no se trague el sol del atardecer, que todo se pare hasta que su familia vuelva a ser normal.

SEGUNDA PARTE

Capítulo cinco

1990

Normalmente la temporada de monzones no llega hasta final de año, pero aquel año se presentó a principios de octubre para quedarse. Del cielo colgaban pesadas nubes muy bajas que amenazaban con estallar en cualquier momento. La lluvia caía inclinada, como en plancha, y el viento se abría paso a través del corredor del vecindario, derribando las macetas. Interminables cortinas de agua se derramaban desde los toldos de lona de las tiendas y las hojas de las plantas, que se inclinaban bajo su peso, abiertas como manos oferentes. Teníamos que meter los zapatos dentro de casa si no queríamos encontrárnoslos empapados al salir. Tampoco podíamos ya tender la ropa en los palos de bambú de las ventanas, porque apenas salía el sol y no daba tiempo a que se secara. Mamá la extendía sobre las sillas y ponía algunas prendas en perchas que luego colgaba de un tubo dispuesto al efecto en el techo de la cocina. Cuando no había luz lo único que veía, además de los ojos de Dios, eran esas vestimentas colgantes de aire fantasmal.

Un día papá me dijo bromeando que el monzón era igual de inesperado e inoportuno que Nani-ji y que posiblemente le hubiera copiado a ella esa estrategia de venir por las buenas y quedarse. Antes de decirlo tuvo mucho cuidado de que nadie pudiera escucharle: miró a su alrededor, no fuera a oír la chanza mamá, y aun así me habló al oído. No estaban las cosas para ir haciendo chistes de Nani-ji. Se cansaba mucho. Cuando hablaba elegía sus palabras con cuidado y se aseguraba de que todos prestaran atención; y no le gustaba que la interrumpieran. Envejecía tan rápido como la tarde, que en pocos minutos era engullida por la oscuridad. Yo la veía marchitarse por momentos.

Una noche me quejé de las hormigas y polillas voladoras que, como siempre, entraban durante la temporada de lluvias. Nani-ji me dijo que era porque el agua había destruido sus casas y acudían al calor de nuestra luz. Así que, si veía a algún insecto, yo apagaba todo. Me daba miedo que mientras dormía pusieran huevos dentro de mi nariz. Era lo que su hermana le dijo a Farizah que le había pasado años atrás a un campesino en Malasia; el hombre aún seguía arrojando insectos por la boca cuando tosía.

—¿Quieres saber qué hacía yo? —me dijo Nani-ji un día que había tantas hormigas voladoras que las sentía por todo el cuerpo—. Llenaba un cubo de agua y lo ponía justo debajo de la lámpara. Las moscas se sienten atraídas primero por la luz y luego por el calor, así que se tiraban al agua llevadas por el reflejo y se ahogaban.

Me pareció bastante malvado por parte de Nani-ji. «¿Estás oyendo esto?», le pregunté a Dios en silencio, esperando que tomara buena nota.

Nani-ji me dijo que cogiera un cubo.

—Vamos, llénalo de agua. Te lo enseñaré.

—No —dije, y me fui. Pero, cuando me volví a mirarla, la vi triste y agotada y sentí un poco de pena—. No quiero matarlas —añadí intentando sonar amable.

Nani-ji parecía estar demasiado cansada para discutir. Se fue a la habitación arrastrando los pies y se sentó en el borde del colchón. Se le escapó un suspiro tembloroso.

—Cierra las ventanas —me pidió.

El viento silbaba al entrar en el piso. Me acerqué a cerrarlas. Nani-ji se frotó los brazos para calentárselos. Tenía en el colchón un pequeño saco de terciopelo atado con cordones dorados. Deshizo el nudo y volcó el contenido en la cama. Eran las joyas de mamá.

—Se las regalaste a mamá para su boda —le dije.

—Sí —confirmó.

Extendió los largos pendientes en forma de candelabro, el collar, que era como un cordón con lágrimas, y los brazaletes, macizos y con intrincados dibujos grabados en la cara que quedaba a la vista. Todo brillaba en la penumbra de mi habitación.

—¿Estaba guapa mamá el día de su boda? —pregunté, acercándome los pendientes a las orejas. No creía que pesaran tanto.

Nani-ji se encogió de hombros.

—Todas las novias están guapas el día de su boda y tu madre no fue una excepción. —Me quitó los pendientes y los volvió a dejar sobre el colchón—. Tu madre podría haberse casado con quien hubiera querido. De haber sido más recatada, lo habría hecho con alguien con más dinero y yo no habría tenido que darle mis joyas.

Me enfadé mucho, pero me callé. Pensé en el retrato de boda colgado en la habitación de mamá y en lo radiante que estaba papá, agarrándole la mano con fuerza como si ella fuera a desvanecerse en cualquier momento. Nani-ji sostenía que mamá nunca debió haberse casado con él.

Me levanté de la cama y fingí un gesto de indiferencia.

—Son solo joyas —dije con ironía.

Nani-ji levantó la mirada bruscamente.

—¿Solo joyas?

—No son gran cosa —añadí—. De todos modos, mamá dice que tus joyas son viejas y están anticuadas. Cuando se las devuelvas piensa fundirlas todas y hacer otras nuevas. —Las palabras salieron de mi boca tan deprisa que no tuve tiempo de medir sus consecuencias. Intenté convencerme de que había hecho bien en decírselo a Nani-ji. No había mentido, pero me sentí mal, sobre todo cuando ella recogió las joyas y las volvió a meter en la bolsa.

—Fundirlas… —repitió hablando para sí misma. Luego apretó los labios y tiró de los cordones dorados con fuerza hasta cerrar el saquito.

Salí de la habitación, miré a Dios y cerré los ojos. ¿Podría Él hacer retroceder el tiempo? Quise situarme cinco minutos atrás y morderme los labios en el momento en que Nani-ji había menospreciado a papá. «¡Socorro! —le imploré angustiada—; he hecho algo muy malo». Pero Él no parecía escuchar. Miraba al vacío, como si estuviera concentrado en otro asunto.

La lluvia no duró todo el día; estuvo cayendo a rachas. Entre chaparrón y chaparrón los caracoles emergían del suelo húmedo, los gatos callejeros vagaban sigilosamente por las zonas comunes de los edificios y los chicos salían a la calle con muchas ganas de jugar un buen partido antes de que los mayores reclamaran la cancha. Roadside ya no pasaba por nuestro piso porque tenía miedo de Nani-

ji, pero una tarde que me vio bajar del autobús del colegio me invitó a unirme a ellos.

—¿Vais a dejarme jugar? —le pregunté demostrándole que podía quitarme mi nueva *kara*.

Roadside asintió. Volví al piso y busqué a mamá. Estaba en su habitación, así que no se daría cuenta, después de haberme oído llegar, si me iba de nuevo. Nani-ji dormía. Me cambié a toda prisa y salí. El suelo estaba mojado y de las hojas aún caían goterones de lluvia. La dorada luz del sol del atardecer se filtraba entre las ramas de los árboles proyectando bellos retazos luminosos.

—¡Yo hago de portero! —anuncié.

Kaypoh se volvió.

—Demasiado tarde. Puedes ir allí —dijo señalando hacia un grupo de chicos congregado alrededor de la portería en cuestión, que no era más que un amplio espacio abierto entre un par de sandalias.

Negué, testaruda, con la cabeza.

—Hoy hago yo de portero.

—¿Quién lo ha dicho? —contestó Kaypoh en tono desafiante.

Señalé a Roadside. Kaypoh sonrió.

—Ah, ya veo… —dijo—, está claro. Noté que Roadside estaba incómodo. No había entendido qué había querido decir Kaypoh y, cuando miré a mi amigo en busca de una explicación, apartó la vista.

La cancha, que en realidad era de baloncesto, estaba justo al lado de un gran canal que atravesaba el barrio. Normalmente estaba vacío, pero con todo lo que había llovido aquel día llevaba una pequeña corriente de agua. Cada vez que la pelota rodaba hacía el canal un chico corría a recuperarla mientras los demás gritaban alborotados. El que rescataba el balón se convertía en el héroe del momento y, mientras regresaba, le aplaudían.

Yo también quería convertirme en la heroína del canal, pero cada vez que la pelota se salía de la cancha algún chico más rápido, como Malik o Wei Hao, se me adelantaba y se llevaba toda la gloria. Aun así, yo corría tras ella. Una de las veces llegué yo antes, pero Kaypoh se abalanzó sobre ella y la recuperó.

—No vale —dije.

Kaypoh se encogió de hombros.

—Eres demasiado lenta.

—Y tú un chulo —le contesté, devolviéndole el reproche. Me di cuenta de que Roadside andaba cerca.

—Eres una… —Pero antes de terminar el insulto, Roadside le cortó.

—¡Venga, que pronto va a llover otra vez! ¡Vamos a jugar!

Kaypoh me fulminó con la mirada y volvió a la cancha. Seguimos jugando. Yo me mantuve en mi posición, con la mirada fija en el balón. Mis pies se movían de un extremo al otro de la portería, siguiendo el ritmo del juego, así que, cuando los del equipo contrario comenzaron a avanzar ya dentro de nuestra área en dirección a mí, me preparé para parar el gol. Malik tenía el balón. Miró más allá de donde yo estaba para calcular la distancia, pero, un momento antes de lanzar, Kaypoh se le cruzó a toda velocidad arrebatándole la pelota con una fuerte patada. El balón voló por encima del larguero de la portería yendo a aterrizar a la parte más alta de la copa de un árbol.

Los demás chicos se reunieron en corro a mirar dónde había caído. Sonreí con sarcasmo a Kaypoh.

—¿A eso llamas tú meter un gol? —Malik y Wei Hao se echaron a reír.

Kaypoh no pareció molestarse. Hizo un gesto de indiferencia y se limpió con la camiseta el sudor

de la frente. Luego dijo:

—Ve por él. —Miré hacia el árbol. La pelota estaba encajada en el codo de una gruesa rama. Me volví hacia Kaypoh.

—¿Cómo voy a subir? ¿No puedes sacudir el árbol? —sugerí.

Kaypoh se encogió de hombros con expresión de descaro:

—¿No tenías tantas ganas de tocar el balón? Ese es el trabajo del portero, ¿no?

Volví a mirar hacia arriba. Cualquier otro día habría podido trepar por el tronco, aferrándome con los pies a los nudos de la corteza hasta alcanzar alguna rama robusta donde agarrarme. Pero con la lluvia el tronco estaba resbaladizo.

—Me voy a caer —dije.

—Entonces quizá tu novio pueda rescatarte —propuso Kaypoh—. ¿Puedes o no, Roadside?

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Así que todos pensaban eso?

—No es mi novio —dije mirando a Roadside para que lo confirmara—. Díselo —le insté.

—Kaypoh, deberías vigilar tu bocaza —le advirtió Roadside—. No vayas por ahí soltando estupideces como esa. Lo que has dicho no es cierto.

—Ja, pues claro que no —apuntó Malik—. Solo está bromeando. ¿Dónde va a ir un chino con una india? Es de locos, ¿no?

Wei Hao y Samuel se echaron a reír; yo también, aunque no lo veía tan divertido.

Los chicos se pusieron a buscar algo para lanzarle a la pelota y conseguir que cayera. Deven ofreció su *sneaker*. La operación de rescate al final se convirtió en un juego, pero, para cuando por fin cayó al suelo dando un tremendo rebote, empezaba otra vez a llover.

Al llegar a casa, comprobé con cierto disgusto que Dios seguía plácidamente aposentado dentro de su marco. Nadie lo había desafiado ni lo había mandado al banquillo del campo de juego. Incluso parecía reírse de mí. Me acordé de lo que mamá me había dicho una vez sobre este tema: «Temíamos tanto a Dios que ni se nos pasaba por la cabeza culparle de lo que nos salía mal».

Me di cuenta de que yo temía mucho más a Dios cuando no lo tenía siempre a la vista. Ahora que vivía en nuestro piso, empezaba a estar aburrida de Él. Nunca abandonaba el marco para castigarme cuando me portaba mal. Se limitaba a estar sentado y observar, con una expresión hierática y mirando a la nada. En mamá había tenido el efecto contrario. Toda su vida había mirado con ansiedad su retrato, como si buscara su aprobación. Me dijo que dejó de hacerlo cuando Pra-ji arregló el matrimonio de su hermano mayor. «Me harté», llegó a confesarme, pero por la forma en que seguía mirando a Dios fijamente pensé que de lo que tenía miedo en realidad era de ir más allá; de culparle a Él de lo sucedido.

Aquella noche me la pasé dando vueltas en la cama. No podía conciliar el sueño pensando en lo que había dicho Malik. Me repetía que si hubiera subido al árbol no habrían tenido ocasión de insultarme. El viento silbaba con suavidad al colarse por las ventanas cuando volvió a oírse el familiar repiqueteo de la lluvia.

Mi cuarto estaba húmedo y faltaba el aire; era como si Nani-ji lo absorbiera todo con su respiración jadeante. Me subí a la cama con cuidado para abrir la ventana. Los brazos y las piernas de Nani-ji sobresalían rígidos de su tronco. Sobre el puente de la nariz llevaba la gasa en forma de triángulo que todas las noches, antes de dormir, empapaba con una infusión caliente de menta.

Pero yo seguía sin poder dormir. Solo se oía la lluvia. Quizá era lo único que quería escuchar. Me levanté, salí al salón y me senté en el suelo frente a Dios.

—¿Cuál es tu color favorito? —pregunté.

No hubo respuesta.

—¿Tienes algún amigo?

Todavía nada. Lo bombardeé con todas las preguntas que se me ocurrieron, con la esperanza de que alguna le hiciera reaccionar: «¿Por qué no puedo cortarme el pelo?»; «¿Por qué tengo que cubrirme la cabeza cuando voy a tu casa?».

—¿Pin?

Me sobresalté. Pero era papá. Me miró con los ojos entornados por el sueño.

—No puedo dormir —le informé.

—¿Con quién estabas hablando?

Miré a Dios de soslayo y me limité a encogerme de hombros.

—Con nadie —dije.

Esperaba que mis palabras le escocieran a Dios, que pensara que no era importante para mí. Pero su expresión permaneció inmutable. Más le valía quedarse quieto delante de papá.

—Vuelve a la cama —me ordenó—, o mañana no podrás despertarte para ir al colegio.

—No puedo dormir —insistí.

—Tienes que intentarlo —dijo papá en tono cariñoso. Me agarró de las axilas ayudándome a levantarme, pero yo me dejé caer, sin fuerzas, como si fuera un peso muerto—. Venga —insistió mientras me llevaba de vuelta a mi habitación.

Pero seguí sin poderme dormir. Nani-ji se revolvía en la cama murmurando entre sueños. El viento colándose por las ventanas resultaba fantasmagórico. Me senté en el borde del colchón. Los ojos me pesaban, pero no quería cerrarlos. De repente se me ocurrió algo para que Dios me hiciera caso. Salí con sigilo de la habitación y fui a la cocina. Mamá guardaba unas tijeras en el cajón de abajo, cerca del fregadero. Ya en el salón, miré directamente a Dios, abrí las tijeras y coloqué un mechón de pelo entre las cuchillas. «A ver si ahora dices algo», le desafié.

Pero Él pareció encogerse de hombros. Cerré las tijeras y mi pelo crujió y cayó esparciéndose por mi nuca en múltiples mechones. Di otro tijeretazo, pero Dios se limitó a observar expectante; nada parecía sorprenderle.

—No creo en ti —le dije—. Si fueras real, tratarías de detenerme, harías algo.

Siguió sin pestañear.

Mamá ya no cocinaba. Los estantes del frigorífico y los armarios estaban vacíos. Debajo del fregadero había una bolsa de harina y, encima de los fogones, una placa caliente. En un pequeño cuenco junto a los frascos de la sal y la pimienta había unas cuantas cebollas, algo de ajo y jengibre. También estaban los frascos de chile y *curry* en polvo, cilantro y cúrcuma. Aparte de esto, la cocina era una cáscara hueca.

Yo no consideraba que hacer *roti* fuera cocinar porque a mamá no le gustaba prepararlo. Iba sin gana hasta la cocina dos veces al día y se quedaba mirando impávida la masa plana hinchándose y humeando en la placa instalada sobre el fogón. Su *dhal* era insípido por mucha guindilla en polvo que le pusiera, porque a ella aquella comida le daba igual. No había mensajes en el *roti* ni en el *dhal*, solo recuerdos de lo poco que había comido de niña.

Ahora yo comía en el colegio. Hacía cola con las demás niñas en la cantina y pagaba por un *bee hoon* frito, un arroz con pollo, una sopa de fideos con albóndigas de pescado y el *nasi biryani*[32], que la cocinera malaya preparaba solo los miércoles. El *nasi biryani* estaba siempre demasiado salado, quizá porque la mujer no podía probarlo. Estaba ayunando para el Hari Raya[33] y no cataba nada de lo que cocinaba. Siempre se disculpaba cuando entregaba el plato de arroz amarillo humeante y el pollo al *curry*.

—Lo siento, chica. Quizá hoy más sal, ¿eh? Una no poder probar —se excusaba.

Farizah también estaba ayunando, así que me propuse comer deprisa, aunque ella me decía que no me preocupara y que lo hiciera a mi ritmo.

—Tú no eres la que está ayunando, soy yo —decía.

—¿No tienes hambre?

—Te acostumbras —dijo con un gesto de resignación.

Entonces pensé en mi pelo y me sentí culpable. Se suponía que debía dejármelo largo y acostumbrarme a él. Se lo conté a Farizah y le enseñé la punta de la trenza, que me había cortado. Por debajo de la goma, mi cabello se veía desigual. Los ojos de Farizah se abrieron de par en par. Parecía impresionada.

—¿Lo sabe tu madre?

—No —reconocí—. Mamá no se ha dado cuenta de nada en todos estos días.

—¿Lo sabe tu abuela?

—No —respondí.

—¿Por qué lo has hecho?

Pensé en contarle a Farizah que había querido desafiar a Dios, pero me di cuenta de que, si lo decía en voz alta, parecería una tontería, sonaría como si tuviera un amigo imaginario.

—Tenía calor —contesté. Farizah se rio y señaló sus piernas, cubiertas por sus larguísimos calcetines.

—Yo también tengo calor, pero si me los bajo mi padre me pega con la vara de ratán.

—Pero si lo hicieras solo en el colegio, tu padre no se enteraría —dije—. ¿Quién se lo iba a decir?

Farizah empezó a mirar a su alrededor, como si estuviera considerándolo.

—Nadie —repuso—. Pero es que no puedo; siempre me tapo las piernas.

Se tiró de los calcetines para subírselos un poco, como si por el mero hecho de hablar de ello ya se le estuvieran bajando y fueran a vérsele las piernas.

—Date prisa y termina de comer. Podemos jugar a las cartas o a algo por el estilo —dijo en voz baja, sin mirarme.

Más tarde, mientras jugábamos, le pregunté si estaba enfadada, pero me dijo que no.

—¿Seguro?

—Sí.

Entonces sonó el timbre, ella recogió sus cartas y corrió hacia la cola de la clase delante de mí. Me prometí que no volvería a cortarme el pelo. Había sido solo un experimento para ver qué hacía Dios, y había fracasado porque no había mostrado ninguna reacción. Aquel día, al terminar las clases y subirme en el autobús del colegio, me agarré la trenza y me acaricié las puntas tiesas. Las niñas estaban ocupadas de nuevo con el juego de las preguntas, pero no me uní a ellas.

Cuando el autobús ya se acercaba a mi parada, me colgué la mochila a los hombros y me encaminé a la parte delantera. Me di cuenta de que el Tío-Bus estaba dormido, pero seguía agarrado a la barandilla. Sus nudillos estaban tensos y eran muy blancos. Mientras lo observaba intenté imaginármelo como un joven singapurense, pero no conseguí ver nada más allá de los surcos y las arrugas de su piel. Hay algunas personas que parecen haber nacido viejas.

El autobús dio un frenazo y el conductor comenzó a decir tacos por lo bajini. Involuntariamente estiré los brazos para no caerme y fui a caer justo encima del Tío-Bus. Sin querer choqué con su áspera cara. Se levantó de un salto y gritó algo al chófer; luego me agarró del codo. Intenté zafarme, pero era sorprendentemente fuerte. Me atrajo con fuerza hacia él, tanto que nuestras caras prácticamente se tocaban. Su aliento olía mal, como a cigarrillos rancios y a pescado. El autobús se

paró. Entonces divisé, emborronado por la llovizna de la tarde, mi edificio.

—*Mungalee* —dijo exhalando aire, como si aún estuviera durmiendo—. Vete, vete a casa, sucia *mungalee*.

Sus palabras me hirieron como cuchillas. Me volví para ver si las otras niñas se habían dado cuenta, pero las pocas que quedaban en el autobús seguían demasiado ocupadas con el juego de las preguntas. Aparté el brazo del Tío-Bus. Quería insultarle, pero sabía que si lo hacía me metería en líos. Él se limitó a sonreírme con maldad y volvió a decir la palabra, esta vez recreándose en ella:

—*Mung-a-lee*.

Le di un pisotón con todas mis fuerzas, clavándole el talón. Luego bajé como una centella por las escalerillas del autobús y corrí hacia mi bloque de pisos. En mi interior oía mi corazón latiendo con fuerza. El insulto del Tío-Bus aún resonaba en mi cabeza como un disco rayado: *«¡Mungalee! ¡Mungalee!»*. No supe con seguridad si era él, que aún seguía gritándome, o era mi mente que había grabado el sonido y lo reproducía.

Cuando por fin entré en casa volví a mirar a Dios, directamente a los ojos. Esta vez sí se movió; se echó hacia atrás dentro de su marco, consciente de mi enfado.

—¿Por qué has dejado que me ocurra eso? —le pregunté—. ¿Por qué has permitido que el Tío-Bus me humille así? ¿Por qué el autobús se ha parado bruscamente y me ha arrojado sobre él? ¿Por qué le he pisado?

Estaba furiosa con Dios. Volví corriendo a la cocina, saqué las tijeras y me corté otro mechón de pelo. Esta vez Dios sí parecía sorprendido.

—Seguiré haciéndolo —le advertí—. Ya no tengo miedo a nada.

«Si al menos Él pudiera leer mi mente, sabría cómo me siento».

—Tienes que hacer lo que te ha mandado el médico —oí que mamá le decía a Nani-ji—, o tus problemas respiratorios nunca mejorarán.

—Tonterías —repuso ella—. ¿Desde cuándo te has convertido en una experta?

—No soy muy culta, pero tengo alguna idea de cómo debo cuidarte —respondió mamá con altanería—. Tómate la medicación y te pondrás bien.

Los labios normalmente apretados de Nani-ji se abrieron dejando salir un resoplido.

—¿Bien, dices? Ya no voy a estar bien. Soy vieja.

—Tú misma te haces más vieja de lo que eres en realidad —replicó mamá.

—¡Pin! —me llamó Nani-ji—. ¡Pin, ven a la cocina!

Me metí la trenza por dentro de la camiseta por la espalda, por si Nani-ji se daba cuenta de mi fechoría, pero ella ni me miró. Mientras me hablaba tenía la vista fija en mamá.

—Dile a tu madre que deje de darme órdenes, ¿eh? ¿Tú le mandas así a tu madre? Seguro que tus modales son mejores que los de ella.

Mamá levantó las manos en señal de impotencia y anunció:

—Me rindo. —Después me miró moviendo la cabeza, cansada, y añadió—: Cuando sea vieja, Pin, no me acojas ni me cuides si llego a ser la mitad de molesta que esta mujer.

Entonces Nani-ji tosió tan fuerte que todo su cuerpo se estremeció. Mamá hizo como que no se inmutaba, pero vi pánico en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando Nani-ji se calmó por fin.

—Nada. No me pasa nada. No me estoy muriendo.

—Yo nunca he dicho que te estuvieras muriendo. Pero vas a ponerte muy mal si no empiezas a tomarte en serio lo que te dice el médico. Este tipo de infecciones a menudo se llevan a las personas

por delante.

—Sé exactamente cómo voy a morir —dijo Nani-ji—; está escrito en la palma de mi mano.

El rostro de mamá se quedó petrificado. Se levantó y se puso a limpiar la mesa fingiendo estar muy concentrada.

—Pin, ayúdame a recoger aquí —dijo en inglés.

Nani-ji me interrogó con la mirada, pero hice como si no me diera cuenta. De pronto mamá tenía los hombros muy tensos. Entonces Nani-ji volvió a apalancarse en su sillón y empezó a examinarse con atención las palmas de las manos.

—Él podía ver el futuro, ¿sabes? —me dijo.

—¿Quién? —pregunté. Miré a mamá, que clavó sus ojos en Nani-ji con desconfianza. Pero mi abuela no pareció molestarse. Tenía una sonrisa en los labios, como quien recuerda un buen sueño —. Un hombre sabio que vivía en nuestro barrio. Falleció hace unos años. Lo llamábamos Pra-ji porque era como el hermano mayor de todos. Estaba bendecido por Dios: con solo mirarte a los ojos podía explicarte lo que Él te quería decir.

De pronto, la boca de mamá era una línea fina y apretada; sus brazos, dos rígidas estacas.

—Pin, no quiero que escuches esto. Sal de la cocina —me pidió en voz baja en inglés. Me quedé de pie, paralizada. Los ojos de Nani-ji iban de mamá a mí y viceversa. Mi abuela no sabía inglés, pero había captado el tono.

Dejé las tazas de té en el fregadero y salí y rápidamente hacia mi habitación. Esperaba escuchar gritos: mamá diciéndole a Nani-ji que no volviera a mencionar a Pra-ji, o Nani-ji echándole en cara a mamá que le hubiera faltado al respeto, pero en lugar de eso un silencio espantoso se apoderó de nuestro piso, como si algo hubiera entrado y lo hubiera absorbido todo. Pasados unos instantes, me dije que el silencio era lo peor y deseé que se pusieran a discutir de nuevo.

El Tío-Bus no se quejó de mí al colegio. Ni siquiera me miró cuando subí al autobús al día siguiente. Hizo como si no existiera. Me imaginé que Dios podría haber tenido algo que ver en esto; tal vez hacer callar al Tío-Bus era la forma que tenía de ayudarme. Estábamos casi empatados, aunque yo seguía enfadada por lo que había dicho aquel viejo y Dios no podía borrar la vergüenza que se me instalaba en el estómago cada vez que mi mente repetía las burlas del Tío-Bus.

Nadie se dio cuenta de los tijeretazos en el pelo, ni de que había unos mechones más largos que otros. Mamá ya no me peinaba por las mañanas. Ahora no se levantaba para desayunar como antes. Yo sola me hacía la trenza; al principio los rizos se me salían, pero Farizah me había enseñado a recogerlos. Ya tenía práctica en hacer de cómplice, porque su hermana estaba en secundaria y se escaqueaba siempre que podía durante los fines de semana, para verse a escondidas con su novio. A pesar de todo, ella no aprobaba lo que hacía.

—Si tu madre te pilla, seguro que te zurra de lo lindo —dijo estremeciéndose, como si la fueran a castigar a ella.

—Mi madre no lo sabe. Y no me pega —le aclaré.

Aquellos días no importaban las consecuencias de que mamá se enterara; a quien estaba poniendo a prueba era a Dios. Aún no me atrevía a decirlo en voz alta, pero no sabía con seguridad si creía en Él.

—Ni se te ocurra decirle que te he ayudado, ¿de acuerdo?

—Trato hecho —prometí.

No me pasó nada por cortarme el pelo. Me di cuenta de ello unos días después de haberlo hecho. Daba igual que lo hiciera, que rezara o que no rezara, que tomara o no la comida del templo. Dios

solo me hacía caso cuando le convenía; y, cuando no, me ignoraba.

Continué cortándome mechones de pelo sin ningún motivo, solo para ver qué hacía Dios, y no pasó nada. No cayó un rayo en nuestro piso ni me atropelló ningún coche a toda velocidad de camino del colegio… Nada. Estuve así una semana. Entonces, una noche, Nani-ji empezó a jadear muy fuerte mientras dormía. En cuanto caí en la cuenta de que podía estar muriéndose, comprendí que Dios me estaba devolviendo en un pago único el castigo por los pecados que había ido cometiendo a plazos a lo largo de aquellos días.

De noche era difícil ver las estrellas desde donde vivíamos, porque los edificios que teníamos justo enfrente se comían todo el cielo. Poco a poco, las luces de las demás casas dejaban de lucir, como velas que alguien iba apagando una a una. Se acercaba el Diwali[34]. En nuestro bloque había unas cuantas familias indias que rodeaban las puertas de sus pisos con luces de colores que seguían luciendo intermitentes mucho después de haberse acostado. Uno de los vecinos del final del corredor había enmarcado su puerta con una larguísima hilera de llamas recortadas de papel de plata. Un día, el viento arrancó una de ellas y alguien la metió por debajo de nuestra puerta. Sin embargo, no era nuestra fiesta. Los sijs tenemos una celebración llamada Vaisakhi, pero a mí no me parecía tan especial, porque no daban día libre a nadie, ni en el colegio ni en el trabajo. Guardé la llama plateada en mi habitación entre mis libros de texto. Tenía algunos bordes rotos, pero desde que habían hospitalizado a Nani-ji me costaba horrores tirar algo. Y es que, para llegar hasta el cubo de la basura, tenía que pasar por el salón, por delante de Dios, y no soportaba ver su cara, sus ojos bailando y diciéndome «ya te lo dije», con una mueca de mal disimulado regocijo en los labios. Cada mañana sentía lo mismo al pasar como un rayo ante su retrato al salir de casa.

Papá asomó la cabeza por la puerta de mi habitación.

—¿Cómo estás, Pin? —preguntó.

—Bien —dije.

—¿Qué tal el cole?

Me encogí de hombros.

—Aburrido. La señorita Yoon no ha venido hoy.

Papá arqueó una ceja.

—Algo ha cambiado. Cuando yo iba al colegio, si un profesor no venía, nos divertíamos.

—Tenemos un profesor suplente mayor. Parece un viejo —me quejé.

Papá asintió con simpatía.

—Ya veo —dijo.

Noté que llevaba puesto su uniforme de trabajo: una camisa azul grisáceo y unos pantalones azul marino. No estaban bien planchados. Tenían el bajo arrugado. Siguió mi expresión con la mirada y vi que se ruborizaba.

—Sí, ya lo sé. No soy muy bueno con la plancha —se excusó—. Ya sabes que es mamá quien se ocupa de estas cosas. Pero ahora está muy atareada.

Ambos bajamos la mirada cuando pronunció la palabra «atareada». Por aquel entonces mamá casi vivía en el hospital. Yo llevaba tres días sin verla; solo había oído su voz, que sonaba ronca y sin fuerza a través del teléfono. Una noche llamó y lo cogí yo desde el aparato de mi cuarto, pero ella dijo:

—Pin, por favor, pásale el teléfono a tu padre.

—Voy —dije, y llamé a papá, que lo cogió en el salón.

Me quedé escuchando; decidí que no colgaría hasta que alguno de ellos me lo pidiera, pero en

cuanto sonó la voz de papá, la severa voz de mamá se quebró, deshaciéndose en sollozos y gimoteos, y ninguno de los dos se dio cuenta de que yo seguía allí.

—Mi madre se está muriendo —balbuceó entre llanto—. Y se irá pensando que yo tuve la culpa de la muerte de Bilu.

Papá trató de tranquilizarla.

—Ahora es momento de dejar a un lado todas vuestras riñas, tanto ella como tú. Simplemente, olvida todo lo que pasó; tu madre no va a cambiar de opinión.

—Ella cree que fui a la casa de Pra-ji ese día y que yo…

—Sé lo que ella cree. Sé lo que dijo Pra-ji. Pero tú sabes la verdad, ¿no? Y si se lo explicas todo a Pin, ella también lo sabrá. Esto es lo importante. Olvida lo que tu madre quiera creer.

Mamá sorbió y dijo que tenía que irse. Papá colgó el teléfono y entró en mi habitación. Yo dejé rápidamente el auricular y disimulé, como si estuviera buscando algo en mi escritorio.

—¿Has cenado? —me preguntó.

Aquello era lo que la señorita Yoon habría denominado una «pregunta tonta». Era obvio que no. Esos días dependíamos exclusivamente de la comida de los puestos callejeros. Ni siquiera entrábamos en la cocina a no ser que pasáramos por ella para ir al baño o a la lavadora.

—No —dije.

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—La verdad es que yo tampoco.

Salió de la habitación y luego volvió, con el ceño fruncido en señal de concentración, como si de pronto se hubiera acordado de que yo tenía que comer, tuviera hambre o no.

—Tienes que cenar. Puedo bajar a comprarte algo de comida. ¿Qué quieres?

Había estado todo el día lloviendo. Las nubes pasaban como una manta por delante de la luna, tapándola y destapándola alternativamente, y el viento seguía silbando al intentar colarse por las rendijas de nuestras ventanas. La época del monzón siempre pedía algo suave y reconfortante, como albóndigas calientes en sopa de pollo o fideos de cristal con verduras salteadas. Pero como me sentía culpable, quería tomar algo empapado en guindilla roja para no notar el nudo que aún tenía en el estómago.

Papá se echó a reír.

—Creía que habías dicho que no tenías hambre.

El *nasi biryani* llenaba mucho. Consistía en un muslo de pollo cubierto de pasta de *curry* y acompañado de arroz basmati; suficiente para que una persona no probara bocado en todo el día. El hombre que regentaba el puesto indio de abajo también nos ponía una buena ración de *papadums*[35] y yogur. Pensé que guardaría lo que sobrara y que tendríamos para dos o tres días, porque papá parecía haberse olvidado de que había que cenar.

—Iré contigo —me ofrecí, incorporándome para que no tuviera que esperarme.

—No, Pin. Termina los deberes. Solo tardaré unos minutos.

Puse cara de enfado. Fuera empezaba otra vez a diluviar. Durante el monzón era preferible quedarse en casa, pero la idea de permanecer en el piso sola con Dios no me gustaba nada. Esos días podía oír cómo chasqueaba la lengua en el interior de su boca cerrada, un sonido semejante al tic-tac de las agujas de un reloj. Si cerraba los ojos y me ponía de espaldas a su retrato, seguía viéndolo menear la cabeza en señal de decepción. Aun con los ojos cerrados, veía a Nani-ji resollando y convulsionándose en mi habitación, con la mirada desorbitada y pidiéndole a mamá, entre jadeos, que la llevara al hospital.

—Voy a ir, voy a ir —repetía, arañando las sábanas.

Sentí su fuerte aliento aleteando en el ambiente inmóvil de mi habitación. Olí su ropa almizclada y el aroma a menta del aceite medicinal Minyak Kapak que se aplicaba en las sienes para el dolor de cabeza. Siempre confiaba en que mi mente se quedaría en blanco y que Nani-ji saldría de mis pensamientos, pero ella, tozuda, se quedaba. Cuando volvía a abrir los ojos, seguía estando allí.

Capítulo seis

—No nos está permitido celebrar nada en estos momentos —me dijo mamá con semblante serio poniéndose de puntillas en un taburete de madera para descolgar las cortinas de la ventana—. ¿Lo entiendes? Así que deja de preguntarme qué vamos a hacer este año por Diwali. De todos modos, ni siquiera es nuestra fiesta.

Mientras la escuchaba, noté que mi corazón se aceleraba de miedo por si se caía. Si resbalaba del taburete, podría romperse el cuello y Dios se limitaría a menear la cabeza en sentido de reprobación recordándome que todo era culpa mía.

Mamá estaba en casa porque los médicos del hospital le habían dicho que se marchara a descansar. Oí a papá sugerirle que se fuera a la cama, pero ella se quedó despierta, cerca del teléfono. No pisó la cocina. Por la tarde, se puso a limpiar el piso como si fuera a haber visita.

—¿Va a venir alguien? —pregunté con prudencia.

—¿Es que no puedo tener mi casa limpia? —me espetó.

Así que me pasé el resto del día intentando evitarla, pero resultó todo un desafío. Era sábado y nuestro piso era pequeño.

Yo ya había terminado los deberes, repasos incluidos. Mamá se bajó del taburete de un salto, dejando las cortinas medio descolgadas y formando un pico delante de las ventanas. Luego volvió y empezó a rociar limpiacristales en la tapa de cristal de la mesa de centro. Sus brazos y sus piernas eran un mapa repleto de parches enrojecidos en carne viva, con puntos de sangre en las zonas donde se había rascado más.

Abrí la nevera. Lo único que había era una fiambrera de plástico con una pequeña barra de mantequilla y una jarra de agua, una zanahoria y una berenjena en el cajón de las verduras, y unos cuantos frascos pequeños con especias molidas. Vi algo de pan en uno de los estantes. Comprobé con alivio que no estaba enmohecido. Saqué la mantequilla y encendí la tostadora. En clase de ciencias habíamos aprendido que los humanos podemos aguantar durante días solo con agua, así que bien podría yo apañármelas a base de pan y mantequilla hasta que papá volviera con algo del puesto de comida ambulante. Mi incógnita era mamá. ¿Cómo podía estar todo el día sin comer? Adelgazaba por momentos. Aquel día me di cuenta por primera vez de que el brazalete casi se le caía de la muñeca si movía un poco el brazo.

Entonces tuve una idea. Esta vez abrí la puerta del armario y saqué un paquete de azúcar. Diminutas hormigas negras se escabulleron cuando desenrollé la goma que lo cerraba. Extendí la mantequilla en el pan ya tostado y espolvoreé azúcar por encima… Añadí un poco más. No estaba segura de cómo se encendía el fuego, pero había visto a mamá hacerlo un montón de veces. Empujé el pomo, lo giré y entonces oí los habituales chasquidos antes de que la llama apareciera como una

exhalación.

—¿Pin? ¿Qué haces? —llamó mamá desde el salón.

—Estoy haciendo la comida —respondí—. Pan de azúcar.

—¿Haciendo qué?

—Pan de azúcar —repetí.

Mamá no era la única persona en casa que podía inventarse recetas. Coloqué la rebanada de pan en la sartén y la presioné con un tenedor, observando cómo salía humo de los bordes mientras se iban dorando. Después de eso mamá ya no dijo nada. Siguió limpiando.

—¿Quieres un poco? —pregunté, sin obtener ninguna respuesta. No escuché nada. Me entró pánico de pensar que podría haberse desmayado de no comer. No conseguía librarme de aquel tipo de pensamientos negativos. Pronto Dios tendría que castigarme.

—Sí, guárdame un trozo. —Oír la voz de mamá me supuso cierto alivio. En total hice tres rebanadas de pan, con lo que ya solo quedaba una en el paquete. Lo puse encima de la mesa para que mamá cayera en la cuenta de que ya no había comida en el piso, y funcionó.

—¿Es esto todo lo que tenemos en casa? ¿Pan, mantequilla y azúcar? —me preguntó, y yo asentí —. He estado muy ocupada cuidando a tu abuela —dijo en tono defensivo.

Empujé el plato de pan de azúcar hacia mamá con ganas de hacer las paces, no quería empezar a discutir otra vez.

—Pruébalo —le pedí.

La cocina olía a una mezcla de humo y caramelo. Me había asegurado de apagar bien el fuego y de poner la sartén en remojo, para que el azúcar quemado no se quedara pegado.

—¿Quién te ha enseñado a hacer esto? —preguntó mamá. Le echó una mirada recelosa al pan.

—Nadie. Se me ha ocurrido a mí sola.

Mamá le dio un bocado al pan y empezó a masticarlo. Parecía pensar o estar concentrada en otra cosa.

—¡Qué bueno! —dijo por fin.

Tomé una de mis rebanadas y la mordí también. Estaba crujiente y dulce. Di otro mordisco. Aunque no me atrevía a decirlo en voz alta, este me parecía mejor que cualquiera de los platos cocinados por mamá porque me lo había inventado yo. Y lo había hecho sola. Me sentí inteligente y a gusto conmigo misma, como si por una vez hubiera hecho algo bien, aunque fuera algo tan simple como un trozo de pan con azúcar. Cuando me terminé mi rebanada, le ofrecí a mamá la última.

—La compartimos —propuso ella, partiendo el pan por la mitad. Cuando terminó, dijo—: ¿Sabes?, a mi hermano pequeño, Bilu, esto le habría encantado. Se pirraba por cualquier cosa dulce. Hubo un momento en que la única forma de conseguir que comiera era darle algo con azúcar. Sonrió, moviendo un poco la cabeza.

Yo dejé de masticar para ver si continuaba hablando, pero se sacudió las migas de las manos y llevó los platos al fregadero sin decir una sola palabra más.

Me esforzaba por caerle bien a Dios. Dejé de cortarme el pelo y volví a realizar buenas acciones. Esperaba que Él me observara cuando devolvía los libros de la biblioteca del colegio dejándolos en su lugar correcto en las estanterías, en lugar de mezclarlos con las enciclopedias como hacían las otras niñas. Ahora quería que me mirara todo el tiempo. Quería que me viera abriendo las puertas a los profesores, recogiendo la basura, echando trozos de corteza de mi bocadillo a los pájaros de la calle.

Pero no era suficiente para Él. Mamá se quedó en el hospital dos días seguidos. Llamó a casa y

dijo que no podía separarse de Nani-ji. Le pregunté si podía visitarla:

—No, Pin. Hay muchas personas enfermas aquí. Luego soñarás cosas desagradables.

En la escuela Farizah me preguntó por qué había estado tan callada en el recreo últimamente y, cuando le conté que mi abuela estaba enferma, abrió los ojos de par en par.

—Pediré a mis padres que recen por ella —me aseguró.

Yo no sabía cómo rezar, pero era una buena idea. Puede que Dios dejara de descargar su ira sobre Nani-ji si le hablaba directamente en el idioma que mejor conocía. Yo sabía algunas palabras y frases dispersas que había recogido de las rutinarias oraciones nocturnas de Nani-ji, pero ninguna de ellas tenía mucho sentido para mí. Tenía miedo de ofender a Dios aún más de lo que ya lo había ofendido.

Entonces, una tarde, después del colegio, fui a la habitación de mamá y saqué un *gutka*, un libro de oraciones sij, del cajón de su cómoda. Tenía tres, y cada uno estaba envuelto en un pañuelo. El más antiguo tenía la cubierta hecha jirones y las páginas se desparramaban en cuanto intentaba pasarlas. Volví a guardarlos y elegí la edición más nueva. Las oraciones estaban todas escritas en letra punyabí, que se enroscaba y colgaba de una larga barra a lo largo de la página. Algunas letras del alfabeto parecían teteras, caracoles, hombres en cuclillas o árboles de grandes ramas. En el templo, estos signos se escondían tras los cánticos bajos, los zumbidos constantes que salían de la boca de las ancianas. Seguí su trazo repasando cada letra con el dedo, en parte esperando ver si se estiraban o se retorcían bajo mi tacto.

En la parte final de la edición más reciente había una traducción al inglés de todas las oraciones: «Dios está en todas partes y en cada uno de nosotros. Es la Verdad Inmortal, el Creador, no conoce el Miedo ni la Enemistad; es el No-Nacido, el Auto-Creado». No entendí del todo esta parte, pero seguí leyendo. Miré a Dios en su retrato e intenté leerle lo que ponía en el libro. No parecía interesado. Continué, y, cuantas más páginas pasaba, menos miraba a Dios. Empecé a notar que las oraciones sijs eran muy similares a los himnos cristianos que habíamos aprendido en el colegio. Los dioses eran diferentes y las personas también, pero decíamos lo mismo. Al final cerré el libro y miré a Dios. Noté que sus ojos deambulaban saltando de los míos hacia la zona de mi cabeza. De repente, una brisa entró en el piso y refrescó precisamente la parte superior de mi cabeza, mi cabeza sin cubrir…

—Me había olvidado —dije, aplastándome el pelo de esa zona con las palmas de las manos—. ¡Lo siento mucho!

Corrí a la habitación de mamá para coger un pañuelo. Ahora tendría que empezar de nuevo. Nani-ji siempre decía que era inútil intentar rezar a Dios si no podías mostrarle el respeto básico. Suponía que Él me habría visto hablar, pero que no podía oírme a menos que tuviera la cabeza cubierta y los pies escondidos a su vista.

Mientras buscaba un echarpe en el armario de mamá sonó el timbre de la puerta. Salí al salón y miré por la mirilla. La cara de la Tita-Gorda se deformaba por el efecto óptico de la cámara y parecía aún más ancha de lo habitual. «¿Qué querrás ahora?», murmuré para mis adentros, olvidando por un momento mi plan de ganar puntos con Dios.

—Hola, Pin —dijo cuando abrí la puerta con la llave de repuesto.

—Hola —respondí. Nos saludamos con el mismo abrazo lateral que solía darle a mamá—. Mamá no está.

—Lo sé. Solo he venido a recoger algunas cosas de tu abuela.

—Nani-ji se llevó todas sus cosas al hospital —informé a la Tita-Gorda, que pasó por delante de mí con impaciencia y entró en mi habitación. En aquel momento deseé con fuerza que mamá

estuviera. No le habría importado el tamaño ni la edad de la Tita-Gorda. La habría regañado por irrumpir así en nuestra casa.

Resultó que Nani-ji no se había llevado todas sus cosas al hospital. La Tita-Gorda fue directamente al armario y supo exactamente dónde buscar.

—¿Qué estás buscando? —pregunté inocentemente, aunque intuía lo que Nani-ji le había indicado que cogiera.

La Tita-Gorda rebuscó, hablando entre dientes, hasta que dio con la pequeña bolsa de terciopelo, que tintineó ligeramente cuando la abrió para inspeccionar cada una de las joyas.

—Está todo —pronunció con aire de suficiencia.

Deseé que Dios estuviera mirando. Quería que pudiera leer mis pensamientos y tuviera en cuenta cómo me estaba conteniendo para no arrancar las joyas de los dedos de salchicha de la Tita-Gorda y dejarlas nuevamente en su sitio. Ella no era quién para coger ese tipo de cosas, tanto si se lo había dicho Nani-ji como si no.

—Son las joyas de mi madre —le dije—. ¿Por qué te las llevas?

—Y antes eran de tu abuela —respondió—, y ella cree que tu madre ya no se merece tenerlas. Se giró con un movimiento torpón y salió dando pequeños brincos de mi habitación. La seguí.

—Entonces, ¿quién se las va a quedar? —pregunté.

La Tita-Gorda se encogió de hombros.

—Eso depende realmente de tu Nani-ji —respondió.

Puso cara solemne y se inclinó ante Dios mientras se echaba el chal por encima de la cabeza. Cuando metió las joyas en el bolso y oí el chasquido del cierre, sentí que recuperaba mi sentido de la intuición y con él mis malos presentimientos. Nani-ji ya había decidido para quién serían las joyas. La Tita-Gorda solo había venido a recogerlas.

El pan de azúcar fue nuestra cena durante dos noches seguidas. Papá me preguntó si quería algo del centro de comida ambulante, pero le indiqué que no con un gesto.

—Esto me gusta más —le dije. Le preparé una rebanada.

—Muy rico —confirmó—. Aunque no es muy nutritivo. Déjame bajar a comprar un poco de arroz para acompañarlo. ¿Quieres palitos de cangrejo? ¿Un poco de *rendang* picante de carne?

Le dije que no con la cabeza. No quería molestarle a él ni a nadie. Era parte de mi plan para caerle bien a Dios, y tenía que esforzarme aún más, después de la visita de la Tita-Gorda.

Me había propuesto no decirle a papá que había venido a llevarse las joyas de mamá, pero se me escapó. Papá mencionó que había visto a la Tita-Gorda en el hospital y que parecía haber engordado algunos kilos más, si es que eso era posible.

—Está tan grande como un camión, Pin —dijo sorprendido—. Tendremos que empezar a llamarla la Tita-Más-Gorda.

Solté una risita tonta y le dije que estuvo a punto de tirar el televisor al entrar en el salón. No era verdad, pero me pareció una imagen divertida.

Papá soltó un bufido en tono de burla y dio un gran bocado a su pan de azúcar. De la boca se le escaparon unos granos que cayeron esparcidos por la mesa. Fue recogiendo ordenadamente cada uno, presionándolo con el pulgar y colocándolo después en el plato. Luego levantó la vista como si acabara de caer en algo.

—Espera…, ¿cuándo estuvo aquí la Tita-Gorda?

Yo, que acababa de dar otro bocado a mi pan, sin querer me lo tragué sin masticar y me atraganté. Papá se me acercó y me dio unas torpes palmaditas en la espalda, pero sus ojos seguían exigiendo

una respuesta.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Una vez.

—¿Cuándo?

—El martes… por la tarde. Supongo que sabía que mamá no estaba.

—¿Qué quería?

—Se fue a mi habitación y cogió las joyas de mamá del armario —le dije—. Nani-ji dice que mamá no puede quedárselas. Que no se las merece.

Papá soltó un gemido de disgusto y hundió la cabeza entre las manos.

—¡Nooo, eso es terrible! —dijo cuando finalmente levantó la vista. La luz fluorescente zumbaba por encima de nuestras cabezas y pequeñas hormigas voladoras sobrevolaban alrededor del tubo—. ¿Se lo ha llevado todo?

Asentí con sentimiento de culpa. Me veía a mí misma como la ladrona, aunque hubiera sido la Tita-Gorda. De repente, me invadió otra vez aquel torrente de ira que solía recorrerme todo el cuerpo al pensar en Nani-ji fisgando todo en nuestro piso. Aun desde el hospital, incluso intubada y conectada a un montón de máquinas, seguía amargándonos la vida. Pero entonces me acordé de que Dios observaba mi comportamiento, así que respiré hondo e intenté calmarme. Le di otro mordisco al pan; su agradable sabor me deleitó y por un momento conseguí olvidarme de Nani-ji. Cuando terminé todo, me hice dos rebanadas más.

—¿Podrías comprar más pan a la vuelta? —le pregunté a papá mientras se marchaba a su turno de noche.

Permaneció con la vista fija en un punto por encima de su hombro, como dudando.

—Sigo pensando que no deberías poner azúcar en las tostadas para cenar —dijo. Noté tristeza en su voz, y sabía con seguridad que no era por lo que comíamos. Seguía pensando en las joyas, en cómo se lo explicaría a mamá—. Hazme un favor y no digas nada, ¿quieres? A tu madre le dará un ataque cuando se entere de que tu abuela se las ha regalado a tu tía. Es un tema muy delicado.

—¿Por qué lo ha hecho? —le pregunté a papá, con la esperanza de que se sentara, se descalzara y me contara el resto de la historia de mamá.

Aún había muchas cosas que no conocía; ella solo me contaba algo cuando quería. Sabía que debía tener paciencia, pero estaba cometiendo tantos errores con Dios que quizá fuera mejor que me enterara de todo de una vez. Pero papá no dijo ni mu. En vez de eso me dirigió una mirada como de disculpa y se fue sin despedirse. Y me quedé sola con Dios, colgado allí en la pared, y con el olor a caramelo quemado que salía de la cocina llenando el espacio que nos separaba a Él y a mí.

Al día siguiente me dijeron que no fuera a la escuela. Casi di un salto de alegría, porque era viernes y los viernes teníamos una larga clase de arte dividida en dos partes con un recreo reducido en medio. Entonces recordé que, supuestamente, nosotros no estábamos celebrando la fiesta. Papá me dijo que era mi responsabilidad quedarme en casa a contestar al teléfono porque la gente llamaría para preguntar por Nani-ji. Debía decirles con tristeza «se está yendo», tal y como él me había encargado.

—Es solo cuestión de horas —me informó, acariciándome el pelo—. Tiene dañados los pulmones. —Parecía apenado de verdad, no como si estuviera fingiendo para ayudar a alguien.

Intenté llorar. Apreté los ojos para obligarme a echar lágrimas. Como no funcionó, fui a la cocina y me puse cerca del estante donde solíamos guardar las cebollas cuando no faltaba comida en casa. Pensé que si conseguía empezar a llorar la pena vendría como una consecuencia natural. Pero no había nada en la nevera. Me di cuenta —y eso hizo que me sintiera culpable— de que solo quería

que se acabara el día. Deseaba que Nani-ji se fuera de una vez para que nuestras vidas volvieran a ser como antes de que se mudara a vivir con nosotros.

«Sé que está mal», le dije mentalmente a Dios cuando me crucé con él en el salón. Notaba como si su mirada casi me quemara la piel. Me cubrí la cabeza con las manos diciéndole unas veinte veces que lo sentía, y solo entonces noté que su expresión se suavizaba. Sus ojos, antes pétreos, ahora parecían charcos de agua, y la comisura de sus labios esbozaba una sonrisa. Mi aflicción era sincera, pero no podía dejar de sentir lo que sentía hacia Nani-ji. Cada vez que intentaba que el sentimiento de pena volviera, también volvía la imagen de su rostro implacable y sus miembros huesudos. La veía señalándonos siempre a mamá y a mí con su dedo acusador. Entonces intenté imaginármela tal y como habría sido con la edad de mamá, cuando ella era pequeña. Por lo que mamá me había contado, no había cambiado mucho.

La única vez que la había visto realmente feliz fue al hablar de Pra-ji, el hombre al que mamá tanto despreciaba, hasta el punto de que cuando lo hacía todos sus problemas parecían esfumarse como por arte de magia y quedar enterrados bajo sus pies.

Yo no creía que fuera a llamar mucha gente preguntando por Nani-ji, pero me equivoqué. El teléfono no paró de sonar en toda la tarde cuando se difundió la noticia de que ya no se recuperaría. La mayor parte de los que telefoneaban eran personas mayores; lo notaba en sus voces roncas y en el hablar tembloroso.

—Que Dios te bendiga, *beti* —dijo una de ellas con cariño. Le di las gracias y miré a Dios para comprobar si lo había oído.

Entre llamada y llamada me preparé la comida y barrí bien la cocina. Papá llamó dos veces para saber cómo estaba. Mamá llamó una vez. Se la oía débil; no habló mucho.

—Pin, si quieres algo para cenar, dile a tu padre que te dé arroz —dijo.

—Estaré bien —le aseguré.

Papá llegó a casa a primera hora de la tarde y le vi muy distraído. Su mirada no se posaba en ningún punto fijo, la dirigía bien hacia la pared, bien por encima de mi cabeza.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada —respondió negando rotundamente, como si se intentara sacudir algo que se le hubiera metido dentro del cráneo. Entonces se sentó y se sacó un papel del bolsillo de la camisa. Supe lo que era antes de verlo—. Un número muy bueno, Pin —dijo, y finalmente sonrió—: Creo que este es un número ganador. Intercambié una mirada con Dios y en mi interior me alegré de tener la oportunidad de poner a papá en su lugar. Ahora podía probarme a mí misma ante Él.

—No deberías apostar en un momento como este.

—Lo sé, pero, Pin… —dijo papá en tono de queja. Sonaba como un niño pequeño.

Me puse en jarras para resultar más convincente y hablé con mucha firmeza:

—No.

Se me daba bien aquello. Aunque a mamá no le gustara, se me daba bien ser como ella.

Papá me contó la historia de cómo había conseguido los números. Me juró que en aquella ocasión los había obtenido de forma diferente a otras veces. Mientras hacía su turno aquel día, un hombre entró en el hotel y le preguntó cómo se iba a una oficina bancaria cercana. Papá le acompañó hasta el exterior y le indicó la calle. Mientras el hombre le daba las gracias, un camión de fruta salió de un almacén y casi los atropella a los dos. Papá gritó para advertirle y el hombre saltó a la acera. Con la parada brusca del conductor las cajas se salieron del camión, y las sandías, los plátanos y los *logans* rodaron por el suelo. Papá me describió el estado de pavor en el que se quedó el hombre, apretándose el pecho con la mano, y que entonces quiso saber su nombre.

—Le pregunté por qué quería saberlo. Me dijo que deseaba informar en el hotel de que su personal era excelente. Resulta que es un huésped muy distinguido. Eso significa que podrían subirme el sueldo, Pin —concluyó papá, que ahora sonreía de oreja a oreja.

Había apuntado el número de matrícula del camión, las piezas de fruta que se habían caído y la fecha y hora exactas que marcaba el reloj del hotel al volver tras el incidente. Señalando en el papel, me explicó cómo había obtenido cada uno de los números.

—Tengo que comprarlos hoy antes de que cierren —dijo mirando por la ventana.

Estaba oscureciendo. Por encima de los edificios, densas nubes cubrían el cielo ocultando a nuestra vista el sol del ocaso. Por un momento, papá me contagió su entusiasmo y hasta me olvidé de que no creía en la lotería.

—No puedes ir —concluí—. Si los compras, se lo diré a mamá.

Noté que a papá mi reacción le había pillado por sorpresa.

—Vamos, Pin. Solo una vez más. Seguro que voy a ganar —replicó intentando convencerme. Yo negué con la cabeza.

—Te invito a cenar lo que quieras.

—No —repetí, aunque me sentía tentada a ceder; no por la comida, sino por la voz de papá; se le veía tan entusiasmado… Yo también pensaba que podía ganar. Volví a mirar a Dios. Estaba segura de que el futuro nos reservaba algo bueno y tal vez lo teníamos delante.

—Puedes acompañarme, si quieres —insistió. Él ya había supuesto que diría que sí, porque cuando se fue hacia la puerta vi que no había llegado a quitarse los zapatos al entrar.

El plan era comprar los billetes de lotería y luego ir caminando hasta el McDonald's, donde cenaríamos. Mamá no aprobaba la comida rápida y nunca me dejaba tomar nada del McDonald's.

—¿Cómo puede alguien comerse algo que está empaquetado así? —me había preguntado una vez que pasamos por la puerta y vimos cómo la gente abría los envoltorios de colorines que contenían las hamburguesas y acto seguido hundía los dientes en los bollos blanduchos—. Es alimento, pero no es una comida —añadió—. Espero haberte enseñado cuál es la diferencia: no es lo mismo una casa que un hogar.

Mientras papá y yo atravesábamos la cancha de baloncesto oí un grito familiar.

—¡Hola, cría!

Era Deven, que venía corriendo hacia mí.

—¡Huy! —se detuvo cortado cuando papá se dio la vuelta—. ¡Oh, hola, señor! ¿Cómo está usted? —balbuceó.

—Hola —dijo papá—. Deduzco que eres el amigo futbolista de Pin —le dijo a Deven señalando con la mirada el balón que llevaba bajo el brazo.

—Sí, señor —afirmó, y luego se volvió hacia mí—: ¿Por qué ya nunca vienes a jugar con nosotros?

Levanté la vista por encima de su hombro y vi a Kaypoh en la cancha. Detrás de él Roadside estaba practicando con la pelota.

—Es solo que estos días estoy muy ocupada —le dije en voz baja. No podía confesar la verdadera razón delante de papá: que no quería que me llamaran la novia de Roadside. Peor que eso: no quería que los chicos se mofaran imaginando que Roadside podía tener una novia india.

—Necesitamos un portero —dijo Deven.

—Hoy puede jugar con vosotros —concedió papá. Lo miré perpleja, pero él se echó a reír—. Pin, voy a comprarte la cena y a hacer unos recados. Tú quédate a jugar con tus amigos. También te mereces divertirte y distraerte.

Yo puse una cara rara, pero papá debió de pensar que era por el disgusto por Nani-ji. La verdad era que me preocupaba lo que podría estar preparándome Dios. Había sentido su mirada fija en mi espalda cuando salíamos de casa.

—De acuerdo —dije. Papá asintió en señal de aprobación, pero haciendo tintinear las llaves del piso en señal de advertencia.

—No más de media hora, Pin. Cuando vuelva nos subimos juntos. Solo tenemos un juego de dos llaves para los dos y no quiero que tu madre llame y se preocupe.

De eso tenía miedo, de que mamá lo pillara; lo sabía.

—No llevas el calzado apropiado —dijo Deven—. ¿Puedes jugar descalza?

—Sí —dije.

Los demás ya se habían reunido en las canchas. Se quitaron las camisetas y las dejaron apiñadas en un montón, junto con sus monederos. Me sentí culpable por haberme quitado la *kara*, así que le envié a Dios una disculpa apresurada. La dejé con cuidado cerca de los objetos de valor de los chicos: relojes, *walkman*, billetes sujetos con un clip…

—Yo hago de portero —propuse. Kaypoh, al verme llegar, me dirigió una mirada de pocos amigos, con los ojos entrecerrados; no me esperaba. Entonces Roadside tomó la palabra.

—Vale, pero quien haga de portero tiene que ir a por el balón cuando se salga de la cancha. No seas gallina como la última vez.

—Yo no soy gallina —repliqué a mi amigo, que se limitó a encogerse de hombros y se alejó.

—Vamos —gritó Kaypoh a los demás, y todos se dispersaron por el terreno de juego.

Tobillos y pies salieron disparados para iniciar un baile de movimientos a gran velocidad, como si tuvieran vida propia. Yo no perdía de vista el balón. Me desplazaba rápidamente de un extremo a otro de la portería con la mirada pendiente de los contrarios, que se aproximaban entre regate y regate. No iban a poder ganarnos; éramos demasiado buenos. Cada vez que conseguían traer el balón a nuestra área, los de mi equipo se apresuraban a hacerse con él y lo lanzaban hacia el otro lado obligándolos a volver corriendo por donde habían venido. Se suponía que yo debía alegrarme por los míos, pero en mi fuero interno quería que me intentaran meter un gol, para poder lanzarme en plancha hacia un extremo de la portería, como hacían los porteros de la Copa Mundial de Fútbol que había visto en la televisión. Un guardameta con un equipo flojillo podía salvar el partido y, después de ver eso, ¿cómo iba a castigarme Dios?

Pero pronto tuve claro que me habían vuelto a engañar. Me habían colocado de portero, a mí precisamente, porque eran tan buenos que no necesitaban a nadie que parara los goles. Si realmente hubieran valorado mi juego, me habrían colocado en otro sitio. Vi al portero contrario limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano cuando Roadside se disponía a lanzar el balón, que le pasó por encima de la cabeza.

—¡Gol! —gritaron a coro los de mi equipo, chocando las manos.

Comenzaba a lloviznar. Nubes plomizas cruzaban el cielo con rapidez. Ang Mo Kio parecía más pequeño y sombrío durante la temporada de monzones. Las hojas y ramitas que caían remolineaban un rato sobre el suelo antes de asentarse. De pronto me fijé en un enorme caracol que arrastraba su hinchado y baboso cuerpo por uno de los bordes de la cancha.

—¡Oye, cría! ¡Deja de soñar despierta! —gritó Kaypoh.

Rápidamente, aparté la vista del caracol y recuperé la concentración. Volvíamos a jugar. Por fin la pelota venía rodando hacia mí. Yo me planté delante para proteger la portería, pero Roadside se lanzó a por ella y, con un golpe de tobillo, le dio una patada y la mandó a la otra punta. Los nuestros exclamaron aliviados, felicitando a Roadside por su maniobra, pero enseguida se percataron de que

el balón seguía rodando y se aproximaba a un hombre que pasaba en bicicleta.

—¡Oiga, perdone! ¡La pelota!

El hombre intentó esquivarla, pero, al chocar con el neumático de una de las ruedas, salió del campo de juego. No se paró; siguió pedaleando, murmurando y mirándonos, y finalmente gritó:

—¡Os vais a resfriar todos con esta lluvia!

Nadie le hizo caso porque teníamos los ojos puestos en la pelota, que seguía rodando. Unos empezaron a perseguirla, pero era demasiado tarde: se fue directamente al canal. Un lamento general y unánime invadió la cancha.

—¡Oye, cría! —dijo Kaypoh, señalando con la cabeza hacia el lugar—. Te toca ir a por ella.

La lluvia empezaba a arreciar y a encharcar el canal. Los muchachos se pusieron a bailar y a sacudirse unos a otros el agua del pelo, rociando el ambiente con multitud de gotas. Yo permanecí cerca de la portería. Sabía que no podían hacerme nada si me negaba a meterme en el canal.

—¡Venga, ve! —dijo Roadside.

—Parece peligroso —señalé.

Roadside soltó un suspiro de impaciencia y replicó:

—¿A qué esperas? Creía que te había quedado claro. Tú haces de portero y quien hace de portero se encarga de recuperar el balón. Cría, ¿vas o no?

Roadside nunca me había llamado así. No entendía por qué estaba siendo tan grosero conmigo. Era como si quisiera parecerse a Kaypoh.

—Has sido tú quien lo has sacado fuera de la cancha —le dije.

Roadside se acercó a mí y, en voz baja, me dijo:

—Vamos, Pin. Te ayudaré si pasa algo. Si no, ya no podrás jugar más con nosotros. —Y repitió en voz alta—: ¡Entonces ya no juegas más con nosotros!

—De acuerdo, ya voy —acepté.

Anduve de mala gana hacia el canal. No estaba tan mal como me había imaginado. Había algo de agua, pero podía ver el balón que se alejaba lentamente flotando hacia el otro extremo de la avenida 10. Allí es donde estaba el McDonald's, donde probablemente papá estaría haciendo cola.

Había una escalerilla de hierro apuntalada en un lado del canal, y me resultó fácil bajar. Al hacerlo y entrar en él los muchachos me vitorearon y, por un momento, me sentí valiente y orgullosa de mí misma. Entonces oí el agua pasando por debajo. La corriente se había vuelto algo más rápida. Pisé el último peldaño y los pies se me mojaron. Estaba fría, pero no estaba muy profundo. Respiré hondo armándome de valor: no había motivo para tener miedo.

Roadside me animaba desde arriba.

—¡Ya la veo! Solo tienes que ir un poco hacia tu derecha.

Entonces me agarré con la mano al último peldaño y planté los pies en el fondo. La ciudad parecía estar lejísimos desde el suelo del canal. Veía las ruedas de los vehículos y los pies de la gente, pero no podía distinguir los coches ni a los conductores. Desde allí los edificios parecían aún más altos y el cielo lo abarcaba casi todo. Seguía lloviendo a cántaros, de modo que tenía que darme prisa antes de que subiera mucho el nivel del agua. Conseguí tocar la pelota, pero un poco de corriente la volvió a desplazar hacia delante y tuve que estirarme más. No conseguía atraparla; mis dedos apenas la rozaron. Entonces empezó a entrar más agua en el canal desde las tuberías laterales y arrastró el balón aún más lejos. Solté la escalera y vadeé para atraparlo. El agua me llegaba justo por debajo de las rodillas; aún tenía tiempo. De todos modos, parecía que pronto iba a dejar de llover.

Justo cuando la pelota volvía a alejarse conseguí agarrarla por fin y metérmela bajo el brazo. Al darme la vuelta, sentí que algo se deslizaba por encima de mi pie. Recordé que una vez, paseando

con papá cerca de Bishan Park, habíamos visto una serpiente en un canal seco. Yo la habría confundido con una pequeña rama de árbol si papá no me hubiera sugerido detenerme a observar cómo se movía. Al recordar aquello empecé a dar patadas de terror y a gritar, pero tropecé y caí, y el agua enseguida entró por mis pantalones cortos. Cuando levanté la vista los muchachos seguían mirando al canal.

—¡Tíranosla! ¿Qué haces ahí sentada?

Me puse de pie de un salto y me dirigí lo más rápido que pude hacia la escalerilla. Solo era una rama suelta; un montón de hojas empapadas, me dije.

Tenía que lanzar la pelota a Roadside porque necesitaba las dos manos para subir por la escalerilla; lo hice de un golpe, pero no con suficiente fuerza, porque me cayó encima de nuevo.

—¡Inténtalo otra vez! —gritó—. Y date prisa.

Me pareció ansioso. Lancé la pelota lo más alto que pude, apuntando a la carretera. Por un momento, esperé que rebotara fuera de la acera y la aplastara un coche; una pequeña venganza por lo que me había pasado.

Entonces oí un sonido aterrador: el agua salía a borbotones. A ambos lados por encima de mi cabeza sendas tuberías habían empezado a escupir un agua fangosa. Caí otra vez sentada sobre el fondo del canal. De momento, los chicos se rieron, pero al oír mis alaridos se pusieron a discutir:

—Baja tú y ayúdala.

—No, está demasiado profundo. Entra tú.

Al principio distinguía sus gritos pese al ruido del tráfico, la lluvia azotando los árboles y los sonidos habituales del barrio, pero luego el agua me cubrió la cabeza y ya no pude oír nada.

La corriente me arrastró y tuve que contener la respiración; creí que me iban a estallar los pulmones de aguantar tanto el aire. Moví desesperadamente los brazos intentando agarrarme a cualquier cosa, pero a mi alrededor solo tenía paredes altas y lisas. Por un instante lo vi todo negro. Pensé que me ahogaba; luego comprendí que el agua me estaba arrastrando por debajo del puente. Fue entonces cuando vi a Dios. Lo vi igual que la primera vez, cuando mamá me dijo que está en todas partes. Lo sentí en las ramas más altas de los árboles, o mirándome fijamente desde el agua cenagosa; luego lo vi sentado en el puente, con sus pies fornidos colgando de los altos muros.

—¡Socorro! —supliqué. El agua me entraba por la nariz y bajaba quemándome la garganta—. ¡Por favor, socorro!

La corriente crecía a medida que la lluvia arreciaba. Ya iba completamente a la deriva cuando algo frío y sólido me rozó el tobillo. Me aferré con la pierna; era otra escalerilla, la del otro lado del canal. No podía creer que el agua me hubiera llevado tan lejos. Saqué fuerzas de donde pude y me agarré con ganas a los peldaños, que se alzaban por encima de mí cabeza hasta la acera. Esperé hasta que hube dejado de toser y luego subí. No había nadie. Los muchachos se habían ido, Roadside se había esfumado también. Tampoco veía a papá, que ya estaría regresando por el sendero; me encontraría ahí, sentada en la acera bajo la lluvia, empapada hasta los huesos y temblando tras haberme topado de cerca con la muerte. Hasta Dios se había ido. De haber estado cerca se habría fijado en mi cabeza sin velo, en mi muñeca desnuda, y habría iniciado el recuento de mis malos pensamientos sobre Nani-ji y de todos mis pecados. Arqueando una ceja, me habría dicho: «Ahora estamos en paz».

Cuando llegué a casa aún tenía agua en los oídos. Incliné la cabeza hacia un lado y me di golpecitos para que saliera. Cuando me quise dar cuenta papá estaba delante:

—¿Dónde has estado? —exigió saber—. ¿Qué ha ocurrido? Me pasé por la cancha y habíais desaparecido. ¿Es que estabais jugando en las alcantarillas?

Le di a papá una versión abreviada de lo sucedido. No le conté que los muchachos me habían obligado a meterme en el canal. No quería que mamá se enterara. Seguramente se enfadaría con los chicos y me dejaría en ridículo delante de todos. Pero en cualquier caso, ya daba igual; no iba a volver a jugar al fútbol con ellos.

—Solo me metí en el canal para coger el balón y me caí un par de veces. Eso es todo. —Observé a papá mientras se lo contaba. Parecía que se lo había tragado… Sin duda, otra cosa le preocupaba.

—Tu madre acaba de llamar —dijo en voz baja—. Nani-ji se ha ido.

Me hundí con todo mi peso en el sillón de ratán del salón. Papá no se molestó en advertirme de que con la ropa empapada estaba mojando las fundas del asiento. De todos modos, eran viejas, y su estampado marrón de grandes flores y tallos entrecruzados, estaba descolorido. «Se ha ido», había expresado con delicadeza, como si acabara de mudarse de casa. ¿Qué habrían dicho de mí si tan solo unos minutos antes me hubiera ahogado en el canal? ¿Habrían empleado esas palabras? ¿O los periódicos habrían publicado la historia de una estúpida niña que, intentando recuperar ella sola una pelota para impresionar a los chicos, había muerto ahogada? ¿Tan solo dirían eso, «Se ha ido»?

—¿Se ha muerto? —pregunté a papá para asegurarme de que lo había entendido. Asintió con la cabeza y me puso la mano en el hombro.

—Pin, estás temblando. Tienes que ducharte y ponerte ropa seca. Esta noche tendremos que ir al templo. Mañana por la mañana se rezará por tu abuela y luego será el funeral…

Oía en mi interior un zumbido grave, parecido al que hacen las hormigas voladoras cuando aletean alrededor de las luces fluorescentes. El rumor fue creciendo hasta absorber las palabras de papá. Nani-ji se había muerto. Nani-ji se había ido. Recordé esas noches en que me había fijado en sus dedos agarrotados y deformados; parecían los bordes de una hoja seca. Y luego me la imaginé en aquel preciso momento en la cama del hospital, con los ojos cerrados, esos mismos dedos inmóviles posados en el colchón y las piernas estiradas. Vi a mamá sentada al lado de Nani-ji, alisándole el pelo, hablándole por última vez. Le estaba susurrando algo, pero no pude oírlo: el zumbido de mis oídos bloqueaba cualquier otro sonido. La cara de mamá se había quedado sin color y su piel estaba cubierta de manchas al rojo vivo. Rompí a llorar y papá me abrazó estrechándome contra su pecho.

—Ay, Pin. Sé cómo te sientes; lo sé.

Pero no, no lo sabía. Ni se lo imaginaba. Sentí alivio por estar triste; por fin, al menos una parte de mí era capaz de llorar por Nani-ji. Cuando me esforzaba en recrear los pocos momentos en que no se había entrometido en las cosas de mamá ni me había dirigido una mirada de desaprobación con el ceño fruncido, me asaltaba una inesperada y repentina sensación de angustia que me recordaba que ya no volvería a verla. Pero lloraba por otra cosa: lloraba porque por la tarde había estado a punto de ahogarme, porque no quería pasarme el resto de mi vida tomando pan de azúcar en la comida y en la cena, porque no creía que a papá fuera a tocarle nunca la lotería o porque la Tita-Gorda se había llevado las joyas de mamá. Lloraba porque me sentía estúpida por haber pensado que las cosas en casa volverían a la normalidad, cuando en realidad nunca habían sido normales.

—Sé lo triste que estás por tu abuela, pero había llegado su hora —me susurró papá con sus labios sobre mi pelo sucio.

No respondí. Estaba cansada y harta, no triste. El único que podía leer mi mente y saber la verdadera causa de mi estado de ánimo era Dios, que guardaba un extraño silencio.

Capítulo siete

El funeral se desarrolló de principio a fin en el templo; en mitad de la celebración se procedió a la cremación, para que pudiéramos despedirnos de Nani-ji. Yo había imaginado que estaría en un ataúd lacado en un tono marrón, pero ocupaba una caja blanca que parecía bastante endeble. La habían vestido de blanco, su color de siempre, y alrededor habían esparcido flores. Parecía estar dormida en medio de un jardín. Durante todo el día estuvieron resonando en mi cabeza los cánticos, las plegarias y las melodías lúgubres. En el momento de la cremación también se rezó, pero en esta parte los llantos alcanzaron mayor intensidad. La que más lloró fue la Tita-Gorda, que alternaba gemidos con gritos. Hubo un momento en que se aferró al cuello de Mama-ji y lloriqueó tan escandalosamente hundiendo la cara en su pecho que hasta el oficiante dejó lo que estaba haciendo y se quedó mirándola. Mamá parecía más calmada. Papá explicó que había llorado tanto al ver morir a Nani-ji que apenas le quedaban lágrimas. Permanecía mucho rato con los ojos cerrados y luego los abría con un rápido parpadeo para mirar por la estrecha rendija que dejaban sus pestañas.

Me di cuenta de que mi tío, Mama-ji, miraba a mamá mientras todos escoltaban el ataúd de Nani-ji hasta el crematorio. Incluso cuando la Tita-Gorda lo agarró de la camisa para buscar apoyo en su hombro, él le dio unas palmaditas distraídas en la espalda y siguió observando a mamá. Ella solo se volvió a mirarlo una vez y, al hacerlo, él desvió rápidamente sus ojos, que fueron a encontrarse con los míos, así que yo también tuve que poner la vista en otra parte.

Resultaba raro ver cómo lucía el sol en un día tan sombrío. Todo el mundo a mi alrededor tenía una expresión triste; lo evidenciaba el rictus de sus caras. Papá estuvo contemplándose las manos durante todo el funeral. Cuando me cansé de observar a Nani-ji y le dirigí una última mirada (de todas formas, aquella cáscara vacía no era Nani-ji), me fijé en el grupo de personas que se había congregado alrededor de la blanca caja mortuoria, intentando averiguar quiénes eran. Reconocí a algunos de ellos por ser habituales del templo: la señora que siempre llevaba ropa de lunares, la mujer con el pelo gris plata, el hombre alto del lunar en la mejilla, tan plano y redondo que parecía una moneda de diez céntimos. Si Nani-ji estuviera viva, probablemente no disfrutaría en absoluto con tanta gente arremolinada a su alrededor, agobiándola y haciendo tanto ruido. Por un momento, casi esperé que se incorporara y les ordenara a todos que se dejaran de llantos y se fueran a sus casas, porque estaban causando mucho alboroto.

Dios no estaba en el funeral. Su nombre se mencionó varias veces en las oraciones, se le alabó y se le rogó que cuidara bien del espíritu de Nani-ji, pero no lo vi entre los dolientes.

Después del crematorio siguieron las oraciones en el templo y se sirvió comida, una comida sencilla, porque la palabra luto era sinónimo de austeridad; algo que supiera como el vacío dejado por el difunto. Papá bebió agua sola con su *roti* en lugar del humeante té con leche caliente que tanto

le gustaba. Mamá únicamente se tomó una taza de yogur agrio.

—Aún no tengo hambre —dijo.

Yo, por mi parte, cogí el arroz y lo cubrí con *dhal*, pero rechacé el yogur y los postres, para demostrarle a Dios que estaba de duelo. Mi comida estaba tan seca que con cada cucharada me parecía estar tragando pasta de papel.

Cuando por la noche volvimos a casa mamá me mandó a la ducha; después de haber estado en el crematorio, solo Dios sabía qué habría respirado en aquel ambiente. Bajo el agua, me restregué bien los brazos, las piernas y la nuca, imaginando que partículas invisibles de muertos ajenos se me habían adherido a la piel. Estuve tanto tiempo en el cuarto de baño que cuando salí ya se había hecho de noche por completo. Pasé de puntillas por delante de Dios envuelta en la toalla, evitando su mirada. Mi habitación parecía más grande tras haber estado una semana vacía. Por fin era mía otra vez. Me puse el pijama y me tumbé en la cama. El ardor del día había calentado las sábanas y una brisa ligera movía las hojas de las macetas. Mamá no pasó a mi cuarto. Se quedó en la puerta y miró como si esperara permiso para entrar.

—Qué distinta se ve —comentó en voz baja. Intentó esbozar una sonrisa, pero le salió una mueca. Temí que se echara a llorar, pero respiró hondo y pareció calmarse—. ¿Qué vamos a cenar? —preguntó.

—No tengo hambre —respondí; y era verdad: el funeral me había quitado el apetito—. Luego me tostaré un poco de pan.

—Está bien —añadió ella. Se giró como para irse, pero volvió y me preguntó—: ¿Has saludado a tu Mama-ji hoy?, ¿le has dicho *sat sri aka*[36]?

—Sí —contesté—, por la mañana, cuando entraron él y la Tita-Gorda.

No saludar a una persona mayor diciendo *sat sri akal* era de muy mala educación, así que lo decía automáticamente a cualquier adulto punyabí que me encontrara, lo conociera o no. Así me evitaba problemas.

—Lo vi mirándote durante el funeral.

—Primero te miró a ti —puntualicé— y luego a mí.

—Probablemente estaba pensando que nos parecíamos. Algunas personas lo han estado comentando hoy —señaló y, a continuación, entró en mi cuarto y se sentó en mi cama—: Decían que empiezas a parecerte a mí.

Al decirme eso estiré los brazos para ver si, de repente, encontraba algún cambio en mi piel, pero no noté nada raro. Quizá iba a parecerme a mamá, pero sin heredar su tipo de piel. Incluso podría haber heredado algunas de las cualidades (era guapa, segura de sí misma, divertida y resuelta) y ninguno de los horribles defectos de los que Nani-ji había intentado advertirme.

Mamá entrecerró los ojos.

—Sé lo que estás pensando —dijo.

Yo me apresuré a esconder todas las preguntas que estaba empezando a hacerme en un rincón de mi cerebro, donde ella no pudiera encontrarlas. Permanecimos mucho tiempo sentadas, en silencio. Dejé que mi mente fuera por otros derroteros. Me puse a pensar en el colegio y en el miedo que me daba empezar quinto el curso siguiente. Ojalá me tocara una buena profesora, alguien como la señorita Yoon, que hasta cuando nos regañaba tenía una sonrisa en los labios.

—En aquellos días… —dijo mamá como si fuera a contarme algo.

Entonces se calló. Pero aquellas tres palabras bastaron para captar toda mi atención. La gente de Singapur recurría a la expresión «en aquellos días» para referirse al Singapur de antes: «En aquellos días el río estaba obstruido por la acumulación de basura»; «en aquellos días solíamos comprar *ais*

kacang en algún puesto de la calle»; «en aquellos días un plato de fideos costaba solo diez céntimos»… Yo había oído a papá, a mis profesores y a la señora D'Cruz decir cosas así. Siempre parecían estar comparando el presente con el pasado. De pronto comprendí que mamá había venido para decirme la verdad. Era justo lo que en aquel momento se disponía a hacer.

Capítulo ocho

1970

Chof-chof-chof-chof-chof.

Las suelas desgastadas de las chanclas de Jini repiquetean al chocar con el hormigón mientras esquiva con rapidez y destreza los coches aparcados y las bicicletas tumbadas que parecen sestear al calor de la tarde. Corre más veloz que nunca, pero nadie parece fijarse en ella. Por primera vez, lo prefiere así. Normalmente le gusta que la observen. Le encantan las miradas y las exclamaciones de asombro de los chicos del barrio cuando pasa por su lado corriendo muy deprisa. Algunos dicen que es muy rápida para ser una chica. Otros, que corre más rápido que cualquier chico conocido; claro, que esta última afirmación a ella le parece que puede ir con doble sentido. Jini empezó a correr hace tres años, cuando se enteró de que su padre los había abandonado para siempre. La rabia la cegó. Tuvo pensamientos muy negativos hacia él y, cuanto más se detenía en ellos, peor se le ponía la piel. Primero le salieron unos sarpullidos en el estómago, que desaparecieron tan rápido como habían venido; luego, unas pequeñas protuberancias en los tobillos. Por suerte, su madre la obliga a llevar siempre pantalones largos porque considera que los cortos son indecentes.

—Correr por ahí medio desnuda; eso es lo que estás haciendo. No quiero que la gente hable y diga: «Mira a la hija de Harjinder Singh, que se ha vuelto una fresca porque su padre no está».

Esta mañana su madre se ha alegrado al ver que se ha puesto una blusa suelta de algodón con manga larga. Ella no sabe nada de los sarpullidos. Hasta Sarjit lleva semanas sin comentarlo, pero es normal; últimamente no habla mucho.

Se supone que no puede salir a correr, pero su madre está en el templo y no volverá a casa hasta la noche. Ahora se gana la vida limpiando casas; toma el autobús para salir del *kampung*37 y se va fuera del vecindario, a las residencias de los oficiales británicos de la base naval. Le pagan poco porque no habla inglés y a veces no entiende lo que le mandan hacer. Pero cuando en casa se refiere a ellos, siempre destaca lo amables que son.

—¡Qué piel tan hidratada tienen! —le dice a Jini cuando ambas están en la cocina—. En sus casas hay tres o cuatro pisos y grandes librerías.

Una vez trajo a casa unos libros ilustrados para Jini, pero a ella le parecieron demasiado infantiles. Su madre enarcó una ceja y le dijo:

—No te quejes. Por lo menos te traigo libros. Tienes suerte de que siga llevándote al colegio. El dinero de las tasas y los libros podríamos emplearlo en comida y ropa. Cuando termines los O-Levels tendrás que ponerte a trabajar.

Esta es la razón por la que Jini huye; porque hay cosas que no puede ni quiere aceptar. Correr le hace sentir que puede escapar de las órdenes de su madre, de sus pensamientos sobre su padre, de la creciente sensación de picor que tiene en todo el cuerpo debido a esas inexplicables erupciones.

—¡Oye, Jini! —le grita una voz.

Ella aminora la velocidad y se vuelve a mirar. «No te detengas, no te detengas», se dice. Esta es su regla: no detenerse nunca por nada ni por nadie mientras está corriendo; a menos, por supuesto, que se trate de Bilu: entonces tiene que dejar de correr y llevarlo a casa. Todavía tiene la costumbre de perseguirla cuando ella se va al colegio por la mañana y cuando sale a correr por la tarde. Ya no se aferra a Sarjit porque el hermano mayor le ignora.

—¿Qué? —pregunta Jini ya andando.

Se siente cansada y tiene muy cargados los músculos de las pantorrillas. Es la voz de un chico del barrio que le resulta familiar. Viene hacia ella con paso rápido y un balón de fútbol bajo el brazo. No lleva camiseta y el sudor le resbala por el pecho huesudo, acumulándosele en el ombligo. Ella mira hacia otro lado.

—Eres muy rápida.

—Lo sé.

—¿De qué huyes?

Unos cuantos chicos más se le unen. Ella mira nerviosa a su alrededor. Aunque no puede ver a nadie en ese momento, está segura de que muchos ojos están fijos en ella, observando y esperando.

—De ti —responde despreocupada, girando sobre sus talones. Aún puede correr un poco más para alejarse de ellos.

—¿O estás corriendo hacia alguien? —grita uno.

Los demás se echan a reír y cada uno se va por su lado; mientras, un coche blanco pasa por la calle llena de baches, tocando el claxon insistentemente.

—¡Callaos! —los recrimina Jini.

El coche frena y el conductor vuelve a tocar el claxon. Ella no se molesta en mirar; no puede ser nadie conocido, así que continúa corriendo hasta que se cansa de nuevo y sigue caminando hacia su casa. Llega jadeante. Al descorrer el cerrojo de la puerta se siente ligera, como si hubiera echado a patadas toda la desdicha acumulada en su corazón. Se sube las mangas y los pantalones para examinarse rápidamente brazos y piernas. Las erupciones parecen haber desaparecido y también le ha bajado la hinchazón. Sonríe aliviada y entra.

—Te he visto corriendo —dice su cuñada en tono acusatorio. Los vecinos están hablando de ti.

—¿Acaso es un delito? —pregunta Jini con fingida inocencia.

—No me faltes al respeto —exige Bhabi-ji alzando el dedo índice en señal de advertencia—. Soy mayor que tú.

Jini se encoge de hombros con indiferencia y alarga la mano para hacerle cosquillas a Bilu, que está de buen humor. Él suelta una risita; las babas se le caen por la barbilla y van a parar a su clavícula.

—*Slimy-slimy-boy* —le canta al oído.

Él abre la boca como acogiendo sus palabras, como un pajarito que estuviera recibiendo alimento. Ella le hace pedorretas con las manos y él se parte de risa.

—¡Silencio! —grita Bhabi-ji—. Jini, no lo excites.

—Solo le hago feliz —protesta ella—. Está metido en la casa todo el día. —«Contigo, el pobre», piensa.

—¿Qué quieres, que le haga desfilar para que todos lo vean? Hoy ha intentado seguirte a la calle. Te ha visto pasar corriendo por delante de casa y ha intentado ir detrás.

—Pero si hace años que no hace eso —dice Jini—. Quizá hoy estaba nervioso.

—De todas formas, quiero que a partir de ahora te quedes en casa después del colegio. Nada de irte a correr por ahí. A tu madre no le va a gustar cuando la gente se entere y entonces me echará a mí la culpa.

—¡No estoy haciendo nada malo! —protesta Jini alzando la voz. Esto altera a Bilu.

—Malo, malo, malo, malo, malo —repite una y otra vez como si fuera el ruido de una sirena, hasta que la palabra queda vacía de sentido.

Es justo lo que a Jini le gusta de él, su capacidad para ridiculizar cualquier cosa.

—Malo-malo-malo-malo-malo-malo…

—¡Ya está bien!

Los tres se quedan momentáneamente paralizados. Es Sarjit, que está de pie en la puerta de la cocina y dirige la vista, enfadado, hacia sus hermanos. No se atreve a mirar así a su mujer, porque es más grande y fuerte que él. Desde que se casó con ella se ha mostrado más frío con Jini y más severo con Bilu, a quien trata como a un invitado que se hubiera quedado más tiempo del debido. Por eso el pequeño lo evita; puede que no sepa comportarse como los demás, pero sabe cuándo alguien no quiere que se le acerque. Jini no replica porque no le puede faltar al respeto a su cuñada, que le lleva diez años. Es incluso mayor que Sarjit, que se casó con ella recién licenciado en el Ejército. Estuvieron poco tiempo de novios. Madre no quería dar que hablar; ya era suficiente con que su marido se hubiera ido de casa. También sentía cierta vergüenza porque resultó que Pra-ji tenía razón sobre esta chica de Ipoh: no era nada guapa. Tenía bastante sobrepeso y siempre estaba dispuesta a sacar faltas a alguna cosa. Además, era antipática; se pasó toda la boda suspirando de aburrimiento, aguardando el final de la ceremonia para irse a casa y echarse la siesta. Mangonea a Jini y la riñe a menudo, ya que su madre nunca está en casa. Además, a ella también le molesta Bilu; durante los primeros meses se limitaba a dirigirle la palabra sin mirarle nunca directamente a los ojos. Ahora descarga en Jini todo el cuidado del niño, pero en las ocasiones en que madre alaba lo bien que Bilu se está portando, su cuñada no desaprovecha la oportunidad para atribuirse todo el mérito, y eso a Jini le sienta mal. Bilu está tranquilo solo porque Jini se ocupa de él; le canta y le lee, y a veces, sin que los demás se enteren, permite que la acompañe a la tienda, no sin antes hacerle prometer que se portará bien y no se soltará en ningún momento de su mano.

Siempre que su madre vuelve del templo trae aún más *roti*, *dhal* y yogur, todo envuelto en bolsas de plástico atadas con un nudo, como si fueran bolas de carne. Las coloca en la cocina y le pide a Bhabi-ji que, por favor, sirva la comida.

—Ayúdala, Jini —dice antes de desaparecer en el dormitorio.

—¿No vas a comer? —grita Jini.

—He comido en el templo —responde su madre. Ahora come allí todas las noches después del servicio religioso.

Cenan en silencio. Sarjit se zambulle en la lectura del periódico sin prestar atención a su entorno. Jini le pone caritas a Bilu, que primero se ríe y luego desparrama su comida por la mesa.

—Basta —le exige Bhabi-ji—. Te aviso antes de que sea tarde.

Ella es la encargada de darle la cena a Bilu porque él se hace un lío con los dedos. Todavía no sabe partir el pan ni coger el *dhal* sin derramarlo todo sobre la mesa. A veces se queda con la boca abierta, negándose a masticar, y toda la comida empieza a derramarse barbilla abajo. Si hay suerte de que se ría y se distraiga, entonces puede que permita a Bhabi-ji darle de comer, pero ella no cree en

este método, y ahora que Jini le está poniendo caras a Bilu, se levanta de la mesa y dice:

—Ya está. No aguanto más tu mala educación. —Y se mete en el cuarto de su suegra.

Jini la oye cuchichear enfadada y el miedo se le instala en la boca del estómago. Su madre sale del cuarto retirándose el pelo de los ojos. Muestra una extraña actitud de alerta. Levanta la mano y le da una bofetada en la mejilla.

—Me he enterado por tu cuñada de que has ido a correr por la calle y has hablado con los chicos del barrio. ¿Has estado jugando con ellos? ¿Qué clase de hija estoy criando?

—¡No he estado jugando con ellos! —le grita Jini a su querida cuñada, tras lo que recibe otra bofetada por alzar la voz.

Entonces Sarjit resopla de disgusto, dobla el periódico y se mete enfadado en su cuarto.

—Estaba corriendo —dice Jini sin levantar la voz.

—¿Corriendo? ¿Corriendo, para qué?

—Para hacer ejercicio. —Ahora las lágrimas le caen a borbotones por las mejillas.

—¿Ejercicio? Tonterías. No quiero que vuelvas a salir así. No me extraña que la tía Lakhbeer me mirara en el templo. Yo no tenía ni idea de que la causa fuera mi hija. ¿Te parece poco que el sinvergüenza de tu padre nos haya abandonado?

Jini y Bhabi-ji la miran, sorprendidas. Nunca ha utilizado una palabra así para describir a su marido. Incluso ella parece ligeramente turbada, como si la hubiera pronunciado otra persona.

Esa noche Jini ayuda a lavar los platos sin decir palabra, tratando de esquivar la cara de suficiencia de su cuñada. No la aguanta. Ojalá su hermano se hubiera casado con alguna más simpática. Sabe que su madre habría deseado lo mismo, pero Bhabi-ji es ahora de la familia y nunca les ha correspondido a ellos elegir quién debía estar dentro o fuera del clan. Pra-ji se lo había dicho en voz baja a su madre cuando, en una improvisada ceremonia de concertación de boda, presentó a Sarjit a quien iba a ser su esposa. Fue muy amable al acoger en su propia casa una parte de la celebración. Al principio ni siquiera aceptó dinero de la madre de Jini, aunque ella insistió en pagarle y finalmente lo cogió, asegurando que lo donaría al templo. Jini aún recuerda la cara que puso su madre al ver a Bhabi-ji, con su nariz chata, aquellos gruesos labios que hasta proyectaban sombra sobre su cara, aquellas caderas tan anchas, aquellos brazos tan fornidos…

—Es una buena chica —aseguró la mujer, y eso que casi no la había tratado. Estaba procurando convencerse a sí misma.

Bhabi-ji sabe que la madre de Jini se siente decepcionada, y por eso hace todo lo posible por complacerla. Si le pidiera dar una vuelta alrededor de la casa envuelta solo en una sábana y con una bolsa de plástico en la cabeza, lo haría dos veces. Ya se había chivado de Jini antes: semanas atrás la acusó ante su suegra de haber pronunciado una palabrota china en voz baja cuando, accidentalmente, se hizo un corte en un dedo picando cebollas. Su madre detestaba que Jini conociera cualquier término en ese idioma —fuera palabrota o no—, porque en la casa estaba estrictamente prohibido hablar otras lenguas.

—No existe el término «singapurense»: se es indio, malayo o chino; si os mezcláis unos con otros olvidaréis vuestras tradiciones.

Jini nunca había visto a su madre tan inflexible y, ahora que padre se había fugado, culpaba al nuevo Singapur de haber echado a perder a su marido y, al final, haber forzado su marcha.

Madre dio a Bhabi-ji carta blanca para frotarle a Jini los labios con guindilla si volvía a decir en casa cualquier palabra en otro idioma. Ahora, mientras lavan los platos, Jini está muy pendiente de que no se le suban las mangas de la camisa porque nota que la erupción está brotando otra vez. Después de cenar ha sentido más ganas de rascarse y quiere frotarse el cuerpo para que toda la piel

agrietada se desprenda y deje otra capa nueva al descubierto. Si Bhabi-ji ve sus marcas, seguramente aprovechará para ir contra ella y desviar la atención de sí misma, y que así nadie note sus propios defectos. Por una vez, Jini se alegra de la escasa iluminación de la cocina de casa y de que hoy la tenue luz de la luna dificulte distinguir entre una marca en la piel y una simple sombra. Con su cuñada siempre va a tener que aprovechar los juegos de sombras y los trucos de la luz.

La primera vez que Jini descubrió lo rápido que podía correr fue en el colegio. Estaban haciendo un *sprint* de cien metros lisos en educación física. Su profesor quedó tan impresionado que le pidió que se quedara después de clase y compitiera con algunos de los chicos mayores. Uno de ellos era un muchacho de pelo rizado que sonreía más que hablaba. La gente a veces le llamaba Blackie, y él se limitaba a devolver la sonrisa. Tenía la piel oscura y el pelo le nacía en tantas direcciones que tenía que ser tamil. Eso era lo que pensaba Jini, así que se sorprendió cuando un día, después de las clases, le habló en punyabí.

—¿Cómo puedes correr tan rápido? —le preguntó.

—¿Eres punyabí? —quiso saber ella a su vez.

—Sí. ¿No lo parezco?

—No —dijo ella—. Sinceramente, no lo pareces; tu pelo…

Él se rio:

—¿Los punyabíes no tienen el pelo rizado?

—Sí…; quiero decir que sí lo tienen. Mi hermano lo tiene…, pero tu pelo es corto. ¿Tus padres te dejan cortarte el pelo?

—Sí. No son muy religiosos. Y este tipo de pelo es difícil de manejar si está más largo. Se vuelve indomable. Así que siempre me han cortado el pelo.

Jini movió la cabeza en señal de extrañeza.

—Mi madre me mataría. Me sacaría del colegio y me obligaría a ir al templo todos los días el resto de mi vida.

—Mis padres no van mucho al templo; preferimos rezar en casa.

¿Qué tipo de gente podía hacer eso? Jini no habló mucho con él después de aquello, pero lo vio otras veces por el colegio. Él nunca la saludaba, cosa que ella agradecía, porque no quería que la gente se burlara de ellos y se inventara historias. Pero cuando alguna vez lo vio en el barrio jugando al fútbol con los otros chicos, si sus ojos se encontraban, él inclinaba ligeramente la cabeza en señal de respeto y le dedicaba una rápida sonrisa. Ella, desde luego, le agradecía su discreción.

Desde que su madre se ha enterado de que Jini corre al aire libre, solo puede hacerlo dentro del colegio, en clase de educación física. Su profesor, el señor Goh, la ha animado a apuntarse al equipo de atletismo.

—Hay carreras y maratones. Podría entrenarte para que lo hicieras muy bien. Ya lo llevas dentro.

Pero cada vez que él saca el tema, ella se niega.

—Mis padres… —se limita a decir. Él asiente y le dedica una sonrisa comprensiva.

—Lo sé —dice.

Muchos niños punyabíes vienen a este colegio y con frecuencia tienen que pedir que se cambien algunas de las normas para ellos. Hay chicas que no van a clase de educación física o llevan chándal incluso en los días de más calor porque sus padres nos les permiten vestir los pantalones cortos reglamentarios. También hay chicos que nunca han ido a natación, porque es un engorro lavarse el pelo después, pero el señor Goh insiste y está intentando convencer a Jini de que se una al equipo.

—No quiero que te busques líos en casa —le dice con amabilidad—. Seguramente a tus padres

no les guste la idea, pero cuando vean lo bien que lo haces, puede que lo acepten mejor.

—No sé… —replica ella—. Lo pensaré.

Al día siguiente pide prestados unos pantalones cortos y una camiseta a una compañera china de clase. Tendrá que componérselas para lavar la ropa en casa sin que nadie lo note, pero por ahora hay algo que le preocupa más. Sus piernas están cubiertas de costras: amplios círculos y extensas ronchas rojas que coinciden con la zona que se ha rascado inconscientemente mientras dormía. Al final, decide salir a correr al campo y hacer como si las costras no estuvieran. De hecho, le sirven de motivación para correr más rápido: si va más despacio, la gente podría darse cuenta; pero si consigue convertirse en una especie de halo, nadie la verá. Esta es otra razón por la que le gusta correr: puede ser invisible.

En la pista, el señor Goh le grita palabras de ánimo y pronto los transeúntes van aminorando la marcha y se ponen a mirar. Pero Jini acelera para que no la reconozcan. Sabe que su madre acabará descubriéndolo porque no hay ni un solo punyabí en su barrio capaz de guardar un secreto, pero por el momento lo único que desea es correr.

Piensa en lo callado que está Sarjit, que apenas le habla ahora que su mujer lo mangonea todo. Desea evadirse; sabe que ella apenas debe de ser una mancha borrosa en el recuerdo de su padre, que seguramente ahora mismo estará pasándoselo bien en la India. Al pensar esto corre aún más rápido. La rabia de su madre, la aspereza de su cuñada…; es todo tan rancio y deslucido en su casa… Pero, corriendo, ella puede batir su propio récord y, cuando por fin se detiene, siente que sus pies son capaces de caminar por encima de todo y de todos.

—Estoy impresionado —le dice el señor Goh, que de inmediato la convoca para el día siguiente.

Jini lava la ropa prestada en el grifo de la parte posterior del colegio. En cuclillas, la hierba seca le pincha los pies y, mientras tanto, aprovecha para aliviarse el picor restregándose las costras con los nudillos. Luego se frota con agua los brazos y las piernas, con la esperanza de que desaparezcan.

En cuanto franquea la puerta del colegio camino de casa comienza a idear una mentira que contarle a su cuñada cuando llegue. Le han pedido que se quedara a clase de refuerzo…, ha ocurrido un accidente en la carretera y ha tenido que dar un rodeo para volver a casa… De pronto, el bocinazo de un coche interrumpe sus pensamientos. Se vuelve a mirar y comprueba que es el mismo que pitó la última vez que salió a correr por la calle. Se pone la mano en la frente para hacerse sombra y poder ver quién va dentro. La ventanilla baja y ve a Pra-ji.

—*Sat sri akal,* Jini —grita él.

Ella se acerca y se detiene a observar la pintura brillante: es un cochazo.

—*Sat sri akal* —pronuncia a su vez, y saluda juntando las manos en señal de respeto.

—¿Cómo estás? ¿Vienes del colegio?

—Sí. He tenido una clase de refuerzo.

Pra-ji le sonríe con desgana.

—Ya veo. ¿Quieres que te lleve a casa? Yo voy al templo.

Ella se sube al coche. Huele a fresco y a nuevo, como la tierra húmeda después de un largo monzón. Él no habla mucho en el corto trayecto hasta su casa, pero cuando ya están cerca le pregunta cuándo es su cumpleaños.

—Ya ha pasado; es el 15 de mayo.

—Mayo. Ya veo. ¿Y tienes dieciséis años?

Ella se sonroja. La gente siempre cree que es mayor por su estatura y por el aspecto de su cuerpo, que está en pleno desarrollo. Su pecho es cada vez más evidente, incluso bajo el pichi plisado.

—Catorce —responde.

—¡Tus exámenes de O-Level son dentro de dos años! ¿Qué piensas hacer después?

Jini se encoge de hombros.

—Tendré que trabajar, supongo.

Pra-ji asiente lentamente. Sigue un largo silencio, hasta que ella se da cuenta de que ya han llegado. Le da las gracias y entra corriendo mientras termina de idear una mentira para justificarse a su llegada.

A Jini ya no le permiten salir a no ser que tenga que hacer algún recado para madre o su cuñada. Antes le daba pavor ir a la tienda de ultramarinos que hay al final de la calle, donde estaba obligada a discutir con el tendero, pero ahora se muere por salir de casa.

Su madre siempre le recuerda que debe volver enseguida.

—Nada de hablar ni de jugar fuera —le dice.

Bhabi-ji se encarga de darle las mismas instrucciones cuando su suegra no está. Hoy la han mandado a comprar un paquete de azúcar. Esperan a Pra-ji para tomar el té y se han dado cuenta de que no les queda.

En la tienda hay varias marcas. Tras el mostrador, el tendero aporrea una calculadora y va garabateando los resultados en un libro de contabilidad azul.

—Chica, ¿qué quieres? Date prisa. No te quedes ahí parada.

—Necesito azúcar —dice ella.

—Azúcar. Hay tantas marcas…

—La más barata —pide mientras escudriña el estante; pero los precios no están escritos en las bolsas.

El hombre relaja la dureza de su expresión.

—¿Cuánto tienes? —pregunta.

Jini duda, pero él parece sincero. Dejando a un lado el libro de contabilidad, repite la pregunta:

—¿Cuánto?

Ella abre el puño y le enseña las monedas que lleva, segura de que cuando el tendero lo vea dirá que no puede darle nada con esa calderilla. «India barata», la llamó una vez, y al recordarlo comienza a arderle la cara.

Pero el hombre no dice nada. En lugar de eso, deja el mostrador y vuelve con un paquete de azúcar y una bolsa de plástico. Rompe la parte superior del paquete y vierte un poco en la bolsa, deteniéndose de vez en cuando para pesarla en sus manos y echar un vistazo al dinero de Jini.

—Con esto ya es suficiente —concluye, cogiendo algunas monedas y dejando el resto en su palma.

Ella abre la boca para darle las gracias, pero él mueve la mano y da por cerrado el asunto.

—Si quieres volver y comprar cosas así, también puedes —dice—. La próxima vez trae tu propia bolsa.

Jini asiente.

En el cielo empiezan a formarse nubes que anuncian tormenta y en el *kampung* el centelleo de un relámpago en la lejanía hace que los niños huyan a sus casas al grito de «¡tormenta eléctrica!, ¡tormenta eléctrica!».

El cielo tiene un color ceniciento. Pronto la lluvia empieza a golpearle la cara, primero ligeramente y luego con más fuerza, como si estuviera cargada de pequeñas balas. Corre a casa sin ver bien por dónde pisa y, al llegar, choca con Pra-ji, que está de pie ante la puerta.

—*Sat sri akal* —se apresura a decir, a modo de disculpa.

Él le devuelve el saludo y la invita a entrar en primer lugar. En el comedor, Bilu está sentado en el suelo y se niega a mirar a nadie. Tiene la cara bañada en lágrimas.

—Ha intentado seguirte otra vez —dice Bhabi-ji en tono acusador—. He tenido que agarrarlo por la camiseta y se le ha roto por la espalda. Se está haciendo demasiado fuerte.

—¿Demasiado fuerte? —le pregunta Jini.

No le gusta la forma que tiene Bhabi-ji de decir ese tipo de cosas cuando habla de su hermano. Siempre parece insinuar que Bilu es difícil de manejar, que deberían enviarlo a algún sitio. Entonces se percata de que Pra-ji la está mirando con curiosidad.

—Ven a ayudarme en la cocina con el té —le pide Bhabi-ji.

—La verdad es que me gustaría hablar un rato con Jini —dice Pra-ji—. ¿No te importa?

Bhabi-ji mira a Jini con desconfianza y dice:

—No, en absoluto. —Y desaparece en la cocina, pero hace mucho ruido con los cacharros para dejar claro que no le ha sentado bien la sugerencia de Pra-ji.

—Mamá está trabajando hoy en Bukit Timah. Puede que se haya quedado atrapada en algún sitio a causa de la lluvia —le explica Jini a Pra-ji. Él no parece escuchar.

—¿Cómo estás tú, Jini? —le pregunta él tras un momento de silencio.

—Bien —responde forzando una amplia sonrisa.

—¿Te va bien en el colegio?

Le duele admitirlo. Sus notas no están mal y es la corredora más rápida del colegio. «Puedes hacer cualquier cosa que te propongas», le había dicho el señor Goh el otro día, y ella decidió no decirle que estaba equivocado.

—Voy bien en el colegio —responde con cierta modestia mientras juega con los pulgares.

—Eres una buena corredora —afirma él.

Ella separa las manos y mira al suelo, sintiéndose culpable.

—¿Me ha visto? ¡Por favor…! —empieza a decir.

Pra-ji se ríe.

—No te preocupes, Jini. No he venido a fastidiarte. Sé que tu madre no lo aprueba.

A Jini casi se le cae la cara de vergüenza. ¡Pra-ji la ha visto en pantalones cortos!

—Ella no lo sabe —dice Jini; la voz casi no le sale del cuerpo.

Pra-ji arquea una ceja.

—¿Así que la has desobedecido?

Jini asiente. Ahora nota que el bochorno la invade de arriba abajo y que la piel le arde.

—Es que me gusta mucho correr —se justifica en voz baja—. Me hace sentirme mejor.

—No has tenido la vida nada fácil —apunta Pra-ji en tono comprensivo—. Lo entiendo.

—Sé que está mal mentir a mi madre —reconoce ella—, pero, por favor, no se lo diga.

Un gemido gutural de Bilu los sobresalta. Jini lo levanta del suelo e intenta sentarlo en la silla, pero él se limita a escurrirse desde el asiento y empieza a arrastrase debajo de la mesa.

—No voy a decírselo —repite Pra-ji sin dejar de vigilar a Bilu, que sigue debajo de la mesa dibujando lentamente círculos en el suelo con el dedo—. Sin embargo, quiero que sepas que Dios nos castiga cuando faltamos al respeto a nuestros padres. El otro día, cuando te vi después del colegio, me quedé preocupado y le supliqué a Guru-ji que tuviera misericordia de ti. Y entonces Él me reveló algo sobre ti que me tiene intranquilo.

En ese instante deja de mirarla a los ojos y le observa los brazos. Jini siente que el corazón se le va a parar de un momento a otro y que un tremendo nudo le ata garganta. Pero Pra-ji no parece enfadado, solo preocupado.

—Déjame ver —le pide.

Ella se remanga de mala gana y muestra a Pra-ji las rojeces de su piel.

—También lo tengo en las piernas —confiesa, aterrorizada por la idea de no poder contener las lágrimas y que, al salir, Bhabi-ji exija saber qué está pasando allí.

—Es peor de lo que imaginaba —dice Pra-ji—. ¿Sabes qué es esto?

—No —reconoce Jini, aunque ya está adivinando lo que va a decir a continuación.

—Es la forma que tiene Dios de castigarte por mentir y tener malos pensamientos. ¿Sabes lo que son los malos pensamientos, Jini?

Jini tiene que hacer cierto esfuerzo mental para entender a qué se está refiriendo. Ya se le ha pasado un poco la rabia que sentía al principio hacia su padre, pero todavía, cuando piensa en él, le vuelve con la misma intensidad del primer día. El peor pensamiento que ha tenido nunca ha sido imaginárselo en algún lugar, tirado en el suelo, muerto. La muchacha asiente de mala gana, con la cara aún más roja de vergüenza.

Pra-ji cierra los ojos y le impone la mano sobre la cabeza, presiona hacia abajo, igual que está haciendo Dios en el retrato de la pared del salón. De verlo siempre ahí, Jini ya se ha acostumbrado a su presencia; últimamente casi nunca se fija en Él. Los malos pensamientos y las mentiras que tiene que idear ocupan tanto su mente que podría decirse que lo ignora por completo.

—Debes cambiar o la piel se te va a poner peor. Dios castigará cada pensamiento malo que tengas, reflejándolo en tu piel. ¿Conoces a mi criada, Rani? ¿Sabes lo que hizo?

Jini asiente. Ha visto a esa chica unas cuantas veces en el templo. Cojea y no mira a nadie a la cara. Se han contado muchas historias sobre Rani. Sus padres la repudiaron cuando se enteraron de que pensaba fugarse con su novio malayo. Ella, con todo descaro, les dijo que se convertiría al islam y se casaría con él para no verlos nunca más. Entonces ellos le dieron una paliza y la echaron de casa. Pra-ji intentó intervenir, pero no querían saber nada de ella, así que la acogió en su hogar como sirvienta.

—Antes caminaba bien. Luego, poco después de venirse conmigo, empezó a quejarse de un pie. Era algo raro: le dolían las piernas y enseguida empezó a cojear. Ella quería ir a un médico, pero yo le pregunté: «¿para qué?». Aquello era obra de Dios, estaba seguro. Hablando con ella le hice reconocer que seguía viéndose con el chico malayo. Cuando salía a hacer los recados iba a hurtadillas a su casa. La regañé, señalándole la evidencia: Dios la estaba castigando, porque quería que dejara de ir allí a escondidas. Dios está haciendo lo mismo contigo, Jini. Se sirve de la enfermedad y de las deformidades para hacernos reflexionar sobre nuestro mal comportamiento.

Jini mira a Bilu. Lo que dice Pra-ji no puede ser del todo cierto. ¿Qué ha hecho Bilu para merecer estar así? Pra-ji parece adivinar la duda en sus ojos.

—Si quieres, puedes ir a ver a un médico. Te dará una medicina y hará que todo desaparezca por un tiempo. Pero Dios se hará presente de otras maneras. Tienes que cambiar.

Nunca se le había pasado por la cabeza ir a un médico. Cuando se resfría ni siquiera se lo cuenta a su madre, porque conoce la respuesta. «¿Qué tengo que hacer?». Es lo que diría cualquier madre del barrio. Ir al médico por un resfriado se considera un gasto frívolo; es un dinero que podría emplearse en comida o en pagar las facturas de la luz. Una vez, siendo muy pequeña, tuvo una tos tan fuerte que creía que le iban a estallar los pulmones. Su madre le dio té caliente y le frotó el pecho con aceite de menta hasta que se quedó dormida. Estos son los únicos remedios que hay en casa. El otro remedio, que cuesta aún menos, es la fe.

Bhabi-ji sale con una bandeja con tazas de té y unas *pakoras*[38] que ha frito. Jini se pregunta de dónde habrá sacado los ingredientes para las *pakoras*, porque la última vez que estuvo en la cocina los

armarios estaban vacíos. Mira por la ventana. Su madre probablemente esté ahora refugiándose en casa de alguien, rezando para que deje de llover. Aborrece hacer esperar a nadie, especialmente a Pra-ji.

Esa noche, sentada en la cama, Jini se propone no pensar más en su padre. Ensaya un discurso para el señor Goh, con el que le dirá que ya no correrá más porque tiene que hacer caso a su madre. Incluso promete ser más amable con su cuñada, dejar de quejarse de las tareas de la cocina, no dar tanta importancia al colegio y aceptar su destino. Dentro de unos años trabajará y podrá casarse. Entonces Dios volverá a estar contento con ella por haber ido por el buen camino.

Hoy su madre tiene la tarde libre, así que aprovecha para descansar en casa antes de dirigirse al templo por la noche. Bhabi-ji está fuera en el patio, tendiendo la ropa. La radiante luz del sol perfila con extraordinaria nitidez la silueta de cada objeto. Jini casi no soporta mirar al exterior sin protegerse los ojos. Añora el bienestar de la lluvia y el aire fresco. Hay que ver cómo cambian los estados de ánimo con la climatología. Esos días los perros callejeros no ladran; se tumban perezosos sobre los laberintos de sombras que proyectan las hojas de los árboles. Los cotilleos en el barrio no son tan maledicentes. Justo en este momento está oyendo a su cuñada intercambiando chismorreos con los vecinos.

—Y he oído que finalmente se va a casar con él.

—¿Sus padres lo aprueban?

—Al principio no, pero ahora lo aceptan.

—¿Has oído hablar del hijo de Manmohan Singh? Tiene una moto.

—¿De verdad?

—Va con ella a todas partes, como si fuera el rey del mundo. Algún día tendrá un accidente y entonces se va a enterar.

—Los hijos nunca escuchan a los padres.

—Eso es cierto.

Jini siente que eso de que los hijos nunca escuchan a los padres va por ella. Su madre también está oyendo la conversación, ya que ambas están en ese momento en la cocina. Jini se ha convertido en una experta en hacer la bola de masa con harina de trigo.

—Debería enseñarte a estirarla hasta hacer una tortita plana. Todavía no sabes —dice su madre. Espolvorea un poco de harina en la encimera y luego separa una pequeña bola de masa. La presiona con el pulpejo y luego la alisa con toda la palma. Jini va al armario a buscar el rodillo y se lo entrega a su madre, que continúa hablando—: Este paso es importante. ¿Estás mirando? No es tan fácil como parece. La extiendes con el rodillo, pero debes tener las muñecas relajadas, sin agarrarlo muy fuerte.

Jini coge el rodillo y empieza a pasarlo por la masa, que se adhiere a su superficie curva. La despega, vuelve a intentarlo y continúa pegándose, pero ella sigue pasando el rodillo por encima. Al final, lo que tiene en la encimera no se parece en nada a un trozo de *roti*. No tiene una forma definida y unos bordes están mucho más delgados que otros.

—No me sale —se limita a decir.

—Pues vuelve a intentarlo —dice su madre, volviendo a hacer una bola con la masa.

A Jini le fascina la facilidad con que la masa recupera su forma original, como si nunca la hubieran tocado.

La muchacha es consciente de las cicatrices de sus brazos mientras enrolla la masa una y otra vez, para intentar que le salga el *roti*. Por suerte, lleva manga larga y las pocas marcas de las manos pueden pasar por rasguños.

—Me lo ha hecho Bilu —le explica a su madre—. Me ha arañado.

No es del todo falso. Bilu está muy enfadado últimamente y amenaza con morder y arañar a quienquiera que se le acerque.

—No sé qué hacer con él —reconoce madre, moviendo la cabeza en señal de desesperación—. Ya casi no come.

—Creo que deberías probar con azúcar —sugiere Jini—; le gusta cuando añado azúcar a su comida.

—El azúcar no es bueno —replica madre. Tiene que empezar a comer como los demás niños. —Le quita el rodillo a Jini y la reprende—: No lo estás haciendo bien. Mira tu *roti*: el centro plano y los bordes gruesos. Vuelve a empezar.

Jini sabe que aunque repita la operación cien veces nunca le saldrá. En circunstancias normales hallaría una excusa para salir de la cocina, pero últimamente está intentando portarse bien y parece que funciona. Las marcas han desaparecido. Bueno, anoche le volvieron a salir, pero se convenció de que se debía a la humedad, que le había hecho sudar más, de modo que la piel lo había acusado. Ahora consigue encontrar razones para todo lo que le pasa en la piel. Si las costras se ven menos, se siente orgullosa por haber hecho solo cosas buenas y haber tenido solo buenos pensamientos ese día; si, a pesar de su buena intención, la piel se le rebela, le echa la culpa al clima o a los mosquitos, o intenta sacar de su mente algún mal pensamiento que pudiera haber quedado oculto. Siempre encuentra una causa.

Su madre, exasperada, coge ella misma el rodillo y le ordena a Jini que vaya a ayudar a su cuñada con la ropa.

—Ya lo termino yo —dice—. Y luego tengo que bañar a Bilu.

Bilu está fuera en el patio, jugando en la tierra. Jini tiene el presentimiento de que hoy a su madre le va a costar hacerse con él. Se le ve demasiado contento en el exterior como para que acceda a entrar sin coger una rabieta.

Ahora Jini está colocando las pinzas sobre la ropa en el tendedero, en silencio y lo más alejada que puede de su cuñada. De pronto oye que alguien la llama por su nombre desde un lado de la valla.

—¡Jini! Psss. ¡Jini!

Cuando se vuelve distingue al chico de pelo rizado asomándose para saludarla. Detrás de ella Bhabi-ji está distraída hablando con los vecinos. Ve a su madre a través de la ventana que da a la cocina, atareada.

—¿Qué quieres? —le pregunta.

—¿Cómo es que ya no te veo correr?

—No puedo correr —dice ella.

—¡Sí que puedes!

—No; quiero decir que mi madre no me deja.

—¡Oh! —dice el chico, frunciendo el ceño, como si estuviera tratando de encontrar una solución; al cabo de un rato, para disgusto de Jini, que por un momento había esperado que le dijera algo alentador, se da por vencido. Pero entonces se le ilumina la expresión—: ¿Quieres ver un truco de magia? —le pregunta—. Conozco muchos.

Saca una moneda de detrás de la oreja, aunque ella ha estado viéndola en su manga todo el tiempo. Luego aprieta los puños y le pide que adivine en qué mano está. Ella falla las dos veces porque no está en ninguna.

—Este es bastante bueno —reconoce ella. En ese momento ve a su madre salir al patio.

—Tengo que irme —lo interrumpe. Vuelve corriendo a la cocina y empieza a lavarse las manos

en el fregadero, restregándose entre los dedos. Es el ritual que se ha inventado para cada vez que alguien la sorprenda haciendo algo que su madre, Pra-ji o Dios no aprueban. Madre vuelve a entrar en la cocina.

—Jini —se dirige a ella en tono severo, cerrando el grifo—, ¿con quién estabas hablando?

—Es de mi colegio. Solo es un compañero de clase. Me estaba preguntando algo sobre mates.

—No debes hablar con él —dice su madre. Jini la ve demasiado cansada como para enfadarse. Se sienta en una silla.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho? —pregunta.

—No ha hecho nada, pero su familia… no es como la nuestra. Son de una casta inferior. Tienen la piel más oscura y no son muy religiosos —le explica; esa es la razón de que nunca lo haya visto en el templo—. Nosotros somos *jat;* ellos no. Cuando Pra-ji buscaba chicas para que Sarjit se casara, pensó en una muchacha guapa de esa misma casta, pero le dije que no: prefiero tener una chica gorda de la casta correcta antes que una bonita de una que no lo es.

Su madre, que ha leído la expresión de Jini, continúa en voz baja:

—Sé que tú piensas que es una tontería, pero tenemos poco, Jini. Llegamos aquí casi sin nada y veinte años después tenemos aún menos. Lo que somos es todo lo que tenemos.

Madre sale al patio trasero para recoger a Bilu, que tiene la cara, los brazos y las piernas llenos de polvo. No quiere pasar; empieza a retorcerse y abre la boca para gritar. Jini nunca ha tenido tan claro como ahora que su madre está equivocada. Puede que ella sea de una casta superior, pero es más cosas además de eso. Abre el grifo y comienza a lavarse de nuevo las manos.

Están en el patio del templo y la gente se arremolina alrededor de Pra-ji haciéndole preguntas. Jini reconoce al padre del chico que ha comprado la moto y sobre el que su cuñada estaba cotilleando.

—¿Puede usted hablar con Guru-ji y pedirle que haga que mi hijo siente la cabeza? —le ruega el hombre.

Pra-ji asiente y dice que sí, que puede. Puede hacer cualquier cosa y por eso la gente no quiere irse. Incluso cuando ya ha respondido a sus preguntas permanecen en el patio hasta que en el interior empieza a servirse la comida. Jini y su madre también están de pie en medio de la muchedumbre, esperando captar su atención. A su alrededor, Jini oye que algunas mujeres hablan de lo bien que les ha ido con Pra-ji.

—Mi hijo tenía un ataque de asma. Estuvo toda la noche jadeando y yo estaba preocupadísima. Le pedí ayuda a Pra-ji y él habló con Guru-ji. Mira a mi hijo ahora, ¡qué sanote está! —comenta una.

—El otro día estaba agobiada por temas de dinero; había goteras en casa y no teníamos para pagar el arreglo del tejado. Se lo conté a Pra-ji y, en pocos días, a mi marido le concedieron un pequeño aumento de sueldo en el trabajo; lo justo para arreglar lo de la gotera —cuenta otra.

La madre de Jini siempre espera a que los demás se hayan ido, de modo que se queda hasta el final para hablar con Pra-ji. Este sonríe a Jini y la saluda entrelazando las manos.

—Hola, Jini —le dice, poniéndole la mano en la cabeza. Ella se da cuenta de que la mira de arriba abajo, probablemente buscando marcas en su piel.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias —responde.

—Pra-ji, mi hijo no come.

—¿Sarjit? ¿O Bilu?

—Oh no, Sarjit come bien. Es Bilu. Se niega a probar la comida del templo y tenemos que cocinarle todo en casa y ponerle azúcar. Y ahora ya ni eso. ¿Qué debo hacer?

—Déjeme hablar con Guru-ji y volveré con usted —dice con su tranquila voz de siempre—. Estoy seguro de que podrá orientarnos.

Jini se abstrae. Mira la cúpula del edificio del templo, iluminada por la resplandeciente luz del sol. Casi parece la de un palacio. En el suelo hay zapatos esparcidos por todas partes y unos niños juegan a ¿qué hora es, señor Lobo? en la hierba reseca por el sol. Otro grupo se apiña en torno a un pequeño arbusto del que brotan diminutas flores rojas en forma de estrella. Los tallos tienen una minúscula gota de néctar en sus extremos y ellos se están dedicando a arrancarla. La recia tela de sus trajes punyabíes se abomba y va tras ellos cuando giran, corren y se agitan gritándose unos a otros como salvajes. A veces desearía poder hacerse mayor rápidamente; se encuentra atrapada en una edad en la que los juegos como el del señor Lobo son demasiado infantiles, pero la cocina es algo que aún no puede comprender, y todavía es muy joven para hablar con los chicos. Ahora su madre y Pra-ji están conversando en voz baja.

Entonces Jini la ve; la chica lleva un sencillo traje punyabí azul con un *salwar* que quizá le quede pequeño, porque por debajo se le ven demasiado los tobillos. Hay en ella algo extraño que al principio Jini no identifica, pero luego se da cuenta de que es su forma de andar. Camina cojeando, arrastrando un pie cuando atraviesa el patio en dirección a la calle. Lleva unas bolsas con comida: las asas se le clavan en las muñecas. A su paso, una mujer comenta con otra el descaro que tiene por atreverse a venir al templo a por comida.

—Después de lo que hizo con ese chico malayo…

Entonces Jini cae en la cuenta de que se trata de la chica de la que le había hablado Pra-ji. Los pensamientos se agolpan sin sentido en su cabeza mientras intenta visualizar lo que ha podido hacer para merecer esa cojera. Se la imagina saltando por la ventana y corriendo al encuentro del muchacho, apenas una sombra escondida en la oscuridad de su patio, y besándolo apasionadamente. De inmediato, esta idea obliga a Jini a acordarse de sus sarpullidos y empieza a frotarse uno que le acaba de salir en la espinilla. El picor acompasa sus pensamientos con furia; ella trata de calmarlo rascándose, pero cuanto más se rasca, más le pica. Entonces opta por apartar los ojos de la chica, que ya va cojeando por la calle, con las bolsas de plástico golpeándole acompasadamente los muslos. Cuando se vuelve a mirar a su madre le da tiempo a ver cómo abre su bolso y coloca dos billetes nuevecitos de diez dólares en las manos de Pra-ji.

—Le agradezco mucho su ayuda —le dice. Él asiente con la cabeza y, con toda tranquilidad, se guarda el dinero en el bolsillo.

—Ven, Jini. Vamos a comer.

Jini acompaña a su madre sin poder dejar de pensar en el dinero. Sabe que en ocasiones Pra-ji acepta donativos de la gente, especialmente ahora que tantas personas le piden ayuda, pero siempre promete donar la mayor parte del dinero al templo. Veinte dólares es demasiado para regalar de una sola vez; eso hasta Jini lo sabe.

Cuando se va, Pra-ji roza su codo con unos ligeros golpecitos.

—¿Cómo está tu piel? —le pregunta.

—Bien —miente ella.

Se mira la espinilla; debe de haberla visto rascarse mientras hablaba con su madre.

—Yo puedo ayudarte —se ofrece.

Ella aceptaría de buena gana su ayuda si tuviera el dinero, pero no puede permitírselo, así que dice:

—No, gracias.

—De acuerdo, pero acude a mí si cambias de opinión.

—No quiero que se entere todo el mundo —dice Jini, recordando los cotilleos de las mujeres al paso de aquella chica.

—No lo sabrán. No diré nada, Jini. Eres como una hija para mí. Si quieres, podemos hablar en mi casa. Una vez allí, puedo dirigirme a Guru-ji, estando tú delante, y podemos curarte.

Jini se mira los pies y asiente. Luego ve a su madre limpiándose los suyos en la estera y entrando despacio en la sala del *langar*, y un hilo de tristeza turba su mente.

—Está bien —le dice a Pra-ji—. Iré a verle uno de estos días.

Él no puede evitar sonreír; le da unas palmaditas.

—Buena chica —replica con delicadeza.

Ella deja que le toque el pelo y que le ponga la mano en la cabeza; luego se va al salón, a reunirse con su madre. Mientras come, apenas si puede saborear nada. Quizá esté demasiado acostumbrada al azúcar que le echa a todo en casa. O tal vez esté demasiado excitada con la idea de curarse de una vez por todas. Pero mientras mastica, se da cuenta de lo adormecidas que tiene las papilas gustativas, lo cual le impide disfrutar de la comida de Dios. Piensa en la chica coja e imagina lo largo que debe de hacérsele el trayecto de vuelta desde el templo, con ese pie rezagado del resto de su cuerpo.

TERCERA PARTE

Capítulo nueve

1991

En enero, el primer día de clase, conocimos a nuestra nueva maestra, la señora Parasuram. Era mayor que la señora Yoon y vestía sari. Tenía el pelo gris, recogido con un apretado moño, y llevaba las uñas de los pies pintadas de un rosa intenso, pero en todos los dedos el esmalte estaba descascarillado.

—El servicio de la capilla de hoy se titula «Un nuevo año, una nueva fe» —anunció la señora D'Cruz durante la asamblea.

Hizo una pausa para que las niñas musulmanas pudieran salir del salón. Yo debía unirme a ellas, pero no llevaba la nota de mamá; la señorita Yoon se la había guardado. Miré a la señora Parasuram. Sus labios finos le daban un aspecto de educadora inflexible, y sin duda me regañaría si me veía salir por las buenas, sin una justificación, con Farizah y las demás.

Llegamos tarde a clase porque el servicio religioso había durado mucho y tuvimos que aprender himnos nuevos. Cuando la señora Parasuram nos asignó nuestro sitio dentro de la clase, me quedó claro que la señora Yoon le había hecho algunas sugerencias durante las vacaciones. Todas las amigas estaban lejos unas de otras, en extremos opuestos del aula. Farizah, en la primera fila, en el lado izquierdo, cerca de las ventanas, y yo, en la antepenúltima fila. No iba a resultarnos fácil pasarnos notitas sin que nos pillaran. Me quedé observando mientras la señora Parasuram asignaba un asiento a cada alumna. A mi alrededor los huecos enseguida se llenaron de niñas con expresión de disgusto que refunfuñaban en voz baja.

Detrás de mí, Abigail Goh le susurró a su compañera de asiento:

—No me gusta esta profesora. Al pasar delante de ella me he dado cuenta de que el pelo le huele a grasa ¿Es que esta mujer no se ducha? Por eso está tan negra.

La niña que tenía al lado se tapó la boca con las manos porque le dio un ataque de risa. Sus palabras me dolieron mucho, aunque sabía que no estaba hablando de mí.

El asiento contiguo al mío se quedó vacío. La señora Parasuram estaba haciendo un gesto extraño con la boca, así que cuando me dirigió la palabra pensé que iba a regañarme por algo.

—Se va a incorporar a la clase una nueva alumna. Se sentará a tu lado —dijo.

Un murmullo general recorrió la sala. ¿De qué clase vendría aquella misteriosa chica nueva? ¿Y por qué iba a sentarse al lado de Pin? Solo una razón motivaba el cambio de clase: que la alumna en cuestión fuera muy mal o muy bien en los estudios. En cualquier caso, la llegada de una nueva compañera resultaba emocionante.

La señora Parasuram dio un golpe en la mesa con su libreta de asistencias y empezó a pasar lista. Pronunció mal los nombres chinos. Las «x» las transformaba en «shhhs» y decía las «q» como «chhhs».

—¿Chew Shia? —dijo. Qiu Xia se puso roja y todas soltaron la clásica risita. Algunas intentaron corregir a la señora Parasuram, pero ella siguió pronunciando los nombres como le parecía.

Abigail dijo:

—¿Sabes cómo se llama? Es un nombre hindú.

—¿Cómo? —preguntó la niña que tenía al lado.

—¡Ayo-yoooo! —respondió Abigail con voz chillona, y las dos se echaron a reír. No pude contenerme y me di la vuelta, enfadada.

—¿Te crees muy graciosa, Abigail Goh? —le espeté en tono de mofa—. ¿Piensas que eres mejor que las demás y que puedes burlarte de las niñas indias? ¿Quieres saber lo que pienso de ti? —la reté.

Me empezó a arder la cara y a temblarme la voz. Había oído muchos tipos de insultos a los chicos del barrio: «piel amarilla», «ojos rasgados», «comedor de cerdos»… Intenté rápidamente dar con uno que sonara original, pero el ruido seco de un reglazo sobre mi pupitre interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió saber la señora Parasuram.

Abigail no dijo nada. Toda la clase nos miraba. Me encogí de hombros, en un intento de demostrar que era inocente.

—Por favor, no interrumpan mis clases para alborotar. Quiero verla a la hora del recreo —me dijo la señora Parasuram.

Me volví hacia la pizarra, humillada, y durante el resto de la lección ya no atendí. ¿Cómo iba a querer escucharla si había permitido que Abigail saliera impune? El año anterior Abigail le había dicho a Farizah que los musulmanes no comían cerdo porque ellos mismos descendían de los cerdos.

—Si no me crees, puedes preguntárselo a mi padre —afirmó en tono altanero. Creí que Farizah se defendería, pero se mostró indiferente y solo dijo:

—Tu padre no sabe nada de nada.

Más tarde me explicó que su religión enseñaba a perdonar. Yo no entendía cómo era posible perdonar a una niña tan petulante y desagradable como Abigail Goh. Pero era nuestro primer día de clase y tal vez la señora Parasuram había pensado que la responsable del alboroto era yo. Me fijé en que miraba varias veces el diagrama con la asignación de asientos antes de escribir el horario en la pizarra. Quizá estaba pensando si no sería mejor sentar a la niña nueva con otra alumna que no se hubiera portado mal ya el primer día.

La señora Parasuram siguió explicando qué se esperaba de nosotras en quinto de primaria, hasta que una mujer llamó a la puerta:

—¡Disculpe!

Su voz era tan segura que bien podría tratarse de la directora del colegio. Llevaba zapatos de tacón alto y gafas de sol en la cabeza que, a modo de diadema, le sujetaban una abundante melena con rizos de permanente.

Nadie se fijó en la niña que la acompañaba hasta que la señora Parasuram habló de nuevo:

—Ah, sí. Tú debes de ser Kristen, la chica nueva. —El pichi de Kristen se pasaba un poco de largo y llevaba la cola de caballo demasiado alta y apretada. De pie, con los brazos rígidos paralelos al cuerpo, no protestó cuando la señora Parasuram la separó de su madre para acompañarla al asiento que había quedado libre en mi pupitre—. Esta es Parveen —le explicó—, será tu compañera de

pupitre. Te ayudará a instalarte.

Kristen asintió y me dedicó una sonrisa temblorosa. Las demás no nos quitaban ojo. La señora Parasuram continuó su explicación donde la había dejado, pero tuvo que parar varias veces para exigir atención a la clase:

—Niñas, no se despisten, miren aquí —insistía, pero era inútil. Nadie atendía.

En cuanto podían, se daban la vuelta para ver mejor a la alumna nueva. Hasta yo, que la tenía al lado, la miré un par de veces de reojo. Sacó de su bolsa un plumier rosa, de esos que tienen compartimentos secretos y espejos. Lo empujó hacia el otro extremo de su parte del pupitre y se apoyó con los brazos cruzados. Justo cuando la señora Parasuram estaba asegurándose de que teníamos todos los libros necesarios para el curso sonó el timbre.

—Parveen, por favor, quédate —me recordó.

Las demás niñas salieron en fila india y desparecieron al bajar las escaleras, pero a medida que se acercaban al patio sus pasos sonaban más rápidos.

La señora Parasuram se atusó las arrugas del sari antes de sentarse en su mesa. Yo me esperaba una reprimenda tan fuerte como el reglazo que había dado en mi pupitre. Parecía el tipo de profesora que golpea las cosas para intimidar a las alumnas.

—Acércate una silla, Parveen —dijo. Hice lo que me pidió—. Ahora cuéntame: ¿qué ha pasado hace un momento?

—Abigail se ha burlado de usted.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que usted era… Ha hecho un comentario racista.

La señora Parasuram no pareció sorprenderse en absoluto.

—¿Qué ha dicho exactamente Abigail, Parveen?

Tardé un poco en decírselo y, cuando lo hice, no pude mirarla a los ojos:

—Dijo que usted es… negra; que huele a aceite de coco y que no se baña.

—¿Y…?

—Eso fue todo. Ella dice cosas así continuamente.

—¿Sobre ti?

—Sobre mucha gente. El año pasado, dijo que los musulmanes eran unos cerdos. —El rostro de la señora Parasuram permanecía impávido como una máscara. Nada de lo que le contaba parecía molestarla o sorprenderla.

Detrás de ella, el tic-tac del reloj me recordaba que me estaba perdiendo unos preciosos minutos de recreo. Eran las nueve y diez de la mañana; cero-nueve-uno-cero. Memoricé los números para la lotería de papá. Finalmente habló:

—Parveen, quizá no estés de acuerdo conmigo, pero hay cosas mucho peores que recibir un insulto así. ¿Sabes que hay países en el mundo donde se mata a las personas por el color de su piel? Siempre te encontrarás con gente como Abigail, pero tú, al gritarle como lo has hecho, te has puesto a su altura y has quedado aún peor.

—Pero… —empecé a hablar, y luego me callé. No sabía qué decir. Yo pensaba que había hecho bien en enfrentarme a Abigail, y habría deseado que la señora Parasuram no nos hubiera interrumpido para poder dedicarle todos los insultos que se me hubieran ocurrido. En el fondo, sabía que eso no estaba bien, pero era asunto mío: había que darle su merecido.

—Nada de peros, Parveen. No puedes cambiar la forma de pensar de las personas, pero puedes evitar que te afecte su estupidez. ¿Está claro?

Asentí enérgicamente, con la mirada fija en el reloj:

—Sí —dije, pero para mí aquello no estaba tan claro. En mi opinión ella se equivocaba, y podría habérselo hecho saber, pero entonces habría tenido que aguantar otro sermón y adiós al recreo. La señora Parasuram me pidió que me comportara como una dama y se despidió de mí. Salí lentamente del aula con la cabeza agachada en señal de remordimiento, pero en cuanto estuve fuera del alcance de su vista eché a correr.

Las palabras de mi profesora resonaron en mi cabeza todo el día. «Hay cosas mucho peores»… Si hubiera tenido agallas para responder, le habría pedido una lista de afrentas peores que ser llamado por alguien *mungalee*, indio sucio que se echa demasiado aceite de coco, o *blackie*. Para mí, no había nada peor.

—¡Deja de restregarte! Y bebe un poco de agua —dijo mamá. Estaba picando cebollas y se me irritaban los ojos. Abrí la nevera y busqué en la puerta la botella de Coca-Cola de dos litros que usábamos para el agua fría. Los estantes estaban repletos de comida de nuevo. Los huevos y los frascos de mermelada traqueteaban al abrir y el cajón de las verduras rebosaba de hojas y gruesos tallos verdes—. Estoy haciendo arroz frito —me informó—… con gambas, guisantes y zanahorias. ¿Me puedes pasar una guindilla?

—¿Roja o verde?

—Roja. Con este tipo de arroz, siempre roja —aclaró.

Abrí el cajón de las verduras y saqué un envoltorio de papel de periódico atado con unas gomas; había otros tres paquetes similares, todos ellos con diversas especias compradas en el mercado, y tuve la suerte de dar con el que buscaba a la primera. Mamá partió la guindilla con la uña, sacó la mayoría de las semillas y las apartó, lo que significaba que la quería para dar sabor, no para echarnos un pulso ni nada por el estilo: dejar dentro las semillas era su forma inconsciente de probar cuánto aguante teníamos.

—¿A qué hora viene papá? —pregunté.

Mamá estaba de espaldas a mí. Cuando cocinaba siempre tardaba algo en responder, porque estaba muy concentrada en añadir los ingredientes adecuados en el momento oportuno. Si se distraía, se notaba luego en el resultado: las patatas blandas, las espinacas aguadas, el pollo seco y correoso.

—Por la tarde —respondió—. ¿Qué tal el colegio?

—Bien.

—¿Solo bien? ¿Qué has hecho?

—Nada.

Sobre el fogón el aceite de sésamo ya burbujeaba en la sartén. Mamá echó las cebollas que tenía ya picadas en la tabla de cortar y comenzaron a chisporrotear. Al beber agua se me pasó un poco el escozor de ojos, pero me seguían llorando.

—¿Nada? ¿Solo nada? —insistió.

—¡Hoy era el primer día! La verdad es que no hemos hecho gran cosa. Hemos repasado el reglamento del colegio donde dice cómo son los uniformes, los calcetines, cómo tenemos que llevar el pelo… —dije.

Me toqué la cola de caballo. Mamá me había llevado a la peluquería dos días antes. Según ella, tenía el pelo demasiado rebelde para llevarlo largo, y yo estaba de acuerdo. Dios tendría que entenderlo. De todos modos, ya no podía opinar mucho. Unos días después del funeral de Nani-ji, al levantarme, vi que mamá acercaba una silla a la pared, donde estaba el cuadro de Dios. Él se agarró a los bordes del marco y escondió la cabeza entre los hombros mientras mamá lo descolgaba y lo

volvía a meter en el trastero. El hueco lo rellenó otro cuadro de tonos más suaves.

Mamá empezó a pochar la cebolla, repartiéndola por la superficie de la sartén para que se friera bien. Cuando estuvo dorada le dio unas vueltecitas más.

—Bien, entonces, ¿cómo se llama tu nueva maestra?

—Señora Parasuram.

—¿India?

—Sí.

—¿Joven o mayor?

—Mayor. No es que sea una abuela, pero es mayor.

—¿Es simpática?

—Parece maja.

Mamá se dio la vuelta y empezó a hacer unos cortes en los langostinos; eran de color plateado, estaban curvados y tenían largos bigotes, que arrancó, y a continuación extrajo de cada langostino un fino hilo negro.

—Esto hay que quitárselo —me informó.

—¡Qué asco! —dije.

Luego echó los langostinos a la sartén y de nuevo se dio la vuelta.

—Es de mala educación decir que una comida da asco, ¿lo sabías?

—¿Por qué?

Pensé en todas las veces que habíamos visto carteles en el Hawker Center con imágenes de muslos de pollo fritos y *curry* de cabeza de pescado. No tenían muy buena pinta y no parecía malo comentarlo. Y ahora no hacía otra cosa que ser sincera.

—Es como si dijeras que no valoras el hecho de tener un plato de comida en la mesa todos los días.

Después de guardar a Dios en el trastero, la cocina de mamá volvió a expresar su estado de ánimo. Tofu salteado en salsa de ostras significaba satisfacción; cuando quería mitigar su enfado, freía crujientes rodajas de berenjena que acompañaba con *curry* de pescado; fideos de cristal con col rallada y sopa de zanahoria indicaban tristeza.

Me bajé del taburete y me dirigí a mi habitación a hacer los deberes. Cuando pasé por delante del trastero pegué el cuerpo a la pared de enfrente; seguramente Dios se habría enfadado por haberlo encarcelado allí. Por la noche, si prestaba suficiente atención, me parecía oír un débil golpeteo procedente del cubículo que me incitaba a rescatarlo y a ayudarle a volver a la pared.

Aquella mañana, en la capilla, la señora D'Cruz había hablado de aprender a amar a Dios y a confiar en su palabra. Nos dijo que debíamos tratar a nuestros amigos y a nuestra familia con el mismo respeto y confianza con que tratábamos a Dios. Pensé en Dios sentado en el fondo de nuestro trastero y me gustó la idea de poner allí también a todas las personas que no me caían bien. La Tita-Gorda sería la primera; le seguiría el Tío-Bus. Abigail también iría. Y enviaría a Mama-ji, mi tío, por el mero hecho de que a mamá no le agradaba.

Al día siguiente no tuvimos clase de inglés, porque eran los comienzos de curso y la señora Parasuram, según nos había dicho, tenía mucho trabajo administrativo pendiente. Nos recogió las cuotas, pasó revista a los uniformes y nos recordó el reglamento del colegio mientras nosotras permanecíamos sentaditas en nuestros pupitres, muertas de aburrimiento. Yo llevaba en la mochila el libro de billetes de lotería que papá había dibujado y lo hojeaba durante las clases. A veces le daba consejos a Kristen.

—En este colegio tienes que ponerte de pie cuando el profesor te pregunta algo. Y recuerda llevar siempre puesto el cinturón o parecerá que estás embarazada.

En un rincón de la cantina Kristen desenvolvía con parsimonia su sándwich.

—Viene de otro país —dijo Farizah.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Por la mañana va en mi ruta, y oí que su madre se lo explicaba al conductor. —Las dos miramos fijamente a Kristen, que no parecía tener ni idea de que estábamos hablando de ella.

—¿De dónde habrá venido? —reflexioné en voz alta. Farizah se encogió de hombros. Luego comuniqué la información a las niñas de mi autobús, que también estaban intrigadas con ella, incluso las que iban a otra clase—. Viene de otro país —les conté.

—¿Cómo podéis saberlo? ¡Si no habla con nadie! —dijo una. Otras la miraron mal por ser tan escéptica.

—Me siento con ella —dije con orgullo—, así que lo sé.

La verdad era que Kristen no me había dicho nada. Parecía que su reticencia a dar información era intencionada. Nunca preguntaba nada y se limitaba a sonreír y corresponder con un «muy bien» o un «gracias» a mis consejos.

Aquel año había una mujer a cargo del autobús. Le hacíamos caso porque era amable y nos ayudaba a subir dándonos un tirón con su fornido brazo. Al bajar, nunca permitía que el conductor arrancara hasta que nos veía entrar en la zona común de nuestro bloque. Nos dijo que la llamáramos Tita-Honey, pese a que en el recibo que extendía cuando pagábamos la cuota ponía Lau Siew Hock. Según nos dijo, Honey era su nombre. Llevaba una gran cruz de jade colgada al cuello y siempre iba tarareando. Podíamos hacer todo el ruido que quisiéramos, pero eso nos parecía más propio de las niñas pequeñas de cuarto curso. El año anterior, las de quinto habían ocupado los sitios delanteros, donde siempre iban hablando de sus estrellas de pop y sus actores estadounidenses favoritos, burlándose con crueldad de las niñas a las que no les gustaban. Así que nosotras hicimos lo mismo, aunque, por si acaso, al fondo de la mochila, bien escondido, llevábamos nuestro juego de *pick-up sticks*, que no dudaríamos en sacar si se nos presentaba la ocasión.

Por fin, Kristen habló cuando la señora Parasuram nos devolvió nuestras primeras redacciones. La mía volvió con algunas correcciones en rojo y con un comentario de la maestra escrito al pie: «Parveen, buena gramática y ortografía. Tu letra también es buena. Pero en el futuro, por favor, escribe la verdad».

Me puse colorada. El tema de la redacción eran nuestras vacaciones escolares de invierno, y yo me inventé que había ido a esquiar a Los Ángeles. No era cierto, pero sí mucho más emocionante que lo que, en realidad, había hecho durante ese tiempo.

—Lo ha sabido porque en Los Ángeles siempre hace calor. Allí no se puede esquiar —dijo Kristen. Al principio pensé que se estaba burlando de mí, pero había un tono amable en su voz. Debió de echar un vistazo a mi redacción mientras yo la miraba—. ¿Has estado allí? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

—Sí. Viví dos años en Chicago —dijo.

—¿Cómo es?

—Es bonito, pero hace mucho más frío que aquí —respondió—. Aunque realmente no tuve muchas vacaciones, porque nos estábamos preparando para volver.

Cuando empezó a hablar más alto, las niñas sentadas a nuestro alrededor se volvieron a mirar y se

pusieron a comentar en voz baja. «¡Sabe hablar!», pensarían. Kristen se dio cuenta y se puso roja. Sacó una goma de borrar de su plumier rosa y empezó a juguetear con ella.

—Yo nunca he salido de Singapur. Solo he ido a Johor Bahru. Y a Kuala Lumpur, pero era muy pequeña —confesé.

Todo el mundo sabía que Malasia no contaba. Ir al extranjero implicaba coger el avión.

—Entonces, ¿qué has hecho en las vacaciones?

—Nada. No hemos podido hacer nada porque se ha muerto mi abuela.

—¡Vaya! —dijo ella—. Lo siento.

—No pasa nada —repliqué.

Las demás se volvían a mirarnos. Desde el asiento de delante Farizah me lanzó una mirada de curiosidad. Le devolví otra de complicidad, recordándole que había prometido contarle todo en el recreo.

Entonces pensé que Kristen se quedaría sola otra vez y la invité a unirse a nosotras:

—Puedes sentarte con nosotras en el recreo si quieres —le propuse fingiendo indiferencia por su respuesta.

Ella sonrió:

—De acuerdo —dijo.

La señora Parasuram dio un reglazo en su mesa.

—Niñas, dejen de hablar —ordenó en tono severo.

Cuando se dio la vuelta le hice una mueca a Kristen y ella se tapó la boca para sofocar una risita.

Farizah había faltado el día anterior a clase, así que tuvo que quedarse a hacer deberes durante el recreo. Casi ni me di cuenta de que no había bajado porque no paré de hablar con Kristen, que de pronto se había vuelto una cotorra. Me contó más cosas sobre ella.

—Viví dos años en Estados Unidos. Luego la empresa para la que trabaja mi padre lo trasladó aquí. Yo nací en Singapur.

Hablaba inglés con un ligero acento americano, que pude apreciar en cómo pronunciaba la erre.

—¿Echas de menos a tus amigas? —le pregunté.

Kristen asintió.

—Mis padres me dijeron que aquí encontraría otras —apuntó con cierto nerviosismo.

Le sonreí lo más amablemente que pude y ella me devolvió el gesto.

—¿A qué colegio ibas aquí antes de mudarte a Estados Unidos? —le pregunté.

—A Saint Mary, el de Bukit Timah. Pero mi madre había asistido a este colegio, así que quiso que yo también viniera —contestó.

Una cosa estaba clara: Kristen no era una niña becada. Era una de aquellas alumnas cuyas madres habían venido al First Christian. Vivía en Bukit Timah, probablemente en un chalé. Me daba igual. Nunca me había sentido inferior a las demás, pero, por alguna razón, quería causarle buena impresión.

—Es un buen colegio —le dije. Y acto seguido le solté una mentira—: Mi madre también estudió aquí.

—¡Genial! —replicó—; quizá las dos se conocieron.

Por fortuna no me preguntó más detalles, como por ejemplo cuándo había estado mamá en el First Christian, así que cambié rápidamente de tema. Durante un momento pensé en decirle la verdad. Pero como ella continuaba hablando de su vida en Estados Unidos, sus amigos y su nueva casa aquí en Singapur, me callé.

Por la ventana de mi cuarto observaba la sombra de los vecinos. En la casa de al lado habían tenido visita: varias personas que luego salieron juntas, así que ante mí vi desfilar un grupo de cabezas y brazos que flotaban. En el techo, sobre la cama, el ventilador estaba encendido. Normalmente, la brisita que levantaban sus aspas me bastaba para conciliar el sueño, pero aquella noche, en la que no se movía ni una hoja, no podía dormir por mucha velocidad que diera al aparato. Oí abrirse la puerta de casa: era papá que salía a hacer su turno de noche. La suya era una sombra particular, alargada y con los hombros anchos.

—¡Adiós! —le deseé por la ventana.

—Duérmete, Pin —me dijo él. Dio un golpecito de buenas noches en el cristal y continuó por el corredor.

Estuve pendiente de las sombras, pero a medida que se hacía tarde había cada vez menos. De pronto reinó la tranquilidad. Me tumbé y cerré los ojos para obligarme a dormir. Pero, en lugar de eso, mi mente se activó y me desvelé. Pensé en aquella semana; todos los días sentada con Kristen durante el recreo en el quiosco de golosinas. Habíamos invitado a las otras niñas a reunirse con nosotras, pero en el fondo yo prefería que no lo hicieran. Se quedaban en sus mesas observándonos, a veces cuchicheando cuando pensaban que yo no me daba cuenta.

Fue mientras volvíamos en el autobús cuando se arremolinaron a mi alrededor preguntándome sobre Kristen.

—Sabe patinar. Tiene un hermano mayor —les conté.

Abigail puso cara de desprecio y simuló no estar escuchando. Yo sabía que le repateaba que Kristen estuviera conmigo en el recreo. Cuando la Tita-Honey nos mandó sentarnos, todas corrimos a nuestros puestos, pero dos niñas que apenas conocía se hicieron un sitio a mi lado.

Ya en casa, el frío de las baldosas me impresionó cuando fui descalza a la cocina a por un vaso de agua. Al día siguiente era sábado y tocaba hacer los deberes. La señora Parasuram nos ponía tareas de todas las materias, incluso de arte, y nos hacía escribir las correcciones ortográficas diez veces en lugar de cinco, como los demás maestros. Cuando nos quejábamos en voz baja entre nosotras, sabíamos que ella no se inmutaría, pero de todas formas lo hacíamos para que al menos nos oyera. Aquel día nos había dado un sermón para motivarnos; el curso siguiente teníamos los PSLE[39] y había que empezar a prepararse ya. «Confío en que esta clase sobresalga en todas las asignaturas, incluso en las que ahora no os parecen importantes. Ser una buena estudiante no consiste solo en sacar buenas notas en las materias que puntúan», dijo, recorriendo el aula con la mirada. Yo me puse a mirar hacia otro lado. Aunque sabía que se dirigía a todas nosotras, sentí como si me hablara solo a mí. Seguro que la señorita Yoon le había enseñado mi mediocre bloc de arte del año anterior.

Volvía a mi cuarto cuando noté pasar una sombra que me pareció reconocer. Me quedé de pie mirando desde el pasillo de nuestro piso, a ver si el vecino en cuestión se daba la vuelta y me enteraba de quién era. «Sigue andando», me dije. Pero la sombra permaneció quieta, como si hubiera quedado suspendida fuera de nuestra ventana. Eché un vistazo al trastero, como pidiéndole a Dios que me protegiera. Luego volví corriendo a mi cuarto, me metí en la cama y cerré las lamas de la persiana para que la sombra no pudiera fisgonear en mi habitación. Aquel episodio me espabiló aún más y no conseguí dormirme hasta que los primeros rayos del día comenzaron a filtrarse en el cuarto, haciendo que las sombras de la noche anterior me parecieran solo fruto de mi imaginación.

Al día siguiente mamá se fue temprano al mercado.

—Solo tengo que ir a por algunas cosas, así que no necesito que me acompañes, Pin. Tenemos comida en la nevera para toda la semana. Únicamente voy a comprar algo más de pollo —dijo, cerrando la puerta al irse. Solo para comprobarlo, fui a la cocina a ver la nevera. Me alegré al ver que,

en efecto, había mucha comida.

Vi a papá sentado en el salón leyendo el periódico y le pregunté si creía en los fantasmas. Me senté en el brazo del sillón que ocupaba, agarrándome a sus hombros para no resbalarme.

—¿Puedo preguntarte por qué, de pronto, te preocupan tanto los fantasmas?

Me quedé callada un momento pensando qué decir. Parecía una tontería contarle la verdad, que la sombra de la ventana era el fantasma de Nani-ji, sobre todo porque la había visto una vez antes de su fallecimiento. Pero había oído hablar de experiencias cercanas a la muerte, cuando el espíritu de una persona abandonaba su cuerpo y se queda en algún sitio, observando. Farizah me había jurado que el espíritu de su tío abuelo aún volvía a su antigua casa para sentarse en su vieja silla y leer el periódico. «He visto cómo se balancea la silla por la noche y se nota frío justo en el lugar donde él se sentaba».

Era algo que Nani-ji podría hacer: asomarse a través de las ventanas de nuestro piso.

—Es que el otro día una amiga mía vio un fantasma en los aseos del colegio; por eso quiero saberlo —dije, finalmente.

Era cierto, aunque no fuera mi razón para la pregunta que le había hecho a papá. Una de mis compañeras, cuya madre había ido a nuestro colegio, decía que el fantasma de una monja rondaba por allí. Por eso siempre íbamos de dos en dos al baño y nos aguantábamos las ganas de hacer pis cuando se estropeaba la luz.

—Yo no creo en los fantasmas y tú tampoco deberías. Seguro que te estás asustando por nada —respondió papá arrugando el ceño. Parecía decepcionado conmigo y dudaba de qué hacer para que volviera a sonreír.

—Tres-cinco-nueve-nueve —dije; eran los números de la dirección de Kristen, que yo había anotado en mi libro de autógrafos aquella misma tarde—. ¿Y si ganas?

—Te compraré algo muy bonito —prometió, como hacía siempre.

Le sonreí. Ya no me importaba no creer en la lotería. Iba al colegio todos los días, mamá iba al mercado, papá hacía sus turnos en el hotel y Dios estaba en el trastero. Todo había vuelto a ser como antes de que llegara Nani-ji, y menos mal. Miré por la ventana, esperando ver de nuevo la sombra, pero no había nadie en el pasillo. «Probablemente no era nada —me dije—; solo algún truco de luz exterior en la oscuridad». De todos modos, en aquel momento era de día y no podía ni siquiera pensar en fantasmas sin burlarme de mí misma por ser una niñata asustada.

El lunes por la mañana, en el colegio, la señora Parasuram nos recordó a todas que era el último lunes del mes. Las alumnas que podían pagar la totalidad de las cuotas en First Christian no prestaron atención cuando la maestra hizo el anuncio. Pero para las niñas becadas aquello significaba hacer cola en el comedor durante el recreo y esperar a que nos dieran los formularios especiales para que los firmaran los padres.

—Por favor, no se olviden —dijo.

Farizah se retorció en su asiento y musitó algo señalando hacia el exterior. Sabía lo que me estaba diciendo: que nos reuniéramos en nuestro lugar habitual en el comedor, cerca del puesto de bebidas, para hacer juntas la cola. La saludé con la cabeza y abrí mucho los ojos para advertirle de que la señora Parasuram estaba acercándose a su pupitre. Mi amiga captó el mensaje y se dio la vuelta.

—¿Qué formularios? ¿Tengo que conseguir uno? —me preguntó Kristen.

—Son formularios financieros —respondí—, para las niñas que reciben ayuda en el pago de las cuotas del colegio.

Kristen soltó una risita.

—¿Ayuda? ¿Con las cuotas de la escuela? No cuesta tanto venir aquí, ¿verdad?

Me sorprendí de mí misma por lo que hice a continuación: me reí con Kristen, sin darle importancia al tema.

—La verdad es que no cuesta casi nada —añadí.

Sentí un pinchazo en mi interior por haber hecho aquel comentario. Para añadir más leña al fuego, la señora Parasuram nos mandó sacar los libros de texto de sociales. Vimos un capítulo sobre Singapur en los años sesenta y pensé en mamá cuando era niña, en una cocina poco iluminada con armarios casi vacíos. Recordé sus palabras: «No te vuelvas como yo, Pin», me había dicho. Intenté mitigar la sensación de culpabilidad que pesaba en mi estómago diciéndome que simplemente estaba fingiendo que era una persona mejor. Después de todo, ¿no era esto lo que mamá quería para mí?

Aquella tarde, al volver a casa del colegio, mamá buscaba algo frenéticamente en mi habitación. Había dado la vuelta al colchón de la cama y todos los cajones estaban abiertos. Incluso las cortinas estaban recogidas a cada lado de la ventana, como si pudiera encontrarlo entre las rejas. Mi primer pensamiento fue que la sombra que había visto la noche anterior era la de un ladrón, pero luego caí en la cuenta de que mamá estaba buscando sus joyas.

—¡Pin! ¡Ya has llegado, menos mal! Necesito que me ayudes a encontrar algo.

—¿Tus joyas?

—¡Sí! —dijo mamá, al tiempo que dejaba de dar vueltas por la habitación. Vi que miraba de un lado a otro y que estaba un poco despeinada; parecía como si acabara de levantarse—. Tu Nani-ji las cogió cuando estaba aquí, y acabo de darme cuenta de que nunca me las devolvió. No sé por qué; supongo que, como se encontraba tan mal… —dejó la frase sin terminar—: ¿Tienes idea de dónde pueden estar?

—La Tita-Gorda se las llevó.

Los ojos de mama, que un segundo antes, mientras se frotaba las sienes, estaban cerrados, se abrieron de golpe al mencionar el nombre de la Tita-Gorda.

—¿Cómo dices?

—La Tita-Gorda vino un día estando tú en el hospital con Nani-ji. Y se llevó todas las joyas.

Mamá se llevó las manos temblando a los labios.

—Son mis joyas, no las suyas —dijo. Me recordó a una niña riñendo por un juguete.

—Te las estará guardando —sugerí.

Pero ella negó con la cabeza descartando absolutamente mi sugerencia. Yo tampoco me lo creía. ¿Por qué iba la Tita-Gorda a tener un gesto tan bonito con mamá?

—Son mías —repitió. Se fue hacia el teléfono y empezó a marcar. La acompañé, con el estómago revuelto por los nervios.

—Hola, Bhabi-ji. Soy yo —dijo, utilizando el sufijo de respeto para dirigirse a su cuñada, pero aún con la voz cortante—. Sí, estoy bien, ¿y tú?… Bien… La verdad es que no puedo hablar mucho. Pero acabo de darme cuenta de que alguien se ha llevado de casa las joyas de mi boda y me preguntaba si lo sabías… Sí, Pin me dijo que habías venido… No, me lo acaba de decir ella. Pensé que las joyas seguían en su habitación, donde mamá las había dejado. Mañana puedo ir a recogerlas. Estaba pensando en alquilar una caja de seguridad en la ciudad para guardarlas allí.

Llegado este punto la expresión de mamá cambió. Sus ojos se dilataron y se llenaron de fuego. Me preparé para un grito. Sus labios se afinaron y empezó a escupir palabras por la boca como si fueran balas.

—Son mis joyas. Me las puse el día de mi boda y tengo intención de quedármelas. Lo que haga con ellas no es asunto tuyo, ¿te enteras? No, no, no me importa lo que mi madre te haya dicho, no

me importa lo que ella pensara. Quiero que me devuelvas mis joyas y voy a ir mañana a buscarlas.

El golpe del auricular al colgar el teléfono resonó en el piso como si hubiera caído un relámpago.

—¿Puedes creer a esta mujer? —me dijo mamá, que, no obstante, parecía estar hablando aún por teléfono—. Después de todos estos años, todavía sigue obsesionada con el tema.

Se dirigió al trastero y dio una patada a la puerta. Me asusté, porque no me lo esperaba. Podía haberle dado a Dios, que estaba ahí dentro.

Mamá se alisó una arruga en la blusa de algodón que llevaba puesta; era de color azul claro, el color del cielo de la tarde, y no pegaba con su aspecto, el de una mujer hundida: demasiado vivo y alegre. Se peinó un poco con los dedos, aplastándose los mechones sueltos.

—¿Tienes hambre? —preguntó con la voz débil.

—Sí.

Dejó la habitación tal cual estaba de desordenada y se dirigió a la cocina. La seguí. La vi sacar de la nevera una serie de ingredientes: fideos planos, brócoli troceado con ajos, salsa negra picante, carne de cerdo picada y unas cebollas. Íbamos a pasarnos un rato en la cocina. Primero peló las cebollas, eliminando la parte seca, y lo único que dijo fue que cerrara los ojos para que no se me irritaran. Y así, mientras la cebolla crujía bajo la hoja del cuchillo, me lo contó todo.

Capítulo diez

1970

Jini está de pie entre hileras de sacos de arpillera y latas de comida polvorientas. La voz de una mujer entonando un quejumbroso lamento operístico sale de la radio, que ocupa el estante más alto detrás del mostrador, donde el tendero también tiene el bálsamo de Tigre, el aceite Axe y unos pequeños frascos con píldoras de colores. Un poco más abajo se ven otros botes con raíces de plantas y unas extrañas especias flotando en un líquido espeso que parece pegamento. El hombre desplaza rápidamente las cuentas del ábaco, que chasquean al chocar unas contra otras. Se detiene al percatarse de la presencia de Jini.

—¿Qué quieres, chica? —le pregunta.

—Solo estoy mirando a ver qué me llevo.

El tendero vuelve a sus cálculos. Jini no necesita contar las monedas que lleva en la mano para saber lo que puede comprar. Tiene lo justo para una lata de leche en polvo, una bolsita de sal y unas sardinas en conserva. Las cuentas del ábaco dejan de sonar. El tendero se va a la trastienda, dándole la espalda. Mientras, Jini baraja la posibilidad de hurtar unas sardinas. Podría guardarse dos latas en cada bolsillo y así tendría dinero para comprar un poco de betún para sus zapatos. Pero la idea le produce disgusto. No se siente capaz de robarle al tendero, que ha sido tan amable de seguir vendiéndole azúcar y aceite para cocinar en pequeñas dosis. Jini elige por fin y se aproxima al mostrador.

—¡Oiga, buen hombre! —dice, llamándolo en voz alta. Él sale de la trastienda y ella extiende unos billetes y se los pone delante, encima del mostrador. Mientras el tendero cuenta el dinero, Jini confía en que le hará descuento. Esos días cada céntimo ahorrado cuenta. Él murmura algo, le mete la compra en una bolsa y luego se detiene y parece olfatear algo. Jini se retira y se pone colorada. Se da cuenta de que sus zapatos huelen mal. Cuando el tendero le entrega su compra, la coge y camina con paso firme hacia la puerta.

—¡Chica! —la llama él—, ¡vuelve!

Jini se da la vuelta y balbucea:

—Tengo que irme. Mi madre…

El hombre sale del mostrador.

—Chica —insiste—, tus zapatos…

Jini se mira los pies como si fuera la primera vez que los ve, pero, por supuesto, sabe a qué se refiere; todo el día lo ha estado oliendo. Por la mañana, cuando iba deprisa a la escuela, pisó terreno

embarrado. Se restregó las suelas contra la hierba y entonces se dio cuenta de que lo que había pisado eran excrementos de perro. Aunque intentó limpiarlos con hojas, quedó el olor en la lona. Encima, tuvo la mala suerte de que el inspector de la escuela se presentó en la asamblea para comprobar la pulcritud de los alumnos. Señalándola delante de todos, exclamó:

—Esto es vergonzoso.

Jini sigue mirando al suelo mientras el tendero chasquea la lengua y sacude la cabeza. Seguro que piensa que es una cochina, que no se baña. Finalmente, ella rompe el silencio.

—Oiga, ¿puedo llevarme algo de betún? ¿Unos veinte centavos de dólar?

El tendero vuelve a sacudir la cabeza y se aleja. A Jini le arde la cara. Qué vergüenza tener que pedir, ser casi una mendiga. Él regresa con un bote de lejía.

—Límpiate los zapatos con esto —dice.

El bote pesa; cree que no podrá pagarlo. Tiene algunos ahorros, pero los guarda para Pra-ji, que le está tratando el problema de la piel. Niega con la cabeza mirando al tendero y abandona el establecimiento. Instantes después oye al tendero que ha salido:

—¡Chica, espera! Puedo darte un poco —le dice agitando en la mano una botella vacía de Coca-Cola.

—¿Cuánto cuesta? —pregunta, pero él hace un simpático aspaviento con la mano y gira ligeramente la cara para no tener que oler sus zapatos—. Gracias —dice ella, mientras le observa llenar la botella—. Muchas gracias.

El bullicio del vecindario se cuela por las ventanas abiertas, al igual que el humo de los fogones. Una ligera brisa ha hecho que a Jini se le escapen unos mechones de la trenza y que ahora estén bailoteándole por los hombros. Está sola en casa. Sarjit está en el trabajo, su cuñada en el templo y su madre ha vuelto al otro extremo de la ciudad para terminar su jornada. Parece el día perfecto para ir a casa de Pra-ji, pero tiene que asegurarse de que Bilu no la siga. Cuando ella está sola en casa él no quiere despegarse de su lado. Ahora está sentado en la cocina, observándola en cuclillas, entre latas de queroseno y un viejo saco de arpillera que utilizan para la basura.

—Te estoy preparando la comida —le anuncia ella—. Tienes que comer.

El niño niega con la cabeza. Jini no le hace caso. Tarda en hacer la comida porque se detiene constantemente a rascarse los brazos y las piernas y después tiene que lavarse las manos. Le gustaría que su cuñada estuviera cerca para que se ocupara ella de Bilu, pero Bhabi-ji se va al templo todas las tardes, probablemente para quitarse esa responsabilidad. A Bilu le da igual su ausencia, porque no le agrada. Cuando por las mañanas ella le ata el pelo, la muerde y le grita.

Una noche, Jini escuchó a su cuñada justificarse ante Sarjit:

—¡Vaya numerito! Los vecinos deben de pensar que lo estoy torturando.

—Pues vete al templo durante el día. Sé lo difícil que resulta estar con él.

Al comprobar que su hermano le daba la razón a su esposa, se enfadó; quiso contarle a su madre lo que había oído, pero presentía que ella ya estaba al tanto.

Jini solo sabe cocinar *dhal* y *roti*, así que echa las lentejas en un cuenco y empieza a examinarlas para quitarles las piedrecitas. Encuentra tres y las lanza por la ventana. Los ojos de Bilu siguen su trayectoria.

—No salgas —le ordena, al ver que se levanta lentamente de su rincón. Tiene miedo de que un día se vaya corriendo a la calle y lo atropelle un coche. Sus reacciones son así de imprevisibles y la preocupación la consume ahora que él se está haciendo mayor y cuesta más manejarlo.

Jini se concentra en la cocina para alejar sus temores. Enciende el fogón y pone a calentar una olla

con agua en la que echa las lentejas lavadas; luego tapa el recipiente. Acto seguido abre los armarios buscando especias para añadir al guiso. Encuentra un frasco lleno de cardamomo, unas hojas de cilantro y unos cuantos botes pequeños con polvos de distintos colores: rojo, amarillo, marrón y naranja. Podría hacer lo mismo que su madre y empezar a añadir y mezclar. No identifica las especias y desconoce a qué sabe cada una, pero los colores deben de tener algún significado. El rojo para la ira y la pasión, el amarillo para una tarde calurosa, el marrón para relajarse y olvidar, el naranja para la excitación…

—¿Azúcar? —le pregunta Bilu.

—No, de azúcar, nada.

—Azúcar —insiste él.

—Mamá ha dicho que no puedo darte azúcar. Nos falta para el té porque sigo poniéndotela en la comida. Se te van a caer todos los dientes —le explica, pero a él parece darle igual. Empieza a chuparse un dedo pulgar.

Jini está a punto de pedirle a Bilu que se quite la mano sucia de la boca, que los niños de nueve años no se chupan el dedo, cuando oye la puerta trasera. Se asoma a la ventana y ve una sombra. Antes de que pueda decir socorro, reconoce a quien está entrando en el patio. Es el chico del pelo rizado, que viene caminando de puntillas. Cuando sus ojos se encuentran, ella sale corriendo al patio.

—¡Fuera! —grita, esperando que los vecinos la oigan—. ¡No puedes venir aquí!

El chico parece confundido.

—¿Por qué?

—Los de tu casta no pueden entrar en mi casa.

Es como si una violenta ráfaga de viento hubiera empujado al muchacho de repente hacia atrás. Pero rápidamente se recupera.

—Está bien —acepta. Su voz apenas le sale del cuerpo, pero Jini puede leer el movimiento de sus labios—: De acuerdo —repite dando media vuelta.

Vuelve a cruzar el patio y sale a la calle. Ella se queda de pie mucho tiempo con las manos en las caderas: se siente tan culpable que cree haberse convertido en una estatua de sal. Lo que acaba de hacer es lo que quieren los vecinos y su madre. Todos estarían orgullosos de ella. Desearía que el chico no hubiera venido. Hace tiempo que lo evita. Cada vez que él la saluda, ella se agacha; cada vez que lo ve caminando por la calle, ella se da la vuelta y se aleja en dirección contraria. No puede permitirse el lujo de meterse en líos, se repite a sí misma.

Cuando regresa a la cocina, las lentejas se han agarrado al fondo de la olla.

—¡Ya no valen! —grita Jini apagando el fuego y despegando el *dhal* socarrado. Bilu nunca se comería aquello. A ella ya se le ha metido en la nariz el tufo a quemado.

Mira al niño y suspira. La masa para el *roti* sí está hecha, pero seguro que él no se la quiere comer sola. Saca el rodillo y hace dos *roti* desiguales, con grumos en el centro, pero seguro que su hermano no nota la diferencia. Luego los pone en la plancha caliente y ve cómo se hinchan y adquieren un bonito color al dorarse. Bilu se levanta para mirar.

—¿Azúcar? —pregunta.

—Sí, azúcar —contesta Jini.

Apaga el fuego y pone los dos trozos en un plato. Saca el azúcar del recipiente que tiene escondido en el fondo del armario y lo espolvorea sobre el *roti* caliente. Se funde al instante con las oscuras burbujas del pan. Le da el plato a Bilu y se prepara dos para ella, y esta vez espolvorea una cantidad de azúcar aún más generosa. Necesita recompensarse con algo dulce para olvidar lo que le ha dicho a ese chico que acaba de echar a la calle .

—No se lo digas a nadie —dice Jini—. Mamá me matará.

Pero Bilu no conoce el significado de los secretos. Y Jini se da cuenta de que precisamente por eso lo quiere tanto.

Es temprano por la noche cuando Jini se escapa de casa.

Deja a Bilu en el salón con su plato de *roti* dulce. Lleva una semana comiendo eso todos los días. Menos mal que su madre, entre el trabajo y el templo, apenas ha estado en casa, porque seguro que se enfadaría al comprobar que ha gastado todo el azúcar. Envueltos en un pañuelo dentro de un bolsillo, Jini lleva un pequeño fajo de billetes y monedas para Pra-ji: ha contado diez dólares y sesenta y cinco centavos. Bastará para una sesión. Si su problema continúa tendrá que seguir ahorrando durante unos meses más para pagar su ayuda. Jini cierra la puerta, pero no echa la llave por si hay un incendio y Bilu tiene que salir. Hace solo dos meses, en una vivienda del otro extremo de la isla, una niña murió en un incendio porque su madre la dejó sola con la puerta cerrada. Jini se estremece al pensar en Bilu atrapado en una casa en llamas. Se propone volver a toda prisa, en cuanto acabe de hablar con Pra-ji.

—¿Adónde vas? —Dos voces al unísono sobresaltan a Jini. Son dos hermanas de la casa de al lado que están asomadas a la valla y la ven atravesar el césped de puntillas.

—A comprar —miente.

—Vas demasiado bien vestida para ir a comprar —dice Jasbir Kaur, que no se anda con rodeos, cambiando una mirada con su hermana, Amanpreet.

—Es que no voy a las tiendas del barrio. Voy a la ciudad. Mi madre me ha mandado hacer un recado allí —contesta Jini.

Lo dice mirándolas por encima del hombro, intentando aparentar seguridad. Las chicas no se quedan convencidas, pero al menos la dejan en paz. Se alejan cuchicheando y echan un vistazo a su casa. A Jini le parece oír que una de ellas pronuncia el nombre de Bilu, y ahora se pregunta si debería volver. «Estará bien», se convence. Siempre come despacio y, cuando termina, suele quedarse dormido en el acto. Si su madre llega a casa y lo encuentra solo, siempre puede mentir y decirle que ha tenido que volver a la escuela para recoger algo.

La semana pasada, en el templo, Pra-ji le dijo a su madre que, tras hablar con Dios, se había enterado de que padre tenía otra familia en la India: una esposa y dos bebés gemelos. Madre se tambaleó un poco de la impresión, y Jini tuvo que sujetarla por los hombros, para evitar que se derrumbara allí mismo, en el templo, con todas las mujeres mirando. Siempre se ponen a observar cuando mamá le pregunta algo a Pra-ji; por eso suele aguardar a que todas se hayan ido para hablar con él.

Después de aquello, su madre le dijo a Pra-ji que no quería saber nada más.

—¿Qué sentido tiene? Solo conseguiré disgustarme más. Gracias por su ayuda, pero ya no necesito saber nada más.

Pra-ji pareció molestarse; intentó convencerla de que hablar con Dios era la única forma de aliviar su tristeza.

—Puede preguntarle por su salud, cuándo será abuela de los hijos de Sarjit y su esposa, o por Jini. —Al decir esto, miró a Jini de forma directa haciendo que se sonrojara.

—¿Qué tengo que saber sobre Jini? —Madre se puso repentinamente alerta; Pra-ji le estaba dando argumentos para tenerla enganchada.

—Nada en este momento. Pero si alguna vez tiene alguna pregunta, como con quién debería casarse en el futuro, venga a hablar conmigo.

—Ya conozco su futuro —replicó su madre—; dejará la escuela cuando consiga los O-Levels y luego trabajará para ayudarnos. Más tarde, se casará con algún chico, alguien con mejor posición que nosotros, espero.

—Sí, Jini es una chica muy guapa —dijo Pra-ji—. Estoy seguro de que encontrará a alguien, aunque no acabe los estudios. A veces los chicos no quieren una muchacha que haya estudiado demasiado; temen que pueda ser problemática. —Algo en esta afirmación puso nerviosa a Jini, pero trató de no hacer caso. Quizá fue solo la forma en que Pra-ji se había expresado: parecía convencido de saberlo todo sobre ella.

Jini sigue andando. No ve a nadie detrás, tan solo a tres muchachos sentados en la acera que le dan la vuelta a un caracol muerto. Sueltan un grito y se alejan; luego se acercan pegándose codazos y llamando a sus amigos para que vengan a mirar.

Al abandonar el *kampung*, Jini siente como si alguien le echara un pesado fardo sobre los hombros. Su instinto le pide presentarse en casa de Pra-ji, pero podrían verla. Por si acaso, camina algo más deprisa de lo habitual. Una mujer vestida con un *sarong* le está echando la bronca a su marido, que mira al suelo con gesto solemne. A lo lejos se escucha una canción en inglés en una radio y a un grupo de chicas que intentan cantar al unísono. Poco a poco, las estrechas hileras de casas dan paso a calles más anchas y mejor planificadas, con viviendas más grandes. Son de ladrillo, con tejados en perfecto estado y contraventanas de múltiples colores: azul, verde, amarillo. Es como caminar por una tienda de juguetes. Incluso el suelo parece diferente; al andar lo nota más firme. La casa de Pra-ji está al final de la calle; es un *bungalow* rodeado por un hermoso jardín. Hay un pequeño estanque en el patio delantero y parterres con flores en todo el perímetro. Jini toca el timbre.

La sirvienta viene corriendo a abrir, arrastrando su pie deforme.

—No corras, por favor —le dice Jini.

La chica se queda mirando a Jini y abre la puerta.

—¿Podrías decirme qué deseas? —pregunta Rani.

Ella abre la boca para contestar, pero se contiene; apenas la conoce.

—Es algo privado —dice.

—Deberías haber venido acompañada de tu madre —replica Rani—. ¿Sabe ella que estás aquí?

¿Quién se cree esta chica que es para preguntar por su madre? Cuando está a punto de pedirle que no le cuente a nadie que ha ido, ve que Pra-ji está saliendo.

—¡Rani! —dice bruscamente. La muchacha da un respingo y entra corriendo en la casa—. Trae un vaso de agua para Jini y otro para mí. No fisgonees. Esto no es asunto tuyo.

Jini sonríe aliviada.

—Entra —dice Pra-ji—. Es muy entrometida; ¿qué te ha dicho?

—Nada; solo quería saber por qué estaba aquí.

—Luego hablaré con ella.

—Pra-ji, ¿y si se lo cuenta a mi madre? Ella no sabe que he venido a verle.

—No te preocupes —le asegura—; tu madre no se va a enterar de nada.

La casa de Pra-ji está profusamente decorada. En una esquina del salón, cerca de las escaleras, hay un gran baúl. La puerta de la cocina tiene una cortina de cuentas de madera tallada. En la mesa de centro, elaborados marcos con fotos se disponen cuidadosamente, y la misma mesa muestra una complicada escena en la que se ve a unos aldeanos subiendo una escarpada montaña. También hay dos alfombras persas con imágenes de tigres y elefantes. Además, por todas partes hay representaciones de Dios, así que Jini no puede mirar a ninguna de las paredes sin verlo. Opta por detenerse a observar el mobiliario y los ornamentos de la casa.

—¿Dónde ha comprado todas estas cosas? —le pregunta.

—No las he comprado. Me las han ido regalando con el tiempo. Ayudo a todo tipo de personas. En ocasiones adivino el futuro a los extranjeros. Les leo la palma de la mano. Me hacen preguntas sobre dinero, sobre sus familias en Inglaterra, sobre qué deben hacer… La mayoría de las veces les hablo de ellos mismos. Puedo ver con mucha precisión en el interior de las personas —mientras responde, Pra-ji la mira como si estuviera escaneando su cuerpo para analizar, a través de la ropa, las lesiones de su piel—: Enséñame la mano —le pide de repente.

Ella extiende la mano; él la toma y empieza a acariciarle las líneas de la palma.

—Has tenido que luchar mucho —afirma—. Todavía luchas, ¿verdad?

—Sí —asiente, aunque eso no es ninguna novedad: toda la comunidad sabe que las cosas no han sido fáciles para su familia.

—Tú y tu cuñada no os lleváis bien —continúa él.

—Sí —admite.

—Debes empezar a respetarla. Es mayor que tú.

Jini le cuenta que Bhabi-ji se escapa todas las tardes para no ocuparse de Bilu.

—¿A ti te gusta cuidar de tu hermano pequeño? —pregunta él.

—No me gusta cuando se porta mal, pero alguien tiene que ayudarle.

—Quizá tu cuñada tenga otras muchas obligaciones de las que ocuparse —añade Pra-ji, sin soltarle la mano.

—La única obligación que tiene es cocinar y limpiar; tampoco es para tanto —se queja Jini en tono sarcástico, y recuerda que, antes de la llegada de Bhabi-ji, eran ella y su madre las que llevaban la casa y hasta se organizaban mejor que ahora con ella.

—Me refiero a otros deberes, Jini… —Pra-ji parece estar poniendo mucho cuidado en sus palabras: Una esposa tiene el deber de hacer feliz a su marido.

Entonces Jini piensa en lo callado que se ha vuelto Sarjit desde que se casó, y se pregunta si será feliz. Cae en la cuenta de que Pra-ji la observa de nuevo fijamente y se siente incómoda. Le gustaría mirar a Dios, solo para asegurarse de que ha hecho lo correcto al venir, pero aún tiene miedo de mirarlo a los ojos. De todas formas, pensar en Dios no la tranquiliza. De pronto siente ansiedad, pero no sabe por qué.

—Tengo sed —dice.

Pra-ji la suelta por fin y llama a Rani para que se apresure con el agua.

—¿Cuánto vas a tardar en servir a mi invitada? —le grita.

Jini se sorprende, porque es la primera vez que lo escucha hablar con tanta dureza. Siempre le ha visto expresarse con suavidad, en un tono parecido al que se utiliza para convencer a un bebé de que se duerma. Entonces la mente se le va a Bilu. Recuerda con pesar que se le ha olvidado dejarle algo para que beba. Aún hace bastante calor por las tardes y seguro que tiene sed. Se reprocha a sí misma su descuido y confía en que se haya dormido después de la comida.

Rani sale con el agua y la deja sobre la mesa de café. Mira un instante a Jini, como si quisiera decirle algo con la mirada, pero, cuando Pra-ji le pregunta qué hace aún ahí de pie, regresa rápidamente a la cocina. Pra-ji le toma a Jini la otra mano.

—Parece que tendrás una larga vida. Tienes por delante una buena vida —se reafirma, inspeccionando una de las líneas—. No te preocupes por los estudios. Dispondrás de mucho tiempo para ponerte al día con eso más adelante.

—¿De verdad?

—De verdad —confirma él—. Pero por ahora debemos trabajar con tu alma. ¿En qué tipo de

cosas has pensado últimamente, Jini?

—Pienso en mi padre. Estoy muy enfadada con él —confiesa ella, y se sorprende a sí misma llorando—. Por culpa suya lo estamos pasando muy mal en casa. A veces me gustaría verlo sufrir igual que está haciendo sufrir a mi madre. Y a veces… a veces no puedo creer que Dios permita que algo así ocurra.

Oculta las lágrimas con la mano libre y libera la otra, hasta ahora entre las de Pra-ji. Entonces se acuerda del dinero que lleva en el bolsillo.

—Le he traído esto —dice, sacando el pañuelo. Él coge el dinero con las dos manos y lo deja a un lado—. Son casi once dólares.

—Da igual la cantidad, mi niña. Cualquiera sirve. Solo quiero ayudarte. Cuéntame más cosas —prosigue él, mientras cuenta el dinero y se lo mete en el bolsillo. A Jini el alma se le cae a los pies. En el fondo esperaba que, conociendo la situación de la familia, se lo devolviera—. Continúa. ¿A qué esperas? —Pra-ji la insta a seguir hablando.

Ella le cuenta entonces cómo ha cambiado Sarjit y le habla de los problemas que su madre ha tenido con la espalda. Le dice que se siente culpable por haber echado al chico de su patio por la mañana.

—¿Es cierto que no debemos mezclarnos con la gente de su casta? —le pregunta.

—Es mejor no hacerlo. No es solo una cuestión de casta. Sus ideas son diferentes. No respetan la religión. A ese chico del que me hablas, ¿lo has visto alguna vez en el templo?

—No va. Ni siquiera parece sij. Lleva el pelo corto.

—¡Se corta el pelo! ¿Ves lo que quiero decir? No son como nosotros.

Jini asiente. Aún se pone triste al recordar la mirada del muchacho antes de darse la vuelta para regresar a la calle. Pra-ji la observa.

—Eres una chica muy dulce, Jini. Te preocupas demasiado por la gente.

—¿Eso es malo? —pregunta ella.

—No. Pero no deberías atormentarte. No pienses en lo que ha hecho tu padre. Dios lo juzgará; has de estar segura de ello. Nadie puede huir de esos ojos vigilantes —y al hablar señala detrás de él, hacia la pared, de modo que Jini se ve obligada a mirar a Dios por primera vez en meses. Él la observa con la mano levantada, dispuesto a emitir su juicio—: Quiero ver esas lesiones.

Obediente, ella se sube las mangas. Él le estira los brazos hasta ponérselos sobre el regazo. Jini se siente extraña en esa postura, con los brazos sobre sus muslos, pero él parece examinarlos como haría un médico. Al rodearle las costras con los pulgares ella se retuerce, incómoda.

—Me pican mucho —se queja.

—¿Cuándo te pican? —pregunta él.

—Cuando pienso en algo malo —se apresura a contestar.

Pero no es del todo cierto: a veces, cuando su mente está tranquila y solo la ocupan pensamientos positivos, las costras también le arden. No encuentra explicación para esto, pero como quiere que Pra-ji la ayude, le cuenta lo que él espera oír.

—Puedo ayudarte —se ofrece él, bajando el tono de su voz—. Ahora voy a cerrar los ojos y quiero que tú hagas lo mismo. Vamos a entrar en comunión con Dios.

Jini se lleva las manos a la cabeza.

—¿Puedo ponerme algo para cubrirme la cabeza? Si vamos a rezar…

—No es necesario —dice Pra-ji. Se adivina cierta impaciencia en su voz y Jini vuelve a sentirse incómoda. Está inquieto, se muerde las comisuras de los labios, como si intentara reprimir con una sonrisa forzada una mueca de disgusto—: Esto no es como rezar en el templo. En el templo, nos

cubrimos la cabeza para respetar el hogar de Dios. Esta es mi casa, así que soy yo quien manda —mientras lo dice, está riéndose, y Jini se siente mal, pues se supone que el mundo entero es el hogar de Dios.

Pra-ji le pide ahora que cierre los ojos y empieza a cantar suavemente. Jini escucha y se concentra mucho en que las costras se vayan, en que desaparezcan del todo. Piensa en su padre y trata de no odiarlo. Promete ser más amable con su cuñada, devolver el dinero al tendero, ayudar más a su madre…

—Abre los ojos. Tengo que hacerte otra pregunta. —Cuando Jini obedece, Pra-ji vuelve a hablar —: ¿Qué otros pensamientos has tenido, además de los que me has contado?

Jini se estruja el cerebro en busca de cualquier otra cosa que haya podido imaginar su mente. Pra-ji se le acerca hasta que sus labios casi rozan su mejilla y le susurra al oído.

—¿Qué hay de los chicos?

—¿Chicos? —inquiere.

—Ese chico de la familia de casta inferior… ¿Te gusta?

Está empezando a agobiarse; siente que de pronto hace mucho calor en el amplio salón de Pra-ji. Toma unos tragos de agua.

—Solo es un compañero de la escuela.

—¿No es tu novio? —le pregunta él, que ahora dirige la mirada directamente hacia su pecho, mientras ella intenta sosegar su respiración.

—No. No lo es. No tengo novio. Ni siquiera hablo con ningún chico. Mi madre me mataría —dice.

Pra-ji parece escéptico. Le acaricia el pelo, se lo aparta de la cara y se lo coloca detrás de las orejas.

—No pasa nada, siempre que no se lo digas a nadie —susurra.

Jini siente una tensión enorme en todo el cuerpo. Entonces, Pra-ji retoma su postura recta y comienza a cantar de nuevo.

—Vuelve a cerrar los ojos, Jini —le indica ahora.

Ella lo hace, pero se siente insegura. En su mente, comienza su propia oración: «Dios, por favor, ayúdame. Creo que he cometido un error viniendo aquí. Por favor, ayúdame a salir de aquí». Podría huir, sí, pero entonces, ¿qué diría Pra-ji a la gente? Lo creerían a él, no a ella; aunque corriera por las calles diciéndole a todo el mundo que es un depravado, que ha intentado hablarle de novios… O tal vez es así como ayuda… «Dios, ayúdame», le implora. Pero tiene la cabeza descubierta. ¿Podrá Él siquiera oírla?

Entonces siente algo, una mano fría que se desliza por su blusa y llega hasta su estómago.

—Solo quiero sentir tu piel —dice él—. Quiero saber cómo está.

Ella permanece inmóvil, congelada. Entonces Pra-ji avanza hacia arriba con las manos, le agarra los pechos y se los aprieta. Con una fuerza repentina, la empuja al suelo y presiona su cara con la suya; acto seguido empieza a restregar su cuerpo contra el de ella.

—¡No! —grita, pero su voz es más fuerte en su cabeza. Con la boca aplastada por los hombros de él, su grito no es más que un ruido apagado. Ahora él le tira de los pantalones hacia abajo, obligándola a separar las piernas—. ¡Para! —suplica dando patadas al aire—. ¡Socorro!

Entonces Jini repara en el vaso de agua sobre la mesa de centro. Pra-ji le ha inmovilizado uno de los brazos, pero el otro lo tiene libre porque él anda ocupado intentando abrirle las piernas. Agarra el vaso y le derrama el agua por la espalda. Por un instante, él se detiene, sobresaltado. Jini aprovecha para darle un golpe más fuerte con el vaso en la cabeza. La sangre y el agua resbalan por la cara de Pra-ji y por la muñeca de Jini. A él se le escapa un grito estrangulado.

—¡Pequeña puta! —grita, llevándose una mano a la herida de la cara. La sangre le mancha los dedos—. ¿Quién te crees que eres? Vienes aquí pidiendo mi ayuda, no tienes a tu padre, tu familia tiene la peor reputación de toda la comunidad, ¿y te atreves a atacarme?

—¡Cabrón! —exclama ella. Le da igual que sea una palabrota. No le importa que las ronchas no se le vayan, que se le extiendan por la cara y le sigan picando el resto de su vida. Nunca se convertirá en una seguidora de Dios si esto es lo que hacen los seguidores de Dios. Ahora ve su retrato por toda la casa, con sus ojos acusándola—. ¡Hijo de puta! ¡Perro asqueroso!

Grita y grita estos insultos una y otra vez hasta que se da cuenta de que ya está fuera de la casa; no ha dejado de correr desde que se zafó de él. Le sangra la mano, tiene un corte en la palma y siente que el corazón le late en la herida con violencia. Corre dejando atrás las mansiones aledañas, que ahora parecen alargarse con su propia sombra al sol del atardecer. Corre de regreso a su barrio, y queda en la acera un rastro de sangre a su paso.

Cuando Jini llega a la parte alta de la calle, de donde sale una bocacalle que baja directamente hasta su casa, ve a un montón de gente agolpada en la puerta. Al principio piensa que a lo mejor hay una boda, pero es un día entre semana y solo hay bodas los domingos. Además, el ambiente —que hoy es húmedo y está cargado— le hace presentir que algo aterrador acaba de ocurrir.

Mira al cielo; hay pocas nubes y el sol está a punto de ponerse. A veces se ha preguntado por qué el sol es tan perezoso para salir por la mañana y por la tarde se va raudo y veloz, como si llegara con retraso a una cita.

Al entrar en la bocacalle deja de correr para que nadie se percate de que llega en este mismo momento, y se esconde la mano herida atrás, en la espalda. Enseguida, cuando su madre llegue a casa, le contará con calma lo que le ha hecho Pra-ji. Su hermano se enfadará muchísimo y un buen día lo amonestará públicamente en el templo; así todo el mundo sabrá lo farsante y depravado que es ese tipo. En cuanto a su piel, aprenderá a vivir con ella. Cuando empiece a trabajar podrá permitirse consultar a un médico y es posible que él le diga lo que le pasa. Quizá el tipo de jabón que utiliza es demasiado fuerte, o tiene algún tipo de alergia. Ya ha pensado antes en esta posibilidad, pero estaba tan pendiente de Dios que achacaba su dolencia a un castigo divino. ¿Cómo ha podido ser tan tonta? Una vez más, nota ese nudo de vergüenza en el estómago. Por lo menos, ahora tiene un plan; esto es lo que importa. Sin embargo, a medida que baja por la calle siente que el corazón le late otra vez cada vez más rápido. ¿Qué estará pasando?

Una mujer se le acerca corriendo en ropa de dormir; una larguísima camisola estampada en batik con el bajo golpeándole los tobillos. Es la Tita-Gurpreet, la madre de las niñas de al lado.

—¿Dónde estabas? —grita.

Jini pasa por delante de la mujer y ve la puerta de su casa abierta de par en par.

—¿Bilu? —susurra.

Un terror repentino invade su cuerpo como un fuego salvaje. La multitud se echa a un lado y a otro para dejarle paso. No ve por ningún lado a su hermano. En la cocina hay más personas. No son de la comunidad: llevan uniforme y están levantando una gran bolsa opaca. «¿Dónde está Bilu?», vuelve a preguntarse. No puede estar herido. Antes de irse ha tomado todas las precauciones para que no le pasara nada y no ha estado solo mucho tiempo. Entonces se fija en la botella de Coca-Cola. Anoche echó un poco de lejía en la bañera y metió en ella sus zapatos. Después escondió la botella con los demás productos de limpieza; aún le quedaban tres cuartas partes, pero ahora está casi vacía. Inmediatamente piensa en la forma que tiene Bilu de comer: engulle tan rápido que a veces ella teme que se atragante. Debe de haber pensado que la lejía era agua. Alguien con uniforme

se dirige a ella:

—¿No le ha oído gritar? ¿Dónde estaba?

Los vecinos, prestos a colaborar, declaran que le han oído gritar y pedir ayuda. Entonces han irrumpido en la casa y han intentado levantarlo, pero no han podido porque él se estaba retorciendo de dolor. Cada vez que Jini intenta decir algo, un sabor espeso y agrio le impide abrir la boca. Quiere agacharse junto a Bilu (ahora comprende que está dentro de esa enorme bolsa); quiere hablarle y decirle que se pondrá bien, que siente mucho haberlo dejado solo…, pero algo la tiene paralizada; no sabe qué es hasta que se da cuenta de que todas las miradas están clavadas en ella: las miradas de la multitud, las miradas de quienes se asoman a las ventanas, por las que apenas entra ya la luz de la tarde. Permanece ahí de pie, sin decir nada, bajo el peso de sus ojos inquisidores. Es entonces cuando comprende que su vida se ha detenido en ese instante y en ese lugar.

CUARTA PARTE

Capítulo once

1991

Mamá tenía la cara bañada en lágrimas cuando acabó su relato.

—Cuando la gente empezó a preguntar dónde estábamos mi madre y yo en el momento de la muerte de Bilu, tuve que decirles que había estado en casa de Pra-ji. Pero él lo negó. Dijo que yo nunca había estado allí. Tenía miedo de que contara lo que había hecho, así que negó que lo hubiera visitado. Fue entonces cuando empezaron los rumores.

—¿Qué tipo de rumores? —pregunté.

—Como no conseguí probar dónde había estado, la gente empezó a comentar que probablemente me citaba con hombres en la ciudad. Estoy segura de que Pra-ji echó aún más leña al fuego contribuyendo a que esos chismes se extendieran. Si conseguía convencerlos de que yo era aquel tipo de chica fácil, nadie tomaría en serio mi versión de los hechos.

Pensé en la sirvienta.

—¿Crees que eso fue lo que le pasó a Rani?

Mamá asintió.

—Por eso quería saber dónde estaba mi madre. Yo pensé que se estaba metiendo donde no la llamaban, pero solo estaba tratando de advertirme. No puedo imaginarme cómo sería su vida con aquella bestia.

Mamá se estremeció. Se limpió las mejillas con el dorso de la mano; las lágrimas se abrían paso por su rostro dejando líneas brillantes.

—Tu tía cree que no merezco que me devuelvan las joyas por lo que pasó aquel día. Dice que mi error les costó todo, y que, en cualquier caso, las joyas solo habían sido un préstamo de Nani-ji.

Permanecimos mucho tiempo sentadas en silencio. Mamá estiró un poco el cuello para mirar el reloj de su muñeca y se levantó enseguida al darse cuenta de que era hora de empezar a preparar la cena. Estuvo durante un minuto paseando erráticamente por la cocina antes de abrir la puerta de la nevera. En cuanto a mí, los detalles de su relato ocupaban por completo mis pensamientos. Podía imaginarla con quince años, confundida y asustada. Recordé aquel día en que nos marchamos del templo, cuando salió del edificio sin decir palabra, presa de la indignación. Ella no podía permitir que la Tita-Gorda se saliera con la suya y se llevara sus joyas; tenía que haber alguna forma de recuperarlas.

—Quizá la Tita-Gorda escuche tu versión de los hechos si algún día la llamas y la encuentras de buen humor —sugerí.

Mamá negó con la cabeza.

—En todos los años que llevo teniendo cierta relación con ella, nunca la he visto de buen humor. No la creo capaz de ser generosa. —Abrí la boca para protestar, pero mamá me cortó y añadió en tono severo—: ¡Ya basta, Pin!

Y tuve que dejar el tema. Observé atentamente los ingredientes que estaba sacando para hacer la cena: semillas de anís, cardamomo y guindilla roja en polvo, carne y patatas, arroz y judías largas crujientes. Mamá seguía sumida en sus pensamientos. Olvidar aquello no le resultaba nada fácil.

Faltaban dos semanas para el Año Nuevo chino y toda la ciudad estaba iluminada de rojo. De las farolas de las calles colgaban farolillos de papel inflados, y la ligera brisa de febrero hacía bailar las púas del cuerpo de los dragones de tela. El sábado por la mañana papá y yo nos sentamos en el centro de venta ambulante para dibujar el barrio, pero no pude hacerlo. Para dibujar Singapur durante el Año Nuevo chino necesitabas rojo, rosa y dorado. Y había que incluir la música —aguda, ya rayando en la estridencia, con platillos y tambores— que salía de las tiendas de artículos variados de saldo frente a los puestos.

—No puedo hacerlo —le dije a papá, pasándole mi papel.

Pero él estaba demasiado concentrado como para levantar la vista. Tratándose de dibujos, no creía en la utilidad del color; aseguraba que todo el que necesitaba se formaba a partir del negro, el blanco y el gris.

—Hecho —concluyó—. ¿Te gusta?

Asentí, aunque la escena me parecía un poco deprimente. Había dibujado el bloque de pisos de enfrente, de cuyos corredores colgaban linternas de diferentes formas y tamaños.

—Puedes quedártelo y colorearlo si quieres —me propuso.

—Gracias —murmuré, doblando la hoja.

—Tienes el pensamiento en otra parte —observó papá—. Dime.

—Nada —repliqué.

—¿Te han vuelto a importunar los fantasmas?

—No.

La figura que vi a través de la ventana ya no había vuelto y estaba convencida de que todo había sido fruto de mi imaginación. A veces, por la noche, los faroles de nuestro corredor se balanceaban con el viento proyectando extrañas sombras en las paredes.

—¿Cómo va el colegio? —preguntó.

—Va bien.

—La señora Paraswati, ¿verdad?

—Parasuram.

—¿Es buena maestra?

Hice una mueca antes de responder en tono de queja:

—Pone demasiados deberes.

—Todos los maestros ponen demasiados deberes. Pero eso es mejor para ti. Piensa en todo lo que sabrás cuando acabe el curso. Más incluso que las niñas de las otras clases que no tienen a la señora Parasurna de profesora.

—¡Parasuram! —Estaba empezando a perder la paciencia; a papá se le daba fatal memorizar nombres.

—Eso es lo que he dicho —confirmó.

—Tengo una nueva amiga en el colegio. Se llama Kristen. Este año su cumple cae el mismo día

que el Año Nuevo chino y me ha dicho que va a hacer una fiesta. Se acaba de mudar aquí desde Estados Unidos.

—Qué bien —celebró papá—. Siempre he querido ir. Cuando gane la lotería, iremos.

—Será *si* ganas —le corregí—. No sabes si ganarás alguna vez.

—*Cuando* gane —reiteró él con firmeza, y empezó a dibujar de nuevo presionando su lapicero con fuerza sobre el papel.

Un niño pequeño y su madre ocupaban la mesa de al lado; ella le estaba dando cucharadas de arroz blanco caldoso. Aplaudía, se contoneaba y a veces giraba la cabeza cuando su madre intentaba meterle la cuchara en la boca. Tenía las mejillas y el cuello de la camiseta llenos de manchurrones de comida. Papá intentó dibujarlo. Sus atrevidos trazos no se ajustaban a la delgada cabeza de pelo liso del niño, ni a su pequeña nariz, tampoco a sus ojos o a su boca. Pero el día estaba comenzando y aquel era justo el momento en el que papá se sentía más seguro de sí mismo, así que decidí no sacar más faltas a lo que estaba haciendo.

Kristen repartió las invitaciones al lunes siguiente. En clase estábamos hablando tan alto que la señora Parasuram nos amenazó con quitarnos puntos en el examen semanal de ortografía y dictado para que nos calmáramos. Nadie quería sacar mala nota en ortografía y dictado. Aquella semana había palabras como «pandemónium» y «dilapidado». Elaine Lee y yo nos las habíamos preguntado mutuamente tantas veces, deletreándolas para aprenderlas, que llegó un momento en que estaba segura de que hasta la Tita-Honey se las sabía de memoria, y eso que su inglés no era siquiera pasable. Kristen me escribió una nota en el borde de su libro de ejercicios de ciencias.

—¡Acuérdate de venir vestida de rojo!

Le hice un rápido gesto de asentimiento con la cabeza, pero mi mente de pronto se puso en guardia. ¿Tenía algo rojo? Tenía ropa rosa, pero toda era demasiado infantil o no lo suficientemente formal para una fiesta.

Durante el recreo, un grupo de niñas se reunió alrededor de nuestra mesa para hablar de la fiesta. Cuando Farizah se levantó para comprar una bebida, los ojos de Kristen la siguieron. Esperó hasta que se alejó y entonces, dirigiéndose a las demás, nos dijo que esperaba que todas nos pusiéramos *cheongsams*40 rojos con zapatos negros.

—No tiene que ser exactamente el mismo modelo —concedió—, pero mi madre dice que saldríamos muy bien en las fotografías si todas lleváramos *cheongsams* rojos cortos con zapatos negros.

Miré a Farizah, que hacía cola en el puesto de bebidas. Todas las niñas de la clase habían sido invitadas, incluida ella.

—No creo que Farizah pueda llevar un vestido corto.

—Pero Sofia Rahman también es musulmana y dice que lo hará —repuso Kristen.

—Sí, pero Farizah es… diferente. Probablemente llevará una falda larga o pantalones.

—Entonces, tal vez no debería haberla invitado —replicó Kristen. Miré a las otras niñas para ver si reprobaban, como yo, el comentario, pero todas sonreían. No había muchas que entendieran a Farizah y menos aún que quisieran intentarlo.

—De todos modos, es probable que ella ni venga —me apresuré a decir—; no come nada que haya estado en contacto con carne de cerdo.

Era verdad. Cuando estábamos en tercero de primaria, Alison Chu invitó a todas las compañeras de clase a la fiesta de cumpleaños que celebraba en su casa. La madre de Alison había dispuesto los bocadillos de patata al *curry*, las tortitas de cacahuete y el *keropok*41 en sus mejores fuentes de porcelana. Farizah se negó a comer de nada. Dijo que para ella era pecado comer de un plato que

hubiera estado en contacto alguna vez con la carne de cerdo. Había otras dos niñas musulmanas en la fiesta que no habían puesto pegas; «la comida es halal[42] —le habían asegurado—, no importa si el plato ha tocado algo de cerdo alguna vez mientras los alimentos que vas a comer no hayan estado en contacto». Pero Farizah optó por no decir nada, y también por no probar bocado.

—Qué cosa más rara… —dijo Kristen.

Puso una cara fea que hizo reír a las otras niñas. Me uní a ellas; mi risa sonó forzada y me di cuenta de que las demás me miraban, como intentando averiguar de qué lado estaba. De todos modos, Farizah no estaba por ahí. Me convencí pensando que ella era rara a veces, y entonces mi risa se volvió más natural.

—Pero tú sí vendrás seguro a mi fiesta, ¿verdad? —me preguntó Kristen después, cuando hacíamos la cola para volver a clase.

—Segurísimo —confirmé, con mi sonrisa más convincente. No quería parecer distinta de las otras niñas y arriesgarme a que hablaran de mí a mis espaldas, pero un *cheongsam* rojo costaba mucho, especialmente ahora que la mayoría de la gente de Singapur estaba haciendo sus compras de Año Nuevo. Sin duda mamá consideraría un despilfarro comprar un vestido solo para una fiesta; lo sabía sin siquiera preguntarle. Papá probablemente diría lo mismo, aunque lo haría de forma más amable.

En la asamblea, unos días después, la señora D'Cruz nos dio otra charla sobre Dios y el dinero:

—Cuando celebramos el Año Nuevo lunar, recibimos paquetes rojos de nuestros familiares y esperamos que dentro haya mucho dinero. Dios quiere que ustedes prosperen, no solo con dinero en sus carteras, sino también con amor en sus corazones. Deben dar gracias por sus regalos ofreciéndoselos a Dios. Él, a cambio, las colmará de bienes.

Dicho esto, los prefectos del colegio se pusieron a distribuir sobres rojos. Se parecían mucho a los paquetes del mismo color del Año Nuevo chino, llevaban adornos dorados y dibujos de delicadas ramas con hojas de tono rosa y abultadas naranjas colgando de ellas. Pero junto al cierre aparecía el nombre de nuestro colegio en letras doradas.

Todavía estirando los labios para forzar una sonrisa, la señora D'Cruz explicó que el colegio estaba levantando una nueva capilla donde antes estaba el antiguo edificio de arte. Dijo que la construcción de la nueva capilla dependía del dinero de las donaciones, y luego mencionó los nombres de algunos padres que ya habían ofrecido generosas aportaciones.

—No esperamos que donen grandes cantidades, pero piensen en la posibilidad de ofrecer algo de su propio bolsillo para esta buena causa. Recuerden lo feliz que se pondrá Dios.

A mi alrededor, todas las demás niñas se miraron y sacaron sus monederos. Dentro del bolsillo de mi pichi palpé el delgado billete de dos dólares, consciente de que, si renunciaba a él, no tendría dinero para comprar la comida de aquel día.

—¿Tú no donas nada? —me preguntó Kristen. A continuación, introdujo en el sobre un billete verde de cinco dólares y presionó la solapa para dejarlo bien cerrado.

—Hoy me he olvidado de traer dinero —mentí.

Y entonces caí en la cuenta: toda aquella charla de la señora D'Cruz sobre que Dios hace crecer nuestro dinero me dio una idea.

Nuestra primera clase al volver de la asamblea era de sociales. La señora Parasuram continuó con su aburrida disertación sobre sir Stamford Raffles. Nos pasó una foto en la que se veía la estatua blanca que tenía dedicada en la ciudad, donde aparecía con los brazos cruzados, la barbilla algo erguida y las piernas muy separadas, como si intentara dominar toda la isla. Levanté la mano y pregunté si podía ir al baño.

—Quedan veinte minutos para la salida. Puedes ir entonces —dijo la señora Parasuram. Antes de

que pudiera continuar con su lección, levanté la mano, esta vez agitándola—. ¿Sí, Parveen? —Parecía estar perdiendo la paciencia.

—Es que es urgente —confesé.

La clase entera se echó a reír. Deborah Ong había pronunciado esas mismas palabras el día en que se había indispuesto, con diarrea y vómitos, todo a la vez, en segundo de primaria.

—Está bien, pues ve entonces —se apresuró a conceder la señora Parasuram, que debía de estar al tanto del incidente de Deborah Ong.

Tomé el sobre del escritorio y me lo introduje en el bolsillo. En los pasillos reinaba el silencio, solo interrumpido cuando un maestro elevaba la voz en cualquiera de las aulas. Miré a mi alrededor antes de pasar por los aseos, por si acaso había algún prefecto vigilando cerca de la escalera; no quería que nadie me delatara porque no tenía intención de ir a los aseos. Bajé las escaleras a toda prisa, arrimándome a las paredes, hasta llegar a las vidrieras y, entonces, sin pensármelo dos veces, me colé en la vieja capilla.

Una ráfaga de aire frío me refrescó la cara, el cuello y las piernas cuando me apresuré a tomar asiento en el primer banco. En la capilla no había nadie; solo estaba yo. La estancia me parecía más oscura que la última vez que me había asomado por allí. Me sentí un poco triste por aquel Dios, sentado solo en esa casa fría y sin luz. Cerré los ojos e inmediatamente mi mente ideó una imagen de él. Tenía el pelo largo y no se molestaba en atárselo ni lo cubría con un turbante.

—Hola —le saludé. Tenía la garganta seca y me salió un pequeño graznido. Tragué saliva y lo intenté de nuevo. Esta vez sonó como un susurro.

—Hola. —La voz de este Dios era muy suave, casi como la de alguien joven. Se parecía un poco a la del hombre de la Junta de Servicios Públicos que llamaba a casa para recordarnos amablemente que pagáramos la factura de la luz.

—¿Cómo debo llamarte? —pregunté, esta vez con más confianza.

—Como tú quieras, niña —respondió. Me vinieron a la mente algunos apodos, pero decidí aplazar mi decisión hasta que fuera realmente necesario.

—Soy Pin —me presenté.

—Lo sé.

—¿Sabes mi apellido?

—Kaur. Eres sij.

—Entonces, ¿hago bien en estar aquí? —pregunté con seriedad.

Se rio —sin perder la dulzura—, pero aun así me puse nerviosa. Me recordó a mamá cuando me contaba su historia y en la mitad del relato había hecho una pausa sonriendo para sus adentros. No era una sonrisa feliz; más bien la ponía para evitar que sus labios temblaran de rabia y se lanzaran a pronunciar palabras de las que luego se arrepentiría. Era una sonrisa con la que creía estar protegiéndome de algo malo, pero a pesar de eso me asustó. Yo tenía miedo de que ese gesto la confundiera y le impidiera decirme la verdad. Del mismo modo, ahora temía que Dios no fuera sincero conmigo.

—Está perfecto —me contestó. Solo entonces me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración mientras esperaba su respuesta.

Un largo suspiro salió de mis labios y llenó de calor el aire que me rodeaba. Me desplacé hasta el centro del banco y volví a cerrar los ojos, concentrándome en imaginar el aspecto de aquel Dios. Finalmente decidí que sus ojos no eran muy diferentes de los del mío; llorosos y algo caídos, como si acabara de ver una película triste. Las comisuras de sus labios se torcían también hacia abajo. Era más delgado que mi Dios y pensé que seguramente se debía a la diferente alimentación de uno y

otro. Mi Dios vivía a base de pan frito grasiento empapado en salsas espesas y especiadas, verduras amarillentas y yogur grumoso, así que no era de extrañar que su retrato ocupara todo el espacio dentro de su marco. Recordé vagamente que la señora D'Cruz había dicho algo sobre el pan, el vino y un gran banquete de despedida, pero, aparte de eso, no creía que este Dios hubiera comido mucho. Podía ver la fina hilera que formaban sus costillas a través de su piel bronceada.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que había estado fuera de clase demasiado tiempo y me preocupé. «Tengo que volver o mi maestra se enfadará», me dije. Estuve a punto de decirle que creía encontrarme en los aseos, pero, si era un Dios de verdad, probablemente no aprobaría mi mentira. Saqué el sobre y rápidamente metí dentro el billete de dos dólares. Humedecí la lengüeta con la lengua y lo cerré presionándolo firmemente con el pulgar. Luego lo introduje en la caja de los donativos.

—Ayúdame —me limité a susurrar, aunque en realidad quería decirle que necesitaba su ayuda en todo.

Yo no me sentía cómoda hablando con mi propio Dios porque todavía estaba en el trastero y temía que siguiera enfadado. Pero si este Dios podía hacer crecer mi dinero como había prometido la señora D'Cruz, tal vez tuviera suficiente para comprarme un vestido rojo o rosa para la fiesta de Kristen e incluso algo de sobra para darle un *ang pow*[43] como regalo de cumpleaños. Quizá a papá le tocara la lotería y las facturas resultaran más fáciles de pagar; en ese caso él tendría que hacer menos turnos o conseguiría un trabajo más fácil en la ciudad. Tal vez incluso algún día podría comprarle a mamá joyas mejores y más caras para que se olvidara de las que la Tita-Gorda y Nani-ji le habían quitado.

Salí de la capilla y me encontré de golpe con el calor del sol de la tarde. Contuve la respiración mientras regresaba corriendo hacia mi clase, preocupada por si la señora Parasuram exigía saber dónde había estado tanto tiempo. Pero apenas se interrumpió, y casi ni se dio cuenta cuando entré en el aula. Estaba demasiado ocupada contando historias de cómo Singapur había pasado de ser un pantano a una bulliciosa metrópolis. Sus ojos brillaban de emoción, como si estuviera viendo ante ella toda la transformación del país.

Al día siguiente ocurrió algo que me hizo creer en el nuevo Dios. Acababa de empezar el recreo, cuando encontré una moneda de un dólar en el suelo, debajo de mi mesa, en la cantina.

—¡Mira! —exclamé al vislumbrar el color dorado del metal—. La he visto yo primero.

Kristen se agachó también a mirar.

—Vaya —dijo—. Nunca había encontrado una moneda de un dólar. Siempre son las de un centavo las que están en el suelo.

Me apresuré a colocar la moneda en la mesa y las dos nos pusimos a examinarla. No había nada en ella que indicara que podía ser falsa: no se trataba de una de esas monedas de chocolate envueltas en papel dorado. Cuando iba a la guardería, un niño que conocía había intentado convencerme de que el papel de aluminio era de oro auténtico, pero no le creí.

Me la metí rápidamente en el bolsillo y Kristen le dio otro sorbo a su té helado de melón de invierno.

—¿No vas a compartirlo? —preguntó con aquella sonrisa que solía poner, que significaba que no se enfadaría si decía que no. De todos modos, me sentí culpable.

—No puedo —repliqué, pero no me atreví a darle más explicaciones—. Lo siento —murmuré, levantándome de la mesa.

Kristen juntó los extremos de sus palillos y comenzó a dar vueltas a sus delgados *bee hoon*[44]. Al

hacerlo, el vapor de los fideos calientes salió disparado hacia su cara formando gotas de sudor entre su nariz y su labio superior.

Sonó el timbre que indicaba el final del recreo y Kristen comenzó a comer compulsivamente. La sopa salpicó la mesa, haciéndonos reír a las dos. El incidente hizo que se olvidara al instante de la moneda y yo me alegré de no tener que explicarle para qué la quería.

Conforme avanzaba el día, estaba menos segura de que el dinero que había encontrado guardara alguna relación con el nuevo Dios. Al fin y al cabo, solo era un dólar, ¿qué iba a comprarme con él? Podría comprar un plato de fideos en el colegio o una taza de Milo[45] caliente y me devolverían algo de cambio. La directora siempre decía en sus discursos que Dios daba mucho cuando la gente estaba necesitada. Yo no me moría de hambre. Solo necesitaba un vestido. Pensé en mamá y en Nani-ji contando los últimos centavos que les quedaban para comprar unas cebollas o un poco de sal en su *kampung* y de repente me sentí muy culpable. Pero realmente quería estar a la altura de las demás niñas en la fiesta de Kristen.

Durante las oraciones que siguieron al recreo, repetí con ellas el padrenuestro. Me sabía todas las palabras de memoria por haber tenido que escucharlas todos aquellos años, y recé con la cabeza baja, para que nadie me viera y se preguntara por qué de repente me estaba dirigiendo a otro Dios. Oré con fuerza, con los ojos cerrados y con las manos tan apretadas que luego las notaba pegajosas por el sudor.

Él me escuchaba. Tenía que estar escuchándome porque, cuando papá llegó a casa aquella noche, anunció que tenía muy buenas noticias.

—¡Pin, he ganado! —gritó golpeando el candado de la cancela de la puerta, que repicó contra los barrotes de hierro y resonó en todo el corredor.

—¿Qué es lo que has ganado? —pregunté.

—¡Los 4D! —exclamó—. Bueno, he ganado un premio de consolación, no el premio premio, ¡pero lo importante es que he ganado algo!

Abrió la puerta de golpe y extendió los brazos para que yo me lanzara a abrazarle, pero me escabullí y entré en casa a hurtadillas, como un vulgar ladrón. Los premios de consolación eran de trescientos, cuatrocientos o quinientos dólares; los de verdad, de miles de dólares. Imaginé el peso de los trescientos dólares y, a continuación, pensé en el peso de las joyas de mamá. ¿Eran equivalentes? No estaba segura. Sin embargo, estaba emocionada por papá. Por fin había ganado, y no era casualidad. Me acordé de los dos dólares que había donado al Dios del colegio y me imaginé el dinero echando raíces como un árbol.

—Mamá está muy contenta —dijo, aunque su voz no sonaba muy convincente.

Me tendió otro abrazo y me coloqué a su lado para devolvérselo. Mamá salió de su dormitorio como un fantasma, con su camisón de manga larga.

—¿No te alegras de que tengamos algo de dinero extra para mimar a Pin? —le preguntó.

Yo me encogí de hombros un poco avergonzada. Mimarme era probablemente lo último que mamá habría querido hacer con el dinero de la lotería. Ella se volvió hacia mí y me dedicó una media sonrisa:

—Hay algo de gachas, si aún no has comido —me ofreció.

Asentí con la cabeza.

—Tengo hambre —dije.

Los pasos de mamá arrastrándose con desgana por el suelo sonaban como la vieja escoba de ratán que guardábamos en el trastero. Cuando yo era muy pequeña, solía levantar los pies cuando la veía barrer el polvo de la alfombra del salón con las cerdas duras de aquella escoba. Me volví hacia papá

para preguntarle qué le pasaba a mamá, pero él estaba paseándose por el salón excitado y divagando sobre su estrategia.

—Verás, Pin, yo sabía que mis números no funcionaban porque no los sentía. Entonces compré esos boletos y noté algo, no sé, como una luz, un calor, o algo así. Creo que lo sentí en mi corazón. Y supe lo que tenía que hacer. Los números simplemente vinieron a mí. A veces, los números simplemente vienen a ti.

Hizo una pausa y arrancó una hoja de periódico para escribir esa cita, fruto de su propia inspiración. Me plantó el trozo de papel en la mano con determinación: «Podemos conseguir cualquier cosa que nos propongamos, Pin».

Me emocioné por papá, pensando que aquello podría significar el inicio de una racha de grandes premios en el futuro. Pero cada vez que la felicidad entraba en mi interior, mi mirada se desviaba hacia mamá, y la mueca inexpresiva de su rostro me llenaba de preocupación. No debería haberle pedido que me contara su historia aquel día; había sido demasiado. Ahora, después de revivir sus recuerdos, estaba hundida.

Mamá puso un bol de gachas en la mesa y regresó a su habitación sin decir nada más. La tristeza había remitido. No tenía los ojos hinchados ni el ceño fruncido. Le di vueltas a la comida con la cuchara para que el vapor saliera y después tomé media cucharada. Mamá había olvidado la pimienta y había puesto muy poca sal, así que apenas sabía a nada. Los granos hinchados de arroz blanco estaban pegados a las tiras de pollo, también blanquecinas. La carne se deshacía en hilos cuando intentaba cogerla con la cuchara, y eso era un signo claro de que mamá no había prestado mucha atención al puchero cuando las gachas estaba hirviendo. Todo estaba demasiado cocido y soso. En un buen día, mamá habría echado chalotas picadas y fritas para que el plato quedara algo crujiente. Y este tendría que haber sido un buen día porque de repente teníamos más dinero. Pero mamá se mostraba indiferente; su comida no mentía.

Papá me observó mientras tomaba unas cucharadas del guiso y luego preguntó:

—¿Qué tal, Pin?

—No muy bien —susurré. Mis ojos estaban puestos en la puerta de su cuarto, por si la abría de repente—. No sabe a nada. Y solo me gustan las gachas si lleva chalotas fritas encima.

—Salgamos entonces. Vamos a comer a otro sitio. ¿Adónde quieres ir?

Estuve pensando un rato antes de responder a su pregunta.

—En realidad hay algo que necesito… —empecé. Estaba dudosa. Le había pedido dinero al nuevo Dios y, ahora que lo teníamos, no me atrevía a utilizarlo. Pero luego me dije que sería una grosería no usar un poco del dinero de papá para comprar un vestido para el Año Nuevo chino, porque seguro que el nuevo Dios había dedicado mucho tiempo y mucho esfuerzo solo para conseguir que esos números de la lotería resultaran ganadores. Entonces le hablé a papá de la fiesta de Kristen y de que necesitaba un vestido.

—¡Por supuesto! —gritó él—. Vamos a Chinatown. Ve a prepararte. Y Pin, tómate tu tiempo, ¿me oyes? Porque no vamos a coger el autobús o el metro, no…; iremos en un taxi.

Solté un grito de júbilo y corrí a mi habitación a quitarme el uniforme y ponerme ropa de calle. Ya en el ascensor, le pedí a papá que me enseñara el dinero que había ganado. Abrió un poco su cartera y me mostró unos cuantos billetes azules. Los de cincuenta dólares eran de ese color y, aunque no los veía muy a menudo, me sentí decepcionada. Pensé que en la tienda de los 4D le habrían dado un fajo de billetes de cien dólares o algo así; la verdad es que nunca había visto billetes de más de cincuenta.

Al tomar la autopista el taxi aceleró y pronto vimos la imagen de Singapur como en una pantalla

de cine: un auténtico despliegue de estímulos y sensaciones de todo tipo. Pasamos entre árboles y bloques de pisos blancos y dejamos atrás edificios relucientes y carteles que señalaban hacia la ciudad. Nos metimos en Chinatown como si lo hiciéramos a diario. Papá incluso le dijo al conductor que se quedara con el cambio del billete de cinco dólares, pero cuando el hombre se negó, noté una mirada de alivio en sus ojos; recogió el cambio y me empujó con suavidad fuera del taxi.

Había algunos lugares en Singapur, como Chinatown, que, extrañamente, me transportaban a un tiempo y un lugar en los que nunca había vivido. Con Little India me pasaba lo mismo: largas hileras de coloridas tiendas apiñadas, hombres que vendían grandes frutas en plataformas de madera, escaparates con maniquíes vestidos con relucientes saris de novia, aceras manchadas de colorante y pieles de fruta aplastadas, el humo del incienso de sándalo, tan pesado que se me pegaba al pelo… Chinatown era ahora más ruidoso que Little India porque estábamos en época festiva, y también estaba más concurrido. Papá me ofreció su mano mientras nos abríamos paso entre la multitud. Los farolillos rojos colgaban de techos y farolas. Estatuas doradas de Buda y feroces dragones nos sonreían desde los escaparates. Porciones de *bak kwa*[46], de color rojo intenso, y patos con piel gomosa pendía de los ganchos de las ventanas de los restaurantes. Pasamos por delante de la iluminación deslumbrante de los cines, y oímos tambores y platillos que tocaban canciones de Año Nuevo. Tomamos un almuerzo tardío en un restaurante, donde pudimos elegir el menú; nos atendió una camarera. Le pregunté a papá si iba a dejar su trabajo ahora que había ganado la lotería.

—No, Pin —dijo riendo—. ¡No he ganado lo suficiente como para dejar de trabajar!

—Pero tal vez puedas conseguir un trabajo mejor —le dije.

—Me gusta mi trabajo —dijo. Sacó un papel del bolsillo.

—¿Es este el boleto ganador? —le pregunté alargando la mano para quitárselo. Él retiró el papel.

—No, me lo he dejado en casa. —Y comenzó a dibujar en el trozo de papel.

Había mucho que dibujar en Chinatown, pero había demasiados colores. Miré detrás de mí para identificar qué estaba copiando. Dos faroles altos que se balanceaban mecidos por una ligera brisa; una hilera de casas con tiendas en la parte de abajo, cuyo interior permanecía oscuro, tan solo iluminado por el resplandor de los televisores encendidos; tendederos colgados en las cornisas. Pero papá estaba dibujando a una niña, a mí. Estaba haciéndome un retrato.

—Has crecido mucho, Pin. Te pareces mucho a tu madre —dijo examinando los trazos sobre el papel. Miré el dibujo y no me pareció muy bueno. Mis cejas estaban torcidas y mi nariz era más ancha en la vida real. Me había representado con un aspecto severo e implacable.

—Sé lo que le pasó a mamá —le solté de repente. Por un momento, esperé que todo el salón del restaurante se quedara congelado, que los ventiladores dejaran de girar y que las camareras interrumpieran sus idas y venidas entre las mesas, pero no pasó nada. La expresión de papá ni siquiera cambió.

—Sé que lo sabes —dijo finalmente. Añadió unos toques para espesar mi pelo en el dibujo y continuó—: Ya te lo he dicho otras veces. Mamá lo pasó muy mal en su adolescencia. La opinión de la gente todavía le genera muchos problemas, así que no siempre se comporta como es en realidad. Pero te quiere, Pin. Nos quiere mucho a los dos.

—¿Por qué está tan triste hoy? —le pregunté.

—Llamó a la Tita-Gorda. Intentó razonar con ella y tu tía le dijo que no la llamara más.

Esta vez no me permití enfadarme con la Tita-Gorda. Al principio sentí que la rabia se apoderaba de mí, que me generaba un sabor amargo en la boca, pero, cuando miré el almuerzo colocado sobre la mesa, esos sentimientos se desvanecieron. Le di un mordisco a mi *dumpling*. Era una albóndiga de carne de cerdo en el interior de una suave masa cocida de color blanco. La presentaban en un

cuenco, envuelta como un regalo. La piel se desprendió cuando intenté coger la albóndiga con el palillo, así que lo único que conseguí pillar fue un trozo de carne suelta.

—Mamá no sabe hacer esto —comenté.

—Sí, sí sabe —dijo.

—Nunca ha cocinado estas albóndigas.

—Tal vez nunca ha habido una ocasión para hacerlo.

Me esforcé en pensar qué momento podría ser digno de este tipo de albóndigas. Eran bastante simples y de aspecto sencillo, solo su forma era un poco particular. Intenté, sin éxito, hacerme con una de pollo, pero también resbaló y esta vez rebotó en la mesa y cayó al suelo. Miré rápidamente a mi alrededor para ver si alguien se había dado cuenta, pero el restaurante estaba abarrotado de gente parloteando y ocupada en comer.

—Lo siento —me excusé.

—¿Por qué lo sientes? Es tu comida.

—Porque «cuando tiras la comida, estás malgastando el dinero» —recité el mantra de mamá.

Papá sonrió.

—Ahora ya sabes por qué mamá nunca ha cocinado estas albóndigas en casa, Pinny-Pin. Está esperando a que te conviertas en una mujer elegante que no deje caer su mejor plato al suelo.

Después de comer, cruzamos la calle principal y encontramos una hilera de tiendas con ropa. Me gustó el primer vestido que vi y ya no me planteé ver ningún otro. Era un *cheongsam* rojo intenso con cuello alto y una abertura lateral. Con él puesto, parecía una dama, no una niña. Mamá solía tirarme del brazo y arrastrarme a todas las tiendas hasta asegurarse de que el vestido que me gustaba era de la mejor calidad y tenía el precio más barato. Pero a papá aparentemente no le importaba. No parecía saber mucho de vestidos. En el probador, me recogí con la mano el pelo en la cabeza y giré varias veces como si fuera una modelo. En el centro de cada una de las flores blancas de la tela había una pequeña lentejuela que captaba la luz y brillaba.

Oí a papá regatear con la tendera. No era tan agresivo como mamá. Pude escuchar su voz vacilante en el momento en que pedía un descuento.

—Soy de aquí, ¿sabe? No soy extranjero —le recordó a la vendedora, una anciana achaparrada que llevaba unos pesados pendientes de jade y un brazalete a juego.

Cuando salí del probador, lo vi abriendo su cartera y sacando dos billetes de cincuenta dólares que entregó a la mujer. Mientras me envolvía el vestido, le pregunté si realmente había costado tanto.

—Cien —dijo en voz baja, en punyabí—. Pero te gusta, ¿no?

Asentí con la cabeza, pero algo no me parecía bien. Sonrió forzadamente, por su expresión se notaba que estaba abatido. Pensé en cómo habría pasado el día consolando a mamá después de su conversación con la Tita-Gorda. Él, que siempre tenía tantas ganas de arreglar las cosas y hacer felices a los demás…

—Papá —pregunté mientras salíamos de la tienda—, ¿de verdad has ganado la lotería?

—Claro que sí, Pinny —respondió—. ¿Por qué? ¿Crees que te estoy mintiendo? Es solo que no estoy acostumbrado a gastar cien dólares en un vestidito.

—Lo sé —dije, pero seguía sin creerle.

El nuevo Dios no podía ser tan rápido en atender mi petición, sobre todo porque había gente en algunas partes del mundo que estaba siempre rezándole por cuestiones de dinero y seguramente lo necesitaban más. Era estúpido pensar que me prestaba tanta atención. Después de todo, ¿quién era yo?

Mientras caminábamos por la calle, papá hizo señas a un taxi, pero bajó la mano cuando se dio

cuenta de que había pasajeros dentro. Señalé una parada de autobús.

—Podemos coger el 166 desde ahí. Va directamente al intercambiador de autobuses de Ang Mo Kio.

Papá negó con la cabeza.

—Tardará demasiado; tomemos un taxi.

Intentó que aquello sonara como un hábito cotidiano, pero las palabras le salieron forzadas, como si hubiera tenido que ensayarlas antes. Me pregunté cuánto tiempo había planeado fingir que ganaba en los 4D.

Intentamos parar otro taxi, pero el conductor señaló el cartel de ON CALL («ocupado»). Vi que papá miraba a su alrededor y sacudía el cambio en su bolsillo.

Estaba buscando un teléfono para llamar a uno. Reservar un taxi era aún más caro.

—Tengo sed —dije rápidamente—; quiero un zumo, una bebida de soja o algo así.

Papá señaló un pequeño puesto callejero y nos dirigimos a él. Los carteles anunciaban mezclas de zumos de frutas y té helado. Pedí un zumo de sandía y nos sentamos. Luego lo miré a los ojos y le confesé por qué le había pedido el vestido. Supuse que, si le contaba la petición de Kristen y cómo se había burlado de Farizah, insistiría en que lo devolviéramos y yo tendría una excusa para no asistir a la fiesta de mi compañera. Nadie se burlaría de mí si decía que mi padre no me dejaba ir.

—Esa chica, Kristen, no parece muy simpática —sentenció papá.

—Se acaba de mudar aquí —le dije, como si eso lo compensara todo. En el rostro de papá se dibujó una mirada de duda. Yo lo miré expectante. Se suponía que esa era su señal de que a continuación iba a decir la verdad. Sin embargo, se limitó a comentar:

—Pin, ahora puedes tomar tus propias decisiones. Si quieres ir a la fiesta, tienes un vestido. Si no quieres ir, podemos devolverlo.

Ya no tuve que pincharle más para que confesara la mentira de la lotería. La verdad quedó bastante clara cuando el vendedor ambulante llegó a nuestra mesa con mi zumo de sandía.

—Cuatro con cincuenta —dijo.

—¿Por el zumo? —exclamó papá, mirando el vaso. Yo también me sorprendí. El hombre se encogió de hombros y luego entrecerró los ojos.

—Mi tienda es muy barata. ¿Va a pagar? —preguntó. Tenía un tono de voz muy firme, como si estuviera dispuesto a pelear. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos en una calle llena de turistas. Se arremolinaban entre las estrechas callejuelas y los puestos abiertos que vendían pulseras de jade, pequeñas estatuas de bronce de Buda y bolsos de seda. No sabían regatear y no tenían por qué hacerlo.

—Sí, sí, está bien —aceptó . Cogió su cartera y comprobó los billetes que le quedaban: todavía tenía dos de cincuenta, pero, de repente, no quería desprenderse de ellos. Cuando finalmente le dio el dinero al vendedor ambulante, parecía nervioso—. Sé que le he dado cincuenta —dijo con severidad mientras el vendedor se dirigía a buscar el cambio.

Abrí la boca para preguntarle por qué había mentido sobre la lotería, pero entendí que le avergonzaría. Y sabía por qué. Cualquiera quiere demostrar que tiene razón desde el principio, aunque el resto del mundo le diga lo contrario. Pensé en cómo Farizah insistía en sus creencias, a pesar de que eran un poco extrañas. Reviví el sentimiento de esperanza que se adivinaba en los ojos de mamá cuando me relató su historia. Recordé mis propias ganas de demostrar a los chicos del barrio que podía ser como ellos y cómo casi me ahogué intentando estúpidamente rescatar aquella pelota para dejarles bien claro que era valiente y útil para su equipo.

Recogí la bolsa con mi vestido nuevo y la empujé hacia papá por encima de la mesa.

—¿Puedes devolverlo? —le pregunté—. Ya no quiero ir a la fiesta de Kristen.

Papá se frotó la frente.

—¡Madre mía, Pin! Hoy me estás dando muchos quebraderos de cabeza —dijo.

Parecía preocupado y tomó con delicadeza la bolsa. Pero noté el alivio en sus ojos y en su sonrisa, un gesto que ocupó su rostro durante todo el viaje de vuelta a casa en autobús.

Al día siguiente, en el colegio, escribí una nota a Kristen: «Querida Kristen, siento no poder asistir a tu fiesta del Año Nuevo chino». Decidí no darle una razón. Metí el papel debajo de su plumier y le pregunté a la señora Parasuram si me excusaba: necesitaba ir al aseo.

—Sí —concedió—. Pero, por favor, date prisa. Tenemos mucho trabajo que terminar hoy.

Caminé a paso ligero hacia la puerta y, una vez fuera del aula, eché a correr al doblar la esquina del pasillo. Pasé por delante de los aseos en un abrir y cerrar de ojos: no necesitaba ir; tenía que volver a la capilla. Al entrar, de nuevo sentí una ráfaga de aire frío en los brazos y las piernas. Me senté, cerré los ojos y guardé silencio durante un minuto antes de empezar a hablar.

—Creo que intentaste engañarme —dije—. Hiciste que papá mintiera haciéndome creer que había ganado en la lotería para que yo pensara que teníamos dinero. ¿Por qué?

Mis palabras resonaron en las paredes antes de apagarse. Probablemente Dios estaba harto de que la gente le hiciera esa pregunta. No obtuve respuesta.

—Sois todos iguales —añadí, enfadada.

Al principio estaba realmente furiosa, pero conforme mis palabras resonaban en las paredes pensé en la verdad que encerraban: todos eran iguales. Todas las oraciones, todas las enseñanzas… La apariencia de Dios cambiaba según la religión, pero sus intenciones eran las mismas. Siempre estaban observando y haciendo cosas que los humanos no entendíamos, y a veces era difícil creer realmente en su existencia porque parecía que nunca se presentaban cuando los necesitabas.

Me miré las rodillas, que asomaban bajo la falda del pichi. Volví mis manos para mirarme la palma; examiné sus líneas y comprobé que eran más claras que el dorso. Todo el mundo era igual. Kristen podía burlarse de la religión de Farizah todo lo que quisiera. La Tita-Gorda podía criticar a mamá por sus erupciones cutáneas. Abigail Goh podía decir cosas desagradables de la señora Parasuram a sus espaldas. Todos éramos iguales. Cuando volví a implorar a aquel Dios, esperaba que asintiera y me bendijera por haberlo descubierto por fin, pero su expresión permaneció inmutable.

El ruido de la puerta de la capilla al abrirse me sacó de mis pensamientos. Me volví a ver quién era y, en ese instante, deseé estar oculta bajo los bancos o ser simplemente una sombra. El sari multicolor de la señora Parasuram resaltaba brillante contra la luz del exterior.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? —preguntó con severidad. No supe qué responder. Ella movió la cabeza en sentido de reprobación—: ¡Sal ahora mismo, señorita Kaur!

Me puse de pie y caminé rápidamente hacia la puerta. La señora Parasuram, que seguía negando con la cabeza, continuó hablando:

—He pasado por aquí de vuelta a la sala de profesores porque me había dejado allí tus cuadernos de deberes, pensando para mis adentros: «Espero que Parveen esté bien». Es la segunda vez que me pides ir al baño durante la clase, cuando conoces bien el reglamento. Y entonces he visto los zapatos fuera de la capilla y, efectivamente, aquí estabas, intentando saltarte mi clase.

Mientras volvía a ponerme los zapatos, me di cuenta de que la goma de las suelas se estaba despegando y reparé también en las manchas de color verde pardo de la punta; eran de la última vez que había estado en el campo del colegio, que aquel día estaba embarrado, jugando a la pelota. La señora Parasuram me había pedido que me los limpiara y había regañado a la clase por jugar en el

césped: «Os han construido una bonita explanada para que no tengáis que correr por el campo mojado como una panda de niños de pueblo», había dicho, dirigiendo su mirada a las que habíamos propuesto jugar a la pelota a pleno sol. Seguramente por eso reconoció mis zapatos al verlos fuera de la capilla. Era más observadora de lo que yo creía.

—Lo siento —murmuré.

Pero la señora Parasuram no parecía satisfecha.

—¿Por qué estás aquí?

—Yo… no sé —respondí con un tartamudeo. No se me ocurría ninguna excusa que pudiera convencer a mi maestra.

—Me decepcionas, Pin. La mayoría de las niñas huyen de los problemas, pero parece que a ti te gusta meterte en ellos. Voy a vigilarte de cerca a partir de ahora. Estás caminando sobre una capa de hielo muy delgada. Espero que sepas lo que eso significa. —Terminó su frase con un agudo chasquido de la lengua, como si le pusiera un punto final—: Ahora cálzate y vuelve a clase.

El cuerpo me pesaba como el plomo mientras caminaba de regreso al aula. Cuando llegué a mi mesa, Kristen estaba charlando con Abigail Goh.

—¿Has leído mi nota? —le pregunté, al comprobar que ya no estaba en el plumier.

—Sí —dijo Kristen con frialdad—. Es mejor así. De todos modos, ya no estás invitada.

No entendía qué estaba pasando. El día anterior Kristen y yo habíamos hojeado juntas nuestros libros de autógrafos. Yo había escrito la frase con la que solía acompañar mi firma: «Bebe café caliente, bebe té caliente y acuérdate de mí cuando te quemes los labios».

Oí un resoplido y vi que Abigail se tapaba la boca para reprimir la risa.

—Tú y Farizah no estáis invitadas. No se admiten fanáticas —dijo mirando fijamente mi *kara*.

—Tengo que llevarla; es por mi religión. Soy sij —le expliqué, igual que se lo había explicado incansablemente a los prefectos, a los profesores y a las niñas del autobús escolar que me habían preguntado—. No soy ninguna fanática. —No me di cuenta de que había alzado la voz hasta que noté que toda el aula se había quedado en silencio.

—Los sijs son asquerosos —dijo Abigail a Kristen en tono informativo—. Los hombres llevan barba y esos turbantes tan raros. Solo se lavan el pelo una vez a la semana —añadió arrugando la nariz.

Sentí que la cara empezaba a arderme. No podía respirar. Todas en la clase esperaban mi reacción. Algunas niñas se alejaron silenciosamente de la mesa, distanciándose de Abigail. Otras se apresuraron a llenar los espacios que aquellas habían dejado, pendientes de la expresión de mi rostro. Me dieron ganas de golpearla con la suficiente fuerza como para que se tragara sus palabras y no volviera a recordarlas nunca más.

En ese momento la señora Parasuram volvió a entrar en el aula con una pila de libros de trabajo tan alta que se tambaleaba un poco. Todas se dispersaron hacia sus asientos, pero yo me quedé de pie, mirando a Abigail. Ella me devolvió la mirada y me di cuenta de que se estaba poniendo nerviosa. Esperaba mi respuesta, pero yo permanecí en silencio.

—¿Qué está pasando ahí? —dijo en voz alta la señora Parasuram—. Parveen, por favor, siéntate.

Al escuchar sus palabras recordé lo que me había dicho la primera vez que me enfrenté a Abigail: «Hay cosas peores». Oí a la señora Parasuram acercándose por el pasillo.

—Parveen, ¿qué te acabo de pedir? —Parecía exasperada. No me volví a mirarla. Seguí observando fijamente a Abigail. De repente, sentí mucha pena por ella. No tenía ninguna amiga de verdad. Las niñas que pululaban a su alrededor le tenían terror y todas las demás la odiaban en secreto. No podía imaginar nada peor que ser Abigail. Se lo dije; se lo dije en voz baja y luego lo

volví a decir en voz alta para que la señora Parasuram se diera cuenta.

—No hay nada peor que ser Abigail Goh. —Su rostro no expresó emoción alguna, pero Abigail se movió nerviosamente en su asiento.

La señora Parasuram se aclaró la garganta. Yo me di la vuelta y regresé a mi sitio. Inmediatamente pensé que tendría que quedarme otra vez después de clase, debido al incidente de la capilla, pero la maestra no dijo nada. Volvió a ocupar su sitio de siempre en la cabecera del aula y continuó con la lección. Intenté concentrarme al máximo durante la clase, no me distraje y evité soñar despierta como hacía a veces cuando dábamos ciencias. Levanté la mano y respondí correctamente a dos preguntas. Cuando sonó el timbre del recreo y todo el mundo salió, miré a la señora Parasuram y noté que sonreía para sus adentros. Me di cuenta de que era la primera vez que la veía sonreír.

La señora Parasuram movió la cabeza ligeramente en dirección al grupo de niñas que abandonaba el aula. Me volví a mirar y vi a las seguidoras habituales de Abigail. Fueron tras ella, entre risitas y comentarios por lo bajini. Me sentí un poco decepcionada. No sé por qué, pero había confiado en que estarían de acuerdo conmigo, en que por fin se habrían dado cuenta de qué clase de persona era en realidad Abigail. Al menos Kristen se quedaría rezagada esperándome para decirme que sentía lo que había pasado. Pero a la única que encontré esperándome en la puerta fue a Farizah. De repente me sentí culpable al recordar cómo le había seguido la corriente a Kristen cuando se burló de mi amiga. Si Farizah hubiera estado en mi lugar, nunca habría actuado como yo.

Me volví hacia la señora Parasuram y me dispuse a darle una explicación de lo que había ocurrido entre Abigail y yo, pero ella comenzó a hablar primero.

—Lo has hecho bien hoy, Parveen —me dijo. Al principio pensé que se refería a la clase de ciencias, pero luego me di cuenta de que continuaba mirando a las niñas mientras doblaban la esquina del pasillo—. Lo has hecho muy bien.

Capítulo doce

Farizah me dijo una vez que nunca mirara directamente a los espíritus visitantes porque, si llegaba a ver su cara, me perseguirían para siempre. Ofrecían regalos fascinantes, como mermelada de coco y galletas de anacardo, para atraer a sus víctimas, pero la comida estaba llena de veneno. Su casa había sido visitada por muchos espíritus cuando era pequeña porque el anciano que la ocupaba antes que su familia no quería marcharse. Al parecer, solía conjurar a los espíritus en la vivienda en mitad de la noche.

Unas semanas después del incidente con Abigail volví a ver la sombra en el exterior de nuestro piso, e inmediatamente pensé en los espíritus que visitaban la casa de Farizah. La sombra se quedó quieta entre las macetas del corredor exterior, como si quisiera pasar inadvertida. Me levanté de la cama y miré, entornando los ojos, intentando averiguar quién o qué era. No estaba segura de si se trataba de un espíritu visitante, porque, según Farizah, los espíritus flotaban y volvían frío el ambiente que los rodeaba. Aquella sombra se mantuvo firme en el corredor hasta que agarré la regla de mi escritorio y golpeé con fuerza la barandilla de la ventana.

Entonces se escabulló y no conseguí vislumbrar de quién se trataba. Corrí hacia la puerta, pero cuando abrí el cerrojo el pasillo estaba despejado, salvo por las plantas, que habían sido derribadas: había tierra suelta esparcida por el suelo. Esperé fuera un rato, pero entonces las luces fluorescentes parpadearon un poco y empecé a ponerme nerviosa. Cuando volví a entrar en el piso, mamá salía de su habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, frotándose los ojos somnolientos.

—Había alguien fuera.

—Estabas soñando, Pin —dijo mamá—. Cuando eras pequeña, eras sonámbula y te levantabas a menudo. —Se dio la vuelta para volver a su habitación.

Me fui a dormir y soñé con la sombra que se acercaba lentamente a mi ventana. Todavía no había podido identificar el rostro de la persona que caminaba por el pasillo, pero había notado que daba golpes fuertes e insistentes contra el suelo. Se oían tanto que podía sentir una ligera vibración bajo mis pies. Hasta las rejas de las ventanas traqueteaban. Estiré el cuello para intentar verle la cara, y entonces resonó en mi mente la voz de Farizah advirtiéndome de que no debía mirar directamente. «No mires», me había susurrado aterrada. Pero yo no estaba asustada. Tenía curiosidad.

—¿Hola? —llamé como si estuviera intentando hacerme amiga de un gato callejero—. ¿Hola?

Kristen intentó hablarme unas cuantas veces durante la semana siguiente, pero solo cuando pensaba que Abigail no estaba mirando. En un trozo de papel de cuaderno perfumado de color rosa escribió: «¿Estás enfadada conmigo? Quiero seguir siendo amiga tuya». Los puntos sobre las íes eran corazones. Yo había oído comentar a las niñas del autobús escolar que casi ninguna se había

presentado con los *cheongsams* rojos que nos había mandado llevar a todas. Solo Abigail y Pui Fen se los habían puesto. Kristen se había pasado la mayor parte del tiempo de la fiesta lloriqueando porque su foto de cumpleaños iba a quedar fea, así que la mayoría de las niñas habían acabado llamando a sus padres para que las recogieran antes de la hora prevista.

Cuando llegué a casa del colegio mamá estaba cocinando. El olor metálico del pescado enrarecía el aire. Hice una mueca de repugnancia que ella no vio. Hacía tiempo que no comíamos pescado frito. No era solo que me desagradara su sabor y pincharme con sus espinitas, sino también que el pescado tenía su propio significado en el mundo de mamá. Anunciaba un castigo; no un castigo para mí, sino el castigo de mamá al resto del mundo. El hedor, los grumos de la sangre, los ojos vidriosos de los peces…; cada cosa simbolizaba diferentes aspectos de su frustración. El olor a pescado nos espabiló a todos en casa. Nos hizo sentarnos erguidos y estar más pendientes de lo que hacíamos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a mamá.

Se mordió el labio inferior durante mucho tiempo antes de hablar:

—Cuanto más pienso en la Tita-Gorda y en lo que ha hecho, más me enfado. Al principio estaba triste, pero ahora estoy furiosa. La telefoneé el otro día para intentar razonar con ella. Tuvo el descaro de llamarme mentirosa. Dijo que debería avergonzarme y se puso a inventar historias. Y luego aseguró que la intención de mi madre siempre había sido regalarle a ella las joyas.

Casi podía oír las palabras saliendo de la boca de la Tita-Gorda. Podía verla escupir en el teléfono. El olor a sangre de pescado me saturó las fosas nasales y, cuando lo probé, estuve totalmente segura de que mamá cocinaba según su estado de ánimo. El sabor del pescado era el sabor del odio, puro y duro. No podía relacionarlo con nada más. Seguramente todo había empezado así; aquella era la única forma en que mamá sabía comunicarse con el mundo. Cuando decía cualquier cosa, nadie la escuchaba. Tenía que transmitir sus historias, sus sentimientos y sus intenciones a través de las recetas, las especias, las salsas, los aceites y las carnes.

Mamá encendió el fogón y vertió aceite vegetal en una sartén honda. Sacudió la cabeza, como si quisiera quitarse aquel pensamiento de la cabeza.

—Estoy muy enfadada, Pin —confirmó—. No sé qué hacer.

Pero yo sí sabía qué hacer. La idea se me ocurrió estando de pie en la cocina y, por un momento, me bloqueó hasta el punto de impedirme casi cualquier movimiento. Sí, sabía exactamente qué había que hacer. Fui al trastero y, al abrir la puerta, una nube de polvo se coló en mis pulmones. Pasé por delante de una vieja caja de herramientas y me arrodillé entre la bicicleta de cuatro ruedas y una pila de cubos de arena. Allí estaba Dios, sentado en un rincón, todavía tan alto y orgulloso como el primer día que mamá lo había colgado en nuestro salón. Lo levanté y lo llevé a la cocina.

—Creo que deberías volver a colgarlo en la pared —le dije a mamá.

Su expresión mudó del enfado a la sorpresa y luego al desconcierto.

—¿Y por qué demonios iba a hacer eso, Pin? ¿Después de todos los problemas por los que me ha hecho pasar?

Realmente ni yo misma sabía por qué quería que volviera a la pared, hasta que recordé cómo había llegado allí: gracias a Nani-ji. Independientemente de que Nani-ji creyera o no la versión de mamá, ella quería que Dios estuviera en la pared de nuestro salón. Y la Tita-Gorda podría quitarle las joyas a mamá y llamarla mentirosa, pero nosotros debíamos honrar y respetar a Nani-ji. Recordé lo que la señora D'Cruz había dicho un día, durante las devociones matinales, sobre el perdón. Afirmó que era importante perdonar a los demás por sus errores, porque nosotros también anhelábamos el perdón. Nani-ji había tenido una vida dura y ahora se había ido. Era el momento de demostrarle que no le guardábamos rencor. Yo también esperaba poder demostrarle a la Tita-Gorda, si algún día

venía a casa, que respetábamos a Nani-ji más que ella, señalándole la pared. Ya no importaba que Nani-ji nunca hubiera creído a mamá. Estábamos aprendiendo a dar, algo que la Tita-Gorda nunca haría.

Mientras le daba estas explicaciones a mamá, vi que se ponía cada vez más nerviosa. Al principio había pensado que se reiría de mí. Pero, contrariamente a lo esperado, me miró fijamente sin dejar de escucharme. Le hablé de Abigail Goh, de la señora Parasuram y de Tío-Bus, e incluso confesé mi paso por la capilla en dos ocasiones para hablar con un Dios diferente. Le hablé de Roadside y de cómo casi me había ahogado en el canal el día en que Nani-ji había muerto. Le conté que al principio me había gustado comer pan de azúcar, pero que luego, poco a poco, empecé a temer las tardes en las que era lo único que tenía para cenar. No había pensado en contárselo todo a mamá, pero una vez que empecé ya no pude dejar de hablar.

Mamá me rodeó con sus brazos y me estrechó contra su pecho. Podía oler la humedad de las verduras del mercado en su ropa.

—¡Oh, Pin! —exclamó—. No tengo que preocuparme por ti en absoluto.

Después cocinó y sirvió el pescado frito con arroz, col y nueces tostadas mezcladas con sambal. El gusto agrio y metálico había desaparecido; en su lugar se apreciaba algo más dulce que me llenó la boca y me calentó la garganta de camino al estómago. Era un sabor nuevo y no había forma de describirlo, pero entendía lo que significaba: mamá y yo ya no teníamos secretos entre nosotras; sabíamos todo lo que necesitábamos saber.

Pasaron unos días hasta que volví a ver la sombra. Pero cuando apareció otra vez, yo ya estaba preparada: descorrí las cortinas y abrí rápidamente las ventanas. Noté que se estremecía pero sin moverse de su sitio. Me quedé sin palabras, y a él le pasó lo mismo. Nos miramos fijamente y, al final, dijo:

—Pin. —Su rostro brillaba de alivio.

—Sí —respondí escuetamente.

De inmediato recordé el agua del canal, la presión de la corriente que me alejaba cada vez más y más de casa. Recordé a Roadside y a los otros chicos alejándose.

—Pin, estás viva —dijo Roadside—. Pensé que quizá…

—¿Pensaste que había muerto?

—Después de aquel día en el canal, no volví a verte. Luego, cuando regresamos de nuestras vacaciones en Malasia, el vecino nos dijo que había habido visitas en tu piso por un funeral. Y yo pensé…

—Era mi abuela —le aclaré—. Murió el mismo día que me dejaste en el canal.

Tragó saliva. Bajo la iluminación fluorescente del pasillo, su rostro parecía estar cubierto de sombras macabras.

—No quería dejarte allí —se excusó en voz baja—. Pero los otros chicos…

—Los otros chicos se burlaban de ti —completé sus balbuceos—. No querías ayudarme para evitar que me tomaran por tu novia. Me abandonasteis a mi suerte. Podría haberme ahogado.

Roadside miró al suelo, avergonzado.

—Lo siento mucho, Pin —dijo—. He venido aquí una y otra vez para intentar disculparme, pero estaba demasiado asustado para llamar a tu puerta.

Cerré las cortinas y me dejé caer de nuevo sobre la cama. En el funeral de Nani-ji, mientras contemplaba su cuerpo inmóvil, había mantenido los ojos abiertos hasta que me salieron lágrimas. Hice lo mismo que aquella vez, enfoqué la mirada en el techo, pero las lágrimas calientes aparecieron

sin yo buscarlas.

—Pin… —ahora estaba más cerca de la ventana—, todavía quiero ser amigo tuyo. Ya no tenemos que jugar con esos chicos. Podríamos volver a ser detectives.

Se quedó un rato allí de pie y luego le oí arrastrar los pies por el corredor. Cerré los ojos. Quizá algún día podría perdonar a Roadside, pero por el momento los recuerdos del canal hacían que los pulmones me dolieran como si todavía estuviera bajo el agua.

Capítulo trece

Era julio otra vez.

Busqué una mesa libre mientras mamá pedía bebidas frías en un puesto cercano. Hombres y mujeres pululaban por el centro de venta ambulante y desaparecían en las callejuelas que llevaban al Wet Market. El calor era insoportable aquella mañana; incluso para mamá hacía calor. Una fina capa de sudor daba brillo a sus mejillas.

—Un coco y una gelatina de hierbas —pidió.

El tendero no le prestó atención y le dio la espalda.

—¡Oiga! —le espetó ella, y él se giró—: He pedido un coco y una gelatina de hierbas.

Una joven pareja malaya con dos niños pequeños se levantó de una mesa cercana y yo me apresuré a ocuparla; llevaba en el bolsillo un paquete de pañuelos de papel para reservar asientos en los Hawkers Centers. Saqué dos, uno para mamá y otro para mí, y los coloqué sobre la mesa. Los restos de aceite y agua se filtraron en los pañuelos, que se pegaron a la superficie. Mamá trajo una bandeja con las bebidas tambaleándose y se sentó con un suspiro de alivio.

—Será mejor que te acabes el coco esta vez. Los precios cada día están más altos —dijo sacudiendo la cabeza con un gesto de indignación.

Miró al dueño del puesto, que nos observaba a través de una torre de botellas y latas ordenadamente dispuestas. Al hacerlo entornó los ojos, desafiante, y el hombre bajó la cabeza y se puso a contar monedas.

—¿Por qué nos mira? —le pregunté a mamá, cogiéndole el coco.

El tendero lo había enfriado en hielo antes de cortar la parte superior y ponerle la pajita para que yo pudiera sorber el zumo. No tenía que preocuparse de que no me lo terminara. Era dulce y estaba fresco, perfecto para un día tan caluroso.

Mamá se encogió de hombros.

—Le he dicho que no iba a comprarle más si seguía subiendo el precio de las bebidas. Creo que nos estaba mirando para ver si hablaba en serio. —Pensé que el hombre, sin duda, se habría dado cuenta de que mamá hablaba muy en serio.

Mamá tomó un poco de su gelatina de hierbas. Era negra, con largos trozos flotando en la botella de cristal como serpientes. Me ofreció un poco, pero puse un gesto de repugnancia.

—¿Qué te he dicho sobre hacer muecas, Pin? —preguntó con severidad—. Es de mala educación hacer ascos a la comida.

—¿A las bebidas también? —inquirí, aunque sabía la respuesta.

—A las bebidas también. Piensa en la suerte que tienes de poder tomar algo frío y refrescante en un día tan caluroso. Piensa en toda la gente que lucha incluso por conseguir un vaso de agua. —Sus

ojos se iluminaron de repente. Cuando volvió a mirar al tendero su rostro se había suavizado.

Era la tercera vez que acompañaba al mercado a mamá desde que había retomado su costumbre de ir cada semana con regularidad. Por alguna razón, esperaba que aquel lugar hubiera cambiado durante nuestra ausencia. Singapur era así: cada vez que alguien parpadeaba surgían nuevas urbanizaciones y nuevos centros comerciales, y algunas calles habían cambiado tanto que resultaban difíciles de reconocer. Pero el mercado permanecía exactamente igual, como si hubiera sido congelado en el tiempo por arte de magia. La primera vez que volvimos después de nuestra larga ausencia, tenía miedo de perderme pero reconocí las calles y los puestos incluso mejor que el año anterior. Hasta mamá se quedó impresionada.

—Muy pronto podré mandarte sola a hacer recados —comentó mientras me observaba escoger las verduras como una experta. Sonreí con orgullo, imaginándome entre las señoras, regateando con los tenderos y alejándome con altanería cuando no aceptaban mis ofertas.

El sol iluminaba implacable los amplios ventanales de un edificio bancario situado enfrente del mercado, y su reflejo me hacía daño a los ojos. Dos hombres pasaron a toda prisa a nuestro lado, cargados con grandes cestas de paja y pidiendo paso a gritos. La multitud se iba apartando con parsimonia. Ellos chasqueaban la lengua, soltando improperios en voz baja. Las cestas estaban llenas hasta arriba de pitayas, también llamada fruta del dragón, con un aspecto extrañísimo y que yo nunca había degustado. Era redonda y rosa, con púas verdes que sobresalían y se enroscaban un poco sobre sí mismas. Pero, por dentro, su aspecto era completamente diferente. Había visto a los tenderos del mercado venderlas cortadas en rodajas; su pulpa era blanca o morada, con pequeñas semillas negras. Le pregunté a mamá si la había probado alguna vez.

—Solo en una ocasión. Estaba embarazada de ti y se me antojaban todo tipo de cosas raras. Entonces también comí durián. Ni siquiera me gusta el durián.

—¿Cómo es la fruta del dragón? —pregunté. No necesitaba que siguiera hablando de los durianes. Ya resultaba bastante asqueroso su olor a podrido.

—Es…, no lo sé, sinceramente. No me acuerdo. ¿Por qué no la pruebas? —me ofreció.

Sacudí la cabeza.

—No, gracias; solo tenía curiosidad. —Me daba miedo que no me gustara nada y que luego me regañara por desperdiciar la comida.

—Vamos, Pin. Yo también tengo curiosidad. No la he comido desde antes de que tú nacieras. Si no te gusta, puedes dármela —dijo.

Decidí que era justo y asentí con la cabeza. Mamá se puso de pie de un salto y se metió rápidamente en el mercado. Tomé otro largo sorbo de mi agua de coco y sentí que mi vientre se hinchaba. Su dulzor era impresionante. Bloqueaba el olor a pescado, a carne cruda, a incienso y a cartón mojado que flotaba en las calles. Pero ya no me importaba esa mezcla de olores: si mamá iba a confiar en mí para que hiciera sola los recados, tenía que acostumbrarme al mercado. Así que, cuando olía algo fuerte, fingía que no era para tanto, o me obligaba a probar cosas de sabor muy marcado. El agua de coco, por supuesto, era una estupenda opción, pero si no tenía ninguna bebida, intentaba reproducir mentalmente el delicioso gusto del chocolate o el dulce y pegajoso *lapis sagu*[47].

Mamá volvió con un plato con rodajas de fruta del dragón. Cogió un palo para satay y pinchó una.

—Pruébala —dijo, ofreciéndomela—. Y si te gusta, date prisa y termina. Tenemos mucho que comprar para esta noche. Tu tío, Mama-ji, viene hoy a cenar.

Cuando mamá mencionó a Mama-ji estaba justo hincando los dientes en una jugosa rodaja; pensé en lo que acababa de decirme y la fruta no me supo a nada. Luego recordé lo que había pasado hacía

unas semanas y, de repente, el dulzor me empalagó la boca. Cogí solo otro trozo y le devolví el plato a mamá.

—Acábatelo tú —le dije.

Ella se metió una rodaja en la boca. Le brillaban los ojos. Estaba buscando recetas en su mente. Sabía que tendría que inventar algo nuevo aquella noche. Nunca había preparado una comida que representara a la vez el perdón, el amor y el olvido de los malos recuerdos.

Por un momento tuve miedo de adentrarme en el mercado al imaginarme a mamá comprando como una loca conforme le iban viniendo a la cabeza ideas sobre posibles menús. Pero luego pensé en Mama-ji riendo y charlando con mamá en nuestra mesa y una sensación de tranquilidad me reconfortó, como cuando alguien se refugia del frío al calor de una manta.

Mama-ji se había presentado en nuestro piso el sábado anterior por la mañana. Yo estaba sentada frente al televisor, echando un vistazo con desgana a los distintos canales, cuando escuché el timbre. Pensé que podría ser otra vez el hombre del *karang guni*, pero me incorporé al darme cuenta de que no le había oído gritar y tocar la bocina. Ya en la entrada, me aproximé a la mirilla. Como esperaba a una mujer —Rani o la Tita-Gorda—, me sorprendí al ver a un hombre. Estaba mirándose los pies, así que al principio no pude reconocerlo. Como de costumbre, llamé a mamá, pero entonces recordé que estaba en su cita con el médico en la clínica de la piel. Papá tenía el turno de mañana. Entorné los ojos y volví a acercarme a la mirilla.

—¿Quién es? —grité, intentando aparentar seguridad.

El hombre no respondió. Actuó como si no me hubiera oído, o quizá realmente no lo había hecho. Últimamente era difícil escuchar algo a través de las puertas, con el ruido del tráfico y de las obras al otro lado de la carretera. Papá dijo que era mejor así porque empezaba a cansarse de las discusiones de los vecinos. «No deberíamos escuchar sus problemas familiares más de lo que ellos deben escuchar los nuestros, ¿no crees?», me había preguntado. Por alguna razón, nunca hasta entonces se me había ocurrido que las otras familias de nuestro bloque tenían problemas similares a los nuestros y que, en sus mundos privados, se considerarían enormes. Estuve totalmente de acuerdo.

Cuando por fin abrí la puerta, me quedé tan sorprendida al ver quién era que no pude ni saludar. Las únicas palabras que se me ocurrían eran retahílas de preguntas y acusaciones. «¿Qué haces aquí?»; «¿vienes a regañarme?»; «¿por qué no creíste a mi madre?»; «¿qué quieres?». Pero Mama-ji no parecía estar allí para crear problemas. De hecho, aparentaba cierto nerviosismo. Se balanceaba cambiando el peso de un pie al otro, como si quisiera mantener el equilibrio en un terreno inestable. Tenía las manos a la espalda, pero me las tendió en un inicio de saludo que no llegó a completar.

—Hola, Pin —dijo torpemente. Ahora sus brazos colgaban a los lados de su cuerpo como ramas muertas.

—Mi madre y mi padre no están en casa —apunté; intentaba no parecer fría pero no lo estaba consiguiendo. Noté que Mama-ji arqueaba ligeramente la ceja y entonces me di cuenta de que me había pasado.

—Por favor, entra —dije quitando el candado de la cancela de la puerta.

Mama-ji entró en el piso y me acordé de preguntarle si quería beber algo.

—Un vaso de agua, por favor —pidió—. Sin hielo.

Fui a la cocina y eché agua del grifo en un vaso alto de color verde mar que mamá reservaba para los invitados. La silla de ratán crujió cuando Mama-ji se sentó. A continuación, le oí reírse:

—¿Viendo dibujos animados a primera hora de la mañana, eh, niña?

Examiné su mirada para ver si lo decía con sarcasmo, pero parecía realmente divertido.

—Me gustan —dije a la defensiva antes de apagar la televisión.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó—. Ahora estás en quinto de primaria, ¿no?

—Sí —respondí, encantada de que lo supiera. Por mi estatura, la mayoría de la gente habría pensado que todavía estaba en tercero.

—¿Sigues yendo al colegio femenino? ¿El colegio cristiano?

Asentí con la cabeza.

—Es un buen colegio —apuntó—. A veces desearía haber inscrito a tus primos en el First Christian Boys' School. Lo único que aprenden en su escuela es el lenguaje soez de los demás niños. —Meneó la cabeza y prosiguió—: Tu madre hizo bien en enviarte allí.

—Me gusta —respondí.

Miré a Dios, que permanecía inexpresivo. Parecía estar mirando tanto a mi tío como a mí con el mismo aire de desconcierto. Se hizo el silencio. Mama-ji dio un largo sorbo a su vaso.

—Mi madre no está en casa —repetí—. ¿Por qué estás aquí? —me aventuré a preguntar.

—Sí, ya lo sé. No me quedaré mucho tiempo. De hecho, tengo que ir a un sitio. No es que esperara que me invitarais a entrar, pero me he dado cuenta de que no he hablado contigo desde que eras una niña. Y has crecido mucho desde entonces. —Una mueca de afecto plegó las comisuras de sus ojos profundos—. Me parece que hace una eternidad que no hablo con tu madre.

Yo no sabía qué decir.

—Le diré que has venido a verla —le dije.

—Por favor, hazlo. Quiero hablar con ella. Y dale esto. —Metió la mano en su bolsillo trasero y con la mano algo temblorosa me mostró una pequeña bolsa de terciopelo. Su forma abultada me resultó extrañamente familiar: eran las joyas de mamá—. En realidad, esto es un regalo para ti, ¿no? Las madres siempre pasan las joyas de su boda a sus hijas cuando llega el momento. Hoy en día las funden y les dan una apariencia más moderna.

Abrí la bolsa e inspeccioné el contenido, sintiendo el peso de las joyas sobre mi mano. Mama-ji me sonrió. Yo estaba demasiado sorprendida para devolverle la sonrisa.

—Pero la tía… —balbuceé.

Mama-ji no borró la sonrisa de su rostro, pero la acompañó con un fuerte suspiro.

—Oh, deja que me ocupe yo de tu tía. Rani nos llamó un día y pidió hablar con ella, pero tu tía no estaba en casa, así que le pregunté por qué llamaba. Me soltó toda la historia y luego colgó sin darme la oportunidad de preguntarle nada. Sin embargo, era todo lo que necesitaba saber. ¿Por qué iba a mentir sobre una cosa así? Especialmente Rani, que siempre fue una persona amable. Ella no se lo inventaría. En mi fuero interno nunca creí esos rumores de que andaba tonteando con aquel chico malayo. Creo que Pra-ji buscaba una razón para evitar que trabajara para otros; varias familias ricas habían ido a casa de Pra-ji, habían visto lo bien que se desenvolvía y le habían ofrecido pagarle más para que se fuera con ellos. Él sabía que no podía igualar sus ofertas, así que se inventaba historias sobre ella, la pobre… Tanta gente murmuró de Rani a raíz de aquello que creo que hasta ella misma empezó a creerse aquellos cuentos.

—Si creíste a Rani, ¿por qué no creíste a mamá? —le pregunté enfadada. Agarré con fuerza la bolsa de las joyas por si se trataba de un truco cruel.

—Creí a tu madre, cariño —respondió Mama-ji avergonzado—; siempre la creí. Pero tenía demasiado miedo de hablar. Estoy seguro de que tu madre te lo ha contado todo sobre los punyabíes con los que crecimos. Si Pra-ji aseguraba que estaba lloviendo, aunque luciera un sol radiante y no se atisbaran nubes en el horizonte, todo el mundo le creía, y a quien hubiera sostenido

lo contrario lo habrían llamado tonto, o peor aún: traidor. En aquel momento, pensé que era importante tener a aquella gente de mi lado. Nuestro padre nos había dejado y todo el mundo cuchicheaba a nuestras espaldas. Un día en que un grupo de adolescentes estaba diciendo cosas terribles sobre tu madre, yo la defendí, pero en lugar de sentirse intimidados, me gritaron que toda nuestra familia era un fracaso. «Tu padre os ha abandonado, tu madre es una criada y tu hermana también», dijeron. —Entonces Mama-ji pareció caer en la cuenta de que estaba hablando conmigo y tragó saliva antes de continuar—: Me aseguraron que yo no podía considerarme un hombre si ni siquiera era capaz de controlar a mi hermana. También pronunciaron palabras desagradables sobre mi mujer, tu tía. Empecé a callarme porque no quería darles la oportunidad de insultarme más. Cuanto más invisible me hacía, menos me molestaba la gente.

Mama-ji me dio una palmadita en la rodilla y se levantó de su asiento.

—Guarda a buen recaudo esas joyas y no olvides decirle a tu madre que me he pasado por aquí —dijo. Hizo una pausa y miró a Dios como si lo viera por primera vez—. Entiendo que todavía esté enfadada conmigo. La traicioné al no defenderla enseguida…Bueno, hace falta más de una vida para perdonar algo así. Le estoy agradecido a Rani por haber hablado conmigo: me confirmó todo lo que yo ya sabía pero necesitaba oír de todos modos. —Sacudió la cabeza y, de repente, sus ojos se nublaron. Volvió a mirar el cuadro de Dios—: Ojalá tu Nani-ji hubiera llegado a saber lo que de verdad ocurrió.

Cuando salió por la puerta, yo seguía sin poder decir nada. Corrí a mi dormitorio, metí el saquito de las joyas debajo de la almohada y me senté en la cama; mi mente iba a mil por hora.

Al principio, mamá pensó que la devolución de las joyas formaba parte de una elaborada broma. Enseguida llamó a Mama-ji:

—¿Quién te crees que eres para venir a mi casa y contarle tu lamentable versión de las cosas a mi hija? —Fueron las primeras palabras que salieron de su boca—. ¿No crees que ya le han envenenado bastante las ideas? Te habría alegrado escuchar los infundios con que mamá me retrató cuando vivía aquí. Hizo que pareciera que yo le había dado de beber a Bilu aquella lejía. Dile a tu mujer…

Pero entonces se calló y se puso a escuchar. No pude oír lo que decía Mama-ji. Mamá parecía paralizada de repente. Quise descolgar el auricular de mi cuarto, pero entonces recordé lo que papá había dicho sobre escuchar los problemas de otras familias. Aquella conversación era sobre la familia de mamá, la familia que ella tenía mucho antes de que papá y yo formáramos parte de su vida.

Mamá no colgó el teléfono hasta una hora después. Entró en mi habitación, secándose los ojos con sus largas mangas. Estaba llorando. Le entregué el saquito con las joyas y le dije que estaba todo allí. No se molestó en comprobarlo.

—Las guardaré para ti —dijo intentando sonreír—. Las pondremos en una caja de seguridad de un banco y cuando seas lo bastante mayor podrás fundirlas y mandar que te forjen algo realmente hermoso con ellas.

Los rayos de luz del sol poniente se colaban a través de las lamas de las persianas de mi habitación, proyectando franjas de sombra sobre nuestro piso. Dios se quedó quieto, como si supiera lo que iba a suceder a continuación. Faltaba mucho tiempo para que yo reclamara las joyas como propias, pero en ese momento decidí que no las fundiría, las conservaría tal cual estaban.

Mamá torció la boca.

—No puedo comer más fruta del dragón —dijo—; cuando tomas más de dos o tres rodajas, te saturas.

—No deberíamos desperdiciarla —le aconsejé.

Mamá se puso a observar a su alrededor, como si buscara a alguien entre la multitud. Cuando finalmente fijó sus ojos en un punto, seguí su mirada; estaba detenida en el dueño del puesto de zumos.

—Espera aquí, Pinny —dijo en voz baja.

Vi cómo le acercaba al hombre el plato de fruta y le escuché ofrecerle amablemente una rodaja.

—Si no, tendremos que tirarla —hablaba en malayo—, y odio desperdiciar la comida.

El hombre pareció dudar al principio, pero luego cogió el plato.

—Gracias —dijo. Me dedicó un pequeño saludo, que me apresuré a devolver, y sonrió.

Mamá me hizo un gesto para que me levantara.

—Para cuando te acabes la bebida, la mejor verdura y la mejor carne ya se habrán vendido —se lamentó—. Tráete el coco contigo.

Lo cogí y la seguí hasta el inicio de la hilera de puestos, por donde ya salía gente con sus bolsas de la compra del brazo.

—¿Dispuesta? —le pregunté. La cogí de la mano y entramos.

Mamá y yo pasamos de un puesto a otro sin hablar mucho. Ella iba señalando las frutas y las verduras y yo las cogía para inspeccionar la piel en busca de magulladuras o marcas. Mientras lo hacíamos, no pude evitar mirarle los brazos. Su piel estaba mejorando por momentos ahora que estaba menos estresada por las joyas y por sus problemas con la Tita-Gorda. Bajo la piel aún se le notaban las lesiones y algunas ronchas, como si fueran sombras fantasmales, a título de recordatorio. Mamá estaba siguiendo escrupulosamente las instrucciones del médico; se aplicaba crema y llevaba manga larga ya por costumbre. Pero noté que no se preocupaba tanto por mi piel como antes. Si me salía un sarpullido por haberme rascado una picadura de mosquito o una mancha hinchada en la cara, ya no se asustaba. Se limitaba a recordarme que me cuidara y me untaba una ligera loción en la zona afectada antes de dormir por la noche.

—¿Qué tienes pensado cocinar esta noche? —quise saber.

Iba a ser una noche importante, la primera vez que Mama-ji y mamá comerían juntos desde que dejaron de vivir bajo el mismo techo como hermano y hermana. La Tita-Gorda también estaba invitada; una semana antes, en el templo, yo había oído a mamá decirle con amabilidad que estaría encantada de tenerla en casa, pero ella había contestado con altanería que tenía otros planes.

—No lo sé —me contestó mamá.

Estábamos en el puesto de productos secos. Mamá cogió una cesta y empezó a llenarla con chalotas, dientes de ajo y raíces de jengibre en rama. Se la entregó a una mujer que estaba en la sombra detrás del mostrador de tablones de madera:

—Hágame el mejor precio que pueda —le pidió distraídamente mientras repasaba con el dedo los bordes de una caja llena de rollizos rambutanes del siguiente puesto.

La mujer permaneció inexpresiva mientras sopesaba el contenido de la cesta y nos informó del precio. Me pareció demasiado alto, pero mamá pagó rápidamente y seguimos adelante.

Después de los productos secos fuimos al puesto de pollos, luego al de pescado y después compramos más verduras, brotes, especias y raíces. Observé cómo los fruteros, con diferentes maniobras con el cuchillo, iban cortando la fruta. Me aparté cuando vi que serraban unos huesos de animales muertos cuyas entrañas estaban ya apiladas en un rincón. Salimos del mercado con más bolsas de las que recordaba haber llevado nunca. Sabía que tendríamos que parar a descansar varias veces de camino a casa. Mamá se pavoneaba delante de mí, inundada repentinamente por una sensación de seguridad. Todavía no me había dicho lo que planeaba cocinar; ni ella misma lo sabía. Pero caminaba como si eso no tuviera importancia. Llegado el momento, lo sabría.

—¡Hola!

Mamá se detuvo y saludó con la mano; tuve que protegerme los ojos del sol de la mañana para ver de quién se trataba.

Era papá, que salía de la tienda de los 4D. Tenía la cabeza gacha e iba ensimismado examinando sus boletos, como intentando infundir suerte a los números para que resultaran ganadores. Mamá gritó su nombre, pero él siguió sin levantar la vista.

—Mira tu padre. Ahora que ha comprado sus números, estará pensando en ellos todo el día —dijo moviendo la cabeza con resignación.

Me eché a reír.

—Sí —añadí— así es papá.

—Pin —dijo mamá con los ojos todavía puestos en él, que caminaba lentamente y despistado hacia nosotras—: Quiero que sepas algo, por si alguna vez tienes dudas.

Una sensación familiar de temor se apoderó de mi estómago. Estábamos justo en el mismo lugar en el que una vez me había dicho que no quería que llegara a ser como ella. Los toldos de lona daban sombra a los locales de abajo y las ventanas del bloque de enfrente reflejaban la cegadora luz del sol.

—¿Qué? —pregunté, deseando en realidad cerrar los ojos y pedirle que parara.

Mamá volvió a mirar a papá, que por fin se fijó en nosotras. Él le devolvió el saludo con la mano con la que sujetaba sus billetes, que comenzaron a aletear como si fueran alas de verdad.

—Nunca me obligaron a casarme con tu padre. Sé lo que dije: que cuando la gente empezó a criticarme, mis opciones eran limitadas… y en verdad lo eran. Pero habría elegido a tu padre de todos modos. Si pudiera volver al pasado, cambiaría todo menos eso.

Exhalé un suspiro de alivio.

—Lo sé —repuse. La sonrisa que me devolvió mamá le iluminó tanto la cara que no recordaba haberla visto antes tan feliz.

Miré a papá, que se dirigía ahora hacia nosotras al tiempo que guardaba los billetes en el bolsillo y volvía a sacarlos enseguida para asegurarse de que los números no habían cambiado durante el segundo en que él había apartado la vista de ellos. Parpadeé y lo imaginé como aquel muchacho delgado que sin duda fue, rápido como un rayo, con la piel oscurecida por el sol y un revoltijo de rizos en la cabeza. Corría por un camino polvoriento que serpenteaba entre viejas casas. En mi mente perseguía un balón de fútbol hasta que desapareció, pero él había seguido adelante hasta que vio una casa: era la casa de Jini. Se detuvo en el exterior, pisoteó un poco la hierba, indeciso, y luego se atrevió a llamar a la puerta. Esta vez nadie vino a pedirle que se marchara.

«El postre es a la cena,
lo que la traca final es para los fuegos artificiales:
su parte más brillante.
Debe hablar al alma y sobretodo a la vista:
debe producir sensaciones de sorpresa y de admiración».

GRIMOND DE LA REYNIÈRE



Otros libros de Balli Kaur Jaswal publicados por AMOK

Las insólitas aventuras de las hermanas Shergill

Balli Kaur Jaswal



AMOK
EDICIONES

Las insólitas aventuras de las hermanas Shergill

Rajni, Jezmeen y Shirina son tres hermanas de ascendencia punyabí nacidas y criadas en Inglaterra. Nunca tuvieron mucho trato de pequeñas, y ahora que son adultas se han distanciado aún más.

Su madre les ha pedido un último deseo antes de morir: que hagan juntas una peregrinación hasta el Templo Dorado de Amritsar y cumplan allí con los rituales que ella no pudo realizar.

Forzadas a reconectar entre sí y con sus raíces y siguiendo las instrucciones y el itinerario dejados por su madre, las hermanas Shergill irán descubriendo aspectos inesperados sobre sí mismas, su madre, su pasado y su identidad.

Escanea para ver el *booktrailer* y más información.

El legado

Balli Kaur Jaswal



AMOK
EDICIONES

El legado

Singapur, 1971.

Amrit, una joven adolescente, desaparece de su casa en plena noche. Aunque su ausencia es breve, regresa convertida en una persona diferente. El episodio provoca una auténtica grieta que amenaza con fracturar a su familia, sij y de origen punyabí.

En las dos décadas siguientes asistimos a la evolución del panorama político y social de Singapur durante el periodo de 1970 a 1990, mientras la familia de Amrit debe afrontar los cambios de mentalidad de la sociedad con respecto a las castas, la cultura juvenil, el sexo, los roles de género, la identidad o el sentido de pertenencia a la comunidad.

Escanea para ver el *booktrailer* y más información.

Notas al pie

1 Su nombre proviene de la costumbre de limpiar con agua los suelos del mercado hasta el punto de inundarlos en algunas ocasiones. Son mercados al aire libre que venden desde fruta y verdura de temporada hasta carne y marisco vivo. *(N. del E.).*

2 En indonesio, «aperitivo de capas». Es un colorido pastel o pudin de arroz cocinado al vapor, elaborado con harina de arroz, sagú, leche de coco, azúcar y colorante. Este aperitivo, que debe su nombre a la alternancia de colores intensos, es muy popular en Indonesia, Malasia y Singapur. *(N. del E.).*

3 Mercado callejero itinerante nocturno en cuyos puestos puedes encontrar frutas, verduras, ropa y accesorios, entre otras cosas. Algunos mercados cuenta también con puestos de comida. *(N. del E.).*

4 El *hawker* era un cocinero ambulante que llevaba su carrito a lugares concurridos y cocinaba platos en el momento en la acera. Por motivos de higiene, en los años 80 el gobierno empezó a crear Hawker Centers donde se agrupaban bajo un mismo techo en una ubicación fija. *(N. del E.).*

5 Vestimenta usada en el sur de Asia tanto por hombres como por mujeres, que consta generalmente de dos piezas: una túnica y un pantalón. *(N. de la T.).*

6 Sistema de exámenes públicos realizados en diversas materias en las escuelas británicas a los alumnos de 16 años. En el año 1988 fue reemplazado por el GCSE. *(N. del E.).*

7 El nombre de Singapur deriva del malayo Singapura o «ciudad del león». La leyenda dice que el príncipe Sang Nila Utama vio un animal, con probabilidad un tigre, que seguramente confundió con un león. *(N. del E.).*

8 Se utiliza «tío» *(uncle)* para dirigirse de forma respetuosa a los varones de más edad, pertenezcan o no a la familia, y «tía» *(aunty)* para las mujeres. *(N. del E.).*

9 «¿Qué pasa?», en malayo. *(N. de la T.).*

10 Hari Raya Pausa es la fiesta musulmana de Singapur que marca el final del Ramadán. *(N. de la T.).*

11 Nombre que recibe el trapero en Singapur. Suelen recorrer las zonas comunes de las viviendas

haciendo sonar una bocina. Recogen periódicos, papeles y otros objetos que luego revenden al peso. *(N. de la E.).*

12 *Owe money, Pay money*: «Debes dinero, págalo». Si alguien no devuelve un préstamo a los usureros, puede encontrarse esta pintada en su puerta. La intención es provocar vergüenza ante los vecinos y así acelerar el retorno de la deuda *(N. de la E.).*

13 «Guapa», en malayo. *(N. de la T.).*

14 Deformación del término «bengalí», utilizada como insulto racista entre los indios. *(N. de la T.).*

15 Juego infantil en el que se deja caer un manojo de palillos sobre la mesa. Consiste en ir sacando un palillo en cada turno, sin que el resto se mueva. *(N. del E.).*

16 Vehículo de dos ruedas de tracción humana utilizado antiguamente en el sudeste asiático.*(N. de la T.).*

17 «¡Somos una isla, somos una nación, somos un pueblo!». Desde 1985, en el día de la independencia, se hace un concurso para elegir una canción patriótica conmemorativa. Este es el título de la canción de 1990. *(N. de la E.).*

18 Mujeres inmigrantes chinas, procedentes de Sanshui, llegadas a Singapur entre las décadas de 1920 y 1940 para trabajar en la industria y la construcción. *(N. de la T.).*

19 Es la expresión más común en Singapur, añadiéndose al final de una expresión. Según el contexto, puede significar muchas cosas diferentes como afirmación, rechazo, exasperación, exclamación… *(N. de la E.).*

20 El Festival de los Fantasmas, festividad china que se acompaña de vacaciones, dedicada a los difuntos. *(N. de la T.).*

21 Plato de curry elaborado con espinacas, hojas de mostaza y hojas verdes. Se acompaña con naan, un pan plano y blando cocido al horno. Es típico en India y Pakistán. *(N. del E.).*

22 Arroz cocido en leche de coco y hojas de pandano. *(N. del E.).*

23 Plato a base de fideos planos fritos, muy popular en Malasia y Singapur. *(N. del E.).*

24 Plato popular de la cocina India, el dosai o dosa es un elaboración plana y redonda, hecha con harina de arroz o lenteja, que se rellena posteriormente con los más diversos ingredientes. *(N. del E.).*

25 Harina utilizada para hacer panes como el *roti*. *(N. de la T.).*

26 Fruta tropical característica del Sudeste Asiático y que ha sido nombrada como la fruta más apestosa del mundo. Su exterior es espinoso y su interior contiene una pulpa dulce y cremosa. *(N. del E.).*

27 Fruta de la familia de los litchis, de sabor ligeramente ácido pero dulce y que se utiliza tanto con platos dulces como salados. También conocida como ojo de dragón. *(N. del E.).*

28 Fruta pequeña, ovalada y muy dulce cuya semilla situada en el interior del fruto es venenosa. Es una de las frutas más exóticas del Sudeste Asiático y está en la categoría de las denominadas «superfrutas». *(N. del E.).*

29 Postre compuesto por leche de coco, azúcar de palma y fideos gelatinosos verdes hechos de harina de arroz, almidón de tapioca y el zumo de las hojas de pandano que le da ese color verde neón. *(N. del E.).*

30 Postre típico singapurense consistente en hielo rayado sobre el cual se añade pasta de judías pintas u otros ingredientes, y encima de todo siropes de distintos sabores. *(N. del E.).*

31 Comedor comunitario del templo sij donde se sirve comida a todos los asistentes. *(N. de la T.).*

32 Plato de arroz elaborado con una mezcla de especias y que se acompaña de carne y verduras. *(N. de la E.).*

33 Hari Raya: *Eid ul-Fitr* en árabe, es el periodo del Ramadán, durante el cual los fieles ayunan desde la salida del sol hasta el ocaso. *(N. de la E.).*

34 El Diwali (Deepawali o festival de las luces) es la fiesta religiosa más importante de los hindúes, pero no es celebrada por los sijs. *(N. de la E.).*

35 Pan de origen indio realizado con harina de garbanzos o lenteja. *(N. del E.).*

36 *Sat sri akal*, «Dios es la Verdad», es el saludo sij. *(N. de la T.).*

37 En malayo, «aldea» o «casita»; en este contexto, «barrio». *(N. de la T.).*

38 Fritura de verduras rebozadas en harina de garbanzo. *(N. del E.).*

39 Examen anual que deben pasar los alumnos en Singapur al final de la Primaria (aproximadamente a los doce años) que determina las opciones de acceso a escuelas secundarias. Es un examen muy exigente que genera mucho estrés en padres y alumnos dada la importancia que se da a la educación en el país. *(N. del E.).*

40 Vestido tradicional chino de seda o algodón, con cuello mao y una abertura lateral. *(N. de la T.).*

41 Pan de gambas. *(N. de la T.).*

42 Se dice de lo que cumple con los mandatos de la *sharía* o conjunto de preceptos islámicos. Además, no está permitido comer con utensilios que han estado en contacto con comida no halal. *(N. de la E.).*

43 En chino, «sobre rojo»; es un sobre con dinero en efectivo que se da durante las fiestas o en ocasiones especiales. *(N. de la T.).*

44 Fideos de arroz fritos, de tamaño semejante a los *vermicelli* italianos. *(N. de la T.).*

45 Bebida de malta con chocolate. *(N. del E.).*

46 *Bak kwa, bakkwa* o *rougan*: tipo de carne seca agridulce de la cocina china, que se prepara en forma de láminas planas y finas, normalmente de cerdo. *(N. de la T.).*

47 Especie de bizcocho compuesto de capas multicolores, originalmente de harina de sagú, aunque también se puede hacer con tapioca, harina de arroz, etc. *(N. de la T.).*